

SERIE BOTONES: LIBRO CUATRO

BOTONES Y VERGÜENZA

ELLA ES MONEDA DE CAMBIO



AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

PENELOPE SKY

BOTONES Y VERGÜENZA

BOTONES #4

PENELOPE SKY

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing
Botones y vergüenza

Copyright © 2018 de Penelope Sky
Todos los derechos reservados

PEARL

—Coloquen esa cómoda aquí. —Me desplazé hasta el punto en el que se había alzado nuestra antigua cómoda y se lo señalé a los transportistas. Trajeron la pesada pieza rústica de madera y la colocaron directamente contra la pared—. Fantástico. Ahora las mesillas van aquí. —Dirigí a los transportistas para que pusieran en su sitio las dos últimas piezas de mobiliario y, a continuación, me puse a meter los bóxers y calcetines de Crow en los cajones, junto con el resto de su ropa. El dormitorio principal había sido claramente masculino, con sus cómodas negras y el cabecero a juego, pero dado que aquel lugar era medio mío ahora, quería hacer algunos cambios.

Lars apareció en la entrada, con las manos a la espalda.

—Sra. Barsetti, probablemente no haga falta que le diga que a Su Excelencia todo esto no le va a hacer demasiada gracia.

Doblé los pantalones de chándal de Crow y los metí en el cajón.

—Tienes razón. Soy plenamente consciente de las consecuencias. —Cerré el cajón y coloqué el jarrón recién comprado sobre la cómoda. Iba añadiendo mis pequeños toques. Unas cuantas piezas mediterráneas daban unidad a la habitación,

haciendo que destacara de verdad. A Crow no le alegrarían los cambios. Odiaba los cambios de cualquier clase. Pero lo superaría.

—Si pregunta, intenté convencerla de que no lo hiciera.

Lars hacía muchas cosas por mí en la finca de las que Crow no estaba enterado. Yo era muy buena guardando secretos y nunca delataba a nuestro leal sirviente. Era de la familia, por lo que a mí respectaba. Me había ayudado a coserme aquel cuchillo dentro de la herida, el mismo con el que había matado a Bones. Hasta aquel día, Crow pensaba que había logrado hacerlo yo sola.

—Por supuesto.

Lars continuó demorándose en el pasillo, alto y erguido como si la edad todavía no tuviera efecto sobre él.

—¿Necesitas algo, Lars?

—Cane ha venido a verla. Quiere quedarse a almorzar.

—Oh, eso es fantástico. —Había terminado con el dormitorio, así que el momento no podía ser más perfecto.

Lars parecía incómodo por traicionar a su amo.

—¿Quizá debería ponerlo en conocimiento de Su Excelencia?

A Crow no le gustaba que yo estuviera a solas con ningún hombre, aparte de Lars. Aunque Cane era hermano suyo, seguía sin fiarse totalmente de él. Era posible que Crow nunca perdonara por completo a Cane por lo que me había hecho, pero si yo podía dejarlo correr, él también debería poder hacerlo.

—No es necesario. Bajaré en un momento.

—Sí, Sra. Barsetti. —Lars me dedicó una breve inclinación antes de salir.

Crow y yo veíamos la familia de manera diferente. Como yo nunca había tenido a nadie, la familia significaba mucho más para mí. Cane era lo más cercano a un hermano que había tenido jamás. De hecho, era mi hermano. La vida era demasiado corta para ser rencoroso, incluso teniendo en cuenta que Cane casi me

había matado.

Entré en el comedor donde solía desayunar con Crow.

—Hola.

—Hola, hermanita. —Cane se levantó y me abrazó. Era más afectuoso, considerado y amable conmigo que con ninguna otra persona. La mayor parte del tiempo, ni siquiera Crow parecía gustarle—. ¿Está consiguiendo ya Crow volverte loca?

—Aún no. —Me senté enfrente de Cane y vi las dos copas de vino que Lars ya había servido. Algo que me gustaba de la Toscana era la actitud relajada con respecto al vino. Daba igual lo temprano que fuese. Resultaba perfectamente aceptable beber vino durante el desayuno, el almuerzo o la cena—. Pero acabo de reformar nuestro dormitorio, y no va a alegrarse al respecto.

—Mientras no sea rosa, dudo que le importe.

—Es muy particular.

Cane dio un largo trago antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Bueno, pues ahora tiene una mujer. Va a tener que aceptarlo.

—Estoy segura de que habrá una pelea. Pero seré buena con él, y conseguiré que se calle enseguida.

Cane me guiñó un ojo y chocó su copa con la mía.

—Entiendes muy bien a los hombres.

Encima de la mesa había una cesta de pan recién hecho, además de aceite de oliva y vinagre balsámico. Nos servimos y comimos como si estuviéramos en un restaurante. Aunque Lars no estuviera esperando compañía, siempre estaba preparado.

—¿Tú qué te cuentas?

—El negocio de las armas ha cambiado mucho. Con Bones fuera de circulación, es un poco caótico.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, él era uno de los principales protagonistas del

sector. Sin él, ahora las facciones menores están compitiendo por imponerse al resto. Intentan quedarse con sus antiguos contactos, con sus clientes. Es algo así como la ciudad sin ley.

—¿Y eso en qué te afecta? —Resultaba muy fácil hablar con Cane, porque siempre era sincero. No se guardaba información, como hacía Crow. Decía con llaneza lo que se le pasaba por la mente y era fácil de leer, al contrario que su hermano. Sólo lograba leer a Crow por toda la práctica que tenía.

—No me vuelven loco estos clientes. Se mezclan aún más con los barrios bajos que yo. No me sorprendería que descubriéramos que tenemos otro enemigo entre manos. Uno todavía más implacable que el anterior.

—¿Peor que Bones? —Me costaba creer que aquello fuera posible.

—Definitivamente. Piensa en ello. Ocupe quien ocupe su lugar, tendrá que ser aún más cruel para conservar su puesto. Tendrá que compensar lo que le falte con actos aún más monstruosos. Bones era un bala perdida, pero por lo menos era predecible.

Cuando se derrocaba a un dictador, otro tomaba su lugar. Era el ciclo de la vida.

—La pesadilla nunca se acaba, ¿eh?

—Pues no.

—¿No podéis ser aliados?

—Con la naturaleza de nuestro negocio, eso es imposible. Siempre seremos competidores directos. En resumen, suministramos armas a los enemigos de los otros.

—Cierto.

Lars entró en la sala sin su elegancia habitual. Sostenía nuestros platos y nos habló con pánico en la voz.

—El Sr. Barsetti acaba de llegar. Debe de haber venido a comer a casa.

Cane me miró antes de volver a mirar a Lars.

—¿Y...?

Lars colocó rápidamente nuestros platos delante de nosotros.

—No se va a alegrar de esto, y lo saben. —Atravesó las puertas y nos llegó su voz desde la habitación de al lado—. Buenas tardes, señor. ¿Qué puedo prepararle?

Cane se encogió de hombros y dio un bocado a su comida.

—Mi hermano tiene que espabilar y dejarse de tonterías.

—Se pasa un poco —coincidió.

Crow entró un momento después, con aquella expresión intensa que yo había llegado a adorar y a odiar. Me miró acusadoramente, como si aquella comida fuera exclusivamente culpa mía. Después fulminó a Cane con la mirada.

Sólo había un modo de conseguir que aquello mejorara. Me acerqué a él, le pasé los brazos por el cuello y lo besé. Era el tipo de beso que resulta inapropiado en público, pero supe que era lo único que podía calmarlo... o al menos conseguir que pensara en otra cosa. Mi lengua encontró la suya y dejé escapar un callado gemido en su boca, lo bastante alto para que sólo él lo escuchara.

Cuando me aparté, sus ojos no resultaban tan aterradores. Su enfado había disminuido perceptiblemente.

—¿Quieres sentarte con nosotros?

—Lars ha hecho lasaña —añadió Cane.

En cuanto Cane habló, a Crow le volvió el cabreo otra vez. Se sentó al lado de su hermano y lo fulminó con la mirada.

Me senté y le serví una copa de vino. Lo único que parecía contener su lengua era el whisky, pero el vino parecía calmarlo de vez en cuando.

—Gracias, Botón. —Dio un sorbo sin apartar los ojos de su hermano, tratándolo como a un enemigo, más que como a un pariente.

Cane me miró y puso los ojos en blanco.

—Cualquiera pensaría que soy Bones, por cómo me trata.

Crow dejó la copa sobre la mesa con un tintineo audible que resonó por el comedor.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre en mi casa nunca más.

—A veces aquellos ojos verdosos se mostraban acogedores, pero cuando se clavaban así en Cane, daban muchísimo miedo. No le hacía falta pronunciar palabra para dejar clara su amenaza. Resultaba palpable, inquietante.

Cane me volvió a mirar, sin poner los ojos en blanco, pero claramente con ganas de hacerlo. Daba la impresión de que Cane y yo teníamos más intimidad de la que tenía con Crow. Era un interesante giro de los acontecimientos.

Lars puso un plato delante de Crow, blanco, con una porción de lasaña fresca en él.

—¿Lars?

—¿Sí, Excelencia? —Se puso las manos a la espalda y permaneció erguido.

—¿Qué tengo dicho sobre permitir la entrada de visitantes en la casa cuando yo no estoy presente? —Crow no levantó la voz, pero eso no le impedía regañar a su empleado más antiguo sólo con su tono. Contemplaba a Lars de la misma manera que había contemplado a Cane hacía unos momentos.

—No seas capullo. —Lars era como de la familia para ambos. Aunque le pagábamos, eso no quería decir que tuviera derecho a tratarlo como si fuera basura—. Lars, ignóralo. Sólo es una de sus rabietas.

Crow no se movió de su postura.

—No quiero que Cane esté aquí si yo no estoy presente. ¿Entendido?

Cane sacudió la cabeza.

—Au...

Lars hizo una inclinación.

—Por supuesto, señor...

—No le eches la culpa de esto a Lars —salté—. Soy yo la que ha invitado a Cane. Cuando Lars me dijo que estaba en la puerta, la abrí y le permití pasar. Así que no le eches la culpa a uno de tus más antiguos amigos por algo que hizo tu mujer. —Le clavé el dedo a Crow en el brazo—. Discúlpate.

—No es necesario —aseguró rápidamente Lars mientras salía de espaldas de la habitación—. Me aseguraré de que no vuelva a suceder, Sr. Barsetti. —Con esto, salió de la sala.

Le dediqué a Crow una de mis miradas más sombrías, porque iba a disculparse... le gustara o no.

—Crow, tienes que tranquilizarte. —Cane se comió otro trozo de pan y se puso a masticarlo—. No voy a hacerle nada a Pearl. No me voy a poner a ligar con ella...

—No estoy preocupado por la fidelidad de mi mujer. —Crow tenía una capacidad natural para parecer más intimidante que todo un ejército en el campo de batalla—. Casi matas a mi mujer. Nunca me voy a olvidar de eso.

—Entonces, ¿no puedo ver nunca a Pearl? —preguntó con incredulidad.

—Puedes verla todo lo que quieras... cuando yo esté presente. —Crow tomó el tenedor y cortó un trozo de lasaña—. Yo no pasaría tiempo a solas con tu mujer.

—A mí no me importaría que lo hicieras —argumentó Cane—. Después de estar conmigo, definitivamente no buscaría el amor en ninguna otra parte. —Agitó las cejas y dio un bocado a su comida.

Ahora, la cara de Crow exhibía un enfado permanente.

—Le daré una paliza hasta casi matarla, y veremos si eso hace cambiar tus sentimientos al respecto.

Le di a Crow un codazo en el costado.

—No digas esas cosas.

—No, es justo —dijo Cane—. Lo dejaré pasar.

Nos concentramos en nuestros platos y comimos en silencio. La tensión era peor ahora que no hablábamos entre nosotros. La conversación que habíamos estado manteniendo Cane y yo hacía un momento había sido fluida, como dos amigos poniéndose al día. Pero en cuanto Crow había aparecido, había traído un nubarrón oscuro con él.

—Cane estaba diciéndome que el negocio ha cambiado desde que... —Me detuve antes de pronunciar su nombre, sabiendo que Crow no quería que nadie volviera a mencionarlo—. La cadena de mando está revuelta.

—Enseguida volverá a la normalidad —dijo Crow—. Cuando cae un villano, hay otro que lo sustituye. Si no fuera así, ya no tendríamos demasiado trabajo.

—Siempre habrá trabajo en el tráfico de armas —dijo Cane antes de engullir otro trozo de lasaña—. ¿Vienes mucho a comer a casa?

—Cuando echo de menos a mi mujer. —Crow no me estaba demostrando tanto afecto como era habitual, y yo sospechaba que se debía al mal humor que le provocaba la presencia de su hermano.

No quería que las cosas se quedaran así. Ahora todos éramos Barsetti.

—Crow, tienes que enterrar el hacha de guerra con Cane. Disfruto con su compañía y, la verdad, tu incomodidad no va a lograr que cambie nada. Tenemos que pasar página.

—Casi te pierdo dos veces por su culpa. —Crow dio otro largo trago, apurando su copa de vino como si fuera whisky.

—¿Dos veces? —preguntó Cane—. ¿Cuándo fue la segunda vez?

—Cuando fuiste lo bastante estúpido como para dejarte capturar y mi esposa ocupó tu lugar —ladró él—. Esa fue la

segunda.

—Eso no es justo —respondió Cane—. Aquello fue decisión suya. Yo no tuve nada que ver con es...

—Cállate. —Crow no apartaba los ojos de su plato. Insultar a su hermano era algo que le salía con naturalidad.

Cane dejó caer su servilleta.

—Reconozco cuándo no soy bienvenido. Llámame cuando se te vaya la regla. —Cane salió como una tromba del comedor.

Crow siguió comiendo, como si nada hubiera sucedido.

Aquella era la primera vez que Cane y yo nos sentábamos a comer juntos.

—Crow, ¿qué demonios ha sido eso?

—¿Te han quedado poco claros mis sentimientos al respecto? —Devoró la mitad de su lasaña en pocos bocados. Cuando vació la copa, se sirvió más vino.

—Tienes que olvidarlo.

—Nunca.

Crow tenía mucho valor para decir aquello.

—Me hiciste trabajar a cambio de mi libertad acostándome contigo. —Sólo porque nos hubiéramos enamorado y casado no quería decir que sus acciones estuviesen justificadas—. Tendrías que haberme dejado marcharme y ya está, pero no lo hiciste. Así que no actúes como si fueses el hombre más inocente del planeta.

Hizo girar su copa de vino antes de dar un sorbo.

—¿Te hice yo daño?

Me limité a mirarlo fijamente a modo de respuesta.

—¿Te puse una mano encima sin tu consentimiento?

Mi reacción consistió en quedarme callada.

—Eso pensaba. —Continuó comiendo.

—Sigo pensando que tu comportamiento es ridículo. Nosotros tres hemos pasado por mucho juntos. Por si no te has dado

cuenta, a Cane le importo. Caminaría sobre brasas por mí. Tienes que darle un respiro.

Crow dejó caer el tenedor y se recolocó en la silla para mirarme de frente.

—Si alguien me hubiera hecho lo que Cane te hizo a ti, ¿lo perdonarías? No estoy renegando de ese imbécil. Simplemente, no quiero que esté a solas contigo.

—Si las situaciones fueran idénticas, sí.

Se me quedó mirando como si no me creyera.

—Estoy cómoda cerca de Cane. Si no lo estuviese, te lo diría.

—Tu comodidad no es lo que me preocupa. Es la mía. —Cogió mi copa y se la bebió antes de ponerse de pie—. Debería irme ya.

Sabía que estaba enfadado porque su estancia había durado diez minutos.

—Pídele disculpas a Lars.

Crow no respondía a órdenes. Nunca. Se ajustó el nudo de la corbata y me ignoró.

—Y ya que estás de tan mal humor, no pasa nada por aprovechar para decirte que he hecho algunos cambios en nuestro dormitorio. No te van a gustar, pero a mí sí me gustan. Procésalo mientras estás en el trabajo para no tener que hablar sobre ello cuando llegues a casa.

Se inclinó y me miró, con los labios a centímetros de los míos.

—Esto es lo que va a suceder cuando llegue a casa. —Tenía los ojos clavados en los míos, como un arma en una diana—. Voy a entrar en el dormitorio y te voy a ver desnuda en la cama, con el culo en pompa. Te voy a follar la boca hasta que esté empapado, y después te vas a dar la vuelta y te voy a follar tan fuerte que vas a gritar. Te voy a follar en la boca, en el coño y en el culo. —Sin esperar a que aceptase, me dio un beso agresivo en la boca y se marchó.

CROW

Tenía todo el derecho del mundo a cabrearme y nadie me iba a convencer de lo contrario. Quería a mi hermano y daría mi vida por salvar la suya, pero nunca olvidaría el aspecto de Pearl cuando la encontré desangrándose en el suelo. Yo no estaba allí para protegerla, y Cane se puso como objetivo darle una paliza que la dejara al borde de la muerte. Ahora aquella mujer era mi esposa, y era responsabilidad mía mantenerla a salvo.

Me tomaba aquel trabajo muy en serio.

Había sido violada por un psicópata. Un gilipollas le había dado una paliza. Y el mismo psicópata había vuelto a asaltarla. Ahora estábamos en la fase de luna de miel, una época en la que ambos debíamos ser felices.

Llegué a casa a mi hora habitual y fui recibido por Lars.

—Buenas tardes, señor. La cena se servirá en una hora.

—Que sean mejor dos horas. —Me aflojé la corbata mientras me acercaba a las escaleras. A Botón más le valía estar preparada cuando entrase en aquel dormitorio. Aquella boca estaba a punto de ser follada hasta que tuviera arcadas—. Y me disculpo por mi comportamiento de antes. Estaba portándome como un imbécil. —No me sentía culpable por tratar a Cane a patadas, porque se lo

merecía. Pero Lars no había hecho otra cosa que demostrar su lealtad desde que había empezado a trabajar para mi familia, hacía décadas. No se merecía de mí otra cosa que no fuese respecto.

—Tonterías, señor. —Lars diría aquello aunque yo estuviera equivocado. Le preocupaba más hacerme sentir mejor sobre el tema que aceptar una disculpa que merecía—. Pero le agradezco sus palabras igualmente.

Le di unas palmaditas en el hombro y subí al segundo piso.

—Que no nos molesten. Bajaremos cuando estemos preparados.

—Por supuesto, Excelencia. —Lars sabía exactamente a qué me refería cuando decía que no quería ser molestado. Quería follarme a mi esposa en paz, sin tener al resto del personal escuchándonos hacerlo.

Llegué a la tercera planta, desabrochándome la camisa por el camino. No tenía ninguna duda de que ella seguiría mis instrucciones. Era cabezota y discutidora, y me desafiaba sólo por principios.

Abrí la puerta y, tal y como esperaba, allí estaba ella.

Totalmente desnuda.

Con el culo levantado en el aire.

Jodidamente perfecta.

Cerré la puerta de una patada a mi espalda y me desvestí, dejando caer al suelo la chaqueta del traje, la corbata y la camisa. Me acerqué a ella lentamente mientras me desabrochaba el cinturón, dejando al aire mi erección, dura y con el glande enrojecido por toda la sangre que lo recorría. Me quité toda la ropa y me quedé de pie ante ella, sintiéndome como un rey delante de su reina.

Tenía un culo precioso y, desde aquel ángulo, podía apreciar la cerrada curva de su espalda. Era toda una mujer, con la piel

sedosa y unas curvas de infarto. Llevaba la alianza en la mano izquierda, igual que todos y cada uno de los días. Cerré el puño en torno a su cabello y tiré de ella suavemente hacia atrás, obligando a que posara los ojos en mi rostro.

La dominaba como todo marido debería dominar a su esposa. Es posible que estuviéramos casados, pero ella seguía siendo de mi propiedad. Llevaba en el dedo el último botón que jamás le daría, así que siempre estaría en deuda conmigo. Siempre sería mi prisionera voluntaria.

Me rodeé con los dedos la base del miembro y froté la punta contra sus labios, extendiendo la gota de lubricante que se había formado sobre mi glánde por su preciosa boca. La tenía ligeramente abierta y podía ver sus pequeños dientes detrás de los labios.

—Abre más.

Abrió del todo la boca, aplanando la lengua.

Introduje mi erección en su boca igual que lo haría si fuese su sexo. Sentí la estrechez de su garganta al profundizar en ella. Su lengua actuaba como acolchado, áspera y suave al mismo tiempo. Podía sentir su saliva rodeándome, lubricando mi grueso sexo mientras le follaba la boca.

Mantuve su pelo firmemente agarrado con una mano mientras mis caderas se balanceaban, entrando y saliendo de ella. Un hilillo de saliva emergía de sus labios y goteaba en el suelo. Los ojos se le llenaban de lágrimas debido a sus esfuerzos por resistir las arcadas. Me encantaba verlas, observar las lágrimas que le provocaba mi enorme miembro.

Estaba cabreado con ella por desafiar mis deseos pasando el rato con Cane. Pero no podía decirle qué hacer. Aquella mujer no escucharía ni una sola de mis órdenes... a menos que hubiera sexo de por medio. Así que ahora me saldría con la mía, y aliviaría mi frustración dominándola en aquella cama.

Quería correrme, pero todavía tenía dos lugares que visitar. Se la saqué de la boca y le enjuagué las lágrimas con el pulgar.

—Date la vuelta, Botón.

Hizo lo que le pedía y colocó el trasero en el borde de la cama. Su sexo húmedo estaba reluciente de excitación, y supe que había disfrutado haciéndome aquella mamada tanto como yo recibíendola.

Me enterré en su interior y sentí sus paredes estrechándose en torno a mí por la intrusión. Su humedad facilitó mi entrada, permitiéndome introducirme por su estrecho canal. La sensación era increíble, igual que todas las demás veces que había follado con ella.

—Las manos a la espalda.

Ella juntó las manos y las colocó en la acentuada curva de su espalda. Sus gemidos llegaron un segundo después, al sentir mi erección enterrada en lo más profundo de su ser una y otra vez.

—Mi marido...

Cerré los ojos al sentir el escalofrío. No había nada más sensual que oírla decir aquello. Me pertenecía en más de un sentido. Estaba legalmente unida a mí, era la otra mitad de mi alma hasta que el tiempo reclamara nuestras vidas.

Me chupé el pulgar antes de introducirselo por la puerta trasera. Ella se tensó alrededor de inmediato, tanto su sexo como su ano. Sus gemidos fueron interrumpidos por una respiración irregular.

Su sexo era cálido y húmedo. Deseaba quedarme allí para siempre, enterrado en lo más profundo de mi mujer. Volvía a sentir deseos de correrme, pero ni siquiera estaba cerca de haber terminado. Tenía que asegurarme de que Botón supiese que hasta el último de sus orificios corporales me pertenecía. Corcoveé con más fuerza y le inserté otro dedo por detrás, preparándola para mi enorme miembro.

No tardó mucho en llegar al orgasmo. Tenía la cara apretada contra las sábanas, lo que amortiguaba sus gemidos. Su cuerpo se arqueaba y se retorcía, intentando obtener más de mí a un ritmo más rápido.

No le negué aquel placer.

Su sexo se tensó alrededor de mi erección, bañándomela en una nueva oleada de humedad. Continuó apretándose hasta que pasó la euforia.

Ahora sí que quería correrme. No había nada que me pusiera más caliente que ver a mi mujer tener un orgasmo para mí.

Salí de ella y contemplé su preciosa entrepierna. Aún goteaba de excitación, y sus fluidos blancos se habían acumulado en la base de mi miembro. Saqué los dedos de su cuerpo y presioné mi sexo palpitante contra su trasero. Su cuerpo se resistió al principio, pero terminé por poder introducir mi violenta erección en su interior.

Ella mantuvo las manos detrás de la espalda mientras gemía al sentir mi sexo gigantesco. Pequeños gemidos escapaban de sus labios mientras se adaptaba a la considerable dilatación.

Me la follé despacio, por su bien y por el mío. Si me movía sólo un poco más rápido, me correría mucho antes de lo que quería. Ella ya había alcanzado el orgasmo, así que me tocaba a mí liberar mi placer. Pero quería disfrutarlo un poco más, follarla un poco más fuerte.

—Córrete en mi culo —dijo entre gemidos—. Por favor.

Dejé escapar un gemido involuntario. Mi esposa deseaba mi semen, y yo iba a dárselo. Todo.

—¿Quieres mi semen, Botón?

Le agarré las caderas y ella me rodeó las muñecas con los dedos.

—Dámelo.

Puse un pie sobre la cama y la penetré sin piedad,

empujándola hasta que gritaba. Mi miembro entraba y salía de su culo una y otra vez, los veintitrés centímetros completos. Un segundo después, estallé.

—Joder... —Me liberé en su interior, depositando mi semilla caliente dentro de la mujer que me pertenecía.

Me apretó más fuerte las muñecas y se tensó.

—Sí...

Aceptar mi semen la excitaba, como todo lo demás. Yo gruñí al depositar las últimas gotas en su interior, llenándole el recto con grandes cantidades de mi semilla. Mi sexo se ablandaba lentamente, pero disfruté de las últimas sensaciones de placer.

Deseaba quedarme un poco más en su interior, pero necesitaba lavarme. Tras hacerlo, podría volver a tirármela. Me aparté y contemplé su ano dilatado, enorgulleciéndome de mi obra. Observé el semen blanco en la entrada.

Me incliné sobre ella y le giré la barbilla hacia mi rostro. Le di un beso con los ojos abiertos, mirando fijamente la satisfacción en sus ojos. No me importaba la discusión que habíamos tenido antes, porque acababa de demostrar mi punto de vista.

Ella era mía, y yo podía hacer lo que me diera la gana.

CANE

En las bodegas hacía calor bajo el sol toscano. Las hojas de un verde intenso tenían un aspecto crujiente, y las uvas moradas contrastaban entre el entramado de estacas que sostenía las viñas. Dejé el coche en el sendero de piedra y me aventuré por él, ascendiendo hasta la fortaleza italiana en la que mi hermano tenía sus negocios.

Sus negocios legales.

Dejé atrás la sala de cata y me dirigí hacia su despacho, al fondo. Tenía un gran ventanal con vistas a los viñedos que había en la ladera de la colina, unos terrenos excelentes para alguien que estaba al teléfono y trabajando todo el tiempo.

Ignoré a la recepcionista, porque yo era un Barsetti. No tenía que obtener la autorización de nadie.

Crow estaba sentado detrás de su escritorio con el teléfono presionado contra la oreja. Estaba sentado muy erguido en el sillón y vestía un traje negro. Una corbata azul celeste le colgaba hasta el pecho, en vivo contraste con el jarrón de flores rojas que había en la esquina de su escritorio de caoba. Crow no era ningún decorador, así que aquello debía de ser obra de su secretaria o de Pearl.

Dado que Pearl nunca salía de la fortaleza, dudaba que hubiera sido ella.

Crow alzó la vista hacia mí, con una expresión dura en el rostro. La última vez que habíamos hablado, me había echado de su casa como si yo fuera un vagabundo pidiendo comida. Daba igual que compartiéramos la sangre Barsetti. Cuando se trataba de su mujer, yo era basura.

Sabía que la había cagado, así que tampoco podía culparlo demasiado. Pero tenía que superarlo de una vez.

Los Barsetti éramos cabezotas.

Me dejé caer en el sillón de cara a su escritorio y recorrí la habitación con la vista en busca de una botella de whisky. Sabía que la escondía por alguna parte, probablemente en uno de los cajones de aquel enorme escritorio.

Crow terminó su conversación antes de colgar.

—¿Sí?

—Hola. Yo también me alegro de verte.

Las cejas de Crow seguían fruncidas de desagrado. A veces me preguntaba qué veía Pearl en él. Parecía cabreado todo el tiempo, en mi opinión.

—¿Qué quieres, Cane?

—¿Te ha pellizcado tu esposa la polla con los dientes esta mañana?

Ahora su desagrado se convirtió en ira desatada.

—No me pongas a prueba, Cane. No estoy de humor.

—Entonces, ¿eso es que sí?

Como un oso al que hubieran pinchado con un palo, tensó los hombros, preparándose para atacar.

—Vale, se acabaron las bromas. ¿Podemos enterrar el hacha de guerra?

—No hay tierra suficiente en el mundo para enterrar nuestra hacha, Cane. Lo sabes. Límitate a mantenerte alejado de mi

mujer a menos que yo esté presente. ¿Quieres que sea amable contigo? Entonces haz lo que digo.

Puse los ojos en blanco, porque no le tenía miedo a mi hermano. Era verdad que me había disparado una vez, pero yo me lo merecía.

—De acuerdo. Si así es como tiene que ser, así es como será. Pero creo que estás portándote un poco como un psicópata con todo esto. Pearl está de acuerdo conmigo.

—La opinión de Pearl es irrelevante.

Supe de inmediato que se estaba marcando un farol.

—Y una mierda. Los dos lo sabemos.

Se reclinó en el sillón y apoyó las puntas de los dedos sobre su mejilla. A pesar de lo tranquilo que parecía, reconocí la amenaza en el fondo de sus ojos. Crow resultaba intimidante, incluso para mí... a veces. Tenía algo que ponía a la gente al límite. Era un socio excelente para tener de tu parte. No confiaría mi vida a nadie más.

Dejé las bromas y me puse serio, poniendo todas mis cartas sobre la mesa.

—No quiero que estemos así, hermano. Pearl significa mucho para mí. Haría cualquier cosa por esa mujer. Daría mi vida por ella, y tú lo sabes.

—No dudo nada de eso.

Mi hermano sabía que yo no mentía. Cuando decía algo, lo decía de verdad. Era demasiado honesto. De hecho, era honesto en exceso. Ofendía a mucha gente con la mierda que salía de mi boca.

—Entonces vamos a pasar página. No quiero pasar con Pearl todo el santo día, pero en las escasas ocasiones en que tú no estés, me gustaría sentirme bienvenido. Ella es una Barsetti, igual que yo.

—No.

Madre mía, mi hermano era un imbécil.

—Supéralo, Crow. Fue hace mucho tiempo.

—Si yo no hubiera entrado, la habrías matado.

Probablemente sí.

—Circunstancias diferentes.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Me importa una mierda, Cane. A lo mejor Pearl puede hacer como si no hubiera pasado nada, pero yo desde luego que no pienso hacerlo.

El incidente parecía ser un problema mayor ahora que cuando había sucedido. Ahora que estaban casados, él era más feroz, más protector.

—¿Y va a ser así durante el resto de nuestras vidas?

—Sí. —Me sostuvo la mirada, frío y calculador.

—Eres un psicópata, Crow.

El insulto no le ofendió lo más mínimo.

—Soy consciente de ello.

Mi hermano era un grano en el culo.

—Después de todo por lo que hemos pasado los tres, ¿así es como quieres que sea? —Pearl se había jugado el cuello para salvarme, un gesto que yo nunca olvidaría. Le era más leal a ella que a mi propio hermano. Juntos, nos las habíamos arreglado para cargarnos a Bones y a sus secuaces, vengando a Vanessa por lo que aquel monstruo le había hecho. Pero a él no le importaba nada de eso.

—Sí.

No llegaría a ningún sitio con mi hermano, así que cambié de tema.

—Mañana he quedado con Tristan en Marsella. Tiene unos contactos que necesitan ayuda. —Como si la conversación anterior nunca hubiera sucedido, pasamos a tratar de nuestros negocios.

Crow conservó su frialdad, pero ya no parecía irritado.

—¿Cuándo?

—A última hora de la tarde. Salgo en avión por la mañana.

—¿Vas a convertirlo en unas vacaciones?

—No. Sólo trabajo. —Con Bones fuera de circulación, teníamos más trabajo que hacer. Mantener el dominio en un mercado saturado era una ardua tarea. Todos estaban ansiosos por ponerse en cabeza... a cualquier precio.

—Cuéntame qué tal va.

—Lo haré. Acabamos de recibir un envío de Estados Unidos. Material de alta calidad.

—Me pasaré y echaré un vistazo esta tarde.

Crow seguía implicado en el negocio, pero nada parecido a lo de antes. Sospechaba que algún día renunciaría a ello por completo, aunque esperaba que aquello nunca sucediera, porque era un socio excelente. La gente temía nuestro apellido, especialmente desde que éramos dos. No sería lo mismo sin él.

—Es bueno saberlo. —Me levanté del sillón, ya que la conversación parecía haber llegado a su fin. Ambos éramos hombres de pocas palabras—. Ya me dirás lo que te parece.

Su única respuesta fue una breve inclinación de cabeza.

—CROW ES UN COÑAZO —AFIRMÓ PEARL POR TELÉFONO—. UNA REINONA del drama.

Me encantaba oírla hablar así sobre mi hermano. No era una pusilánime que obedecía a ciegas a su marido, como hacían otras mujeres. Ella tenía sus propias y muy rotundas opiniones. No era fácil poner a mi hermano en su sitio, pero ella lo hacía de maravilla.

—Tú lo has dicho, hermanita.

—Hablaré otra vez con él dentro de unos días.

—Estoy convencido de que puedes hacer lo que sea. Pero en esto no creo que vayas a tener éxito.

—Confía en mí —dijo ella—. De esto me encargo yo. Simplemente, es demasiado protector. Cuando se haga a la idea de que Bones ha desaparecido de verdad, entrará en razón. A veces hasta a mí me resulta difícil creer que está muerto. Todavía tengo pesadillas de vez en cuando.

Nunca me había puesto a pensar en serio sobre su perspectiva de todo el asunto. Como hombre, no pensaba más que en el dinero, la venganza y el sexo. Nunca había demostrado empatía por nada. Incluso en lo referente a Vanessa, sólo pensaba en hacérselas pagar a Bones. Nunca me había parado a pensar en su sufrimiento, ni en cómo se sentiría. Pero ahora que había intimado más con Pearl, conseguía ponerme en su lugar. ¿Cómo me sentiría si me desposeyeran de todos mis derechos? ¿Si alguien utilizara mi cuerpo como le diera la gana?

Era un pensamiento inquietante.

Mi chofer paró en la entrada del aeropuerto de Roma. El sol se asomaba por el horizonte, pero las luces de la pista continuaban encendidas.

—Tengo que coger mi vuelo. Luego hablamos.

—Espero que todo vaya bien.

Colgué mientras entraba en el aeropuerto para facturar mi equipaje y pasar por seguridad. Crow y yo teníamos una línea de aviones privados en ese aeropuerto y también en la Toscana, pero yo no era un piloto certificado, por lo que resultaba más un engorro que otra cosa. Dado que esta era una inofensiva reunión de negocios, no veía la necesidad de un vuelo privado.

Con mi bolsa colgada del hombro, pedí un café y me senté cerca de la puerta de embarque. Mi vuelo empezaría a embarcar en unos diez minutos, así que no tenía tiempo que ocupar. Revisé

mi buzón de entrada y respondí los correos necesarios para conservar la productividad. Se emitían anuncios por el sistema de megafonía, y se oía a los jets encendiéndose y aviones frenando por las pistas del fondo. Me aislé de casi todo ello.

—No te muevas de ahí. —Una voz ronca llegó a mis oídos. Destacaba porque me recordaba a la áspera voz que tuvo Bones en vida. Mantuve el teléfono delante de mí, pero eché un vistazo de reojo. En una fila de sillas negras varias hileras detrás de mí, estaba sentada una mujer con una chaqueta demasiado grande. Tapaba la mayoría de su cuerpo, pero la esbelta curva del cuello y de la mandíbula traicionaban las curvas femeninas que había debajo del tejido. Sus ojos color moca estaban llenos de preocupación mientras observaban al hombre entrar en los aseos. El pelo castaño le caía sobre un hombro, despeinado, como si acabara de levantarse corriendo para coger el vuelo. Había una magulladura difuminada en su clavícula, apenas perceptible de no ser por el contraste con la piel pálida.

No podía quitarle la vista de encima.

Su expresión no se me hacía extraña, porque ya la había visto antes. Parecía preocupada, igual que Pearl cuando la habíamos capturado por primera vez. Los ojos de aquella mujer barrían el aeropuerto como si estuviera buscando algo o a alguien.

Bajé el teléfono, porque había perdido el interés por mis e-mails. Sólo me interesaban aquellos altos pómulos y aquellos labios generosos. Tenía algunas pecas en la nariz, lo bastante pálidas para poder ser cubiertas con base de maquillaje, si lo usaba. Las mujeres que normalmente me atraían iban arregladas, tenían un pelo bonito, mucho maquillaje y un vestido muy ceñido.

Aquella mujer no reunía ninguno de aquellos criterios.

Debió de sentir mi mirada, porque sus ojos se desplazaron hacia mí. Se clavaron en los míos, mostrando la misma expresión

de temor que habían tenido todo el tiempo. De repente apartó la mirada, bajando rápidamente los ojos al suelo, donde estarían a salvo de mi penetrante examen.

Su naturaleza tímida me resultaba atractiva. Me gustaban las mujeres sumisas, que le cedían el control a un hombre poderoso. No tomaba sumisas a menudo. Me limitaba al sexo duro con mujeres que conocía cuando estaban pasando las vacaciones en Roma.

Ella no daba el tipo.

Pero, aun así, me interesaba.

Estaba en un aeropuerto, a punto de marcharse volando a otra parte del mundo. Después de aquel intercambio, probablemente no volviera a verla nunca más. Las personas iban y venían mientras nosotros vivíamos nuestras vidas, pero la idea de no hablar con ella nunca me alteraba.

Quería conocer su nombre, al menos.

Me pasé la bolsa a través de los hombros y caminé hacia ella. Sin mirarme, permanecía atenta a mi acercamiento. Sus hombros se tensaron perceptiblemente y el pecho dejó de expandirse con el aire que había estado inhalando hasta hacía un momento. Me senté al lado de ella e intenté pensar en una presentación. Normalmente me limitaba a murmurar una frase sencilla o un cumplido, pero aquello no parecía adecuado para ella.

—Soy Cane. —Extendí la mano en su dirección.

Ella la observó y después apartó rápidamente la mirada, como si sus ojos hubieran permanecido fijos en el suelo en todo momento. No me dijo nada, rechazándome con frialdad.

Me habían rechazado unas cuantas veces en mi vida, pero nunca así.

—Yo también me alegro de conocerte.

Sus ojos se posaron en la puerta de los aseos por donde

acababa de entrar el hombre.

Aquella era mi señal para levantarme y alejarme, pero permanecí pegado al asiento. No sabía qué esperaba que sucediera. Lo había intentado y había fracasado. Ahora era momento de volver al otro extremo de la sala y continuar mirando el teléfono.

Pero no me moví.

—¿Tienes nombre?

Nada. Ahora que la observaba más de cerca, advertí el pequeño corte que tenía en el rabillo del ojo. Parecía una marca de una uña. O se había arañado a sí misma, o alguien le había dado un golpe.

Entonces fue cuando me di cuenta de que no tenía ninguna bolsa. Ni bolso. Nada. Ni siquiera un par de gafas de sol.

—¿Va todo bien?

Su garganta se movió al tragar y sus ojos no se movieron de la puerta del cuarto de baño.

—Mi novio volverá pronto. Te sugiero que te vayas.

Aquel tipo debía de tener al menos cincuenta años, y ella parecía estar en la veintena. Tenía pinta de ser su padre, más que su amante.

—¿Estás segura? Porque eres demasiado para él. —Quizá un cumplido la suavizase.

Se encendió, perdiendo la paciencia:

—¿Quieres largarte de una vez? No me interesa. ¿Qué tengo que hacer para dejarlo claro?

—¿Hablar, quizá? —salté yo.

Por fin centró la mirada en mi rostro, mirándome a los ojos por primera vez. Cuando se enfadaba estaba igual de guapa. No muchas mujeres podían conseguir aquello.

—Estoy segura de que eres un tío estupendo, pero él va a volver, y no puede verme hablando contigo. Así que, por favor,

márchate.

—¿No te puede ver hablando conmigo? —Estaba ligando con ella, pero no de manera siniestra—. ¿Estás segura de que todo va bien? —Nada en aquella situación me parecía normal. Ella tenía aspecto de estar viviendo el peor día de su vida, no de estar simplemente pasando unas vacaciones en Italia durante el verano—. Porque parece como si...

—Vete o gritaré.

Cuando vi el gesto determinado de su rostro, supe que no estaba bromeando. Me habían rechazado las veces suficientes para saber que no tenía nada que hacer con ella. Era un tío guapo con un billetero abultado, pero eso no parecía causar efecto alguno en la mujer.

—Ten tu rabieta si quieres. Sólo me has parecido bonita. —Me levanté de las sillas y no miré atrás. Me dirigí hacia mi terminal, y justo entonces empezaron a llamar a los pasajeros de primera clase. Tendí mi billete y subí al avión.

PASÉ LA NOCHE EN FRANCIA, VIENDO A ALGUNOS AMIGOS QUE VIVÍAN EN Marsella. No me reuniría con Tristan hasta la noche del día siguiente, así que tenía algo de tiempo que matar. Visité algunos bares y un club con mi grupo, pero mi mente continuaba desviándose hacia la mujer que había visto en el aeropuerto.

No me había dicho ni su nombre.

Ni siquiera era tan guapa. Con la ropa arrugada y el pelo revuelto, no destacaba. Su sentido del estilo era inexistente. A lo mejor le había entrado porque me había parecido un objetivo fácil.

Pero algo me decía que aquella no era la razón.

No era más que una desconocida con quien había tenido un

breve encuentro. Ella ya se habría olvidado de mí, recordándome únicamente como un molesto pervertido que no sabía aceptar un no por respuesta. Apenas me había mirado, así que probablemente ni siquiera se acordaba de mi aspecto.

«Olvídala».

Volví a la habitación tarde aquella noche... solo. Llevaba muchas rondas de whisky en el cuerpo, así que me desvanecí sobre la colcha sin ni siquiera quitarme los zapatos. A la mañana siguiente, me desperté con una migraña y una llamada de teléfono de Crow.

—¿Qué tal fue?

—He quedado con él esta noche. —Me pasé la mano por la cara, arrastrando las legañas que se me habían formado en los ojos—. Cambio de planes.

—Revisé el envío. Todo parece en orden.

Sabía que diría aquello.

—Sí. A ver si Tristan se muestra interesado.

—Estoy seguro de que sí. Sería un idiota si no lo estuviese.

—Sí. —Seguía dentro de la cama, medio dormido.

—¿Una noche larga?

—Salí con Ramón y algunos más.

—Supongo que te has despertado junto a alguien que no conoces, entonces.

Ojalá.

—No, por desgracia.

Crow no ahondó en la herida.

—Luego hablamos. Dame la información cuando la tengas. Quiero hablar de números.

Siempre directo al grano, como de costumbre.

—Hasta luego.

DESPUÉS DE UN RÁPIDO CACHEO Y ALGUNAS MEDIDAS ADICIONALES DE seguridad, por fin me permitieron el paso a la finca francesa situada junto al puerto. Estaba protegida de miradas curiosas por la curva de la península. Todos los complejos vacacionales y los barcos estaban al otro lado, donde se encontraban los turistas y los pescadores.

No me había llevado la pistola porque sabía que no me dejarían entrar con ella, pero siempre llevaba un pequeño cuchillo en el dobladillo de la chaqueta, sólo por si acaso. Estaba entrando en un nido de escorpiones sin refuerzos. Aquello debería hacerme de fiar. Además, yo era un Barsetti. Al contrario que Bones, nosotros honrábamos nuestros tratos.

Me condujeron al gran comedor en el que Tristan estaba sentado a la cabecera de la mesa. Tenía un aspecto aristocrático, con un chaleco gris sobre una camisa blanca. Pero nada podía cambiar el hecho de que era un tío feísimo. Con su nariz ganchuda y larga y los pequeños ojos como cuentas, no era una imagen agradable. Era delgado y desgarbado, pero alto. Estaba seguro de que las únicas mujeres que habían pasado por su cama eran prostitutas... aunque tampoco es que yo fuera un santo.

Tristan se levantó cuando entré en la habitación y me estrechó la mano.

—Cane, me alegro de verte. —Hablaban en inglés en mi beneficio, pero su acento francés era evidente. Se ocupaba de negocios por todo el mundo, pero Francia siempre había sido su hogar.

—Lo mismo digo. —Me senté a su derecha y contemplé al camarero llenarme el vaso con whisky.

Tristan se sentó y chasqueó los dedos en dirección a uno de sus mayordomos. La señal debía de querer decir que se sirviera la cena, porque trajeron pan, queso y embutidos variados antes de servir los platos principales y una botella de vino caro. Yo no

bebía demasiado vino. Esa era la especialidad de mi hermano.

Nos pusimos directamente a tratar de negocios, hablando sobre armas. Tristan me dio los detalles sobre para qué las necesitaba, y como empresario inteligente, yo no hice preguntas. La privacidad era importante para todos mis clientes. Era algo que Crow y yo respetábamos... a menos que supiéramos que eran enemigos de nuestro país o de nuestros aliados. La mayoría de las veces, la necesidad de protección surgía de una mentalidad de manada.

Tristan volvió a chasquear los dedos, llamando a uno de sus mayordomos para que se acercase.

De traje y corbata, el hombre se aproximó a la mesa con las manos a la espalda. Me recordó a Lars, aunque mucho más joven.

—¿Sí, señor?

Crow nunca trataba a Lars de aquella manera, ni yo tampoco. Era un empleado de la casa, pero seguía siendo un ser humano. Aunque yo no era nadie para juzgar, especialmente dado que había cometido un montón de crímenes mucho peores que ser maleducado con mis subordinados. Hacía mucho tiempo, casi había matado a mi cuñada.

—Trae a mi invitada a cenar. —Volvió a chasquear los dedos.

El mayordomo hizo un trabajo fantástico ocultando su desprecio. Yo habría apuñalado a Tristan en el cuello con un cuchillo de mantequilla si me hablara así.

—Por supuesto, señor. —Abandonó el comedor para ir a buscar a la misteriosa invitada.

—¿Quién va a cenar con nosotros? —pregunté.

—Una mujer guapísima que acabo de conocer.

Di un trago al suave whisky, disfrutando del ardor que me bajaba por la garganta.

—Una bonita dama, ¿eh? ¿Estás pensando en sentar cabeza?

—Ja. —El sarcasmo pesaba en su risa—. No. Sólo es un

juguete. Me la trajeron ayer. Me he divertido mucho sometiéndola. —Movió las cejas antes de dar un sorbo de vino.

Entendí de inmediato lo que quería decir. El significado fue algo traumático para mi estómago, como si hubiera demasiado ácido y mi cuerpo no pudiera procesarlo. Había trabajado con muchos hombres que tenían esclavas. No era infrecuente, especialmente en mi línea de trabajo. Nunca pestañeaba al respecto, ni me importaba lo más mínimo. Pero ahora que Pearl era familia, mi actitud era diferente. En vez de responder, di otro trago al whisky.

Uno de sus compinches trajo a la mujer. Apenas iba cubierta con un sujetador negro y un tanga a juego. Tenía magulladuras en la piel allí donde le habían pegado con la mano y también con un látigo. En su cuerpo había cortes, como si alguien le hubiera arrastrado un cuchillo por la piel, sólo para verla sangrar. El hombre la empujó hacia abajo sobre la silla y se marchó.

Yo estaba sentado justo enfrente de ella, y reconocí su cara al instante.

La mujer del aeropuerto.

Miraba fijamente la mesa y no levantó la mirada. Sus ojos marrones parecían casi negros, por la ausencia de cualquier signo de vida. Tenía la piel pálida, y la imaginé fría al tacto. Había un corte en la comisura de su boca que parecía haber sido producido por el nudillo de un hombre.

—Hola, cariño. —Tristan se inclinó hacia ella y le envolvió los dedos en la parte superior del brazo.

Ella retrocedió como una serpiente, dejando escapar un siseo.

Él no dudó un instante antes de golpearla con el dorso de la mano fuertemente en la cara, haciendo que se precipitara hacia un lado.

Yo mantuve un gesto neutro, pero odiaba ver aquello.

La agarró por la nuca y le estampó una mano en la mesa.

—Sé una buena esclava, ¿de acuerdo? De lo contrario, te castigaré aquí mismo, durante la cena. —La soltó y cogió su copa de vino.

Ella se sentó erguida, con la cara como una máscara estoica de desesperación.

—Seguro que tienes hambre —Tristan colocó sus sobras delante de ella, los restos de lo que él había comido—, dado que llevas dos días sin comer.

Ella clavó los ojos en la comida, pero no se movió.

—Te meto la polla en la boca y en el culo, ¿pero no te quieres comer mi cena? —preguntó Tristan con tono de advertencia.

Me figuré lo que habría sucedido sin necesidad de que me lo explicaran. Su captor la habría secuestrado de alguna parte y la habría vendido como esclava. No me había dicho nada en el aeropuerto porque probablemente habían amenazado con matarla.

Era una lástima. Yo la podría haber salvado.

—Te he hecho una pregunta —ladró él.

Con una mano temblorosa, ella tomó el tenedor y lo clavó en un trozo de pollo.

Tristan sonrió ante su cooperación y se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

Yo seguí mirándola, esperando a que levantara la vista.

—Es verdad —dijo Tristan—, no os he presentado. Cane, este es mi juguete. Juguete, este es Cane. —Por fin levantó la vista, dando muestras evidentes de reconocerme. Sabía exactamente quién era yo, pero cubrió su reacción con rapidez.

—Hola... —La mano le temblaba al sostener el tenedor.

—Hola. —No mencioné nuestro encuentro a Tristan. No vi la relevancia de hacerlo.

—Es una buena pieza —dijo Tristan—. Débil, pero fuerte. Me encanta escucharla llorar cuando le doy por el culo.

Ella titubeó antes de dar otro bocado. Masticaba despacio, como si se odiara por obedecer a aquel bárbaro cruel.

—Tiene el coño prieto —dijo Tristan—. La desvirgué.

Aquello parecía una crueldad aún mayor. Me limité a asentir brevemente, sin saber qué otra reacción ofrecer. Aquella mujer no me debería importar para nada. Estaba en el lugar incorrecto en el momento menos adecuado, y ahora estaba pagando por su estupidez. Su vida sería corta y dolorosa.

—¿Quieres probar, Cane? —Agarró la botella de whisky y me sirvió otro vaso—. En honor de este acuerdo, no me importaría prestártela para la noche.

Cuando se me puso dura, me sentí como una mierda.

—No hace falta. Tengo una amiguita en el hotel.

—No como esta —dijo él—. Tiene un culo precioso. Es una vista increíble desde atrás.

Noté una contracción en el miembro, pero mi recién descubierta conciencia continuaba impidiéndome aceptar la oferta. Si esto hubiera sucedido algunos años antes, habría dicho que sí sin pensármelo dos veces. No me consideraba un buen hombre. Me motivaban el sexo y el dinero, y nunca cambiaría. Pero algo me impidió actuar. Me sentía muy atraído por aquella mujer. En cuanto le puse los ojos encima, quise follármela. Ahora se me presentaba la oportunidad de hacerlo. Si no la aprovechaba, la perdería para siempre.

—Es una oferta muy generosa, pero deja a la mujer que coma. Parece famélica.

En vez de dejar el tema, Tristan arrugó el entrecejo, enfadado.

—Te ofrezco un regalo, ¿y lo rechazas?

Era como si me hubiera comprado un juego nuevo de cuchillos o un reloj de pulsera.

—No había pensado que era un regalo, simplemente una oferta.

—Cane, sé que te encantan las mujeres. Todas las anteriores te gustaron.

Lo hicieron. No me molesté en negarlo.

—¿Por qué no ella? —exigió saber—. ¿Tiene algo de malo?

—Para nada. —Bebí para mantener la calma. No quería cabrear a uno de mis mejores clientes insultándolo—. Es impresionante.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿No quieres compartir una mujer conmigo? ¿De eso se trata?

Consideré mentir y decirle que estaba en una relación seria, pero nadie se tragaría aquello ni por un segundo. Además, no quería mentir. Daba demasiado trabajo.

—Desde luego que no, Tristan.

—Pues entonces llévatela. Seguro que te suaviza para que me ofrezcas un trato mejor.

Desde luego, me iba a suavizar de otras maneras.

—Ve. —Dio una palmada—. La habitación de invitados está justo allí. —Le hizo una seña a uno de sus secuaces—. Prepárala para Cane.

A ella se le aceleró la respiración de inmediato y dejó caer el tenedor en el plato.

Uno de los hombres de Tristan la levantó de la silla de un tirón y la sacó de la habitación por la nuca.

Y yo la tenía como una piedra.

CANE

Esposada a la cama y completamente desnuda, yacía sobre las sábanas con las rodillas firmemente apretadas.

Ahora que estaba a solas con ella, contemplando sus pequeños pechos y su vientre esbelto, no había quién me parase. Me saqué la camiseta por la cabeza, sintiendo el corazón martilleándome en el pecho. La excitación me recorría como electricidad. No podía recordar la última vez que había estado tan cachondo. Sabía que era porque se trataba de una esclava, una prisionera. Eso aumentaba mi deseo.

Porque estaba así de enfermo.

Ella me miraba con ojos aterrorizados, haciendo todo lo posible por ocultar su cuerpo con las rodillas. Pero cuanto más pegaba las piernas al pecho, mejor podía ver su sexo afeitado.

Dios, quería follármela.

Me quité los vaqueros y luego los bóxers, liberando mi erección. Ya segregaba fluido, preparada para deslizarse en aquel canal estrecho del que tanto había oído hablar. Como si se tratase de un burdel, había un cuenco lleno de condones sobre la mesa. Me recordaba al cuenco de caramelos de la consulta de un médico. Cogí uno y me lo puse. Estaba lubricado, ya que

probablemente ella no estaría demasiado húmeda.

Mis rodillas se posaron sobre la cama y me arrastré hacia ella.

Ella apretó más las rodillas contra el pecho y tironeó de las cadenas que mantenían sus brazos por encima de la cabeza.

Le agarré las rodillas y se las separé, sin notar resistencia ya que ella sabía que no podía escapar de mí. No había ningún sitio al que huir. Ninguno en donde esconderse. Si no cooperaba, uno de los otros hombres se limitaría a separarle las piernas de un tirón y a follársela cuando yo hubiese terminado.

Me coloqué entre sus piernas y tomé aire al sentir el contacto de su piel cálida contra la mía. No estaba fría, como yo había esperado. Su piel era suave, a pesar de los golpes y los cortes. Apreté la cara contra sus tetas y la besé por todas partes, disfrutando de la suavidad de una mujer.

Ella respiraba hondo debajo de mí, haciendo todo lo posible por no emitir ningún sonido.

Mi sexo rozó sus pliegues y las caderas se me balancearon de inmediato en anticipación. Hubiera querido tener a aquella mujer en circunstancias diferentes, pero esto valdría. Le besé el estómago y después subí hasta su cuello, sintiendo su pulso acelerado bajo mis labios.

El vello de la nuca se me puso de punta.

Ahora mi cabeza estaba ida por completo. No podía pensar en nada más que en sexo. Quería follármela con tanta fuerza que ella gritara. Quería llenar la punta de aquel condón con tanto semen que casi estallara.

Me coloqué en su entrada y presioné el glande en su interior mientras le miraba el rostro aterrorizado. Cerró los ojos y se negó a mirarme, como si aquello hiciera la experiencia algo más tolerable.

—Por favor, no... —Habló por fin, una callada súplica que nadie más podía escuchar—. No me hagas esto... No lo puedo

soportar más.

Se me paralizó el cuerpo al escuchar las lágrimas en su voz. Si no hubiera dicho nada, probablemente me habría enterrado en ella hasta el fondo. En aquel momento, nada podría detenerme. Mi sexo se haría cargo de la situación y no se detendría hasta obtener satisfacción.

Abrió los ojos al darse cuenta de que no pasaba nada.

Mi erección seguía dura y ansiosa. Pero el sonido de su voz, el suave tono que era innatamente femenino, me había detenido en seco. Quería que volviese a hablar, que dijera mi nombre. Pero lo quería en un contexto diferente.

Debería tirármela. Nada me lo impedía. No había nada que ella pudiera hacer al respecto, ni cambiaría su situación porque yo me la follara o no. Cuando me marchase, le pegarían igualmente. Al menos yo sería cuidadoso con ella. Es posible que hasta le gustara, si mantenía la mente abierta.

Pero, aun así, no lo hice.

Bajé por su cuerpo, volviendo a presionar los labios contra su piel. Le besé los pechos, introduciéndome los pezones en la boca y haciendo que se endurecieran con la lengua. Seguí bajando, pasando por su ombligo. Cuando llegué a la zona entre sus piernas, se tensó.

Mi lengua encontró su clítoris y empezó a rodearlo, adorando el sabor de su sexo en cuanto entró en contacto con él.

Joder.

Ella respiró hondo, dejando escapar un suave jadeo.

Mi boca se apoderó de su sexo, besándolo, lamiéndolo y mordisqueándolo exactamente como a mí me gustaba. No era tan bueno como el sexo, pero seguía teniendo algo. Yo no era un loco del sexo oral, pero este desde luego me apetecía. Me quité el condón y me masturbé con la mano, como un niño de instituto.

Mi boca le devoraba la entrepierna y sus rodillas fueron

cediendo hasta que estuvo completamente abierta para mí. Hasta escuché algunos jadeos procedentes del cabecero de la cama. Subí la vista por su cuerpo y la observé, apreciando un rubor en su rostro que aumentaba de intensidad mientras yo seguía devorándola. A veces arqueaba el cuerpo y se retorció. No quedaba claro si lo estaba disfrutando o no.

Pero no me pidió que parara.

Le deslicé dos dedos dentro porque necesitaba sentir su estrechez. Necesitaba imaginármela antes de cascármela otra vez y correrme. Esperaba sentir sus paredes estrecharse alrededor de mis dedos en protesta, intentando expulsarlos.

Pero sentí humedad.

Era posible que fuera mi propia saliva, y que mis esperanzas reflejaran mis deseos. Pero para contentarme, me imaginé que aquello la estaba excitando, un extraño con la cabeza entre sus piernas, dándole placer.

Transferí la humedad a mi miembro y continué masturbándome, esta vez con más intensidad, hasta llevarme al borde del orgasmo. No quería correrme en la mano, pero sí llevarme justo hasta el límite. El sabor de su sexo seguía sobre mis labios, y me volvía loco. Nunca había probado uno tan dulce.

Antes de correrme, me puse otra vez de rodillas y apunté mi miembro hacia sus pechos. Con un par de sacudidas más, exploté sobre ella, rociando sus maravillosos pechos con mi semilla. Las gotas blancas resbalaban hacia su estómago, deslizándose por efecto de la gravedad.

Admiré mi obra mientras me recuperaba del orgasmo que me había sacudido de pies a cabeza. Ni siquiera me la había tirado, pero tenía esa sensación. Me lamí los labios y aún pude saborearla sobre mi lengua. Esto era algo con lo que sin duda me masturbaría la próxima vez que estuviera de humor.

Me pasé los dedos por el pelo y después cogí la toalla que los

hombres de Tristan me habían dejado. Me limpié y después la lancé sobre la cama junto a ella para que pudiera limpiarse mi semen, que todavía resbalaba en dirección a su ombligo.

Me puse la ropa y me sentí exhausto. Podría quedarme dormido en aquella cama junto a ella en aquel preciso momento. Para mi sorpresa, ni siquiera pensaba en el dinero que iba a ganar gracias a aquel trato con Tristan. Completamente satisfecho, tenía la mente en blanco.

Me senté al borde de la cama y me di cuenta de mi estupidez. ¿Cómo iba a limpiarse si continuaba esposada al cabecero? Tomé la toalla y lo hice yo mismo. Era lo mínimo que podía hacer, ya que la había utilizado como a un juguete, en vez de tratarla como a un ser humano.

Ella no dejó de observarme, con una mirada algo menos defensiva en sus ojos marrones que durante la cena.

Tiré la toalla al suelo al terminar y después me pasé la mano por el pelo. Ahora que había acabado, no sabía qué decirle. ¿Debería darle las gracias? Este caso no era diferente del de las otras esclavas con las que me había acostado. Todo lo que tenía que hacer era salir y volver a mi vida, como si aquello nunca hubiera sucedido.

Así que eso fue lo que hice.

Me puse los zapatos y me dirigí a la puerta.

—Espera.

Su bella voz me detuvo en seco. Me encantaba cómo sonaba en mis oídos recibir una orden suya. Incluso golpeada y derrotada, seguía siendo una de las mujeres más sensuales que había visto jamás. Era una mujer que pertenecía a otro hombre, pero yo no la veía así. Me di la vuelta.

Ella tocó el borde de la cama con un pie, pidiéndome que volviera.

Pensé en su petición antes de sentarme a su lado. Sólo porque

acabara de correrme no quería decir que no me la fuese a volver a tirar. Para algo así definitivamente podía hacer un esfuerzo.

—Eres Cane, ¿verdad?

Asentí y me miré las manos.

—¿Quieres que me quede para poder tener unos minutos más de libertad? —A lo mejor estaba retrasando mi partida para mantener fuera al resto de los tíos. Mientras yo estuviera allí, no vendrían a por ella. No le darían puñetazos ni la tratarían como a un objeto. Yo era malvado, pero definitivamente también una mejor alternativa que ellos.

—Ayúdame.

Me giré hacia ella con ambas cejas levantadas. De todas las cosas que esperaba que dijera, aquella no era una de ellas.

—¿Ayudarte?

—Sí... —Tiró de las cadenas y colocó la espalda contra el cabecero. Tenía las rodillas contra el pecho, cubriendo la mayor parte de su desnudez. Los muslos probablemente se le estuvieran quedando pegados al estómago por mi semen—. Cómprame a Tristan.

—Estoy seguro de que nunca podría permitírmelo. —La obsesión que tenía Tristan con su esclava era evidente. Sería un idiota si no le cautivasen todas sus suaves cualidades. Cuando la había visto en el aeropuerto, la había entrado sin pensármelo dos veces. Tenía algo que me volvía loco. Si hubiera sido cualquier otra mujer, probablemente me la habría follado. Había algo en aquellos ojos marrones que me había detenido.

—Sé que eres rico.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No estarías haciendo un trato con Tristan a menos que tuvieras dinero. —Su voz era algo más profunda que la de la mayoría de las mujeres, pero a mí me gustaba. Era inherentemente sensual y poderosa—. Y no eres como los otros.

—Soy igual que los otros, en realidad. —Cometía crímenes todos los días. Había hecho un montón de cosas horribles que me habían reservado un lugar en el infierno hacía mucho tiempo—. Pero peor.

Ella sacudió la cabeza, como si no me creyera.

—Por favor, sácame de aquí.

Mi miembro empezó otra vez a endurecerse en mis vaqueros. Me gustaba escucharla suplicar. Fantaseé sobre ello en un contexto diferente.

—¿Por qué debería ayudarte? —Tenía cosas más importantes que hacer que ayudar a una esclava.

—Porque no eres malo.

—Te acabo de comer el coño y me he corrido encima de ti. ¿Y no te parece que sea malo?

Sus ojos marrones se endurecieron como si estuviera reviviendo un recuerdo distante, una experiencia dolorosa que le costaba internalizar.

—Créeme, eso no es malo.

Ahora empezaba a preguntarme qué más le habrían hecho antes de que yo apareciera en aquella casa. Sabía que Tristan tenía tendencias violentas. La visión de la sangre le ponía muchísimo. A juzgar por todos los cortes y golpes que la mujer tenía en el cuerpo, la había hecho sangrar varias veces.

—Cómprame.

—Como he dicho, no me lo puedo permitir. —Tristan no la pondría a la venta. Era una posesión preciada. A lo mejor dentro de seis meses, cuando su alma estuviese destrozada y empezara a fallarle el cuerpo, consideraría venderla por un precio decente. Pero para entonces, nadie la querría.

Yo desde luego ya no querría sus sobras.

—Y no te voy a robar.

—No, no puedes hacer eso —susurró ella.

No estaba seguro de lo que quería decir. Es posible que diera por hecho que no sería capaz de lograr una cosa así. Yo estaba seguro de poder, pero desde luego no tenía ninguna gana de cabrear a uno de mis clientes por una mujer bonita. Me gustaban las mujeres tanto como a cualquiera, pero no tanto como para que afectase a mi negocio.

No tenía nada más que decirle. Había logrado aquello para lo que había ido allí, así que me levanté.

—Cane, por favor —susurró ella para que nadie fuera de la habitación pudiera oírla—. Eres el único hombre remotamente humano que he conocido. Por favor, no me dejes aquí. Por favor, cómprame.

Me volví a sentar, intrigado por que una esclava quisiera ser revendida a otro dictador.

—Si fueras mi esclava, tus condiciones no serían mucho mejores que estas. El césped no siempre es más verde al otro lado de la valla.

—Tú no eres como ellos.

No podía estar más equivocada.

—No me conoces, cariño. Y no quieres conocerme.

Sus codos colgaban junto a su rostro, con los brazos esbeltos por encima de la cabeza. Las cicatrices descoloridas eran moradas, algunas amarillas. Un corte se extendía por la parte inferior de su brazo hasta el codo. Hasta tenía una hilera de puntos bajándole por el antebrazo. Era evidente que habían abusado a fondo de ella, pero de alguna manera, había encontrado la fuerza para conservar la cordura. No estalló en lágrimas ni se cerró en banda. Aún ardía el fuego en su interior.

—Podías haberme violado, pero no lo has hecho. Eres el primer hombre que duda ante la palabra no. Has visto el temor en mis ojos y te has contenido. Reconozco a un hombre compasivo cuando lo veo, porque son muy infrecuentes. Quizá

seas un criminal o incluso un asesino. Puede que te merezcas la cárcel por todos los crímenes que has cometido. Pero puedo afirmar, sin lugar a dudas, que la vida contigo sería mucho más soportable que la que tengo ahora.

Mentiría si no reconociera que la idea de tenerla como esclava no me excitó. Me la imaginé vestida con lencería todo el tiempo, caminando por la casa con la carne de gallina por el frío. Me serviría, me prepararía las comidas y limpiaría lo que yo ensuciase. Cuando quisiera que me la chuparan, le ordenaría que se pusiera de rodillas... y ella lo haría. Y el hecho de que se sintiera agradecida por tenerme como amo sólo haría que me apeteciera más poseerla.

Pero aquella fantasía nunca se haría realidad.

—Me voy. Cuídate.

—Cane, por favor. —Su voz subió de tono al dejar que la invadiera la desesperación—. Te daré todo lo que quieras si me ayudas.

Puse la mano sobre el pomo de la puerta y me volví.

—No tienes nada que dar, bonita. Eres una esclava. Tu vida será mucho más fácil si no lo olvidas.

La ira ardió en sus ojos, insultada por el comentario porque era cierto. Era innegable. No importaba lo que hubiera sido en su vida anterior. A lo mejor era profesora. A lo mejor florista. Quizá fuera voluntaria y ayudara a los más desafortunados. Pero nada de todo aquello importaba. Ahora no era más que una esclava.

Ni siquiera tenía un nombre.

CROW

Paré junto a la casa y le entregué mi coche al aparcacoches. Mi teléfono seguía en blanco porque Cane no se había puesto en contacto conmigo desde su reunión con Tristan la noche anterior. A una parte de mí le preocupaba que algo hubiera ido mal. Cane era un grano en el culo a nivel personal, pero en los negocios, siempre se ponía las pilas.

Entré y le tendí mi chaqueta a Lars.

—Buenas tardes, Excelencia. —Dobló la chaqueta pulcramente sobre su brazo, aunque de todas formas la haría llevar a la tintorería—. ¿Puedo traerle algo antes de la cena?

—No. La Sra. Barsetti y yo cenaremos en el patio esta noche. —Era un bello día en la Toscana. El sol brillaba con intensidad en un cielo sin nubes y el calor había empapado la tierra italiana. Cuando el sol se hundiera tras la ladera de la colina, la brisa bailarían entre las ramas de los olivos, provocando guiños en las velas blancas que había encima de la mesa. El suave resplandor iluminaría los limpios rasgos de Botón, en particular aquellos bellos ojos que tanto me gustaban.

—Por supuesto. ¿Alguna preferencia?

—Confío en tu sabiduría. —Subí al tercer piso y volví a

consultar mi teléfono, esperando que Cane me llamara de un momento a otro. Después de todo lo que había vivido, yo era un hombre bastante paranoico. Cuando algo se salía de lo ordinario, me resultaba muy difícil ignorarlo.

Antes de hablar con Botón, entré en el despacho y lo llamé.

Cane contestó a la segunda señal.

—Hola.

—¿Va todo bien? —Me serví un vaso de whisky y me senté detrás del escritorio.

—Sí. ¿Por qué no iba a ir bien?

—Anoche no me llamaste. —No oculté mi irritación, ni la acusación. No era propio de él no ponerme al corriente.

—¿Eso quiere decir que estabas preocupado por mí? —bromeó—. Pearl jura que tienes un lado amable. A lo mejor tiene razón.

Sus ganas de bromear me confirmaron que se encontraba perfectamente. El trato se había cerrado sin problemas. Simplemente, se le había olvidado llamarme.

—Tengo un lado amable sólo para ella, así que no cuentes con verlo.

—No contaba con ello.

—Bueno, ¿qué pasó?

Cane se puso inmediatamente en modo de negocios.

—Le comuniqué el precio a Tristan y me dijo que necesitaba veinticuatro horas para pensárselo.

Nuestros clientes no nos hacían perder el tiempo de aquella manera. Si requerían nuestros servicios, sabían que tenían que pagar un precio elevado.

—¿Crees que está planeando algún truco?

—No. Tristan siempre nos ha tratado bien. Creo que el problema es otro.

—¿Como por ejemplo? —Di un sorbo al whisky.

—No lo sé. Pero estoy en el hotel hasta que cene con él esta noche.

El fuego no ardía en la chimenea porque Lars sólo la encendía si yo se lo pedía. Ahora que Pearl era mi esposa, entraba allí muy de vez en cuando. La mayor parte del tiempo terminaba trabajando en la cama con ella durmiendo a mi lado.

—¿Por qué no me llamaste?

—Anoche terminé bastante tarde.

Sospeché que algo le preocupaba. Podía sentir su consternación a través del teléfono.

—Hay algo que no me estás contando.

—Tuve un encuentro con una de sus esclavas. No puedo dejar de pensar en ella.

Cane era incapaz de resistirse a una mujer bonita bajo ninguna circunstancia. Le había visto contratar los servicios de prostitutas delante de mis narices. El sexo le ocupaba la mente con más frecuencia que el dinero. Él y yo éramos opuestos en aquel sentido.

—¿Mojaste?

—Tonteeé con ella. Pero no me la tiré. Es la mujer de Tristan. ¿Quién sabe lo que tiene?

Bien pensado.

—Entonces, ¿por qué sigues pensando en ella?

Por lo general, Cane hablaba demasiado, no demasiado poco. Pero ahora mismo, no tenía mucho que decir.

—Te llamaré después de volver a hablar con Tristan. Estoy seguro de que aceptará los términos. No intentó negociarlos.

—Porque los Barsetti no negocian.

Cane colgó.

Me terminé el resto del vaso antes de salir del despacho y dirigirme hacia el dormitorio. Mis muebles oscuros habían sido sustituidos por piezas en un tono de madera más claro. Ahora

había jarrones de flores por todas partes y cuadros nuevos en las paredes. Las lámparas de las mesillas eran distintas y había una foto enmarcada de ambos en nuestra boda. No me apasionaban los cambios que había hecho, pero no iba a dar la lata al respecto.

No me importaba lo suficiente.

—¿Botón? —Me aflojé la corbata y entré en el cuarto. La puerta del baño estaba abierta y no se la veía por ninguna parte. Eché un vistazo por la habitación y advertí la nota escrita a mano que había sobre mi mesilla, junto al marco de fotos.

MARIDO:

HE IDO A LA CIUDAD A HACER ALGUNAS COMPRAS. VOLVERÉ ANTES DE cenar.

TE QUIERE,
Tu esposa

SU CARIÑOSO USO DE LOS TÉRMINOS MARIDO Y ESPOSA NO ATENUÓ MI enfado. Se había ido de aventuras ella sola en un país del que todavía no sabía nada, y no había tenido el detalle de avisarme antes. Lo había hecho a propósito, porque sabía que nunca permitiría que se fuera. Aquello me cabreó aún más.

Abrí en el móvil la aplicación de su dispositivo de rastreo para ver dónde estaba. Tras un vistazo me di cuenta de que estaba en Florencia, la gran ciudad más próxima a mi finca. Aumenté la escala y la descubrí dentro de una boutique de moda.

¿De verdad le hacía falta ropa?

Volví a bajar las escaleras como una tromba. No me molesté en pedirle al aparcacoches que me trajera el coche. Tenía demasiada prisa como para esperar por nada en aquel momento.

Lars parecía saber exactamente dónde estaba yo en todo momento, porque salió de la cocina como si hubiera estado esperándome.

—¿Se marcha, Excelencia?

—Sí. —No aminoré la marcha, ni lo miré siquiera—. Debería estar de vuelta en una hora.

—¿Sigo preparando la cena, entonces?

Era posible que no me apeteciese comer después de echarle la bronca a Botón, pero a ella probablemente sí.

—Sí. —Me metí en el coche y me marché, recorriendo la solitaria carretera que conducía a Florencia en media hora. Me arranqué la corbata y la tiré al asiento del acompañante junto a mí, conduciendo con una mano. No la llamé porque quería pillarla desprevenida, demostrando con ello que cualquiera podía caer sobre ella en cualquier momento, sin que ella se diera cuenta.

Llegué a la ciudad y dejé mi coche en el arcén. Los italianos ya habían salido de trabajar y recorrían las calles empedradas del mercado de fruta y verdura. Los antiguos edificios se alzaban a gran altura sobre los mortales, superando la prueba del tiempo. Mi vida pasaría en un abrir y cerrar de ojos, pero aquellos edificios habían visto pasar cientos de años.

Seguí el rastreador y bajé por una pequeña calle llena de cafés, librerías y barberías. Un hombre de barba espesa pasó junto a mí con una hogaza fresca de pan debajo del brazo, y en un banco se sentaba una mujer con dos niños pequeños con un helado cada uno. No parecía haber peligro por ninguna parte.

Pero aquellas personas no sabían nada.

Yo era un criminal, y caminaba por la calle igual que todo el

mundo. Iba oculto tras mi ropa cara y mi atractivo físico. Las mujeres me miraban con interés, intimidadas de un modo sensual. Pero no sabían que yo era un hombre muy peligroso.

Entré en la tienda de ropa y la vi al instante. Estaba examinando un vestido blanco sin mangas por encima de la rodilla. Era ceñido en la cintura y se abría ligeramente al bajar. Lo había combinado con un sombrero de ala muy ancha que impediría el paso del sol. Por furioso que estuviera, reconocí que parecía estar en su lugar. Parecía uno de nosotros, confundiéndose con su cabello castaño oscuro y sus labios de un rojo intenso.

Ignoré el abultamiento de mi sexo y me desplacé a través de las hileras de prendas hasta ponerme justo detrás de ella. Todavía no había advertido mi presencia, entretenida examinando la etiqueta con una mueca en la cara. Debió de parecerle demasiado caro, porque lo devolvió a la hilera.

Ahora que estaba justo a su lado, lo bastante cerca para oler el suave aroma a rosas de su piel, me resultaba difícil continuar enfadado. El cuerpo me ardía cuando ella estaba cerca, y sentía un pinchazo sordo en el corazón. No era tristeza, sino adoración. Ver cómo devolvía el vestido me hizo desear comprarle todo lo que había en la tienda.

—Cómpralo.

Ella se sobresaltó al escuchar el sonido de mi voz, reconociéndome sin tener que mirarme. Se volvió lentamente, con los ojos decorados con sombra y rímel. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta morada sin mangas, mostrando sus hombros redondeados y su bella piel, levemente bronceada.

—Es demasiado caro.

—Nada es demasiado caro para ti. —Cogí el vestido sin mirar la etiqueta del precio—. Cómprate todo lo que quieras, Botón.

Ella sabía exactamente por qué estaba allí, pero no demostró

signos de enfado. Yo abandoné el mío en cuanto la miré, y ella había hecho exactamente lo mismo al escucharme animarla a comprarse lo que quisiera.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Tenía más dinero del que podría gastarme en toda una vida. La mitad de todo lo mío le pertenecía. Podía comprarse absolutamente todo lo que le diera la maldita gana. Quería que se gastara mi dinero; nuestro dinero—. Estaré fuera.

SALIÓ CON UNA BOLSA LLENA DE ROPA NUEVA. ME ALEGRÓ QUE ME HUBIERA tomado la palabra y se hubiera comprado todo lo que había querido. Se reunió conmigo en un banco de la acera desde el que disfrutaba de unas buenas vistas de las calles empedradas. No se permitía entrar a los coches, así que sólo pasaban personas.

Yo mantuve la vista fija delante de mí, sin mirarla.

Ella cruzó las piernas, disfrutando del silencio cómplice entre ambos. Quizá no quisiera decir nada por miedo a que ello diera comienzo a la conversación que estaba intentando evitar. No era del tipo de mujer que se acobarda ante nada... ni siquiera ante mí.

—No puedes esperar que esté todo el día encerrada en casa.

—Sí, sí que puedo. —No era un modo muy diplomático de empezar la conversación, pero mi enfado siempre se hacía con las riendas—. Y lo hago.

—¿Querías estar tú todo el día encerrado en casa?
—contraatacó.

—La finca es bastante grande. Puedes hacer muchas cosas allí.
Ella puso los ojos en blanco con dramatismo.

—No me arrepiento de haber salido. Así que no te molestes.

—No es seguro, Botón. De un solo vistazo, cualquiera se da

cuenta de que eres americana. Eres un objetivo fácil. —Los turistas siempre eran los más atacados. Los locales sabían que no conocían la zona y se aprovechaban de su ignorancia.

—Está muerto. —Yo supe exactamente a quién se refería, y le agradecí que no mencionara su nombre—. Ahora quiero salir y hacer mi vida. Quiero disfrutar de lo que me rodea. Llevo aquí casi dos años y no he hecho nada de turismo. ¿Sabes lo absurdo que es eso?

—¿Quieres hacer turismo? Yo te llevo.

—Esa no es la cuestión, Crow.

—Y si quieres ropa, o cualquier cosa de la ciudad, Lars te la puede comprar.

—Insisto, no es eso lo que quiero. Si quiero salir y hacer cosas, lo haré.

—Tú no conoces la zona. Ni siquiera estoy muy seguro de cómo has llegado conduciendo hasta aquí.

—Con dos piernas y un cerebro —saltó ella—. Me las sé arreglar mucho mejor de lo que tú piensas.

Yo sabía exactamente lo fuerte que era. Había sufrido más que yo, pero seguía manteniendo la cabeza bien alta. La admiraba más que a nadie en el mundo, pero no quería que sufriera nunca más. Todo lo que deseaba era que tuviese una vida feliz.

—Botón, sé lo fuerte que eres. Ese nunca ha sido el problema. —Contemplé a un viejo con un bastón pasar a mi lado. Todavía tomaba de la mano a su mujer, que parecía tener más o menos la misma edad. Viejos y marchitos, se estaban aproximando al final de su tiempo juntos. Eso era lo que yo quería con Pearl. Envejecer con ella—. No quiero que nadie te separe de mi lado. —Había perdido a mucha gente, y el dolor era insoportable. Cuando pensé que había perdido a Pearl, me derrumbé. Hice todo lo posible por convencerme de que ella no significaba nada para mí, de que era prescindible. Pero cuanto más intentaba alejarla, más

cuenta me daba de que no podía vivir sin ella. Ahora era mi esposa, mi otra mitad. Si la perdía, no sería igual que con mis padres o Vanessa.

Sería mil veces peor.

Botón me acarició el brazo con la mano y se acurrucó junto a mí en el banco. Su pecho se apretó contra mi brazo y su rostro descansó en mi hombro. Su cabello me acariciaba suavemente el cuello, como pétalos de rosa.

—No voy a ir a ninguna parte, Crow. Ahora ya no hay nada que pueda interponerse entre nosotros.

Aun habiendo abandonado completamente el negocio, todavía tenía enemigos por todo el mundo. El precio por mi cabeza seguía siendo elevado, y mi cuenta bancaria me convertía en un objetivo de primer nivel. Era imposible borrar mi pasado, y el derramamiento de sangre era inevitable. Yo nunca estaría seguro, por lo que no podía bajar la guardia. Si alguien me mataba, no quedaría nadie para cuidar de Botón.

Yo lo era todo para ella. ¿Qué haría sin mí?

—Nunca sabes cuándo pueden cambiar las cosas. Debo tener cuidado... debemos tener cuidado.

—Ya lo sé, Crow. Pero también tenemos que vivir nuestras vidas. He estado prisionera durante lo que me pareció una eternidad. Créeme, vivir no tiene sentido si no puedes ser libre. Necesito sentirme libre. —Hablaba contra mi hombro, rozando con los labios mi camiseta.

Entendía su punto de vista. Lo hacía, de verdad. Pero mi vida era complicada.

—Yo nunca seré libre, Botón. Nací en medio de una guerra de sangre. El apellido Barsetti es adorado y maldecido a la vez. Nunca podré ir por el mundo sin mirar por encima de mi hombro. Tú y yo nunca seremos realmente libres. Eso es algo con lo que ambos tenemos que vivir... porque ahora eres una

Barsetti.

Ella se apartó para poder mirarme a los ojos.

—Me siento orgullosa de ser una Barsetti. Pero necesito más.

—Eso es todo lo que puedo darte. —Si pudiera darle el mundo, lo haría. Pero aquello era algo fuera de mi alcance—. Si quieres ver algún lugar, yo te llevaré. Si hay algo que quieras hacer, lograré que suceda. Pero debemos planear estratégicamente cada uno de nuestros movimientos. De lo contrario, podemos dar un paso en falso. Sé que esto te resulta difícil de entender, pero es la única vida que he conocido. Un paso en falso y estás muerto.

Un mechón de pelo se le soltó de detrás de la oreja y se recolocó rodeando su rostro. A pesar de los abusos que había sufrido, parecía alguien que nunca había tenido que mover ni un dedo. Tenía el aplomo y la elegancia de una reina, con una piel inmaculada de aspecto saludable y vibrante. Cuando se pintaba los labios de aquel color, sus dientes parecían aún más blancos. Cuando se pintaba los ojos de aquella manera, parecían más grandes y seductores.

—Vale.

—Vale, ¿qué? —Le miré los labios, deseando que se apretaran contra los míos en un acalorado contacto. A veces, cuando le miraba la boca, lo único que deseaba era que me rodeara el miembro. Pero ahora mismo, sólo quería besarla. Quería hacerle el amor a mi mujer, tomarme el tiempo necesario para sentir de verdad sus labios... ambos pares.

—Seré más cuidadosa.

Aunque no fuera italiana, era una mujer considerablemente obstinada. Que tuviera aquel gesto, sin importar su pequeñez o imprecisión, era algo notable. Así que me lo tomaría con gratitud.

—¿Te puedo llevar a cenar?

—Estoy segura de que Lars está haciendo algo de cenar.

—Podemos tomarlo mañana para almorzar. Hay un sitio fantástico a la vuelta de la esquina que creo que te gustará.

—Ooh... ¿Es una cita?

Dejé de resistir la tentación de sus labios y la besé.

—Sí. Y quiero hacerte el amor cuando lleguemos a casa.

CANE

Volví a la fortaleza de Tristan y pasé por las mismas medidas de seguridad que la otra vez. Me cachearon y se aseguraron de que no llevara nada oculto. La rutina era innecesaria, ya que llevaba años haciendo negocios con Tristan.

Me reuní con él en el comedor, aliviado de que no estuvieran a punto de servir la cena. Lo único que quería era mi dinero, para poder salir cagando hostias de allí y volver a casa. En cuanto entré en la residencia, pensé en la esclava. No se la veía por ninguna parte, así que probablemente estuviera encadenada por ahí.

No pensaba permitirme pensar en aquellos pechos. Aquel sexo jugoso. Si dejaba que mis pensamientos vagasen con libertad, me empalmaría en un cuarto lleno de tíos.

—¿Has considerado mi oferta, Tristan? —En los negocios no me andaba con juegucitos. Pedía una cifra concreta por una razón también muy específica. Con mis productos no se regateaba. No era así como llevaba mis asuntos, y mis clientes me demostraban su respeto no intentando que hiciera una rebaja.

—Lo he hecho. —Cruzó las piernas y descansó las manos

sobre el regazo—. Tu precio es justo. Sin embargo, sólo puedo darte la mitad.

—Si sólo puedes darme la mitad, entonces obtendrás la mitad del producto. —El precio medio de cada artículo no subía ni bajaba. No andaba corto de fondos, así que no me hacía falta cerrar el trato. Crow y yo esperábamos los precios más altos por los artículos de mayor calidad.

—¿Qué tal si te doy la mitad ahora y la otra mitad más adelante? Sabes que cumplo lo que prometo.

—Si cumples, ¿por qué no tienes el dinero ya? —¿Por qué hacía una compra de gran tamaño si no la podía pagar? Aquella era la primera regla para evitar arruinarse.

—He invertido mucho dinero en un proyecto y espero recoger los frutos de la inversión en treinta y un días. En estos momentos ando escaso de efectivo, pero la inversión merecía la pena. Me voy a forrar y no lo lamentaré. Pero necesito las armas ahora. ¿Podemos convenir algún arreglo?

Tristan era un hombre de palabra, pero con eso no bastaba.

—Si llego a algún tipo de arreglo contigo, también tendré que hacerlo por los demás. Así que no puedo permitir que suceda.

Tristan asintió, como si hubiera estado esperando aquella respuesta.

—¿Hay algo que pueda ofrecerte como aval? Con eso sería justo.

—¿Tienes algo tan valioso? —Necesitaría bastantes joyas para llenar una joyería si quería cubrir el resto de la suma.

—Depende de lo que tú interpretes como valioso.

Hice una mueca.

—Eso no suena bien.

Tristan chasqueó los dedos en dirección a uno de sus compinches.

—Traedla.

El corazón se me aceleró al caer en la cuenta de a quién se refería. No había dejado de pensar en ella desde mi marcha. En vez de contratar a una mujer la noche anterior, me había ido al hotel y me había masturbado con el recuerdo de su increíble entropierna.

El hombre de Tristan guio a una mujer rubia hasta la silla frente a mí. Pelo rubio, tetas grandes y piel perfecta, parecía secuestrada de un concurso de belleza. No tenía cicatrices, como la otra mujer, pero estaba igual de aterrorizada. No podía dejar de temblar y no nos miraba ni a mí ni a Tristan a los ojos.

Lo miré y esperé una explicación.

—Estaba trabajando como modelo desde América cuando la atraparon. La compré por un millón de dólares en la subasta del caballero. Es virgen, está comprobado. Como agradecimiento por concederme treinta y un días adicionales para reunir la segunda mitad del pago, te la doy. Haz lo que quieras con ella.

La mujer empezó a respirar agitadamente y las lágrimas asomaron a sus ojos. Tembló violentamente justo antes de ponerse histérica. Sus lágrimas se convirtieron en sollozos que resonaron por el comedor.

—Cállate —siseó Tristan—. O te romperé las costillas.

Ella silenció sus lloros, pero no consiguió dejar de temblar.

Tristan se volvió hacia mí.

—¿Hay trato?

Era preciosa, pero no la encontraba atractiva. Estaba asustada y era débil, nada que ver con aquella otra mujer. No se comportaba con dignidad, a pesar de sus circunstancias. No tenía nada de especial. Sus ojos eran azules y su pelo rubio, como los de cualquier otra modelo del mundo. No me atraía especialmente.

—No la quiero.

Tristan posó el dorso de los dedos sobre su brazo y los subió

despacio hasta el hombro. Ella se estremeció bajo su contacto, como si los dedos de él fueran de hielo. Cuando llegaron al hombro, se desplazaron por su cuerpo hasta sus tetas. Le agarró un pecho por encima del sujetador y lo estrujó con firmeza.

—¿No la quieres?

Probablemente sí la hubiera querido, de no haber tenido antes a la otra.

—Quiero a la mujer que tuve anoche. —No me lo pensé dos veces antes de hacer mi petición—. Es evidente que para ti es valiosa. —No había dejado de pensar en ella, y su súplica continuaba resonando en mi cabeza. Prefería estar conmigo que atrapada con Tristan. Disfrutaría follándomela durante treinta y un días. Aprovecharía a fondo cada uno de ellos.

Tristan se reclinó en la silla y estrechó los párpados, como si se sintiera insultado.

—¿Mi mujer?

Asentí.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como si aún no pudiera creérselo.

—Es una petición bastante atrevida.

—Me estás pidiendo que haga una excepción contigo. Eso es bastante atrevido. —Si quería que le entregara mis preciadas armas a cambio de nada más que la mitad del depósito, más le valía ofrecerme algo increíble a cambio. No quería a aquella rubia voluptuosa. Quería a la morena bonita con el sexo que sabía a gloria.

Él tomó su copa y dio un sorbo de vino, con los rasgos retorcidos de enfado. Se tomó su tiempo bebiendo, demorándose antes de dar una respuesta.

La respiración de la rubia se normalizó, aliviada de que quisiera a otra que no fuera ella. Ni se imaginaba que acababa de perder una gran oportunidad.

Por fin, dejó la copa.

—No. Ella queda fuera de esto.

—Entonces no hay trato. —Me levanté de la silla—. Cuando tengas la segunda mitad del pago, hablaremos. —Me terminé el whisky antes de apartarme de la mesa. Tampoco era que me enloqueciera el trato, de todas maneras. La única razón por la que me lo había pensado siquiera había sido la perspectiva de volver a tener a aquella mujer. Sin ella, desaparecía mi interés por llegar a algún acuerdo.

—Espera —Tristan se levantó de la silla, con la mano todavía sobre el tallo de su copa de vino—. Tiene que haber otra manera de llegar a un acuerdo. Te daré dos mujeres.

Yo me giré y escudriñé sus pequeños ojos brillantes.

—No quiero dos mujeres. Sólo quiero a una mujer. —Su obsesión era comparable a la mía. No había estado con ella más que una vez, ni siquiera me la había tirado, y aun así la necesitaba otra vez. Entendía su resistencia—. A no ser que tengas alguna otra cosa. —Era imposible que tuviera nada de valor comparable al precio del envío. Incluso con un barco ni se acercaría. Si realmente quería que aquel trato funcionara, tendría que ceder.

Se terminó el resto del vino antes de arrojar la copa contra la pared. Se estrelló con un fuerte ruido antes de que los fragmentos se diseminaran por el suelo. La rubia estuvo a punto de dar un salto en el aire al escuchar el sonido.

—De acuerdo, Cane. Acepto tu petición. Pero tengo una condición.

—Te escucho.

—No te la daré. Te la prestaré. Cuando haya pagado la segunda mitad, será mía de nuevo.

Sabía que aquella era la mejor oferta de Tristan. Si no la aceptaba, me permitiría marchar sin cerrar el acuerdo. No

pensaba permitir que se me escurriera entre los dedos, así que le estreché la mano.

—Trato hecho.

ADELINA

—Arriba. —Tristan entró en mi dormitorio, donde estaba encadenada por el tobillo al poste metálico de la cama. En el poco tiempo que llevaba siendo una prisionera, me habían dispensado un trato de todo menos humano. Siempre tenía una cadena alrededor de una de mis extremidades y permanecía todo el día encerrada en mi dormitorio mientras Tristan estaba trabajando. No me daban de comer, y si me entraban ganas de hacer pis, tenía que aguantármelas durante todo el día. De lo contrario, me orinaba en la cama... en la que dormía.

Mi vida era una pesadilla.

No llevaba allí ni una semana, pero ya había olvidado qué se sentía siendo libre. No podía recordar la calidez del sol en mi rostro a primera hora de la mañana. No podía recordar la brisa entre mi pelo. Acababa de llegar a Grecia con Lizzie cuando secuestraron nuestro taxi y nos pusieron sacos sobre la cara. Me habían arrebatado salvajemente mi vida durante mi primer viaje lejos de casa.

Quería morirme.

¿Por qué continuaba resistiendo?

¿Conseguiría salir alguna vez de allí?

No sólo me habían violado docenas de veces, también me habían pegado como a un perro que se negara a obedecer. Me habían dado patadas en las costillas, puñetazos en la cara y pisotones como a un felpudo. Ya no tenía nombre. Ya no era una persona.

No era humana.

Siempre me había imaginado cómo perdería la virginidad. Era con un hombre al que amaba y era precioso. Pero mi primera vez había sido brutal. Se había enterrado en mí con dureza, rompiéndome el himen y follándome mientras yo contenía mis sollozos.

Tristan me fulminó con la mirada.

—He dicho que te levantes.

—¿No ves la cadena que tengo en el tobillo? —Cada vez que me pasaba de lista, me daban un puñetazo en la cara. Pero a estas alturas ya era inmune al dolor, así que a la mierda.

Me agarró el tobillo, tirando de mí hasta el borde de la cama. En vez de un duro puñetazo, me cruzó la cara con el dorso de la mano. La piel me ardió al instante, y supe que tendría la marca de su mano durante el resto del día.

No emití sonido alguno. A él le gustaba saber que me hacía daño, así que yo hacía todo lo posible por ocultarlo. Me había arrebatado mi libertad, por lo que yo me negaba a aumentar la intensidad de sus orgasmos.

Me soltó la cadena metálica del pie y yo oculté mi alivio. Tenía la piel áspera y magullada por la constricción constante. Era imposible ponerse cómoda con el metal siempre clavándose en mi piel. El único momento en que me lo quitaban era cuando él venía a follarme.

Y cada una de las veces, yo sentía náuseas.

—Por última vez, levántate. —Me abofeteó en medio de la cara, golpeándome en la nariz y en los ojos.

Me escocieron los ojos y noté un doloroso pinchazo en la nariz, pero no solté ni un gemido. Me bajé de la cama y me puse de pie, sintiéndome débil por llevar cuatro días sin una comida decente. Mi cuerpo empezaba a entrar en conmoción porque estaba gravemente deshidratada. Una migraña se había apoderado de mi cráneo en cuanto llegué allí.

—Buena chica. Escucha atentamente. —Me agarró de la garganta, aunque era innecesario.

Le aparté la mano.

—Tienes mi atención. No hace falta que me agarres.

Me preparé para lo que venía.

Esta vez, me dio un puñetazo en la cara.

Empezó a sangrarme la nariz, y la sangre me goteó hasta la boca.

Me volvió a agarrar del cuello.

—Te voy a prestar a un amigo durante treinta y un días. Si intentas cualquier truco, será el final de tu amiga Lizzie.

No tenía manera de saber si me estaba diciendo la verdad. A Lizzie podían haberla vendido ya a un psicópata. O peor, a lo mejor ya estaba muerta. Pero si no cooperaba, su muerte estaba garantizada. Él me amenazaba con ello continuamente, obligándome a comportarme como un animal obediente.

—Lo sé.

—Si intentas escaparte, la torturaré primero.

No era la primera vez que profería aquella amenaza.

—¿A quién me vas a dar?

Sin previo aviso, me dio un fuerte puñetazo en el estómago. El aire abandonó mi cuerpo y caí al suelo, demasiado débil para mantenerme en pie.

—Las esclavas no hacen preguntas. —Me agarró del pelo y me arrastró por el suelo de parqué.

Grité e intenté levantarme para aminorar el dolor que sentía

en la cabeza, pero él se movía demasiado rápido. Mechones de pelo se iban soltando mientras él continuaba tirando como si fueran las riendas de un caballo.

Por fin me soltó cuando estuvimos en medio de la entrada. Estaba desnuda a la vista de todos aquellos hombres, sólo con unas bragas. Algunos de ellos se habían turnado para follarme, así que nos conocíamos.

—Arriba.

Esta vez no puse su paciencia a prueba. Me puse de pie, sintiéndome estremecer. El cabello me caía sobre el rostro, por lo que no podía ver a quién tenía delante, pero lo prefería de aquel modo. Quería enterrar la cabeza en la arena y fingir que nada de todo aquello estaba pasando.

Fingí que estaba en casa.

—Te veo en treinta y un días, Cane —dijo Tristan.

¿Cane?

Me aparté el pelo de la cara y miré al hombre que había estado allí justo la noche anterior. Con unos profundos ojos verdes de aspecto tan amable como terrorífico, se erguía cuan alto era llevando una camiseta negra. Lo había visto desnudo, cada centímetro de su masculinidad. Era diferente del resto, porque era atractivo. Tenía una bonita mandíbula, ojos firmes y una barba incipiente que nunca parecía desaparecer. Con más de metro ochenta, era el más alto de todos. También era el único hombre con quien me había topado que me había tratado con algo de amabilidad, así que lo veía de forma diferente al resto. Era el único que entendía el significado de la palabra no. Afirmaba no ser un hombre bueno, y probablemente fuera verdad.

Pero deseaba que no fuera tan malvado como habían sido ellos.

Me pregunté por qué Tristan me estaba prestando a alguien

cuando se había apoderado de mí hacía sólo unos días. Me follaba a todas horas, acudiendo a mi dormitorio durante sus descansos del trabajo. Estaba obsesionado conmigo... aunque tuviera un modo curioso de demostrarlo.

—La quiero en las mismas condiciones en que está ahora... nada de huesos rotos. —Me empujó hacia delante para acercarme a Cane.

Uno de sus hombres me ató las muñecas con una cuerda, aunque estaba claro que me resultaría imposible escaparme. Aunque huyera, no podría vivir conmigo misma si abandonaba a Lizzie. Podría ir a la policía y contarles todo lo que supiera, pero para entonces ya sería demasiado tarde. Estos tíos eran genios de los barrios bajos. Me habían dado a conocer un mundo que hasta entonces había sido afortunada de desconocer.

—Entendido. —Cane se quitó la americana negra, exhibiendo su físico musculado con una camiseta negra ajustada. Me puso el grueso tejido sobre los hombros y me envolvió en la prenda, ocultando mi desnudez a las ávidas miradas de los enfermos pervertidos que me rodeaban.

Era la primera vez que alguien me ofrecía ropa, que alguien me trataba como a un ser humano, en vez de como a un animal. Quise llorar ante aquel gesto, porque significó mucho para mí. No era más que una chaqueta, algo que habría dado por descontado en mi vida anterior. Pero ahora, aquella chaqueta era un chaleco salvavidas en las aguas heladas.

—Consigue mi dinero, Tristan. —Cane me puso las manos sobre los hombros y me condujo hacia la puerta delantera—. Sé que eres un hombre de palabra, pero más te vale no demostrar que me equivoco. —Me condujo al exterior a través de las puertas delanteras y el sol me dio en la cara.

Me paré en seco y cerré los ojos, deseando sollozar ante aquella sensación que tanto había echado de menos. Si mantenía

los ojos cerrados, me sentía realmente libre. El aire olía a las flores frescas del campo y pude reconocer la sal del mar en el aire.

Nada más que un instante de gozo, pero lo fue todo.

Cane me cogió por el codo.

—Muévete.

La dureza de su voz me trajo de vuelta a la realidad. No era libre en absoluto, sino que estaba siendo prestada a un hombre que tenía un trato de negocios con Tristan. Tristan había dicho que tendría que devolverme en treinta y un días.

En treinta y un días, volvería a aquel agujero infernal.

Cane prolongó el contacto a pesar de que yo no necesitaba que me guiara. Podía ver el coche justo delante de nosotros, y no tenía lugar al que escaparme, a menos que saltara por el acantilado y me hundiera en el océano. Y aunque lo hiciera, estaría condenando la vida de mi mejor amiga.

—No me toques. —Me liberé y mantuve un metro de distancia entre nosotros, aferrándome a la chaqueta como si fuera la prenda más bonita que hubiera tenido nunca. Habría cambiado todo lo que tenía en el banco sólo por continuar cubierta de aquella manera. Iba sin zapatos, pero la chaqueta era lo bastante larga para taparme el trasero y la parte de atrás de los muslos.

Cane me miró con frialdad, ya sin demostrar diferencias con el resto de los hombres. Sus ojos verdes no eran inocentes y su mandíbula estaba tensa de irritación. Podría haberme agarrado fácilmente por la nuca y haberme arrojado al suelo, pero no lo hizo.

Sólo por eso ya me parecía un buen tipo.

Llegó al coche el primero y me abrió la puerta del acompañante. Las ventanas estaban completamente tintadas de negro para que nadie pudiera ver el interior una vez cerradas las puertas. Igual que una sombra que ocultaba el sol, se quedó allí

de pie como un nubarrón negro.

Yo no volví la vista a la casa en la que me habían mantenido cautiva. No quería volver a verle la cara a Tristan en mi vida, ni aquella nariz sólida y retorcida, ni ninguna otra parte de su feo rostro. Cuando me follaba como si yo fuera una puta en un burdel, el sudor le goteaba por la frente y me salpicaba en la cara. Mi pesadilla no había durado mucho, pero ya me había jodido seriamente la cabeza. Hasta si lograba escapar, necesitaría una cantidad considerable de terapia para arreglar mi estado.

Me senté en el asiento del acompañante y saboreé el sonido de la puerta al cerrarse. Por fin estaba fuera del alcance de las garras de Tristan. Ya no podría clavarme su erección en la garganta y obligarme a tragarme su semen apuntándome con una pistola en la frente. No podría apuñalarme con un cuchillo para mantequilla mientras me obligaba a verlo cenar muerta de hambre. Cane era un criminal, pero era una alternativa mucho mejor al psicópata que quedaba a mis espaldas.

Cane se metió en el coche y arrancó el motor. Cobró vida y vibró potentemente.

Yo no miré por la ventana. Sólo quería que condujera, que me sacara de allí a toda leche. Me abracé el pecho con los brazos, intentando no temblar. Una marea de lágrimas me abrasaba detrás de los ojos, por lo aliviada que me sentía de dejar atrás aquella pesadilla. Me asustaba el lugar al que me dirigía, pero me daba mucho más miedo quedarme. Me negué a dejar salir las lágrimas delante de Cane. Había aprendido con rapidez que a los hombres les encantaba contemplar el sufrimiento. Nada les gustaba más que verme sufrir y suplicar piedad. Se les empalmaba dentro de los vaqueros.

Así que mantuve toda mi rabia bien encerrada dentro del pecho.

Por fin, Cane pisó el acelerador y nos marchamos.

Gracias a Dios.

Me re Coloqué en el asiento y miré por la ventana, contemplando el bello Mediterráneo que siempre había querido ver. Ahora lo estaba mirando... como una esclava. No llevaba puesto el cinturón de seguridad, porque mi seguridad no me preocupaba. Si Cane se estampaba contra un edificio y nos mataba a los dos, me consideraría una mujer con suerte.

Con mucha maldita suerte.

ENTRAMOS EN LA HABITACIÓN DEL HOTEL DONDE SE HOSPEDABA. A JUZGAR por su maleta en una esquina y por la camiseta que colgaba del respaldo de una silla, llevaba allí algunos días. Era un lugar bonito, definitivamente lujoso y caro.

Yo sabía que tenía mucho dinero. Se advertía sólo en su forma de moverse. Al caer prisionera, había aprendido a observar a la gente en busca de pistas sobre sus comportamientos. Era una estrategia de supervivencia que había aprendido con rapidez.

—Aséate. —Se dirigió al escritorio y se sentó. Su Mac plateado estaba encima, así que lo abrió y lo tocó con el dedo para encender la pantalla—. Yo me ocuparé del vuelo.

Yo esperaba que quisiera follarme en cuanto se cerrase la puerta, pero apenas me había mirado un par de veces, como si no significara nada para él. No me emocioné demasiado por ello. No me habría aceptado en el intercambio si no fuese a utilizarme para algo. Yo no me había duchado desde el día en el que me habían puesto un saco sobre la cabeza y estaba muerta de calor. Me sentía sucia en más de una manera, y la idea de darme una ducha me provocó escalofríos en la columna.

—Gracias...

Él estaba a punto de teclear algo cuando giró la cabeza para

mirarme. Con una expresión inescrutable, sus rasgos daban la impresión de estar esculpidos en piedra.

Yo me di cuenta de lo que acababa de decir, y de lo ridículo que era. Me había rebajado a un nivel despreciable, mostrándome agradecida por la oportunidad de bañarme como un ser humano normal. Era algo que no tendría que haber dicho nunca, y deseé poder retirarlo en cuanto lo dije.

Cane continuó mirándome fijamente con ojos fríos e inexpresivos.

Yo no me sometí a aquella mirada durante más tiempo y me metí en el cuarto de baño. Me puse debajo del agua caliente y cerré los ojos, desprendiéndome por fin de toda la suciedad y la grasa que se habían acumulado debajo de mis uñas y en las raíces del pelo. Me lavé la peor suciedad de todas: los residuos de Tristan.

Me froté fuertemente la piel con una esponja, deshaciéndome de cualquier rastro de haber sido tocada contra mi voluntad. Pero por fuerte que frotara, no podría eliminar las cicatrices y las magulladuras que ahora formaban parte de mi anatomía. Casi todos los golpes estaban amoratados, a veces con un atisbo de amarillo alrededor de los bordes. Los cortes tenían costra, menos los que me había vuelto a abrir constantemente la mano de Tristan... o su navaja de bolsillo.

Me sequé y peiné el pelo con el secador. En cuanto lo tuve limpio me sentí cinco veces más ligera que antes. Me pasé los dedos por el cabello y contemplé mi cara hundida. No llevaba mucho tiempo cautiva, y ya parecía más delgada.

Qué hambre tenía.

Había llegado a un punto en el que estaba tan hambrienta que ya ni tenía apetito. El estómago me gruñía constantemente, hasta que empecé a sentir calambres. A veces no conseguía dormir por lo incómoda que estaba. Pero aquello no era nada

comparado con que te pegaran puñetazos en la cara y después te sodomizaran.

Disfruté de mi soledad en el baño todo lo posible antes de tener que enfrentarme a mi nuevo dueño. Era posible que fuese atractivo y tuviera un lado más amable, al contrario que Tristan, pero yo no era imbécil.

Él era peligroso.

—Sal aquí. —Debía de haber intuido que estaba evitándolo a propósito por todo lo que estaba tardando—. No me hagas pedírtelo dos veces. —Tenía una voz más grave que la de Tristan. Aunque no iba armado, parecía poseer más poder que los otros hombres. Después de todo, Tristan lo necesitaba para algo. Cane no lo necesitaba a él para nada. Podía simplemente coger su mercancía y llevársela a otro comprador.

Respiré hondo antes de abrir la puerta, sospechando que Cane querría follar, ahora que estaba limpia. Lo único que tenía que hacer era bloquear mi mente y desentenderme de lo que le estaba haciendo a mi cuerpo. Si conseguía mantener la calma y pensar en otra cosa, como el sonido de mi música favorita o el de las olas del océano, podría soportarlo.

Salí envuelta en un albornoz que había encontrado, porque no tenía nada más que ponerme. Llevaba días sin cambiarme la ropa interior y la americana descansaba sobre el respaldo de su silla. Me senté en el borde de la cama, y fue entonces cuando advertí la bandeja del servicio de habitaciones descansando sobre la mesa. El olor a patatas fritas llenaba el aire.

El estómago me gruñó como respuesta.

Cane se apartó de la mesa y sacó una silla.

—Come, cariño.

—No me llames así —salté. Daba igual lo hambrienta que estuviese, no quería oírle hablarme como si yo le perteneciera. No quería que fuese cariñoso conmigo, como si fuera una buena

persona.

Cane me fulminó con la mirada.

—¿Preferirías que te llamara esclava? ¿Putas? Cierra la boca ya y come. —Se acercó a la ventana y se metió las manos en los bolsillos—. De nada, por cierto.

No avancé hacia la comida a pesar del hambre que tenía.

—Me dejas ducharme y comer, ¿y eso te convierte en una buena persona?

Él negó con la cabeza mientras miraba por la ventana.

—Definitivamente, no soy una buena persona, cariño. No tardarás mucho en averiguar lo que quiero decir. Te sugiero que comas. Quién sabe cuándo volverás a tener la oportunidad.

Había tanteado las aguas, y hasta ahora, eran bastante turbias. La verdadera naturaleza de Cane todavía no había salido a la superficie. Acepté su oferta y me senté a la mesa. Olí la hamburguesa con queso y las patatas y después procedí a ponerme morada. Comí más rápido de lo que había comido en mi vida, dándome un atracón y haciendo que el estómago me doliera alegremente después de llenarlo a reventar de comida grasienta y llena de calorías.

—Dios... Esto está buenísimo. —No se lo estaba diciendo a Cane. Sencillamente, se me había escapado porque me daba igual estar hablando conmigo misma.

Dejé el plato limpio, rebañando hasta la última miga hasta que sólo quedó un charquito de ketchup sobrante en una esquina. Por embarazoso que sonara, estuve tentada de lamerlo. Conseguí apartar el plato y me limpié la grasa de los dedos con una servilleta. Ahora quería dormir, recuperarme de mi semana en el infierno.

Cane arrojó una bolsa de plástico sobre la mesa.

—Algo de ropa. Póntela. Nos marchamos.

—¿Alguna vez pronuncias una oración completa? —Hablabas

como un cavernícola, comunicando sus pensamientos con las mínimas palabras posibles. Aquello me frustraba, cuando no debería. Aquel hombre acababa de llenarme el estómago con una comida completa, pero yo tenía ganas de morder la mano que me alimentaba.

—Interesante. Pensé que estarías de mejor humor, ahora que estás llena. Entonces supongo que te haré pasar hambre. —Cogió su portátil y lo metió violentamente en la bolsa antes de pasársela por encima del hombro.

Yo abrí la bolsa y encontré ropa interior, unos vaqueros y una camiseta.

Cane se detuvo justo delante de mí, mirándome con intensa irritación.

—Espabila y vístete, o te vestiré yo. ¿Qué prefieres?

Yo no quise provocarlo más por miedo a lo que pudiera hacer. No quería quedarme desnuda delante de él, no ahora que había recuperado algunos de mis derechos. Así que me metí en el baño y me cambié. Cuando lo hube hecho, me contemplé en el espejo y no me pude creer lo normal que era mi aspecto. Me toqué la cara y sentí la piel suave, ahora que la había frotado a fondo. No parecía una mujer que hubiese sido torturada y golpeada. No parecía alguien a quien hubieran violado docenas de veces. No parecía una esclava.

Parecía yo.

CANE

—No corras. —El taxi paró frente a la terminal. Estaba sentada junto a mí en el asiento de atrás, en silencio, como debía estar—. Si lo haces, te arrepentirás. —Le daría una paliza de muerte si me obligaba a ello. No estaba por la labor de que me arrestaran y me metieran en la cárcel por retener a una víctima. No sólo pondría mi vida en peligro, sino también mi negocio. Una vez que entrabas en prisión, nadie volvía a confiar en ti. Nadie podía estar seguro de que no llevabas un micrófono de la policía.

—No voy a correr. —Al contrario que antes, hablaba con tono aburrido. Ahora que estábamos en la entrada del aeropuerto, había cambiado el chip. Hacía sólo treinta minutos, poseía fuego y una actitud agresiva. Ahora estaba pasiva, actuando exactamente como una esclava.

Me sorprendía que se sometiera tan voluntariamente, especialmente después del tratamiento al que acababan de someterla. Esperaba de ella que gritase a pleno pulmón hasta que alguien la ayudara. Sinceramente, la respetaba algo menos por no intentarlo.

Nunca podría respetar a alguien que se rendía.

El aeropuerto estaba lleno de cámaras y guardias de

seguridad. No había un lugar mejor en todo el mundo para intentar escapar. Me superaban en número y no tenía por dónde escaparme. Si alguna vez me casaba, le diría a mi mujer que se pusiera a gritar como una loca si alguien la agarraba algún día.

Entramos en el aeropuerto y pasamos por el control de seguridad. Ya estábamos en la terminal y ella no había dicho ni pío. Miraba fijamente el inmenso ventanal, contemplando cómo preparaban nuestro avión para despegar. Ahora que estaba aseada y llevaba ropa limpia, tenía un aspecto exquisito.

Intenté no quedarme mirándola.

Estaba ansioso por tenerla en mi cama, a solas en mi casa, donde podría hacer todo lo que quisiera. No quería limitarme a comérselo y correrme sobre sus pechos. Quería clavarle mi enorme miembro y tomarla como más me apeteciese. Quería sacar partido al dinero que representaba el trato de Tristan. Quería conquistar a aquella belleza y hacerla mía por completo.

Cuando subimos al avión, seguía igual de pasiva. Era una contradicción directa con su personalidad. Se había puesto insolente cuando le había dado de comer y había permitido que se duchara, pero cuando realmente importaba, no daba la cara por sí misma. Detecté al menos tres vías diferentes de huida, pero ella no pareció fijarse ni siquiera en una.

¿Qué le pasaba?

Ocupamos nuestros asientos y en breve estábamos en el aire. Ella estaba sentada, completamente quieta y con los ojos clavados en el asiento que tenía delante. Estaban poniendo una película de Disney, y ella la veía sin sonido.

Lo inesperado siempre me había puesto paranoico. Mantenía los ojos bien abiertos y el oído atento. Aquella mujer parecía inofensiva, pero cuando se trataba de la necesidad de sobrevivir de alguien, lo inofensivo no existía. Cuando conocí a Pearl, me había apuñalado sin pensárselo dos veces.

Pensar en mi cuñada hizo que me sintiera culpable por lo que estaba haciendo. Quería mucho a Pearl y odiaba todo lo que había sufrido. Lo que le había hecho era imperdonable, pero ella me perdonó por todo lo que quería a mi hermano. Aquella había sido la primera vez que había sido testigo de un verdadero acto de amor. Me hizo preguntarme si realmente habría por ahí algo de esperanza para todos nosotros.

Pero ahora tenía mi propia esclava, una mujer inocente a la que le habían arrebatado su antigua vida. Despojada de todos sus derechos, recibía un trato no mejor que el dispensado al ganado. La mataban de hambre y la golpeaban, pisoteándola como si fuera basura.

Y ahora su captor era yo.

Sabía que lo que estaba haciendo era incorrecto, pero aquello no me impedía hacerlo. Mi necesidad de poseerla anulaba mi buena conciencia. Mi única justificación era el hecho de que yo no era tan malo como Tristan y el resto de sus hombres. No la mataría de hambre, ni la haría sangrar sólo porque sí.

Aquel no era mi estilo.

Llegamos a Florencia unas horas más tarde. Había hecho que me llevaran el coche al aparcamiento, y cuando estuvimos en el interior, volvimos a mi apartamento, en un extremo de la ciudad. El sol se había puesto y la ciudad estaba en penumbras. Sólo las luces de las ventanas y las escasas farolas iluminaban el camino. Mi apartamento estaba en el último piso de un antiguo edificio. Hasta que mi nueva casa estuviera lista, aquello tendría que bastar.

En cuanto llegamos a Florencia, sus ojos se lo bebieron todo. Tenía la cara apretada contra la ventanilla del coche mientras veía los edificios pasar. Probablemente nunca hubiera estado en Italia, a juzgar por su reacción.

Atravesamos las puertas y subimos al tercer piso. La niebla se

había asentado sobre la ciudad, por lo que no se veían las laderas verdes de las colinas a lo lejos. Metí la llave en la cerradura y entramos en mi espacio personal, el lugar al que llamaba mi hogar.

Ella entró en la sala de estar y se quedó de pie totalmente quieta, como si estuviera esperando que le dieran permiso para tocar algo.

Cuando Pearl se convirtió por primera vez en esclava de Crow, estaba obsesionada con escaparse. Combatía con él con uñas y dientes, y también con aquella actitud desafiante. Pero no daba la impresión de que tuviera que preocuparme por esta chica. No estaba buscando las salidas, ni el cajón de los cuchillos.

Qué fastidio.

—Vivo aquí hasta que mi nueva casa esté lista.

Se cruzó de brazos, con aspecto de tener frío con la camiseta y los vaqueros.

—¿Tienes otra casa?

—Me la acabo de comprar. Ya casi han terminado de amueblarla. —Ver a mi hermano vivir en paz alejado de la ciudad me había hecho ansiar la misma privacidad. No necesitaba un viñedo ni olivares. Pero quería mirar por la ventana y no ver a un alma en kilómetros.

Quería estar solo.

—Entonces, ¿dónde me voy a quedar yo?

—En casa. —A lo mejor ahora parecía dócil, pero podía cambiar de actitud en cuanto se pusiese cómoda. Estar tan cerca de otros vecinos, incluyendo la comisaría a sólo unos kilómetros, hacía que su cautiverio fuese un asunto delicado.

Recorrí el pasillo y entré en uno de los dormitorios de invitados. Tenía una cama de matrimonio, dos mesillas de noche, una cómoda y una gran ventana con unas vistas magníficas a la catedral, que se alzaba al otro lado de la calle.

—Tú dormirás aquí.

Con los brazos delante del pecho, entró e inspeccionó el cuarto. No mostró ninguna reacción ante su alojamiento. Dobló las rodillas junto al borde de la cama y se sentó en ella, probando su firmeza.

Cada vez que la veía cerca de una cama, sólo pensaba en una cosa.

—El médico estará aquí en un segundo, así que no te pongas cómoda.

—¿El médico? —soltó, inclinando la cabeza. Se frotó los brazos con las manos—. Los golpes desaparecerán solos. No hace falta que te preocupes por ellos.

—Nunca he dicho que lo estuviera. —Cerré la puerta y volví a la entrada. Me empezó a sonar el móvil en el bolsillo, así que lo saqué. Cuando vi el nombre de Crow en la pantalla, supe exactamente para qué me llamaba. Sabía del trato que había hecho, pero en la cuenta faltaban millones de dólares.

¿Cómo iba a explicar aquello?

—Ey, acabo de llegar a la ciudad. Te llamo por la mañana.

—¿Ya has vuelto? —preguntó sorprendido mi hermano—. ¿Por qué has vuelto pero nuestra cuenta está vacía?

—No te preocupes. El dinero está en camino.

—¿Que no me preocupe? —dijo furioso—. Cane, ¿qué coño está pasando? Bran me acaba de decir que ha recibido instrucciones de preparar el pedido, pero no veo los fondos por ninguna parte. Así que cuéntame lo que está pasando, antes de que te mate.

El médico llamó a la puerta.

—Crow, relájate, ¿vale? Lo tengo controlado, no te preocupes.

—No lo parece. Yo...

—Me tengo que ir. —Le colgué y puse el teléfono en silencio—.
Hola, Dr. Pias. Gracias por pasarse.

—Por supuesto. ¿Dónde está?

—Sígame. —Entré en el dormitorio de invitados donde la había dejado hacía unos minutos—. Quítate la ropa. El Dr. Pias te va a examinar.

—¿Examinarme para qué? —Aquel respetable fuego crepitó una vez más.

—Se va a asegurar de que Tristan no te haya contagiado nada. Porque cuando te folle, no me pienso poner condón. —Me hice a un lado para que el Dr. Pias pudiera dejar su bolsa y ponerse a trabajar. Le pagaba una enorme cantidad de dinero para que se ocupara de ello sin divulgar mis secretos por ahí. Aquella privacidad valía hasta el último centavo.

Su rostro palideció al instante al escucharme hablar de ella con aquella frialdad. Sus rodillas se apretaron juntas de forma automática, y se tensó en cuanto el Dr. Pias se acercó a ella.

—No voy a desnudarme ni a abrirme de piernas por nadie. Si esperas que se haga algo, tendrás que obligarme.

—Estaba deseando que dijeras eso. —Me acerqué con rapidez a la cama y la empujé hasta que estuvo tumbada de espaldas sobre el colchón. Le sujeté los brazos por encima de la cabeza y apliqué todo mi peso sobre sus muslos para reducir la movilidad de sus piernas.

Sus ojos adquirieron un brillo asesino. En aquel momento me odiaba más que en cualquiera de nuestros encuentros anteriores. Echó el cuerpo hacia delante, pero no logró moverse ni un centímetro bajo mi considerable peso. Intentó deshacerse de mis manos, pero aquello tampoco lo consiguió.

Me deslicé hacia su estómago mientras el Dr. Pias le quitaba los vaqueros y el tanga, y comenzaba el examen.

Le miré la cara y vi cómo aumentaba su enfado. Si hubiera tenido una pistola, me habría disparado al momento.

Y yo la habría respetado por ello.

—Maldito hijo de puta.

—¿Soy un hijo de puta por querer asegurarme de que no tienes nada? Deberías agradecerme.

—¿Debería agradecerte que te asegures de que estoy limpia antes de violarme?

La palabra violación no me excitaba. Por un momento, mi necesidad de poseerla se atenuó en respuesta al fuerte término que había utilizado. Yo no veía así la situación. Otra persona la había secuestrado y le daba palizas. Yo simplemente la tenía en préstamo durante un breve periodo de tiempo. Aquí el malo no era yo... al menos no del todo.

—Deberías agradecerme que me preocupe por la limpieza. Si me estoy asegurando de que tú no tengas nada, es evidente que yo no lo tengo.

—Oh, qué detalle. —Inspiró y después me escupió en la cara.

Permití que gotease hasta su cuello, sin moverme para limpiármelo. Mantuve su cuerpo firmemente en su sitio para que no pudiera sabotear el examen del médico.

—¿Quieres que te haga daño? Es lo que parece.

—Tristan me quiere en las mismas condiciones en que me fui. Así que no me puedes hacer una mierda.

—Ah, ¿en serio? —Ahora deseaba cruzarle la cara hasta que llorase—. Conozco muchísimas formas de torturar a alguien sin dejarle marcas. Y estás a punto de descubrir cómo.

Aquello hizo disminuir su resistencia, entrecortando su respiración mientras su imaginación se desbocaba.

El Dr. Pias por fin terminó y recogió lo que necesitaba.

—Dame unas cuantas horas y te haré saber lo que encuentre.

—Gracias. —Me levanté de encima de ella y lo acompañé hasta la puerta. Le pagué por sus servicios en efectivo y después cerré la puerta con llave a su espalda.

Cuando volví al dormitorio, ella se había puesto el tanga y los vaqueros, ocultando su desnudez de la vista. Ahora que se había

ido el médico, se mostraba más dócil. No tenía la misma agresividad que hacía unos minutos. Pero todavía me miraba con puro odio.

Me recosté contra el marco de la puerta mientras consideraba qué hacer con ella. Quería tirármela, pero aquello no sería posible hasta dentro de unas cuantas horas. Mi boca había saboreado su succulento sexo, y ahora estaba ansioso por que ella me probara a mí.

—Quítatelo todo menos el tanga. Ahora. —Ya me estaba imaginando su saliva goteándole por la barbilla y salpicando en el suelo. Las lágrimas le ardían en los ojos y después resbalaban por sus mejillas. Quería follarme su garganta hasta despellejársela.

Ella permaneció en la cama, defendiendo su terreno. Tenía los brazos alrededor de la cintura, como un muro.

—No.

—¿No? —Era una estúpida si pensaba que pronunciar aquella palabra no traería repercusiones.

—No. —Esta vez sonó más firme—. No voy a hacer nada.

Avancé por la habitación, sintiendo cómo me empalmaba en los vaqueros. Cada vez que se enfrentaba a mí, me excitaba. Pero siempre que se mostraba cooperativa, aquello también me ponía... aunque de un modo diferente. Con ella no había manera de equivocarse.

—Hazlo o te obligaré a hacerlo. —Me detuve a un par de metros de ella—. Te vas a poner de rodillas y me la vas a chupar. Y además te va a gustar.

—Que te jodan.

Aquel familiar estremecimiento me recorrió la espina dorsal.

—No sé si eres muy estúpida o muy valiente.

—Ninguna de las dos cosas. Es simplemente que sé que eres mejor que esos otros cabrones. Sé que no me obligarías a hacer

nada.

Me estaba viendo el farol... algo que resultaba peligroso.

—Sé que tienes corazón. De otro modo, me habrías follado cuando entraste en aquella habitación.

—¿No se te ocurrió pensar que a lo mejor me preocupaba que pudieras pegarme algo?

—Tenías un condón.

—Sigue siendo arriesgado.

—No, simplemente me escuchaste. Dije que no, y tú escuchaste. —Mi enfado se atenuó bajo su mirada. Al hablar, aumentaba su confianza. Se convencía a sí misma de que todo lo que decía era verdad—. Así que no te tengo miedo.

Ella me arrinconó sin otra cosa que sus palabras, y ahora debía demostrarle que se equivocaba. Tenía que cruzarle la cara, igual que hacía Tristan. Darle un puñetazo tan fuerte que le rompiera el pómulos. Tenía que hacerle desear estar de vuelta con Tristan, porque yo era mucho peor.

Mi mano salió disparada hacia su cuello y la agarré firmemente, cortando su suministro de aire lo bastante para que le costase respirar. Le dediqué la mirada más fría que pude conjurar, adoptando la apariencia del propio Satán.

Ella no levantó las manos a mis muñecas, dejándolas sobre sus muslos. Tenía los ojos clavados en los míos mientras controlaba su pánico. No cedió al miedo, aunque no le permitía respirar del todo.

Yo la desafiaba, pero ella me devolvía el desafío.

Apreté más, esta vez cortándole el aire por completo.

Ni siquiera así me agarró.

Estábamos cara a cara, esperando a que el otro cediera antes. Todo lo que tenía que hacer era golpear con mi puño de hierro. Le había dado puñetazos a mucha gente. Casi había matado a Pearl sólo por estar en el lugar incorrecto, en el momento equivocado.

Si hubiera conocido a esta mujer hacía tan solo un año, en estos momentos estaría suplicándome piedad.

Pero no podía hacerlo.

No podía hacerle daño.

Dejé caer la mano y retrocedí, avergonzado porque hubiese ganado el encuentro.

Se agarró el pecho tosiendo y recuperando la respiración.

Demasiado cabreado para mirarla, salí como una tromba, cerrando la puerta de un portazo a mis espaldas. Activé el sistema de alarma del apartamento todavía empalmado y después me fui a la cama. A pesar de mi erección, no me apetecía masturbarme.

Estaba demasiado enfadado.

Había sido más lista que yo, y no me hacía ninguna gracia. Lo único que tenía que hacer para nivelar la balanza era hacerle tanto daño que no pudiera caminar, pero ninguno de los huesos de mi cuerpo cooperaría con aquella decisión. Me apetecía acción, pero no si para ello tenía que hacerla sangrar.

Era un puto cobarde.

No me debería importar su bienestar. Hacerle daño me tendría que dar totalmente igual. Era lo bastante estúpida para haberse puesto en una posición vulnerable para ser secuestrada en primer lugar, así que a la mierda con lo de ser un tío amable.

Me metí en la cama y me subí las mantas hasta la cintura, todavía empalmado debajo de las sábanas. Lo único en lo que podía pensar era en la bella morena que había al otro lado del pasillo con un sexo que sabía a droga dura. Me sería muy fácil salir a escoger a otra mujer para solucionar mi problema, pero no quería a otra mujer.

La quería a ella.

Y ni siquiera sabía su nombre.

PEARL

Supe que Crow estaba cabreado en cuanto entró por la puerta.

—Es un maldito pedazo de mierda, le voy a meter una bala justo entre los putos ojos. —Lanzó la chaqueta sobre el respaldo de la silla, pero falló por un par de metros, así que se cayó al suelo.

No importaba lo rico que fuese. Los trajes caros como aquel no debían estar en el suelo. Dejé mi diario y recogí la prenda. Alisé las posibles arrugas y la coloqué sobre la silla, de donde Lars se la llevaría después.

Crow se quitó los zapatos de una patada y tironeó de la corbata. Sus movimientos eran bruscos y erráticos.

—He querido matarlo muchas veces en mi vida, y esta es una de ellas. Quiero partirle el cuello y convertirlo en una gallina de goma.

Fui recogiendo el resto de sus prendas como la buena esposa que era.

—Bueno, ¿de quién estamos hablando?

—De ese pedazo de mierda. Sabes exactamente de quién.

—¿Lars? —bromeé.

El humor de Crow mejoró sólo ligeramente. La comisura de su

boca se elevó en una sonrisita que volvió a desvanecerse con rapidez al volver su enfado como si nunca hubiera desaparecido.

—El trato está hecho, pero nos falta la segunda mitad del dinero. Le pregunté a Cane al respecto anoche, y ese caraculo me colgó el teléfono. Lo he vuelto a llamar tres veces hoy y no ha contestado.

—Hmm... No es propio de él.

Crow salió a la terraza y se desabrochó los botones de la camisa.

Aquella era mi parte favorita del día. Normalmente se quedaba en bóxers, revelando su físico bellamente cincelado, y una cosa daba paso a la otra antes de terminar juntos en la cama... y nuevamente en la ducha.

Arrojó la camisa hacia una silla diferente y después su mirada se perdió entre los viñedos, que llegaban hasta la ladera de la colina. Se metió las manos en los bolsillos y se irguió cuan alto era mientras contemplaba todas sus posesiones.

—Cuando se trata de trabajo, suele tenerlo todo perfectamente controlado. Por eso confío en él. Pero ahora... no tengo ni la menor idea de lo que está pasando.

—¿Quieres que hable con él? —Me acerqué a sus hombros y empecé a depositar besos en las estrías de los músculos. Por más que me importaran las quejas de mi marido, en ese momento sólo tenía una cosa en la mente. En mi defensa he de decir que cuando yo me quejaba de algo, él tampoco me escuchaba. Estaba demasiado ocupado quitándome las bragas.

—No. Yo me ocupo de él. —Eché una ojeada a su reloj—. Voy a pasarme por el centro de operaciones para hablar con él cara a cara. Me está ocultando algo. Lo sé. —Se dio la vuelta y sacó una camiseta del cajón superior de su cómoda.

—Ey, baja el ritmo. —Le arrebaté la camiseta de la mano y me apreté contra él—. ¿Qué tal si pasas algo de tiempo de calidad con

tu esposa antes de salir disparado otra vez?

Su mirada se intensificó mientras consideraba la oferta.

—Me encantaría, Botón. Pero tendrá que esperar.

—¿Me vas a dejar con las ganas? —pregunté con incredulidad. Habitualmente era él el que no podía quitarme las manos de encima. Tenía que darle cachetes cuando intentaba meterme mano delante de Lars—. ¿Te vas a trabajar todo el día, y luego te marchas sin satisfacer a tu mujer? —Sabía que aquello lo haría reaccionar.

—Botón, estamos hablando de mi negocio. Puedo compensártelo cuando llegue a casa más tarde.

No se trataba sólo del sexo. Me pasaba todo el día echándolo de menos y ahora iba a volver a marcharse. No tener trabajo o alguna afición estaba empezando a atacarme los nervios.

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto que no. —Se volvió hostil, como si acabara de pedirle algo disparatado—. Volveré en unas horas. Te las arreglarás.

—¿Me las arreglaré? —solté.

Salió del cuarto cogiendo su cazadora marrón de cuero por el camino. Cuando se trataba de negocios, se convertía en un dictador, olvidándose de todo lo demás y permitiendo que el resto pasara a un segundo plano.

—Crow, ya he estado allí.

—En circunstancias muy diferentes. —Bajó las escaleras delante de mí, sin aminorar la marcha para tener aquella conversación—. De todas formas, te aburrirías.

—Si este es tu negocio, también es mi negocio. Estamos casados, ¿recuerdas? —Llegué a su altura cuando ponía el pie en el piso inferior.

—Da igual. No es seguro.

—Me saqué un cuchillo de debajo de los puntos y maté a

Bones...

—No pronuncies ese puto nombre en mi casa. —Crow se volvió hacia mí y me agarró del codo. Sus dedos se hundieron con violencia en mi piel y su mirada agresiva se clavó fijamente en la mía. Nunca lo había visto así de furioso—. Te lo he pedido varias veces, pero tú nunca me escuchas. Escúchame ahora.

Yo me retorcí para liberarme.

—Nuestra casa.

—Haz lo que te digo y ya está. —Volvió a darse la vuelta.

—Sé defenderme. Y estamos hablando de tus hombres. No me van a hacer nada.

—No quiero que otros hombres te miren. En un tiempo todos quisieron follarte.

Nunca olvidaría la primera vez que había llegado a aquella base. Crow me convenció de que le permitiera ponerme una inyección para dormirme y poder llevarme a su casa. Yo había aceptado su oferta porque lo prefería a los otros. Si hubieran tenido la oportunidad, me habrían hecho cosas horribles.

—Dales la oportunidad de verme de un modo diferente. Y si no lo hacen, les daré con gusto una patada en los huevos.

Crow no dejó de caminar en dirección a la puerta delantera.

—Quédate, Botón.

—No soy un perro, gilipollas.

Crow apretó los dientes y se volvió para mirarme.

—Tengo prisa y me estás retrasando. No quiero que vengas y es una decisión definitiva.

—Tú no eres el que toma las decisiones en esta casa. Las tomamos juntos.

Se pasó la mano por la cara, sin poder ocultar su enfado por más tiempo.

—¿Por qué tienes tantas ganas de venir?

—Porque estoy todo el santo día encerrada en esta casa sin

nada que hacer. Quiero hacer algo.

—Pues sal a correr. Aprende jardinería. Me importa una mierda.

—Quiero ser productiva. Quiero trabajar.

—Mi mujer no trabaja.

Aquella conversación no estaba yendo a ninguna parte. Ahora era yo la que quería pasarse las manos por la cara.

—Lo digo en serio, Crow.

—Estoy seguro de ello. Pero ahora no es el momento de tener esta conversación.

—Podemos tenerla en el coche de camino allí.

Crow terminó por ceder.

—De acuerdo. Mantente pegada a mí en todo momento. No te vayas por ahí. Lo digo en serio.

—Lo sé.

Entramos en el coche y nos alejamos conduciendo de los campos toscanos para adentrarnos en la ciudad. Crow conducía deprisa, adelantando a los coches que estaban dando un relajado paseo por la carretera comarcal. No había encendido la radio y agarraba el volante con fuerza, claramente enfadado.

—Tengo una pistola de sobra para ti. ¿Te acuerdas de cómo se usan?

Yo no era idiota.

—Sí.

—Bien.

—Tú vas constantemente a la base. No es peligrosa.

—Tienes que estar siempre preparada. —Solía posarme una mano en el muslo, pero ahora la tenía en la palanca de cambio.

—Bueno, pues estaba pensando en conseguir trabajo en Florencia. He mirado por Internet y hay algunas ofertas para ingenieros. —Sabía exactamente cuál sería la reacción de Crow, pero aquella era una conversación que debíamos mantener. Si

me quedaba todo el día en casa, terminaría gorda y aburrida.

Crow se volvió hacia mí, apartando los ojos de la carretera. Su reacción era la misma, pero tenía la mirada oscurecida por la irritación. No le hacía falta decir nada para comunicar su ira.

—Botón, acabamos de hablar de ello. No me siento tranquilo con que conduzcas a Florencia todos los días para ir a trabajar.

—Bueno, pues yo necesito hacer algo. Lars está hasta molesto conmigo.

—Bueno, es que eres bastante molesta.

Sabía que no lo decía en serio, así que lo ignoré.

—Limpio por la casa, corro entre los viñedos, nado en la piscina y leo todos los días. Me estoy quedando sin cosas que hacer. Necesito algo, Crow.

—En la base no vas a hacer nada nunca, así que eso queda descartado.

—¿Y qué hay de la bodega?

Volvió a mirar a la carretera.

—No sabes nada sobre vino.

Aunque aquello fuese verdad, no pude ocultar mi emoción.

—Qué lástima no conocer a nadie que me pueda enseñar...

Su frustración se hacía cada vez más evidente.

—Quiero que te quedes en casa. Así es como hacemos aquí las cosas. La costumbre es que los hombres trabajan y las mujeres se quedan en casa.

—Chorradas. Esa era la costumbre hace cincuenta años.

—Eso no cambia mis sentimientos al respecto. Quiero que mi mujer esté bien cuidada. Quiero que estés sentada tranquilamente poniéndote gorda todo el día.

Me reí.

—Créeme, eso no es lo que quieres.

—Botón, entiendo tu punto de vista, pero no veo que vaya a funcionar.

—Entonces tiene que ser algo en las bodegas.

—Sólo me distraerías durante todo el día.

—No lo haría —discutí yo—. ¿Qué te parecen las visitas de las catas de vinos? Deja que me ocupe de eso.

—Te lo repito, no sabes nada de vinos.

—Pues entonces enséñame —argumenté—. Haz que me enseñe uno de tus empleados. Creo que sería divertido.

—No sabes hablar italiano —me recordó él.

—Pero casi todos los italianos hablan inglés. Y la mayoría de los turistas hablan inglés.

Crow adelantó otro coche, acelerando para llegar a la base.

—Si te dejo hacer esto, ¿dejarás de darme la lata?

Sonreí.

—Sí.

—Entonces estás contratada.

Yo lancé el puño hacia arriba.

—Qué emoción. ¿Quieres que compartamos coche?

La comisura de la boca se le elevó en una sonrisa.

—Pues claro. Más te vale pagar tu parte de la gasolina.

—Con mi trabajo, creo que puedo permitírmelo.

—Ambos sabemos que no vas a pagar con dinero.

AL LLEGAR A LA BASE, CROW SE VOLVIÓ HACIA UN SOLDADO. CUANDO ME había rescatado de los hombres de Bones, les había cortado el cuello a todos los supervivientes en medio de una calle de Roma. Adoptó la misma presencia endurecida ahora.

—¿Dónde coño está Cane? —Se precipitó al interior, dejando atrás a los hombres mientras hablaban en la entrada.

Yo lo seguí, sintiendo a sus hombres contemplarme exactamente como Crow había dicho que harían.

—¿Algún problema? —le pregunté a uno que ni siquiera se estaba molestando en disimular sus miradas. Me miraba de arriba abajo, como a una mujer que estuviera a la venta.

Se dio la vuelta con rapidez en cuanto le llamé la atención.

Crow estaba demasiado absorto en su conversación para darse cuenta.

—Bran, ¿dónde está?

—Hoy no ha venido —dijo Bran en mal inglés. Hablaba con mucho acento italiano—. Está mudándose a su nueva casa.

—¿Cómo? —preguntó Crow sorprendido—. ¿Has hablado hoy con él?

—Esta mañana —respondió Bran.

—Puto gilipollas. ¿Qué pasa con el envío? Cane dio el visto bueno a la entrega de las armas, pero no ha habido ningún depósito de dinero.

Bran se encogió de hombros.

—Cane me dijo que enviara el pedido. Es todo lo que sé.

—Virgen Santa. —Crow se acercó a una mesa que tenía un teléfono fijo. Marcó el número de Cane y se puso el auricular junto a la oreja. Debió de saltarle el buzón de voz de Cane, porque colgó estrellando el auricular contra la base—. ¿Dónde está su casa nueva, Bran?

Bran se volvió a encoger de hombros.

—No tengo ni idea, lo siento.

Crow se quedó de pie con las manos en las caderas, pareciendo calmado a pesar de la ira que le ardía en los ojos. Aquella era la manera más fácil de interpretar su estado de ánimo, asomándose a las ventanas de su alma. Cuando me hacía el amor, podía ver la profundidad de sus sentimientos con solo mirarlo. Ahora mismo, quería hacer arder el lugar entero.

—Tendré que darle caza, entonces.

ADELINA

Era la primera vez que dormía toda la noche de un tirón.

Tristan no me había despertado en mitad de la noche para echarme un polvo. El estómago no me rugía de hambre. No me daba miedo que Cane irrumpiera por la puerta sólo para estrangularme. Cuando había cerrado los ojos, no se habían vuelto a abrir. Había dormido mejor que en mucho tiempo.

Al despertarme a la mañana siguiente, el sol entraba por la ventana que había junto a mi cama. Podía ver la catedral en toda su gloria, reluciendo bajo la luz del sol. Sus ventanales de vidrio tintado parecían aún más gloriosos que la noche anterior.

Nunca había planeado visitar Italia, pero ahora que estaba aquí, me daba cuenta del tesoro que era. Podía ver los campos a lo lejos, las hojas de las viñas colgando de las parras. Las personas caminaban por las calles empedradas con su café matutino en la mano. Había algo en aquella atmósfera que adoré. Todo se movía a un ritmo pausado. La gente no parecía tener prisa por llegar a ningún sitio, como sucedía en Estados Unidos.

Si no hubiera sido una cautiva, probablemente me habría llenado de alegría levantarme una mañana tan bonita.

Me habría quedado todo el día en mi dormitorio para evitar a

Cane, pero tenía muchas ganas de hacer pis. Además, estaba hambrienta. La noche anterior me había demostrado que no me equivocaba sobre su carácter. No era un monstruo como los otros. Es posible que fuera algo brusco, pero había ciertos límites que no traspasaría. Tenía un corazón dentro de aquel pecho suyo duro como una piedra. Quizá fuese pequeño, incluso inapreciable, pero estaba allí.

Tenía suerte.

Mi estancia con Cane sólo duraría treinta y un días, pero agradecía el respiro. Para mí eran prácticamente unas vacaciones. No me sodomizarían en mitad de la noche mientras sollozaba contra las sábanas. Podía comer siempre que quisiera. Podía utilizar el cuarto de baño como un ser humano.

Era un sueño hecho realidad.

Entreabrí la puerta y eché un vistazo al pasillo. No escuché ningún sonido en el apartamento, así que quizá estuviera aún durmiendo. Entré en el baño, hice mis cosas y me lavé la cara en el lavabo. Me había duchado el día anterior, pero me seguía pareciendo un gran privilegio poder salpicarme la cara con agua fría.

Retrocedí hasta la sala de estar y me aventuré en la cocina. Cane estaba sentado en la mesa del comedor con el portátil y papeles diseminados a su alrededor. También había una curiosa jeringuilla justo a su lado.

Yo no estaba segura de que hubiera advertido mi presencia. Si no lo había hecho, intentaría volver a desaparecer. Después de la noche anterior, cualquier interacción habría resultado embarazosa. Me tenía que quedar un mes con él, así que debía sacar el máximo partido de ello... aunque no parecía haber demasiadas posibilidades.

—Come. —No apartó los ojos de su trabajo—. Te he preparado algo. Siéntate.

Advertí que había un plato a su lado, dos huevos revueltos, dos trozos de beicon y tostadas.

—El café está sobre la encimera. Eso no pienso hacerlo por ti.
—Dio un sorbo a su taza y empezó a teclear.

Yo no recordaba la última vez que había tomado café. Aquello sonaba increíblemente delicioso. Me serví una taza y le puse un poco de leche antes de sentarme. En cuanto puse el culo en la silla, me clavó la aguja en el brazo y presionó el émbolo. La aguja se introdujo y me implantó algo justo debajo de la piel.

—¿Qué cojones es eso? —Aparté rápidamente el brazo y observé la minúscula gota de sangre que se había formado en la herida.

—Un rastreador. —Volvió a su ordenador como si nada hubiera sucedido.

—¿Un rastreador?

—Sí. Tengo un amigo que utiliza uno. Lo recomienda sin dudar.

—¿Tienes muchos amigos que retienen a mujeres en contra de su voluntad?

Sonrió como si fuera un chiste.

—Sólo mi hermano.

—Es asqueroso. —Mis ganas de tomar café habían desaparecido, pero me lo bebí de todas maneras. Cane me cabreaba, pero era tolerable. Podía sentarme en la mesa del comedor y comer como un ser humano. Me trataba con más dignidad y respeto que los otros hombres con los que me había cruzado desde mi captura en Europa. Pero me negaba a mostrarle un respeto excesivo, porque si de verdad fuese una buena persona, se ofrecería a ayudarme.

Pero no lo hizo en ningún momento.

—¿Soy asqueroso, entonces? —preguntó—. ¿Qué tal si te tiro la comida al suelo? A ver quién es el asqueroso entonces.

Comería directamente del suelo. Me daba igual.

—Hazlo. La comida es comida.

Por fin me miró, pareciendo interesado por mis palabras. La noche anterior no se había afeitado, así que tenía la barba un poco más poblada. Tenía una mandíbula bonita, del tipo que se ve en las películas y la televisión. También tenía los dientes bonitos, perfectamente rectos y blancos. Su pelo castaño oscuro parecía casi negro, y lo llevaba corto y pegado a la cabeza. Pero si pasaba mis dedos por él, estaba segura de que sería lo bastante largo para poder jugar con él.

Debería haber dejado de mirarlo a los ojos, pero no lo hice. Decidí mirar aquellos ojos verdes y maravillarme ante lo bonitos que eran. Ojos como aquellos no se daban en todas las generaciones. Realmente tenía algo especial, algo único. Me pregunté si su hermano compartiría aquellas características.

—¿Por qué necesitas una esclava, si puedes conseguir a la chica que quieras? —No tenía derecho a preguntarle nada, pero dado que me imponía su compañía, sentía curiosidad. Realmente, no me necesitaba para nada. Era rico y atractivo. Podía ligar con cualquier chica en un bar y lograr que se quedara en su casa durante el fin de semana.

—Conseguir a cualquier chica que quiera, ¿eh? —preguntó mientras volvía a centrar la atención en su ordenador—. Gracias por el cumplido, pero no es cierto.

—Lo dudo. —Si ella desconocía sus actividades criminales, no tendría ningún motivo para desconfiar. Si yo lo hubiera conocido en otras circunstancias, probablemente habría aceptado salir con él. Hasta puede que hubiera tenido premio al final de la velada.

—A ti no te puedo conseguir, ¿no? —No habló con amargura, sólo con calmada sinceridad.

—Pues... —Como no pude pensar en nada mejor que decir, bebí café. Cuando había entrado en mi cuarto y me había

apretado la cara entre las piernas, había sido la primera vez que me había ardido la sangre. Su lengua contra mi clítoris me produjo placer. Ninguno de los hombres de Tristan se había molestado en intentar proporcionármelo. Todo lo que hacían era intentar que me derrumbara para poder excitarse con mis lágrimas.

Él cambió de tema cuando la conversación llegó a un punto muerto.

—Esta tarde hago la mudanza a mi nueva casa. Estaremos allí unos cuantos días hasta que te devuelva a Tristan. Ahora mismo tengo demasiadas cosas que hacer para volver a montar en un avión.

Estaba a punto de beber café cuando me di cuenta del significado de sus palabras.

—¿A qué te refieres con lo de devolverme a Tristan?

Permaneció en silencio durante un buen rato mientras terminaba de leer algo en su ordenador. No parecía que fuera a decir nada en absoluto.

—Nuestro acuerdo no ha salido como yo quería... como te habrás podido imaginar. No tiene sentido que te quedes conmigo.

—Pero se supone que tienes que quedarte conmigo treinta y un días.

—Soy consciente de ello —dijo fríamente—. Pero supongo que no tengo tanto aguante como pensaba. El cargamento está en camino, pero aún no ha llegado a su destino. Todavía puedo anularlo, así que no pasa nada.

No podía volver a aquella pesadilla, no tan pronto. Por fin podía comer cuando quisiera y dormir toda la noche. No tenía que andar de puntillas, ni sentirme aterrada. Cane no necesitaba tener la mano apretada en torno a mi cuello para mantener una conversación en condiciones conmigo.

No podía volver.

No podría soportarlo.

Cane cerró su portátil y organizó sus carpetas.

—Mi chófer nos recoge en una hora. Estate preparada para entonces. —Se levantó de la mesa y se llevó sus cosas con él.

Yo me quedé allí con el desayuno intacto. De repente había perdido el apetito, lo cual era asombroso si se tenía en cuenta todo el tiempo que llevaban matándome de hambre. El vapor de mi café se elevaba hacia el techo y yo lo veía pasar delante de mi cara. Se me había hecho un doloroso nudo en el estómago y la ansiedad empezaba a apoderarse de mí. Había sido prisionera de Tristan durante muy poco tiempo, pero la idea de volver a aquel terrible lugar me ponía histérica.

No quería que me tocara.

No quería que me hiciera daño.

No quería que nadie se me acercara.

CANE

No la oí en todo el día.

Llegamos en coche a mi nueva propiedad y comprobé complacido lo bien que los jardineros habían arreglado los rosales y los arbustos. La verde pradera estaba perfectamente cuidada y conducía a unos altos muros cubiertos de hiedra.

Era perfecto.

Se trataba de una casa de dos pisos y estilo toscano, con ventanas de secuoya y una puerta de entrada curvada. Era grande para una sola persona, pero yo ansiaba tener privacidad frente al resto de la civilización. Además, había acumulado gran cantidad de riquezas en los últimos años, así que quería invertir en algo que mereciera la pena.

Y el lugar era precioso.

Salí y recorrí el jardín, observando las mariposas que flotaban por la propiedad. Los árboles arrojaban abundante sombra que ofrecía protección del intenso sol toscano. La brisa ondulaba las hojas de los árboles, brindando su música natural a mis oídos.

Ya me sentía como en casa.

Abrí la puerta principal y entré. Mi diseñadora había incorporado todo lo que le había pedido, convirtiendo el lugar en

un hogar elegante. A todas las mujeres les encantaría, evidentemente. Y mis invitados se sentirían a gusto.

Mi conductor metió todo mi equipaje y lo subió al dormitorio principal en el segundo piso. Le había comprado algo de ropa a mi invitada, aunque era mala inversión. Iba a devolverla dentro de unos días, y Tristan probablemente lo tirara todo y la dejara en ropa interior.

Ella vagaba detrás de mí, admirando la amplia entrada y la sala de estar con una enorme chimenea. Era tres veces más grande que una chimenea normal. El mobiliario blanco contrastaba con las paredes color crema gracias a cojines de diferentes colores. Yo prefería los tonos más oscuros, pero mi diseñadora había insistido en que no estaban a la altura de la calidad de la residencia. Dado que ella sabía más de esas cosas que yo, confié en sus palabras.

—Puedes quedarte en uno de los dormitorios de invitados. A mí me da igual.

Ahora que no iba a hacer nada con ella, la aparté de mi mente y me concentré en el trabajo. Crow seguía martirizándome con lo del dinero, así que lo mejor era devolverla y detener el envío. A lo mejor no había sido una buena idea, para empezar.

Aún quería follármela, pero lo había aceptado. Pensaba poder ser el hombre que fui una vez, el monstruo que tomaba lo que quería sin consideración por los sentimientos de otras personas. Pero, al parecer, aquella versión de mí mismo había muerto en el momento en que Pearl se había sacrificado por mí. Por culpa de mi error, mi hermano jamás me permitiría estar a solas con su mujer en lo que nos quedaba de vida. No podía volver a aquello... no después de haber herido a alguien a quien quería.

—¿Cane?

—¿Hmm? —Me adentré en la habitación, admirando las obras de arte que había escogido la decoradora. Había una en particular

de una mujer con una pámela que avanzaba entre los puestos del mercado de fruta y verdura de Florencia. No se le veía la cara, pero tenía una de las manos extendida para coger una naranja. Los detalles de sus dedos eran fascinantes. Llevaba un rubí y una pulsera de oro. Tenía el tipo de estructura ósea que me hacía asumir que era guapa, que lo que había debajo de aquel sombrero era algo realmente increíble.

—No me devuelvas.

Advertí la desesperación en su voz. Por encima de todo, advertí el miedo. Me volví y la miré, compadeciéndola sólo en parte.

—No puedo hacer nada. No me eres de ninguna utilidad. —No tenía intención de mantenerla a mi lado y permitir que el cargamento continuase su marcha según lo previsto si no iba a ser justamente recompensado a cambio. Y ahora mismo, mi papel se había limitado a hacerle de niñera.

—¿Y si me volviera útil para ti?

El corazón se me aceleró ante la pregunta, adivinando las implicaciones de sus palabras. Me giré lentamente y me puse frente a ella, apreciando el rubor de sus mejillas y la incomodidad en su mirada. Como siempre que la había mirado, me empalmé a toda velocidad. Tenía algo que me convertía en un hombre simple con necesidades simples. Lo único que quería era clavársela dentro y oírla chillar.

—Demuéstrame lo útil que eres. Veremos lo que sucede.

TODAVÍA NO HABÍA LLAMADO A TRISTAN PORQUE SENTÍA CURIOSIDAD POR saber lo que mi invitada estaba dispuesta a ofrecerme. Mi intención no era chantajearla. Si no quería estar allí, no pensaba obligarla a hacer nada. Lógicamente, tendría que enviarla de

vuelta.

Pero aquello trabajaba en mi favor.

Ahora le tocaba decidir dónde prefería pasar el mes siguiente. Debajo de mí, o debajo de él.

La elección no debería ser demasiado difícil.

Me senté en la sala de estar y contemplé las gigantescas llamas de la chimenea. Las ventanas seguían abiertas y la oscuridad de la noche se infiltraba en el interior. Había algo en el hecho de estar en medio de ninguna parte que me llenaba de tranquilidad. Solía encantarme la escandalosa cacofonía de la ciudad, especialmente cuando iba de bares y escogía a una mujer para pasar la noche, pero ahora mi interés se había desvanecido.

No estaba seguro de lo que quería.

Ella se adentró en la sala con una manta oscura cubriéndole el cuerpo de la cabeza a los pies. Parecía tener frío a pesar de que la tarde había sido cálida. El aire acondicionado había estado funcionando a plena potencia antes, pero en cuanto se puso el sol y se asentó la niebla, empezó a hacer fresco otra vez.

Yo la contemplé desde mi sitio en el sofá, con el miembro endureciéndose dentro de mis vaqueros en cuanto estuvimos juntos en la misma habitación. No lograba explicar mi atracción por aquella mujer; esos preciosos ojos azules y los suaves rasgos no eran tan excepcionales. Pero tenía algo que hacía que mi temperatura subiera diez grados.

Sabía que me encontraba atractivo. Una vez me había hecho un cumplido, y cuando le había metido la cara entre las piernas, supe que lo estaba disfrutando. Su desconfianza hacia mí nunca desaparecería porque yo era un criminal, pero su cuerpo no era tan escrupuloso.

Di otro sorbo a mi whisky y la observé de pie en el rincón, evidentemente indecisa. Mi erección era más dura y más gruesa a cada minuto que pasaba. Echaba de menos mirar sus bonitos

pechos. Eran pequeños, pero firmes. Entendía la obsesión de Tristan mejor que cualquiera, porque compartía su mismo deseo.

Por fin, se adentró en la habitación con la manta arrastrando detrás. Se acercó al sofá, con el fuego oscureciendo su silueta a su espalda. Me miró desde arriba antes de dejar caer el tejido al suelo.

Para mí continuaba siendo una silueta, pero una muy provocativa. Su sensual figura de reloj de arena era asombrosa. Llevaba un tanga negro, y nada más. Tenía las caderas anchas, la cintura estrecha y las piernas más espectaculares que había visto nunca.

Ni siquiera me fijé en las cicatrices.

Mantuve mi respiración bajo control, sin ceder a mi desesperación. Había deseado estar dentro de ella desde la primera vez que le había puesto los ojos encima en aquel aeropuerto. A lo mejor mi obsesión era superficial, y después de haberla tenido, perdería el interés por ella.

No me moví, porque quería ver qué haría a continuación. Su siguiente movimiento sería por su propia voluntad. No pensaba obligarla a hacer absolutamente nada, y aquello me liberaba de cualquier culpabilidad que sintiese.

Di otro sorbo a mi whisky, con los ojos pegados a sus tetas perfectas.

Ella cogió el vaso y lo dejó en la mesita que tenía al lado, tomando el control como una mujer a cargo de la situación. Se me puso encima y se subió a mis caderas hasta posar las bragas justo encima de mi erección bajo los vaqueros.

No conseguí controlar mi reacción y respiré hondo, expectante. La tenía justo encima, su peso era ligero como una pluma y me intoxicaba con su olor. No llevaba perfume alguno, así que aquel aroma celestial era natural.

Mis manos se movieron de inmediato hacia sus muslos y les di

un ligero apretón. Su piel era suave, como yo había esperado, y cálida al tacto. Me tumbé en el almohadón y levanté la vista hasta su rostro, viendo los mechones oscuros tapándole un ojo.

Levanté la mano y le aparté el pelo de las mejillas, revelando los bellos rasgos que me habían llamado la atención en cuanto la había visto. Hasta con algunas magulladuras, era impresionante. Tenía los labios gruesos, perfectos para adorarlos con mi boca. Sus pómulos eran altos y sus ojos almendrados, otorgándole una elegancia natural que me recordaba a la de una reina. Mis manos se deslizaron hasta sus caderas y la acomodé en mi regazo, deseando sentarla directamente sobre mi galopante erección.

Tenía que saber lo mucho que la deseaba.

Deseaba entregarle las riendas para que hiciera exactamente lo que quisiera, pero mi necesidad de control superó mi paciencia. Me incorporé y me moví, acercándola más a mí y pegando sus turgentes tetas a mi pecho. Mi boca se pegó a la suya y la besé.

Besar no era algo que me gustara. Prefería mantener los juegos previos al mínimo. Quería ir directo a lo bueno, que me la chuparan con entusiasmo antes de follarme a la mujer hasta hacerla gritar. Los besos y las caricias me parecían innecesarios para llevar a una mujer al orgasmo.

Pero a ella quería besarla.

Mi boca se entumeció en cuanto toqué sus labios. Los tenía tan calientes que casi parecían fríos, y su tacto me resultó abrumador. Mi cuerpo se estremeció ligeramente, haciendo que se me tensara la columna y se me contrajeran todos los músculos. El beso afectó a todo mi cuerpo tanto como a mi boca.

Mi mano bajó a la pronunciada curva de su espalda hasta llegar a sus nalgas. Mis dedos se engancharon en la parte de atrás de su tanga, enrollándola en mis nudillos. Quería tenerla bien sujeta, porque no tenía intención de permitir a aquella mujer que

se separara de mí jamás.

El beso había empezado lenta y suavemente. Había empezado a mover mi boca sobre la suya, sintiendo cómo dudaba en devolverme el beso. Estaba allí conmigo, pero no como estaba yo. El simple abrazo ya satisfacía mis ansias de tenerla. A ella todavía le costaba devolvérmelo, ofrecerme la misma pasión que yo le daba a ella.

Mi otra mano ascendió por su espalda hasta posarse en su mejilla. Se la tomé suavemente mientras profundizaba mi beso, moviendo la boca con más urgencia contra la suya y sintiendo su respiración llenándome los pulmones. Mis dedos palparon los suaves mechones de su cabello y me imaginé la sensación que me producirían al acariciar mi pecho desnudo.

Me separé durante un solo instante para quitarme la camiseta. Quería sentir aquellas impresionantes tetas contra el pecho. Quería que sus pezones erectos se frotaran contra mis poderosos músculos hasta que estuvieran en carne viva.

No me preocupaba que ella no quisiera besarme. Me conformaba con tenerla, con tener una fantasía forzada, aunque no fuese real. Mis manos la exploraron por todas partes, acariciando las bellas curvas que poseía su cuerpo. Me encantaba lo tenso que estaba su vientre, cómo su cintura se curvaba hacia dentro hasta llegar a las caderas. Era de pequeño tamaño, lo bastante para poder levantarla con un solo brazo.

Por más que quisiera continuar besándola, me aparté y bajé los labios hasta su cuello. Saboreé su piel con la lengua, memorizando su sabor. La estreché más fuertemente entre mis brazos y cerré el puño sobre el pelo de su nuca antes de tirar de su cabeza hacia atrás. Besé sus pechos, lamiendo el pequeño valle que había entre ellos.

—La hostia, eres preciosa. —Mis labios volvieron a su cuello y pasaron a su oreja, donde deposité un tórrido beso—.

Jodidamente preciosa. —Volví a mirarla de frente sin apartar los ojos de sus labios, apreciando cómo se separaban ligeramente. Sus dientecitos eran adorables, y me los imaginé tocando los míos al besarla con demasiada fuerza.

La tenía como una puta piedra.

Mi boca volvió a la suya, aunque podría haber explorado el resto de su cuerpo. Me encantaba aquella boca, y también aquellos labios. Esta vez, introduje mi lengua y toqué la suya.

Ella respiró hondo y después movió la lengua con la mía. Sus manos se deslizaron subiendo por mi pecho hasta parar en los hombros. Me enterró los dedos profundamente en la piel. Sus caderas se balanceaban levemente, y su sexo se frotaba contra mi erección a través de los vaqueros. Se daba una ligera fricción.

Poniéndome como loco.

La besé con más fuerza, sintiendo mi lengua bailar con la suya. Respirábamos a la vez y el sudor empezaba a recubrirnos el cuerpo. Nunca había sudado tanto sólo por besar a una mujer. Pero a ella se lo estaba dando todo. Tenía tal subidón que hasta gruñí contra su boca.

Sus manos se desplazaron lentamente hasta mi nuca, introduciéndose en mi pelo. Me exploraba el cuerpo igual que yo hacía con el suyo, tomándose su tiempo para llegar a conocerme de un modo íntimo. A veces escuchaba un suave gemido escapar de sus labios.

Pero quizá me lo imaginaba porque era lo que quería.

Le puse las manos en las nalgas, apretando su turgencia, encantado con aquel rasgo tanto como con los demás. Las manos me temblaban al abrazarla, con el sexo ansioso por introducirse en ella en aquel preciso instante. No quería dejar de besarla, de tocarla de aquella manera, pero deseaba más aún.

Le agarré las caderas, guiando su entrepierna a través de mi miembro. Quería estimular su clítoris, dejar que viera un atisbo

de lo que mi enorme sexo podría hacerle. Una parte de mí quería hacerle daño igual que Tristan, pero había otra que deseaba proporcionarle placer. Quería provocarle un orgasmo que nunca olvidara. Sospechaba que no había disfrutado demasiado durante su cautiverio. Yo podría cambiar por completo su opinión sobre el sexo. Podría enseñarle que era lo más increíble que se podía experimentar.

Empezó a gemir dentro de mi boca y sus caderas cobraron vida propia. Sus manos se cerraron alrededor de mis muñecas mientras yo le agarraba las caderas, apretándome con más fuerza que yo a ella. Se deslizó bajando por mi erección, recorriéndola de arriba abajo una y otra vez. Sus labios se estremecían contra los míos mientras sus gemidos se disolvían en mi lengua.

Mierda, quería correrme.

No pensaba hacerlo en los bóxers como un adolescente. Me iba a correr en su boca, en su sexo o en su culo. Preferiblemente, en los tres.

Cuando empezó a aproximarse al precipicio de su orgasmo, se apartó visiblemente de mí. Dejó de balancear las caderas y aflojó las manos sobre mis brazos. Su boca ya no tenía hambre de la mía. Podía sentir cómo se alejaba. Ella sabía que aquello no estaba bien. La única razón por la que se me había sentado encima para empezar era porque estaba intentando librarse de la ira de Tristan. Pero ahora lo estaba disfrutando, y aquello resultaba inquietante.

—No te apartes de mí. —Me apoderé de sus caderas y la arrastré sobre mi erección, obligándola a sentir lo dura que la tenía. Interrumpí nuestro beso sólo para mirarla a los ojos, para darle una orden con la mirada. Su rostro estaba a punto de iluminarse de gozo, de relucir bellamente de rubor. Sus pezones se convertirían en puntas afiladas como dardos—. ¿Quieres que me quede contigo? —Hablé contra su boca, apretando mis labios

contra los suyos—. Entonces córrete para mí. —Sabría si era real o fingido, y en aquel momento, lo que menos me preocupaba era una actuación poco sincera.

La volví a besar, moviendo mis labios contra los suyos con intencionada precisión. Mi boca deseaba sentir la suya, palpar cada línea y cada grieta. Deseaba memorizar su beso para poder sentirlo en mis sueños. Mi sexo deseaba memorizar las dimensiones de su cuerpo para las noches solitarias. Era una introducción a mi acuerdo con aquella mujer... mi esclava.

Ya no pudo contenerse más. Sus caderas empezaron a corcovear y los espasmos se apoderaron de ella. Con una profunda inspiración tras otra, se aproximaba lentamente al momento que había estado retrasando. Su cuerpo no podía traicionarla ahora. Podía sentir la humedad traspasando su ropa interior y calándome los vaqueros. Su excitación era una mancha permanente en mi ropa, su confesión innegable. Sólo debería estar pensando en llegar al orgasmo, pero la idea de su placer era un nuevo aliciente para mí.

Me miró a los ojos con una expresión en la que se mezclaban la excitación y el odio por sí misma. Apretó fuertemente los labios, intentando aplacar las poderosas emociones que le recorrían el cuerpo. Pero sus caderas se estremecieron y se frotó con más fuerza contra mi sexo, ofreciéndose una fricción que llevó su experiencia a un nuevo nivel de placer.

Sus labios se separaron y dejaron escapar un bello gemido, un grito que sonó como una melodía. Se le abrieron los ojos por la sorpresa y su cabeza cayó hacia atrás. Se esforzó por evitar que su cuerpo la traicionara, pero ahora parecía que fuera la primera vez que había sentido aquella forma de paraíso. Sus gemidos se convirtieron en chillidos. A veces parecía estar intentando pronunciar palabras, pero todo sonaba incoherente. Era como si nunca hubiera tenido un orgasmo antes... al menos no con un

hombre.

Ahora sí que tenía ganas de correrme. No había nada más sensual que contemplar a una mujer teniendo un orgasmo encima de mi miembro.

Sus manos se aflojaron alrededor de mis muñecas y recuperó el aliento una vez pasada la euforia. Cerró los ojos como si no pudiera soportar la verdad de mi mirada. Era un hombre que la había aceptado como aval... y acababa de correrse para mí.

Nada por lo que avergonzarse.

Me desabroché los vaqueros y pude sentir la humedad de su entrepierna. Los dedos me temblaron ligeramente al notar la tela empapada. Ninguna mujer era capaz de fingir algo así... a no ser que le gustara de verdad.

Ahora me la iba a tirar... con ganas.

Me bajó la cremallera de los vaqueros del todo y tomó el mando, tirando de los pantalones y los bóxers para liberar mi erección. Titubeó unos instantes, sin apartar los ojos de mis veintitrés centímetros. No era la primera vez que lo veía, pero en aquella ocasión era posible que no hubiera tenido la oportunidad de verlo de verdad. Probablemente fuese más grande que la de otros hombres con los que hubiera estado... lo cual podría ser algo malo.

Me bajó la ropa hasta las rodillas. En vez de quitarse el tanga y sentarse en mi regazo, se agachó hasta el suelo y se puso de rodillas.

Mi miembro se tensó expectante.

Tiró de mis vaqueros hasta bajármelos a los tobillos y se inclinó hacia delante sobre mis muslos. Sus pechos se apretaban contra mi piel, con aspecto más voluptuoso por la presión. Como una profesional, envolvió firmemente los dedos alrededor de la base de mi sexo y dio un buen apretón.

Mantuve las manos quietas a los costados, permitiéndole

tomar el control para poder relajarme y disfrutar. Me había imaginado muchas veces ese momento, pero nunca había sido tan caliente. Observaba sus ojos ardientes, viendo el fuego bailar detrás de ella en la chimenea.

No dudó antes de presionar la lengua contra la base y arrastrarla hasta el glande. Su lengua era cálida y rugosa, proporcionándome unas sensaciones increíbles. Cuando llegó a la parte superior, pasó la lengua por el glande, recogiendo la gota que se había formado.

Dios mío.

Aplanó la lengua antes de alargar el cuello e introducirse mi miembro en la boca. Intentó aceptarlo entero al primer intento, pero retrocedió de inmediato cuando el glande le provocó náuseas. Respiró hondo y lo volvió a hacer, menos segura en esta ocasión por mi tamaño. Era evidente que en su inocencia era el mayor que había probado.

Pero no se rindió.

Empezó a mover la mano a la vez que subía y bajaba con la boca. Su saliva me goteaba hasta los testículos, mojando el almohadón que tenía debajo. Alargó más el cuello, trabajando a mayor velocidad.

Joder, aquello era increíble.

No fui capaz de mantener las manos quietas por más tiempo, así que le enterré los dedos en el cabello, guiándola sobre mi sexo como más me gustaba. Quería que fuera duro, rápido y profundo. La agarré por la nuca y moví las caderas al mismo tiempo, impulsándome con los pies sobre el suelo de parqué.

Los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a resbalarle por las mejillas. No se debían a que estuviera llorando, sino a la incomodidad en la garganta. Continuaba provocándose náuseas continuamente, pero evitaba toserme encima.

Me encantaban sus lágrimas. Sabía que aquello me convertía

en un imbécil, pero qué más daba.

Era un imbécil.

—No tienes ni idea de lo sexy que estás ahora mismo. —Me la habían chupado mucho y muy bien mujeres con gran talento, pero ninguna había tenido un aspecto tan perfecto. Era indudablemente la más despampanante, y eso a pesar de los golpes y las cicatrices. Su pelo se escapaba una y otra vez de mi mano, pero aquello no impedía que me la chupara lo mejor que podía.

Me pregunté si le gustaba.

Mi sexo se engrosó un poco más, indicándome que estaba a punto de estallar. Quería correrme en su cara o en sus pechos, pero en aquel momento quise descargar en su garganta. Quería que tuviera mi semen en el estómago toda la noche mientras dormía. Quería que me saboreara para que supiera a qué sabía un hombre de verdad.

—Me voy a correr. —La agarré de la nuca y tiré con más fuerza de ella, deseando más intensidad y más rapidez.

Ella redobló sus esfuerzos y empezó a masturbarme con la mano. Respiraba trabajosamente por la nariz, jadeando de vez en cuando. Los pechos le temblaban por el esfuerzo y tenía los pezones erectos.

—No te lo tragues. —Apreté los dientes y sentí cómo se tensaba mi cuerpo. Estaba a punto de llegar al orgasmo, a uno de los grandes—. Quiero que me lo enseñes. —Me lancé hacia delante hasta golpear el fondo de su garganta, follándomela como a un juguete. Aquella mujer era de mi propiedad, y me gustaba recordarle aquel hecho.

Quería cerrar los ojos y disfrutar del subidón, pero no quería perderme aquella gloriosa visión. Quería ver cómo intentaba aceptarme entero, sentir mi semilla ardiente acumulándose en su boca. Un suave gruñido escapó de mis labios, seguido de uno

más fuerte.

Entonces me corrí.

Me enterré en su boca por completo, asfixiándola al descargar en ella todo lo que tenía. Sabía que había depositado en ella grandes cantidades de mi semilla, más de la que le hubieran hecho tragar nunca. Probablemente más de la que había producido en mi vida.

Mi orgasmo pareció alargarse para siempre, poderoso tanto en intensidad como en duración. Ella no se apartó, aunque debía de tener serias dificultades para respirar. Como una esclava obediente, puso mi placer por delante de su comodidad.

Tras casi un minuto, terminé por fin, soltando los últimos restos de mi carga hasta quedar vacío. Mi sexo empezó a ablandarse lentamente, satisfecho.

—Enséñamelo.

Con los ojos húmedos, abrió la boca y sacó la lengua. Sobre la superficie descansaban espesos montoncitos globulares de color blanco. Me sentía orgulloso de mi producción, y también de la mujer que la había recibido.

Mis dedos se posaron bajo su barbilla y la levantaron con suavidad, indicándole que cerrara la boca.

—Traga.

Ella hizo lo que le pedía, y su garganta se movió al tragárselo todo.

Le pasé el pulgar por el labio inferior y mis ojos se entrecerraron de satisfacción. El fuego bailaba al fondo, comparable al calor de mis venas. Aquel había sido uno de los mejores orgasmos que había tenido nunca, y sabía que ella había tenido algo que ver en ello.

En vez de sentirme satisfecho con lo que me había dado, quise más. Quería más de ella.

A ella entera.

Hasta que no quedara nada.

CANE

No podía evitar a mi hermano para siempre. Me terminaría encontrando y me exigiría una explicación sobre el acuerdo con Tristan. No se alegraría nada de que hubiera roto las reglas, cuando funcionábamos siguiendo una política estricta.

Y se cabrearía cuando descubriera que había aceptado una mujer a modo de pago.

Por no mencionar a Pearl... Ella se molestaría aún más.

Deseaba que hubiese alguna manera de mantener oculta a mi invitada, pero no veía cómo podía hacerlo. Cuando Crow me exigiera una respuesta directa, no podría irme por las ramas o mentir. Mi hermano y yo siempre éramos sinceros el uno con el otro... demasiado sinceros, a veces.

Aquella mañana me levanté temprano y bajé al gimnasio a hacer pesas. Ahora que se la había metido en la boca, estaba ansioso por explorar el resto de su cuerpo. Su sexo sería aún mejor. Y no podía ni imaginarme lo estrecho que sentiría su ano alrededor de mi erección.

Ella se había quedado en su habitación y yo en la mía. No había intentado dormir conmigo, algo que ninguno de los dos deseaba. Yo necesitaba aquella cama gigantesca para mí solo. Los

mimos no eran lo mío. La única vez que se había quedado alguna mujer a dormir había dos a la vez.

Porque pude follármelas a ambas otra vez por la mañana.

Pero en este caso, ella iba a quedarse mucho tiempo, así que era innecesario. Además, no podía esperar de ella que pusiera buena cara a toda hora, día y noche. Como todos, necesitaba un descanso.

Sonó mi teléfono y vi el nombre de Tristan en la pantalla. Entré en mi despacho para coger la llamada, consciente de que había alguien que podía escuchar mis conversaciones... para bien o para mal.

—Hola, Tristan. —Puse los pies sobre la mesa y crucé los tobillos. Tenía la camiseta caliente y pegada al cuerpo debido al sudor.

—Cane, cuánto tiempo —dijo él con una risita sarcástica—. ¿Qué tal te está funcionando mi pequeña esclava?

A mí no me gustaba hablar de mi vida personal tan abiertamente. Era raro. Crow no sabía ni la mitad de las cosas que yo hacía.

—Creo que pagaste de más.

Cuando se rio en el teléfono, fue de verdad.

—No te haces una idea de cuánto la echo de menos. Las putas... son todas iguales. Han perdido totalmente la sensibilidad. Ni siquiera se inmutan cuando las azotas.

Miré por la ventana al jardín del exterior. Las rosas rosadas estaban en plena floración. Se balanceaban bajo la suave brisa, y un pétalo se soltó y descendió flotando hasta el suelo.

—Echo de menos sus lágrimas. Echo de menos oírla llorar. Eres un hombre con suerte, Cane. Si te pones a pensarlo... el trato no fue realmente justo.

A mí me parecía un psicópata por obsesionarse con sus lágrimas, pero cuando recordé lo dura que se me puso al ver

rodar las lágrimas por sus mejillas mientras me la estaba chupando, supe que no éramos tan diferentes.

Los dos éramos monstruos.

—Le he puesto un rastreador. Espero que no te importe. Me he mudado al campo, así que quería evitar que se escapara.

—Esa puta no se escaparía —dijo él con convicción—. No a menos que quiera tener sangre en las manos.

La mujer no significaba nada para mí. Ni siquiera me había molestado en preguntar su nombre. Pero cuando la llamó puta, no me hizo ninguna gracia. No era más que una mujer que había estado en el lugar equivocado en el peor momento. Socavaban su moral a diario. Hasta cuando no estaba con ella, la insultaba.

Eso me molestaba.

—¿Por qué estás tan seguro? —Hasta ahora, escaparse no parecía haber pasado por su mente ni una vez. Lo cual no tenía ningún sentido, porque tenía un genio considerable.

—La atraparon junto con una amiga. La amenacé con matar a su amiga, o hacerle algo peor, si intentaba cualquier cosa. Hasta ahora ha funcionado bastante bien.

—¿Dónde está su amiga?

—No hace falta que te preocupes por eso —dijo él fríamente—. No es ni la mitad de atractiva, así que nadie la quiere. La he mantenido cerca sólo para lograr que Adelina coopere. Hará cualquier cosa por esa fea amiga suya.

Adelina.

Así se llamaba.

Me gustaba.

—Es bueno saberlo, supongo. —Tenía las manos atadas y no había nada que pudiera hacer. Debía someterse a torturas diarias. De otro modo, eliminarían a su amiga.

Me sentía realmente mal por ella.

—¿Has llamado por alguna otra razón?

—¿Dónde está mi envío?

—Está en camino. —Resultaba ignorante por su parte asumir que un transporte de esa magnitud se produciría de manera instantánea. Trasladar armamento a través de diferentes canales y evitando la implicación del gobierno no era tarea sencilla—. No te preocupes por ello. Los Barsetti siempre cumplen.

—No me cabe duda de ello. Pero ¿me podrías dar una fecha aproximada?

Eché una ojeada al calendario del móvil.

—Probablemente mañana por la tarde.

—Bien. —Me despidió con frialdad—. Disfrútala mientras puedas. Esa puta volverá a ser mía en nada de tiempo.

Aquello volvió a molestarme.

—Asegúrate de tener el dinero.

—Por eso no te preocupes. —Colgó.

Yo tiré el móvil sobre la mesa y volví a mirar al exterior. El pétalo de rosa caído había desaparecido, barrido por la brisa como si nunca se hubiera desprendido.

ADELINA

¿Qué coño estaba haciendo?

Me senté en el suelo de la ducha y permití que el agua caliente me corriera por el cuerpo. Como si nunca hubiese sido capturada, me había acostumbrado a tener acceso a duchas, comida y una cama caliente. Había olvidado la sensación de tener una cadena enrollada al tobillo. Tristan sabía que nunca podría escaparme, pero me sometía a aquella indignidad de todas formas.

Ahora atesoraba cada segundo que pasaba bajo el agua cálida.

Atesoraba cada momento de sentirme limpia.

Intenté bloquear lo que había pasado la noche anterior, pero la imagen seguía manchándome la mente. Cane sentado en el sofá como un rey, con las rodillas separadas y su enorme miembro descansando contra su estómago. Me contemplaba con ojos a un tiempo bellos y aterradores. En ningún momento me había pedido que se la chupase.

Yo lo había hecho voluntariamente.

No quería acostarme con él. Haría todo lo necesario para mantenerme lejos de Tristan, pero aún no quería cruzar aquel puente. Me encantaba tener la libertad de negarme. Me encantaba tener la capacidad de controlar el resultado de mi

velada con Cane.

Aún no estaba lista para ofrecer aquello.

Pero cuando lo había besado, había sentido algo. No sucedió inmediatamente. Fue una cocción lenta. Primero, se contagiaron mis labios. Después, la calidez pasó a mis extremidades, calentándome desde el interior hacia fuera. Pasó al torso, al corazón, a los pulmones. Después se precipitó entre mis piernas, justo de donde surgía el anhelo.

Tenía el tanga empapado.

El clítoris me palpitaba.

No lograba recuperar el aliento.

Intenté combatir la tensión que se originaba en mis entrañas. Sabía lo que era, aunque en su momento no había estado segura. Cuanto mayor era su intensidad, más segura estaba. Pero me negué a permitir que sucediera, impidiendo a mi cuerpo ceder a las cosas que me hacía Cane.

Pero él me había obligado a sentir las. Me había obligado a vivirlas.

Y entonces no hubo vuelta atrás.

Estar con Cane no había sido igual que con los otros. Aquellos hombres nunca me habían besado. Su idea de juegos preliminares era abofetearme la cara hasta que no pudiera contener más las lágrimas. Cane me besaba como si yo fuera la única mujer que le importara.

Sabía que no significaba nada para él. Aquel era un error que no pensaba cometer.

Pero seguía siendo diferente.

Normal.

Quizá era porque besaba bien y ya está. No estaba segura. Pero por mucho que quisiera negarlo, sabía que algo era innegable.

Me sentía atraída por él.

¿Por qué? No tenía ni idea. Era más amable que los demás,

pero igual de peligroso. Infringía la ley para ganarse la vida y aceptaba a una esclava como aval hasta que recibiera su dinero. No era tan inocente como para pensar que era un buen hombre.

Simplemente era mejor que los demás.

Y aquella era la única razón por la que me estaba sometiendo a sus exigencias. Prefería estar con él todas las noches que volver a aquel psicópata que se refería a mí exclusivamente como «puta».

Al menos había disfrutado... aunque sabía que no tendría que haberlo hecho.

Quería que aquellos treinta y un días durasen para siempre. Había sido el único respiro que había tenido, y quería aferrarme a él todo lo posible.

Salí de la ducha y me sequé el pelo antes de volver a mi dormitorio. No quería toparme con Cane. Él sabía que me había provocado un orgasmo, lo que sin duda catapultaría su ego hasta nuevas alturas. Probablemente hiciera que me deseara más, no menos.

El sol acariciaba la ventana y se desparramaba sobre mi colcha, creando un punto de calidez en el que podía disfrutar del calor estival. Crucé las piernas y me senté justo en aquel punto, con la cara hacia la ventana. El sol me daba en las mejillas, y yo cerré los ojos y absorbí sus rayos como uno de los rosales del jardín.

Siempre me había encantado el verano. No me atraía el invierno, ni el otoño. Cuando me habían arrebatado el sol, tapando con contrachapado la ventana de mi dormitorio, me di cuenta de que era un privilegio que había tomado por descontado.

Ahora lo aproveché.

Cane se aclaró la garganta para anunciar su presencia. Debía de haber abierto la puerta lo bastante en silencio para que yo no

lo escuchara.

—¿Qué estás haciendo?

Abrí los ojos y me volví hacia él, dándome cuenta del aspecto tan extraño que debía de ofrecer.

—Estar aquí sentada.

Él se cruzó de brazos, aquellos brazos musculados bajo la camiseta. Miró por la ventana antes de volver a mirarme a mí.

—Si quieres puedes salir. Hay muebles de jardín y unas vistas bonitas.

Yo no había salido de mi habitación porque no quería atraer su atención. Como un ratón, quería moverme por la casa sin ser detectada. Encontraría un trozo de queso de vez en cuando, escamoteando cosas sin ser advertida.

—Estoy bien. —Todavía no lo había mirado a los ojos, decidiendo concentrarme en sus brazos o en sus hombros.

Recordé el tacto de sus hombros la noche anterior... tan agradable.

—¿Has comido?

—No. —Aquella casa era tan grande que era incapaz de descubrir dónde estaba la mitad del tiempo.

—¿Por qué no bajas y te haces algo?

—En seguida voy. —Sólo quería que desapareciera. Me avergonzaba mirarlo.

En vez de marcharse, entró y se sentó en el borde de la cama. El colchón se hundió considerablemente bajo su peso. Se inclinó hacia delante y puso los codos sobre las rodillas, con los músculos de la espalda ondulándose cada vez que se movía.

Intenté no mirarlos fijamente.

—Quiero que te sientas cómoda aquí, Adelina.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre. Le aportaba un acento italiano, haciendo que sonara más sensual de lo que lo había pronunciado nadie nunca. Hizo que se me tensara la

columna igual que la noche anterior.

—Come cuando tengas hambre. Sal si te apetece.

—Supongo que simplemente estoy acostumbrada a ser una prisionera... —Me había acostumbrado a ser invisible todo el tiempo. Cuanta menos atención atrajese hacia mí misma, menos me castigaban. Si no les recordaba a Tristan o a sus hombres que no había comido, no me hacían tanto daño. En consecuencia, estaba medio muerta de hambre, pero aquello no me importaba.

—Aquí no eres una prisionera.

Por fin giré la cabeza y lo miré a los ojos. Cuando aquel asombroso color verde alcanzó mi mente, sentí mis músculos relajarse cómodamente. No era inofensivo, pero por alguna razón, me sentía a salvo con él. Cuando habíamos entrado en aquel dormitorio y no me había forzado al pedirle que no lo hiciera, supe que era diferente.

—Eres una invitada. Puedes salir siempre que quieras.

Pero no podía ir más que a un sitio.

—No hace falta que me evites. Como ya te habrás dado cuenta, no soy de los que pegan.

Yo respiré hondo de inmediato, sintiendo cómo el alivio me invadía el cuerpo. Estaba cansada de que me dieran palizas. El dolor no era la peor parte. Era lo indigno que resultaba todo. Me trataban como a menos que un ser humano.

—Sé que no lo eres.

—Pues entonces baja el culo y come. —Se levantó de la cama y volvió a la puerta—. O te obligaré a hacerlo.

ACEPTÉ LA OFERTA DE CANE Y SALÍ AL EXTERIOR. NO TENÍA UN PATIO trasero como los de las casas en Carolina del Sur. El perímetro no estaba vallado, permitiendo disfrutar de unas vistas gloriosas de

las laderas de las colinas y de la ciudad de Florencia a lo lejos.

El sol brillaba con intensidad aquella tarde, y en vez de ponerme a la sombra para huir del calor, permití que me empapara la piel. A estas alturas ya debería haber vuelto a casa después de mi visita a Grecia. Mis padres sabían que había desaparecido hacía mucho tiempo porque siempre los llamaba por las noches. Al no recibir aquella llamada, habrían puesto una denuncia en la comisaría local, seguro. Y cuando nadie hubiera conseguido contactar con Lizzie, la verdad habría salido a la luz.

Me sentía peor por ellos que por mí misma.

No saber lo que me había pasado era peor que conocer la verdad.

Había caído víctima del tráfico de seres humanos.

Me apetecía leer algún libro, pero no quería ponerme demasiado cómoda. Sería fácil enamorarse de los lujos que Cane me ofrecía. Tenía una comida increíble en la cocina, libros en su despacho y una casa preciosa con los sofás más cómodos del mundo.

Pero tendría que volver.

Sólo era cuestión de semanas antes de que aquella cadena volviera a rodearme el tobillo y mis ojos volvieran a estar morados.

No, no debería ponerme cómoda.

Cane no me habló durante el resto del día. Permaneció en el interior, probablemente trabajando en su despacho. Cuando me había dicho que no era una prisionera, daba la impresión de ser sincero.

Tenía razón. No lo era.

Pero saber que tendría que volver un día estropeaba cualquier comodidad temporal. No podía ser feliz de verdad sabiendo qué me deparaba el futuro. Era una lenta agonía. Casi deseaba estar ya de vuelta con Tristan para que pudiera pegarme demasiado

fuerte y acabara de una vez con mi vida.

Cuando el sol se puso sobre el horizonte y los grillos empezaron a cantar, volví dentro. Cane estaba en la sala de estar con un vaso de whisky en la mano. Tenía la tableta sobre el regazo y parecía estar leyendo algo sentado frente al fuego.

Esperaría de mí que lo complaciese aquella noche. Podía sentir la tensión con la misma claridad que el calor de las llamas. Antes o después querría hacerlo, y yo no podía rechazarlo para siempre.

Cuando escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse detrás de mí, levantó la vista de la tableta y me miró a los ojos. A pesar de lo bonitos que los tenía, dejaban entrever un alma oscura. Veía con claridad que era un hombre en conflicto, un hombre con demonios que nunca compartiría conmigo. Sospechaba que era mucho más peligroso de lo que dejaba adivinar, pero parecía que yo tenía algo que había ablandado su resolución.

—Unas vistas mucho mejores que quedarse mirando la pared, ¿no?

Yo me crucé de brazos y entré en la sala de estar. El otro sofá estaba vacío, así que me senté y me llevé las rodillas al pecho. Aún llevaba puestos los vaqueros y la camiseta que me había dado. Era agradable caminar por la casa completamente vestida, en vez de no llevar encima nada más que la minúscula porción de tejido de un tanga.

Cane se bebía el whisky sin apartar los ojos de mi cara. Hizo girar los cubitos de hielo en el vaso antes de volver a beber, más como si fuese agua que como un licor de alta graduación. Podía ver moverse su garganta cada vez que tragaba. Tenía la barba incipiente bastante espesa al no haberse afeitado desde aquella mañana. Le cubría la dura mandíbula y le daba un atractivo aspecto de estrella antigua de cine.

Sentí aquel familiar ardor entre mis muslos y tuve que apretar

fuertemente las rodillas. De repente, los labios me dolían por la dureza con la que me había besado la noche anterior. ¿Podía ser que odiara a aquel hombre pero que al mismo tiempo deseara besarlo? ¿Era aquello siquiera posible? ¿Se trataba de lujuria? Nunca había sentido nada parecido, ni pensaba que fuese posible después del modo salvaje en que me habían despojado de mi virginidad.

Cuando su mirada resultó insoportable, desvié la vista hasta el fuego. De alguna manera, las llamas me parecían frías en comparación con el calor abrasador de sus ojos. Podría estar asomándome a un volcán y ni la lava podría compararse con el incendio desatado de su mirada.

Se terminó el whisky y dejó el vaso vacío sobre la mesa con un fuerte golpe que resonó en el amplio salón. La acústica del lugar amplificaba cada movimiento. Se levantó del sofá y se acercó a mí lentamente, más de uno ochenta de músculos y masculinidad.

Me olvidé de respirar.

Se arrodilló frente a mí, descendiendo sobre sus rodillas de manera que nuestros rostros estuvieran a la misma altura. Se quitó la camiseta por encima de la cabeza y la lanzó al respaldo del sofá. En su duro cuerpo se definían infinidad de músculos. Tenía los pectorales anchos y potentes, y sus abdominales parecían un mapa con mil ríos. Nunca había visto a un hombre tan fuerte en carne y hueso. Tenía los brazos igual de definidos y apretados, y no se le veía ni un gramo de grasa por ninguna parte.

Apreté los muslos.

¿Pero qué mierda me pasaba? No debería sentirme atraída por un hombre que utilizaba a una mujer como moneda de cambio. Debería querer a un hombre comprometido con hacer lo correcto, con ayudarnos a Lizzie y a mí a salir de aquella situación. Debería desear un caballero blanco, un hombre generoso con la gentileza

de un señor.

Cane no era nada de todo aquello. Me había amenazado con enviarme de vuelta a menos que me abriese de piernas y le diera lo que quería. No le importaban ni mis lesiones ni mis sentimientos. Sólo quería follar, como todos los demás.

Pero yo no podía ignorar cómo me temblaban los labios cuando se apretaban contra los suyos. No podía olvidar mi tanga empapado en mi propia excitación. Ni la sensación de su semen sobre mi lengua, la oleada de satisfacción que sentí cuando descargó con un gemido.

En serio, yo estaba mal de la cabeza.

Cane me agarró el borde de la camiseta y me la levantó por la cabeza. Yo cooperé, pero sólo lo justo. Una vez liberada de la prenda, sentí el contacto directo del aire cálido sobre la piel. Los pezones se me endurecieron de inmediato al sentir su mirada sobre mi sujetador. Metió la cara en el valle entre mis pechos y me pasó la lengua hasta la garganta.

Y yo gemí.

Su mano serpenteó por mi espalda y me desabrochó el sujetador con rapidez. Al soltarse los tirantes, me lo quitó de un tirón y continuó besándome el cuello. Yo me recliné en el sofá y le pasé los dedos por la fuerte espalda, sintiendo los músculos tensarse y retorcerse con sus movimientos. Giré la cara con más fuerza, deseando más de aquellos sensuales besos.

Cane se desabrochó los vaqueros sin dejar de besarme, devorándome con los labios sin bajar el ritmo en ningún momento.

Yo sabía lo que venía después, pero no tenía manera de detenerlo. Debería hacer de tripas corazón y pasar por ello, como todas las otras veces.

Cane me desabrochó los vaqueros y me los deslizó por las piernas antes de cogerme las bragas. Me las bajó hasta los

tobillos y después se bajó los vaqueros y los bóxers. Recogió mis bragas y se envolvió con ellas su enorme miembro, masturbándose unos instantes para utilizar la parte interna de mi ropa interior como lubricación.

Los labios se me entreabrieron automáticamente.

Él se puso la mano sobre el glande, donde se había formado una gota de su propia lubricación. Se la secó con mis bragas y después las dejó caer al suelo. Ahora ya era imposible negar que lo deseaba. Mi cuerpo me traicionó dejando escapar mi excitación como prueba.

Pero seguía aterrorizada.

Me cogió las caderas y me recolocó sobre el sofá, con una pierna en la parte de atrás del almohadón y la otra casi tocando la mesita de café. Se puso encima de mí, preparándose para ser follada en la esquina del sofá. Tenía el sexo mojado y podía sentir la excitación entre mis piernas, pero el corazón me lloraba de pena.

No quería que sucediera aquello.

Cane me pegó una pierna a su pecho y la llevó hacia mi cuerpo. Se sujetaba el miembro con una mano, masajeándolo antes de apuntar a mi entrada. Tenía los ojos pegados a mi rostro, observando mi reacción mientras intentaba introducirme la punta.

Quería decirle que no.

Quería pedirle que parara.

Pero lo último que quería era volver con Tristan.

Prefería que me follara un hombre que me gustaba más o menos a un hombre que me hacía pensar seriamente en el suicidio.

Cane se inclinó hacia delante y puso su boca sobre la mía para darme un lento beso. Cada contacto con sus labios me producía placer, dándome la sensación de que me besaba porque de verdad

deseaba hacerlo. Me reverenciaba los labios con su boca, insertando la lengua con suavidad. A veces abría los ojos para mirarme, para ver cómo reaccionaba a él.

Con las manos posadas sobre sus hombros, me sobrepuse y le devolví el beso. Mi boca parecía tener vida propia, haciendo lo que parecía natural. No había besado a demasiados hombres en mi vida, y ninguno de aquellos contactos se había parecido en nada a este. Besaba increíblemente bien, tratando mi boca como si me amara.

Cane gimió suavemente dentro de mi boca mientras presionaba para introducirse en mí. Su grueso glande traspasó mis labios y encontró la humedad que se había acumulado allí. Hizo una pausa con los labios mientras empujaba lentamente con las caderas, introduciendo otro par de centímetros.

Mi cuerpo deseaba aquello, pero yo no. El hecho de quererlo sólo me hacía sentir peor.

—Para... —Pronuncié la palabra en alto, pero tenía pocas esperanzas de que me escuchase. Ya tenía un par de dedos de su sexo dentro de mí, sintiendo mi calidez y mi humedad. Ni siquiera un terremoto podría detenerlo ahora.

Se detuvo encima de mí, pero me miró claramente irritado. El sonido que salió de sus labios estaba lleno de decepción.

—Lo siento. Es que... —Empujé contra su duro pecho, pero no habría podido moverlo aunque lo intentara de verdad—. Es sólo que no estoy preparada.

—Me deseas —afirmó categóricamente con su erección todavía dentro de mí—. Acéptame.

Casi me rendí y bajé las manos. Mi sexo se estrechaba automáticamente a su alrededor, disfrutando del sonido de su voz profunda en mi oído.

—No quiero que sea así... Necesito más tiempo.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos con autoridad,

rebatiendo en silencio cada una de mis palabras.

Podía haberse enterrado en mí y hacérmelo de todas formas, pero no lo hizo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé... pero esta noche no.

Gruñó entre dientes, manteniéndome inmovilizada en el sofá.

—Adelina, yo no soy como ellos. Haré que te corras, igual que hiciste la última vez.

Eso yo ya lo sabía. Podía sentir cómo aumentaba la intensidad entre mis piernas.

—Lo sé...

Me apretó la cara contra el cuello y dejó escapar otro gruñido de frustración.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo.

Yo podía sentir su enorme sexo entre mis piernas, por lo que sí lo sabía.

Salió de mí y después volvió a presionar contra mis pliegues.

—Tienes que confiar en mí. No te voy a hacer daño, sólo a darte placer... igual que me das tú a mí. —Frotó su miembro contra mi clítoris húmedo, presionando contra él y proporcionándome el tipo de placer que hacía que me temblaran las piernas.

Nunca ningún hombre me había hecho aquellas cosas, frotarse contra mí y lograr que me sintiera increíble al mismo tiempo. Me había frotado con mi novio en secundaria, pero aquello había sido a través de los vaqueros. Ahora nuestras pieles se tocaban, y era totalmente maravilloso.

Su boca volvió a la mía y me besó igual que antes, pero esta vez con más ansia. Frotó sus caderas contra mí, pasando su miembro sobre mi clítoris una y otra vez.

Mis uñas se enterraron en su espalda y se arrastraron por su piel hacia abajo. Mis caderas empezaron a moverse por su

cuenta, frotándose contra su sexo porque deseaba sentir más de aquel inmenso miembro contra mí. Sentía el ardor entre las piernas, que anunciaba un intenso orgasmo.

Cane aceleró el ritmo de sus caderas, moviéndose conmigo y respirando profundamente. El sudor empezó a formarse sobre su cuerpo y su potente aroma llegó hasta mi nariz. Me empujó con más fuerza contra la esquina del sofá, viendo mis pechos botar de arriba abajo.

Le puse las manos sobre los bíceps y me agarré a ellos con fuerza al desatarse el orgasmo. Como si un rayo me hubiera recorrido el cuerpo, me puse incandescente. Le clavé profundamente las uñas en la piel y jadeé en su boca. Dejé de besarle porque prefería chillar. Mis gemidos explotaban en su boca e iban a parar a su lengua.

El placer había sido tan intenso como la última vez. Nunca había experimentado nada parecido a aquello, ni siquiera cuando me tocaba a mí misma en medio de la noche. ¿Eran los orgasmos siempre tan alucinantes? ¿O sencillamente Cane era un maestro provocándolos?

Su miembro estaba bañado en mi lubricación y producía ruiditos al frotarse contra mi entrepierna empapada. Dio algunos empujones más antes de correrse con un gemido, salpicándome todo el cuerpo con su caliente semilla.

Disfruté observando cómo se corría. Sus ojos se suavizaron durante un solo instante mientras se dejaba llevar por la sensación. Contuvo un momento el aliento igual que la última vez, haciendo una pausa para disfrutar de ello lo más posible.

—Santo Dios... —Sus empujones aminoraron hasta parar del todo. Admiró los restos de semen en mis pechos y mi vientre y se inclinó para darme un último beso.

Era dulce y rebosante de satisfacción. Su lengua acarició la mía antes de levantarse. Su miembro se ablandaba lentamente,

todavía reluciente por mis jugos.

—No soy un hombre paciente, así que no me pidas que espere durante mucho más tiempo.

CANE

Bajó por su cuenta a la cocina a la mañana siguiente. Le había dejado un par de pantalones de chándal y una de mis camisetas para que tuviera algo que ponerse para dormir. De alguna manera, lograba que las prendas holgadas y poco favorecedoras resultaran atractivas. Se había dado una ducha y trenzado el pelo sobre un hombro. Nunca la había visto con maquillaje, pero me constaba que no lo necesitaba. Poseía una belleza natural, el tipo de resplandor que sólo las estrellas poseen.

Esta vez fue capaz de mirarme al entrar en la cocina. El día anterior me evitaba, como si cruzarse en mi camino fuera una trampa mortal. Después de pensarlo un poco, me había dado cuenta de que estaba avergonzada.

Le avergonzaba haber disfrutado chupándomela.

Le avergonzaba haber querido que me la follara.

Le avergonzaba desearme.

No me hacía falta ser una víctima para entender aquel conflicto. Un hombre aterrador la había torturado y violado. No debería disfrutar siendo deseada por otro hombre que era igual de cruel. Tenía dificultades para aceptar sus sentimientos de lujuria, por naturales que fuesen.

Serví café en una taza y se la tendí, añadiendo un poco de leche y azúcar. Como era mi costumbre, advertía pequeños detalles a mi alrededor constantemente. Estudiaba los hábitos de las personas para poder entenderlas mejor. Por ejemplo, sabía que Crow era diestro, pero siempre sostenía el tenedor con la mano izquierda. Yo sospechaba que era para poder coger su cuchillo en cualquier momento y apuñalar a alguien en la garganta... si se veía obligado a ello.

Contempló la taza con sorpresa antes de cogerla.

—Gracias...

—Me han sobrado huevos revueltos. ¿Quieres? —Me comía dos huevos todos los días, pero había preparado cuatro porque pensé que podía tener hambre. No me tomaba nunca la molestia de hacer nada por nadie. Pero por algún motivo, quería asegurarme de que estuviera cómoda en mi casa.

—Sí, vale.

Los serví en un plato y lo deposité sobre la encimera de la cocina.

—¿Necesitas algo más?

—Creo que me haré una tostada. —Tomó una rebanada de la hogaza italiana que había sobre la encimera y la metió en el tostador.

Yo me trasladé a la mesa que había delante de la ventana y ojeé el periódico, siempre interesado en los crímenes que se producían por toda Italia. Conocía a todos los integrantes de las grandes mafias, incluyendo los hermanos Skull, y normalmente me enteraba de los golpes importantes antes de que llegaran a la prensa.

Ella se sentó a mi lado con sus huevos y su tostada y comió en silencio, atrayendo apenas la atención. Parecía como si quisiese desaparecer, evitar hacer movimientos bruscos por miedo a lo que yo pudiera hacerle.

Estaba concentrada en su comida y no se dio cuenta de que la taza de café estaba justo al borde de la mesa. Si la empujaba accidentalmente, se estrellaría en el suelo. En cuanto lo pensé, movió el brazo y la empujó.

Yo lancé la mano hacia delante y la atrapé justo antes de que se volcara.

Adelina instintivamente lanzó los brazos delante de la cara y se protegió el cuerpo. Se tensó y retrocedió con rapidez hacia el extremo opuesto del asiento, volando fuera de la trayectoria de un ataque que no se iba a producir.

Yo sostuve la taza y la miré, sintiéndome fatal.

Ella respiraba con dificultad y bajó los brazos lentamente al darse cuenta de que mis puños no volaban en dirección a su cara. Por fin se puso las manos en el pecho y me miró avergonzada, dándose cuenta de lo que había sucedido realmente.

Yo me aclaré la garganta y devolví la taza al centro de la encimera, donde no pudiera volcarla sin darse cuenta otra vez. Nunca olvidaría el modo en que se había retorcido alejándose de mí, agachándose para protegerse como si yo estuviera a punto de convertirla en un saco de boxeo.

Recordé el modo en que Pearl yacía en el suelo dentro de la mansión de Crow. Había sangre por todas partes y ella estaba fría y azulada. Daba igual lo débil que estuviera. Aquello no me impidió volver a golpearla, deseando causarle tanto daño como pudiera.

Cerré los ojos y aclaré mis pensamientos, sintiendo la culpabilidad nacer en mi interior. Me ofendía que Adelina pensara que iba a darle un puñetazo, especialmente sin razón, pero sabía que tenía todo el derecho del mundo a sentirse así.

Casi había matado a una mujer inocente.

Di un sorbo a mi café sólo para tener algo que hacer. Ahora ambos estábamos incómodos. Ella estaba obviamente asustada

de mí, igual que de Tristan, pero yo no podía asegurarle que fuese diferente en modo alguno.

No era diferente ni de coña.

Por fin, tomó otra vez el tenedor y empezó a comer.

Miré por la ventana, sin saber qué decir. Quería preguntarle qué tal había dormido durante la noche, pero mi lengua no lograba formar las palabras. Quería decirle que aquella mañana estaba preciosa, pero tampoco lograba convencerme para decirle aquello.

Así que no dije nada.

Desde la parte delantera de la casa llegó el sonido del timbre.

Adelina volvió a tensarse.

—¿Quién es?

—¿Cómo lo voy a saber antes de abrir la puerta? —dije como un sabelotodo. Me levanté y metí la silla.

—¿Has avisado a Tristan para que venga a por mí? —El terror que contenía su voz me hizo detenerme en seco.

—No.

Volvió a relajarse, cerrando los ojos y pasándose las manos por la cara.

Me sentí mal por ella... otra vez.

Llegué hasta la puerta delantera, en el otro extremo de la vivienda, y miré por la mirilla.

Era Crow. Con Pearl.

—Mierda. —Sabía que no podía huir de él para siempre. Antes o después me encontraría, de un modo u otro. Ahora que tenía claro que me iba a quedar con Adelina, debía sincerarme con mi hermano. Sólo deseaba que Pearl no estuviese allí para ser testigo de la conversación. Su bondad siempre me hacía sentirme como una mierda.

Abrí la puerta y salí, asegurándome de cerrarla a mi espalda para que Adelina no pudiera escuchar la conversación.

—Bonito día, ¿eh? —Me metí las manos en los bolsillos y le sonreí a mi hermano, intentando ignorar el gesto furioso de su rostro.

La leche, parecía enfadadísimo.

—¿De qué cojones vas, Cane? ¿Por qué le estamos enviando armas a alguien que sólo ha pagado la mitad? —Llevaba una camiseta negra y vaqueros oscuros, además de una pistola en la cadera. Era evidente que esperaba darme otro tiro.

Pearl permanecía en segundo plano, intentando no decir nada, ya que aquello no era realmente asunto suyo.

Me sorprendió que hubiese venido.

—Mamón, te he hecho una pregunta. —Se acercó más a mí para recuperar mi atención.

—No te preocupes por ello, ¿de acuerdo?

—¿Que no me preocupe por ello? ¿Me olvido de diez millones de dólares así por las buenas?

—Tristan cumple su palabra. Ambos lo sabemos.

Las dos manos se le cerraron en puños.

—Eso da igual. No hacemos excepciones con nadie, y punto. Ahora que lo hemos hecho por Tristan, tendremos que hacerlo por otros.

—No, no lo haremos. Relájate. —No pensaba sacar el tema de Adelina a menos que me viera obligado a ello. Pearl me arrancaría los ojos de las órbitas. Por no mencionar que su decepción me mataría.

—No me voy a relajar, gilipollas. Voy a coger un avión hasta allí y a conseguir la otra mitad de nuestro pago. Fin de la discusión.

No, aquello no funcionaría.

—Crow, déjame a mí. Tengo el trato controlado. El dinero estará aquí en menos de un mes.

—¿Menos de un mes? —preguntó con incredulidad—.

Tenemos empleados que pagar, Cane. ¿Cuándo dejamos de ser un negocio para convertirnos en una organización benéfica? Nada de todo esto tiene ningún sentido. Siempre vas de duro, ¿y ahora te ablandas?

—No me ablando —dije con un gruñido.

—¿Entonces por qué le has permitido a Tristan salirse con la suya?

No había respuesta que pudiera inventar que tuviera algún sentido. Pero no quería confesar el trato que había hecho. A lo mejor, si Pearl no hubiera estado justo allí, la cosa habría sido diferente. Crow lo entendería. Después de todo, se había enamorado de su propia esclava, y ahora era su mujer.

—Pearl, ¿nos das un momento?

Sus ojos se entrecerraron.

—Yo también soy una Barsetti. No me pienso ir a ninguna parte.

Me volví hacia Crow, pidiéndole en silencio que se librara de ella.

Él se limitó a negar con la cabeza.

—Dinos lo que está pasando, Cane. Hay algo que no me estás contando. Puedes desembuchar como un hombre, o te lo puedo arrancar a hostias. ¿Qué prefieres?

Yo me pasé la mano por el pelo, con la vista perdida en los campos toscanos. Mis lejanos vecinos tenían unos viñedos enormes, así que disfrutaba de unas bellas vistas desde mi porche delantero. Los olivos que había enfrente estaban en flor.

—Mira, este es el trato...

Crow estrechó los ojos.

—Ya puede ser bueno, Cane. Más te vale darme una buena razón por la que me faltan diez millones de dólares.

Estaba claro que no le iba a alegrar mi explicación.

—Estaba en el aeropuerto y vi a una mujer. No podía dejar de

mirarla, y cuando al final me acerqué y le entré, no conseguí que me contestara.

Pearl mostraba tanta confusión como Crow.

—Me rendí con ella y volví a lo mío. Llegué a Francia y me reuní con Tristan. Y allí vi a la misma mujer... que había sido vendida. Me dijo que la probara antes de cerrar el trato.

La cara de Pearl iba retorciéndose lentamente en una mueca iracunda. Estaba a punto de explotar como un volcán, disparando lava por todas partes, directa a mis venas.

—Ella me dijo que no, así que no lo hice, ¿de acuerdo? —dije antes de que Pearl llegase a conclusiones precipitadas—. Pero hice otras cosas con ella en vez de eso.

A Crow aquella conversación no le sorprendía absolutamente nada. Su cara parecía un muro de piedra.

—Tristan me dijo que no podía pagarme la segunda mitad en aquel momento, y me la ofreció en préstamo durante treinta y un días. Cuando me dé el dinero, se la devolveré. Ese es el trato.

Crow se pasó la mano por la cara y después se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Has intercambiado diez millones de dólares por follarte a una mujer durante un mes?

Al ponerlo así, no sonaba tan bien.

—Sí...

Se frotó la nuca y miró al suelo. Su actitud encerraba tanta rabia que no sabía qué hacer con ella. Normalmente se limitaba a insultarme porque era algo natural para él. Pero este era un nuevo tipo de enfado.

—Cane... eso es ridículo. Se la vamos a devolver a Tristan, y vamos a traernos nuestras armas o el dinero.

—Eh, ¿perdón? —Pearl puso las manos en jarras y fulminó a mi hermano con la mirada—. ¿Cómo que la vamos a devolver? De ninguna manera. Vamos a enviar a esa mujer a su casa, donde

tiene que estar.

Crow continuó mirándome, ignorando a su mujer.

—Botón, ahora n...

—Ahora no, ¿qué? —dijo ella furiosa—. Esto es inaceptable.

—No voy a devolverla. —Le había dicho a Adelina que la mantendría alejada de Tristan durante el plazo completo de treinta y un días. Ya había hecho cosas por mí, así que no podía desdecirme de la palabra que le había dado—. El trato ya se ha hecho y vamos a cumplirlo.

Crow sacudió la cabeza.

—En eso te equivocas. Yo me ocuparé de esto, si hace falta.

—Crow, yo cubriré el descubierto. —Tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Si le hacía falta aquel dinero por adelantado, yo podía esperar hasta que Tristan pagase.

—Esa no es la cuestión —dijo Crow enfurecido—. Así no es como nosotros hacemos negocios.

—Hice una excepción esta única vez, nunca más —dije yo—. Y no voy a romper el trato. Estoy preparado para asumir el golpe, si llega a eso.

Pearl cruzó los brazos delante del pecho y me miró de una manera que nunca había visto antes. En un tiempo estuvo aterrorizada de mí. Había estado incómoda en mi presencia muchas veces. Pero nunca me había expresado aquel odio. Hasta cuando casi la maté, seguía sin odiarme. Aquella mirada me hacía sentir lo peor de lo peor.

—No me lo puedo creer. Después de todo por lo que he pasado, ¿vas a coger y violar a una pobre mujer? —Se me puso delante y me empujó todo lo fuerte que pudo, haciendo que me tambaleara ligeramente hacia atrás.

Yo no la toqué, por respeto a mi hermano.

Ella me abofeteó en la mejilla, con tal fuerza que supe que la piel se enrojecería.

Pero seguí sin hacer nada.

—¿Cómo es posible que te parezca que está bien? —exigió—. Soy tu hermana.

—No la he violado. Nunca le he hecho hacer nada que no quisiera hacer. —Me mantuve tranquilo, aunque mi instinto era devolver el empujón—. Entre nosotros todo ha sido consentido.

—¿Esperas que me lo crea? —Volvió a echar la mano hacia atrás.

La cogí por el codo para detenerla.

—Crow, ocúpate de ella antes de que te dé un motivo para dispararme.

Aquello hizo que se alterara más, y fue a por mí.

—Botón. —Crow la agarró por la cintura y la apartó—. Tiene razón. Ya está bien.

—¿Que tiene razón? —Intentó volver a alcanzarme, pero el cuerpo de Crow se interponía en su camino—. Tú deberías estar pegándole más fuerte que yo.

Crow no permitía que sus creencias personales interfirieran en sus negocios. Daba igual los sentimientos que le provocase la situación. No intervendría. La mantuvo alejada de mí mientras me daba la espalda.

—Quiero el dinero en mi cuenta mañana por la mañana.

—Perfecto. —Lo que fuera para quitármelo de encima.

—Y esta es la última vez que hacemos un trato así. ¿Entendido?

Yo sabía que el trato era una estupidez. Pero cuando había visto a Adelina, la había deseado.

—Entendido.

Crow cogió a Pearl de la mano y tiró de ella.

—Vámonos.

Ella se retorció para liberarse y se volvió hacia mí. Tenía las manos cerradas en puños a los costados y una mirada aterradora.

En cierto modo, me recordaba a Crow cuando se enfadaba tanto. Daba la impresión de ser incapaz de encontrar las palabras correctas para insultarme. Nada lograba explicar el dolor por mi traición.

—Hoy siento vergüenza de ser una Barsetti.

CROW

Pearl no me habló durante el trayecto a casa. Tenía los brazos firmemente cruzados delante del pecho, girando el cuerpo mientras miraba por la ventana para no poder verme ni de reojo.

Yo sabía lo que se avecinaba.

A pesar de su enfado, en lo único que podía pensar era en la estupidez de mi hermano. Había hecho un trato de mierda y me había metido a mí en el follón. Aquella no era mi forma de hacer negocios, y yo no hacía excepciones. Se me pagaba íntegramente por adelantado en todos los servicios, y nunca fallaba en proporcionar exactamente lo que me habían pedido. Cane me cabreaba de vez en cuando, pero siempre había sido un magnífico socio de negocios. No preferiría tener a ninguna otra persona a mi lado.

Y entonces se había puesto en mi contra.

No tenía ni idea del aspecto que tendría aquella mujer, pero seguramente había algo en ella que provocaba la obsesión de Cane. No pensaba molestarme en intentar comprenderlo. No me sorprendería que no tuviera nada de especial.

Aún no podía creerme que aquello estuviera sucediendo.

No me hacía falta el dinero. No era como si anduviera escaso

de fondos. Era la naturaleza del asunto. Si Cane quería hacer un trato estúpido, debería ser el único en sufrir las consecuencias si fracasaba. Todos los implicados en el proceso recibirían su dinero, aunque tuviera que salir del bolsillo de mi hermano. Me sentía como un padre imponiendo disciplina a un niño. Mi hermano era un hombre adulto, pero eso no evitaría que le diera en el hocico, como a un chucho.

El silencio que llenaba el coche estaba cargado de hostilidad. Normalmente, Botón y yo no hablábamos demasiado. Era algo que apreciaba mucho en nuestra relación. Yo no era muy hablador, y era agradable estar con una mujer que podía limitarse a existir conmigo, disfrutando del silencio. Aguantaba mis malos humores y no hacía demasiadas preguntas sobre mi frialdad. Me aceptaba exactamente como era... y yo la amaba por ello.

Pero aquel no era uno de esos pacíficos momentos.

Habitualmente me habría regañado por cabrearla. Pero ahora mismo estaba tan enfadada que no podía ni hablar. Quería lanzarme los puños a la cara y causar toda la destrucción posible.

No la culpaba por ello.

Cuando llegamos a casa, el aparcacoches llevó el coche al garaje. Era casi la hora de cenar, y sospechaba que Lars tendría algo delicioso esperando en la cocina. Pero a juzgar por la actitud de Botón, probablemente no quisiese comer nada.

—Buenas noches, Excelencia. —Lars surgió de entre las sombras, como siempre—. ¿Dónde quiere que se sirva la cena?

Botón se dio la vuelta y me miró fijamente a los ojos.

—Su Excelencia cenará en el comedor. Yo tomaré la cena en mi dormitorio. Sola. —Se marchó a toda prisa, echándose el pelo sobre el hombro y sacudiendo las caderas de lo rápido que caminaba.

¿Decir que aquello me excitaba me convertía en un cabrón?

—Por supuesto, Sra. Barsetti... —Lars se giró para mirarme y

se guardó sus opiniones.

Botón subió las escaleras hecha una furia, llegó al tercer piso y desapareció. Daba tales pisotones que pude escucharlos hasta que llegó al pasillo que conducía al dormitorio y a mi despacho.

Lars se aclaró la garganta y después me dedicó una leve inclinación.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, señor?

—Retrasa la cena. Vamos a tardar un rato...

ME QUEDÉ UN PAR DE HORAS EN MI DESPACHO CON LA ESPERANZA DE QUE SE calmara. Si hablaba ahora con ella, no haría otra cosa que gritarme y darme bofetadas.

Aunque tampoco era lo peor del mundo.

Disfruté de mi whisky sentado delante del fuego y repasando los envíos pendientes. Con sólo pensar en el trato con Tristan, me cabreaba. Alguien dijo que una mujer hermosa tenía el poder suficiente para destruir todo un imperio. Primero fue Helena de Troya, a la que siguieron muchísimas otras. Ahora, esta nueva mujer parecía haber privado a mi hermano de su capacidad de razonamiento.

Botón me había hecho lo mismo a mí.

Ya sabía exactamente cómo iría la discusión. No resolveríamos nada, y ella me despreciaría. Pero sabía que no me dejaría, pasase lo que pasase. Había aceptado todas mis transgresiones pasadas. Esto no era nada comparado con mis crímenes anteriores.

Después de esperar el tiempo suficiente, me encaminé por fin al dormitorio.

Estaba sentada en el sofá con un libro sobre el regazo. Una vela casi consumida brillaba sobre la mesita de café, y el fuego

ardía en la chimenea. Cuando escuchó abrirse la puerta, levantó la vista y me miró a los ojos.

Odio.

Sus ojos parpadearon y volvieron a bajar para continuar leyendo.

Yo me senté en el sofá frente a ella y la contemplé. Cuando estaba enfadada, se ponía más bonita de lo habitual. Sus ojos resaltaban más, aunque no llevara maquillaje, y aquella actitud agresiva daba a su rostro un resplandor propio. Me recordaba a la primera vez que le había puesto los ojos encima. Como un oso salvaje, era feroz y mortal.

Aparentemente, así es como me gustaba que fueran las mujeres.

Después de un cuarto de hora en silencio, cerró el libro de golpe.

—¿Pero qué demonios pasa contigo?

Allá íbamos.

—¿Cómo es posible que esto te parezca bien? —Tiró el libro, que cayó con un golpe sobre el almohadón.

Yo mantuve una expresión estoica, pero no respondí.

—Esa mujer no es diferente a mí. La atraparon contra su voluntad y la sometieron a tortura. ¿Y ahora vas a mirar hacia otra parte?

—Botón...

—No me vengas con Botón... —dijo enfadada—. Esto está mal, y tú lo sabes.

—Si quieres que hable, no me interrumpas. —No me peleaba con mi mujer muy a menudo, y esta era definitivamente la peor discusión que habíamos tenido nunca. No había solución, así que no estaba seguro de cómo íbamos a resolverlo.

—A lo mejor no quiero que hables. A lo mejor sólo quiero que hagas lo correcto.

Junté las manos sobre el regazo, sintiendo el calor de la chimenea. La mesita de café estaba entre nosotros, y no me gustaba la distancia estratégica que había creado. Prefería que me abofetease a que quisiera alejarse de mí.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? Este trato es de Cane, no mío. Los dos sabemos que no tengo control sobre lo que hace ese hombre.

—Gilipolleces.

—Botón, sabes que no estoy de acuerdo con nada de todo esto. Pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Sí que lo hay. Se la quitamos a Cane y la devolvemos a su casa.

—Quitársela a Cane no es el problema. Es un préstamo.

—¿Eso qué se supone que significa? —Sus ojos ardían y yo sabía que quería tirarme aquel libro en toda la cabeza.

—Quiere decir que Tristan quiere recuperarla. Es obvio que para él es valiosa, si la ha ofrecido como aval.

—¿Y qué? —Se cruzó de brazos, lo cual elevó sus pechos.

Yo intenté mantenerme centrado.

—No podemos simplemente meternos y enviarla a su casa. Tristan lo vería como una declaración de guerra. Lo conozco, Botón. No es un enemigo que quiera hacerme. Es mucho mejor aliado.

—Tampoco podemos abandonarla y ya está.

Yo no quería sonar como un hijo de puta, pero mi indiferencia era evidente.

—Botón, esto no es problema nuestro.

La mandíbula se le abrió de golpe.

—Es una práctica más repugnante que ningún otro tipo de crimen organizado. No estoy diciendo que esté de acuerdo con ella. Para nada. Pero no podemos salvar a todo el mundo. No podemos transformar nuestras vidas e interferir en los negocios.

Ella debería haber sido lo bastante lista como para no ponerse en una situación vulnerable, para empezar.

Ahora Pearl tenía realmente aspecto de querer matarme.

—Guau...

Yo sabía exactamente lo que estaba pensando. Su antiguo novio se la había llevado de vacaciones y la había vendido a unos tratantes. Su estupidez no había sido la culpable de nada de lo que le había pasado. Había sido la víctima de un crimen despreciable.

—No estoy intentando ser un capullo. Sólo ser objetivo.

Sacudió la cabeza, con los ojos cargados de desilusión.

—Después de todo por lo que he pasado... —Dejó de mirarme del todo para contemplar el fuego.

Cuando se giró, supe que me estaba rechazando.

—Botón, lo siento. Pero sigo manteniendo lo que he dicho. No hay nada que yo pueda hacer por esa mujer. No puedo declarar la guerra a todos los hombres del planeta. Ya lo hice una vez, y fue porque no podía vivir sin ti.

Ella se levantó del sofá y se dirigió al patio.

—Sal de aquí.

Era peor de lo que había pensado en un principio.

—Botón...

—He dicho que te vayas. —Cerró la puerta detrás de ella, con sólo el cristal interponiéndose entre nosotros. Se inclinó sobre la barandilla de madera y contempló la oscuridad que envolvía los campos. De espaldas, no podía ver su rostro. Pero cuando sus hombros se tensaron y la espalda le tembló ligeramente, supe que estaba llorando.

Maldita sea.

HABÍA DADO POR SENTADO QUE CANE NO COGERÍA EL TELÉFONO, ASÍ QUE ME sorprendió que lo hiciera.

—Te transferiré el dinero por la mañana. Sabes que cumplo mi palabra.

—No te llamo por eso.

—¿Oh?

—Tenemos que hablar de este préstamo tuyo. —El tipo de interés era disparatado y estaba cargándose mi matrimonio.

—¿Pearl? —Cane sabía que Pearl no sería tan fácil de convencer.

—Sí. Está bastante enfadada.

—Lo sé. Aún tengo la cara roja.

De mí no obtendría compasión.

—No va a olvidarse de esto. Los dos lo sabemos.

—Tendrá que hacerlo. No puedo hacer nada al respecto.

—Bueno, pues algo hay que hacer. —No me importaba que Botón se enfadara conmigo o que montara un escándalo. Pero verla llorar... no podía soportarlo. Me hacía sentir como una basura, peor que hacer de ella una propiedad y obligarla a trabajar por su libertad—. ¿No podríamos pagar a Tristan para quedárnosla?

—No.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

—No. —Suspiró en el teléfono—. Pero conozco sus sentimientos por ella. Es psicóticamente posesivo, peor de lo que Quien-Tú-Ya-Sabes fue nunca. Me dijo específicamente que la quiere de vuelta y me recordó que sólo es un préstamo. No creo que haya bastante dinero en el mundo para que Tristan se desprenda de ella.

Los hombres eran feroces cuando se trataba de sus posesiones. Yo le había ofrecido a Bones veinte millones de dólares por Botón, tanto la quería. Era una oferta descabellada,

pero incluso entonces, no la aceptó. Yo tampoco la habría aceptado, de haber estado invertidas nuestras posiciones.

Ella era inestimable.

—Deberíamos probar de todas formas. Te la prestó. Tampoco puede ser tan valiosa para él. —De ninguna manera permitiría que cualquier hombre se lo hiciese con mi mujer.

—Sigue siendo suya, así que es diferente.

—Habla con él y ya está, ¿de acuerdo? —salté yo.

Cane volvió a suspirar.

—No voy a hacerlo. Si le digo algo así, sólo conseguiré tensar las cosas. Si realmente hay que hacerlo, prefiero esperar a tener la otra mitad del dinero.

Probablemente aquello fuera lo más inteligente.

—O podrías haber conseguido el dinero al principio, directamente....

Cane no respondió porque no había nada que pudiera decir ante aquello.

—Ya te escuché la primera vez.

—¿Y qué pasa si contratamos a alguien para volver a secuestrarla? Nunca se imaginará que hemos sido nosotros.

—¿Estás mal de la cabeza? —ladró—. Es posible que Tristan sea un psicópata, pero no es idiota. Sumará dos y dos con bastante rapidez. Y acabamos de librarnos de Quien-Tú-Ya-Sabes. No me apetece hacerme ningún enemigo más, especialmente cuando hay un nuevo pez gordo en ascenso.

—Deja de llamarlo así. Haces que esto parezca Harry Potter.

—Bueno, lo llamaría por su nombre de verdad si no te diera un ataque.

—Basta con que no lo digas en mi casa o delante de Pearl.

—El nombre no parece molestarla.

En aquel momento le habría dado un puñetazo en la cara si hubiéramos estado en la misma habitación.

—Me molesta a mí.

—Lo que tú digas. Aunque fuéramos lo bastante estúpidos como para hacer eso, no funcionaría. La está chantajeando, así que no huiría aunque tuviese la oportunidad.

—¿Chantajeándola cómo?

—Atrapó a una amiga suya. Le dijo que la mataría si intenta cualquier cosa.

Aquello era una crueldad.

—Probablemente ya esté muerta... o peor. —Las esclavas no duraban mucho, no con amos como Tristan o Bones. Normalmente morían de lesiones internas de todo lo que les pegaban.

—No va a intentar nada para no poner en peligro a su amiga. Le implanté un rastreador, pero era innecesario. No se escapará.

Estábamos quedándonos sin soluciones.

—Créeme, no estoy de acuerdo con nada de todo esto. Cuando pienso en lo que le pasó a Pearl, me pongo enfermo.

El estómago se me llenó de ácido de repente. No quería que ningún hombre la volviera a tocar jamás. Moriría antes de permitir que aquello sucediera.

—Cuando me la ofreció al principio, le dije que no. Por mucho que la deseara, le dije que no. Sabía que estaba mal. Pero me presionó con ello, ofendiéndose cuando no acepté su oferta. Y yo me la habría tirado, pero me dijo que no. Así que no lo hice.

No estaba seguro de por qué Cane contaba todo aquello. Lo que hiciera con su polla no era asunto mío.

—No quiero que Pearl se haga la idea equivocada.

—Pero ahora te la estás follando, ¿verdad?

Hizo una pausa al otro lado de la línea.

—Técnicamente, no.

Arqueé la ceja al escuchar su respuesta.

—¿No?

—Lo he intentado un par de veces, pero dice que no quiere. Podría haberla obligado, pero algo me detuvo. Nunca me he considerado alguien compasivo. Me la follara o no, su situación no iba a cambiar. Pero supongo que me sentía culpable, o algo así...

Yo tampoco había podido hacerlo con Botón. Pero eso él no lo sabía.

—¿Entonces por qué la tienes todavía?

—Le dije que iba a llevarla de vuelta con Tristan. No tenía sentido quedármela si iba a permanecer todo el tiempo dentro de su habitación. Pero ella me pidió que me quedara con ella. Me dijo que me lo compensaría si lo hacía...

—¿Entonces la chantajeaste? —Sacudí la cabeza.

—No —contestó rápidamente—. No es así como pasó. La trato mucho mejor que Tristan. Puede comer cuando quiera, ducharse cuando quiera y no le pego. No me va esa mierda.

—No te va ahora.

Cane no negó el insulto, porque sabía que se lo había ganado.

—Cuando está conmigo, es tratada como un ser humano. Tristan... digamos simplemente que hace parecer a Bones un corderito.

Ahora me sentía mal de verdad por aquella chica.

—Pero no hay nada que ninguno de los dos podamos hacer. Estaba en el lugar equivocado en el momento incorrecto... por desgracia.

—Debe de ser realmente especial. No entiendo por qué aceptarías este acuerdo, a menos que sea así.

Cane no dijo nada.

A mí me pareció raro que Cane se mostrase compasivo. Yo me consideraba implacable, pero él me hacía parecer amable. El hecho de que mantuviera a una mujer cerca sin tirársela me parecía un poco alucinante.

—¿Le has cogido cariño o algo así?

—Me parece atractiva. Lo pensé la primera vez que la vi en el aeropuerto. Pero eso es todo.

—Mi relación con Pearl había empezado de la misma manera... hasta que había cambiado.

—Pearl se va a cabrear conmigo... pero al menos lo he intentado.

—Tendrá que aceptarlo. Esto les sucede a miles de mujeres en todo el mundo. Es una mierda, pero nunca cambiará. No podemos salvarlas a todas. Tiene suerte de que la salváramos a ella.

—Ella se había salvado sola.

—Sí...

—Probablemente no quiera hablar conmigo.

—Ni conmigo. Hoy voy a dormir en otro cuarto.

—Cane soltó una risita.

—Eso es duro.

—Iba a ser la primera vez que dormiría sin ella desde que nos casamos. Era una mierda.

—Esperemos que termine cediendo.

—Antes o después. —No podía estar cabreada conmigo para siempre. Tampoco era como si yo estuviese personalmente implicado en el tráfico de mujeres. Era un negocio que nunca me había interesado. No diría que me ganaba la vida de manera totalmente inocente, pero ambos hacíamos todo lo posible por conservar el máximo de moralidad. No les vendía mis productos a terroristas reconocidos.

—Colgué y lancé el móvil sobre la mesa. El fuego estaba encendido en la chimenea y tenía una licorera llena de whisky para beber. Botón estaba en el dormitorio principal al final del pasillo, probablemente ya en la cama, pero sin poder dormir.

—Yo no quería que durmiera sola. Solía entrarle frío en mitad de

la noche y usaba mi cuerpo a modo de calefactor. Cuando me despertaba por la mañana siempre tenía su pierna enrollada a la mía. Toda ella estaba encima de mí, de hecho. Por no mencionar que de vez en cuando todavía tenía pesadillas. Se retorció en la cama, pero yo estaba allí para ahuyentar sus temores.

Por más que quisiera estar ahí para ella, también quería que ella estuviera ahí para mí. Confiaba en el bello sonido de su respiración profunda para ayudarme a conciliar el sueño. Su suave cabello solía encontrar la manera de acabar sobre mi pecho, oliendo igual que las rosas que había justo debajo de la ventana. A veces suspiraba en medio de la noche, una sensual inspiración que me indicaba que estaba profundamente dormida. A pesar de todo por lo que había pasado, seguía conservando la inocencia. Sus labios se entreabrían mostrando sus pequeños dientes, y sus pestañas contrastaban gruesas y oscuras contra su mejilla. Quería estar junto a ella para poder disfrutar contemplándola.

Por no mencionar que en ese mismo momento estaríamos haciendo el amor.

Sabía que se acercaba una época de abstinencia. Sólo esperaba ser lo bastante paciente y controlar mis instintos carnales. Mis dedos se contrajeron al imaginarme mi mano rodeando su cuello. El corazón se me aceleró al imaginarme empujándola sobre la cama y arrancándole las bragas para poder follármela con dureza mientras tenía el culo en pompa.

Pero ahora no podría hacer nada de todo aquello.

La paciencia era una virtud... algo que yo estaba aprendiendo con rapidez.

BOTÓN Y YO NO HABLAMOS AL DÍA SIGUIENTE. YO ME FUI A TRABAJAR SIN

despedirme y me pasé toda la tarde pensando en ella en vez de dirigir las bodegas. Aunque entendía su punto de vista mejor de lo que ella creía, estaba poniéndome en una situación difícil y exigiéndome cosas que yo nunca había aceptado.

No podríamos pasar mucho tiempo más sin hablar... y especialmente sin follar. Pero no pensaba disculparme por algo que no había hecho. El mundo era un lugar de mierda con gente de mierda en él. Yo no era mucho mejor que los hombres a los que ella despreciaba.

A lo mejor se había olvidado de quién era realmente el hombre con quien se había casado.

Cuando volví a casa, Lars me saludó en la puerta.

—¿Dónde desea cenar, señor? —Era obvio por su manera de hablar que Pearl ya le había pedido que le llevara la cena a su cuarto... lejos de mí.

—Aún no estoy seguro. Te lo haré saber.

Él inclinó brevemente la cabeza.

—Buena suerte, Excelencia.

—Gracias. La voy a necesitar. —Subí a nuestro dormitorio y la encontré en el sofá frente a la chimenea. Estaba otra vez leyendo, pero esta vez no levantó la vista cuando entré en el cuarto. Probablemente había dado por hecho sencillamente que iba a cambiarme de ropa y a desaparecer después.

Me acerqué a ella y me quedé de pie con las manos en los bolsillos.

Ella me ignoró, con los ojos todavía recorriendo la página de izquierda a derecha.

—Pearl. —Cuando estaba así de hostil no la llamaba por su apodo. Botón era un nombre precioso. Se merecía algo mejor que aquella pelea estúpida.

Una vez más, me ignoró.

Las aletas de la nariz me temblaron al aumentar mi mal

humor. Tenía ego y no me gustaba que me ignorase... nadie. Le arranqué el libro de la mano y lo arrojé dentro de la chimenea.

—¡Oye!

—Bien. Ahora tengo tu atención. —Me senté en el otro sofá y escuché el crepitar del fuego devorando las páginas. Las llamas aumentaron tres dedos de altura al arrojar el combustible adicional encima.

—Estaba leyendo eso.

—Espero que no te estuviera gustando demasiado.

Sus ojos azules se estrecharon.

—Si esta es tu manera de hacer que te perdone, estás perdiendo el tiempo.

Estuve a punto de reírme.

—No quiero que me perdones. Eso implicaría que he hecho algo para traicionar tu confianza... y no es así.

Ahora los ojos le ardían más que el fuego.

—Eres imbécil.

Me había dicho que debía tener más paciencia con ella, pero aquello estaba yéndose al infierno con rapidez.

—Sabes el tipo de negocios que tengo. Me las tengo que ver con hombres que arrancan cabezas para ganarse la vida. Vendo armas a tipos malos para que puedan matar a otros tipos malos. Esto no te coge por sorpresa.

—Ya, ya lo sé...

—¿Cómo crees que he pagado esta mansión en la que estás todo el día sentada? —Incliné la cabeza, mi fuego equiparable al suyo—. ¿Cómo crees que pago toda esa ropa carísima que tanto te gusta, las cenas deliciosas que disfrutas todas las noches? No tienes derecho a poner objeciones a lo que hago, pero luego disfrutar de todas sus ventajas. No es así como va la cosa.

Se le abrió la boca.

—Eso no es lo que est...

Levanté un dedo.

—Estoy hablando. Ahora te toca escuchar.

Me miró como si quisiera abofetearme.

—He escuchado todo lo que has dicho. No hay nada con lo que no esté de acuerdo, pero este tipo de inconvenientes vienen con el puesto. He trabajado con muchos hombres que tienen esclavas. Tristan no es el primero, ni tampoco será el último. Si discriminara a todo el que tuviera una, me quedaría sin negocio que dirigir. ¿Está mal? Sí. ¿Es cruel? Desde luego. Pero trato con hombres que hacen cosas mucho peores. Siento que ello te haga sufrir. Entiendo por qué te repugna tanto. A mí tampoco me entusiasma. Pero no hay nada que yo pueda hacer.

Sus ojos adquirieron una ligera película de humedad, pero no eran lágrimas de sufrimiento. Eran lágrimas de furia.

—Una vez dicho todo esto... He hablado con Cane sobre la situación de Adelina.

Su intensidad se paralizó un solo instante.

—Le he preguntado a Cane si podríamos comprársela a Tristan para poder ponerla en libertad. Pero Cane dice que Tristan no la vendería de ninguna manera, sin importar el precio.

—¿No podemos limitarnos a sacarla de allí por la fuerza?
—preguntó con aliento ronco.

—Eso tampoco podemos hacerlo. También tienen a una amiga suya, y Tristan amenaza con matarla si Adelina intenta algo. Así que no podemos ayudarla a escapar. Si huye, matarán a su amiga.

—Dios... —Se frotó la parte superior de las cejas con el pulgar y el índice.

—Así que no hay nada que Cane o yo podamos hacer. Sólo quería que supieras que hemos hablado de ello. Y también que Cane la está tratando bien. Siempre que Adelina dice que no, él le hace caso. Como no conseguía nada con ella, decidió devolvérsela a Tristan. Pero ella le rogó que le permitiera quedarse y le dijo

que le daría una razón para hacerlo... —No tuve que dar más explicaciones—. Porque estar con Cane es muy preferible a estar con Tristan. Cane piensa que está haciendo un favor a la chica, más que otra cosa.

Ella se cruzó de brazos con los ojos todavía húmedos.

Esperaba algo de ella. No una disculpa, pero sí algo. La miré fijamente mientras esperaba a que dijera algo. Estaba cansado de la distancia que había entre nosotros. Teníamos que volver a ser marido y mujer. Teníamos que ser felices. Nunca en toda mi vida había sido feliz, y Pearl me había descubierto aquella sensación. Me hacía reír, me hacía sonreír. Ahora dependía de ella como un drogadicto de la cocaína. No era yo sin ella.

—Es que... odio saber que hay otra persona pasando por lo mismo que yo. Nunca te lo he contad...

—Ni yo lo quiero saber. —Incluso antes de enamorarme de ella, no quería conocer los detalles. Ahora que era mi mundo entero, la idea de que alguien le hiciera daño me cabreaba tanto que me entraban náuseas. La ignorancia no sólo era una bendición en mi caso: era una auténtica salvación.

—No puedo limitarme a mirar a otro lado...

—Botón, ya lo he intentado. —Estaba dispuesto a pagar un montón de dinero sólo para hacer feliz a mi esposa. Botón no entendía lo infrecuente que era aquello. Daría gustoso millones de dólares para salvar a una mujer que no conocía de nada... Era ridículo.

—Esa pobre mujer. Sé exactamente cómo se siente.

Intenté mostrarme compasivo, pero los sentimientos no eran mi punto fuerte.

—Lo sé. Pero no te sientas culpable por ello. Hemos intentado encontrar un modo de sacarla de allí, pero no hay solución. Intentemos pasar página.

—Tú nunca pasarías página si yo estuviese en su lugar.

Mantuve su mirada, notando de repente la alianza en la mano izquierda.

—No estoy enamorado de esa mujer. Sólo he amado a una mujer en el mundo, y haría lo que fuera por ella.

Cuando cerró los ojos, le cayeron dos lágrimas.

Lo odié.

Lo odié con todas mis putas fuerzas.

Pearl se levantó del sofá para sentarse por fin junto a mí. Se subió a horcajadas en mi regazo y me envolvió el cuello con los brazos antes de posar su rostro sobre el mío. No estalló en lágrimas, pero sorbía de vez en cuando.

Le froté la espalda, atesorando la sensación de sentir a mi esposa estrechamente pegada a mí. Había sido privado de su afecto durante muy poco tiempo, pero se me había hecho demasiado largo. Cerré los ojos y me deleité con el aroma de su piel, con la suavidad de su cabello.

—Desearía ser dueño del mundo para poder darte todo lo que quisieras.

Ella me abrazó más fuerte.

—Lo sé...

CANE

Sabía cómo iba a tomarse Pearl la noticia.

Pero no estaba preparado para lo mal que me haría sentir. Me había abofeteado con más fuerza que mi propia madre por la cantidad de odio contenido en el golpe. Si Crow no me la hubiera quitado de encima, probablemente no hubiera parado.

Quería a Pearl como a una hermana, de verdad. Pero aquel amor no anulaba mi lujuria por Adelina. Era plenamente consciente de que mis actos eran incorrectos. Estaba ofreciendo asilo a cambio de mamadas y frotamientos sensuales, y sexo, antes o después. Lo correcto habría sido dejar en paz a la pobre mujer hasta que tuviera que volver con Tristan.

Pero es que no quería dejarla en paz. Quería follármela por toda la casa.

Estuve trabajando casi todo el día, mientras Adelina se quedaba en el interior de la gigantesca residencia campestre. Mis pensamientos se dividían entre ella y Pearl. Mi mente iba de imaginarse las tetas de Adelina a la expresión de cabreo de Pearl. Como si tuviera un ángel y un demonio sentados en cada hombro, me desgarraba entre ambos.

Llegué a casa más tarde aquella noche, largo tiempo después

de que se hubiera puesto el sol sobre los campos toscanos. Aparqué el Jaguar en la entrada y entré en la casa, advirtiéndole que casi todas las luces estaban encendidas, probablemente porque a Adelina no le gustaba la oscuridad.

Entré primero en la cocina y la vi de pie delante de la nevera. Cerró la puerta de inmediato, como si la hubieran sorprendido haciendo algo que no debería.

Dejé las llaves y la cartera sobre la encimera.

—Puedes comer siempre que quieras. Ya te lo he dicho. —No la trataba como a una esclava y me reventaba cuando actuaba como tal. Pero algunos hábitos eran difíciles de perder.

Hacía poco que se había dado una ducha, porque tenía el pelo húmedo. Ya casi estaba seco y enmarcaba su rostro de un modo diferente del habitual. Tenía un poco más de color en las mejillas por el agua caliente, y los ojos le brillaban por la evidente satisfacción de sentirse limpia con regularidad. Lo que más me excitaba era el hecho de que se hubiera puesto mis pantalones de chándal y mi camiseta. No favorecían su complexión voluptuosa, pero ponían en marcha mi imaginación. Me la imaginé poniéndose mi ropa después de cabalgarme aquella noche.

Ahora me había empalmado.

Ella sacó algunas cosas de la nevera y empezó a hacerse un sándwich.

Yo me quedé allí de pie, observándola untar mostaza en el pan italiano, imaginándome lamiendo aquella salsa amarilla de sus labios. Después de mi espantosa conversación con Pearl, seguía deseando a aquella mujer cuando no debería. Pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera besarla, empujarla contra la isla de la cocina y ponerle las manos en las femeninas caderas. Morrearse nunca había tenido un puesto muy alto en mi lista de fantasías, pero disfrutaba muchísimo besándola.

No estaba seguro de por qué.

Cuando se dio cuenta de que la miraba, levantó la vista. Todavía tenía el cuchillo en la mano, manchado de mostaza. Sabía que algo se avecinaba y estaba esperando a que sucediera.

Yo rodeé la encimera hasta ponerme justo a su lado. Me di cuenta de cómo se le aceleraba la respiración, de cómo su pecho se elevaba al respirar profundamente. Apretó los labios, y cuando volvió a abrirlos, contemplé fascinado cómo permanecían pegados, hasta que finalmente se separaron.

Me acerqué a ella por detrás y presioné el pecho contra su espalda, con la boca junto a su cuello. Apoyé las manos sobre la encimera a ambos lados de ella, sin molestarme en quitarle el cuchillo de la mano. No iba a apuñalarme con él, aunque su amiga no estuviera prisionera. No me haría daño porque yo le gustaba, aunque no quisiera admitirlo.

Por fin posé los labios sobre su piel y le di un suave beso, más suave que una mariposa posándose sobre el pétalo de una rosa. Pero su reacción fue intensa como una avalancha. Volvió a inhalar y empezó a temblar violentamente en el segundo en que mi boca entró en contacto con su cuerpo.

Pasé mi boca sobre su oreja, permitiendo que mi cálido aliento traspasase la abertura, deseando que escuchara mi excitación. Mis labios encontraron la parte superior de la oreja y le deposité un dulce beso allí. Me encantaba sentir cómo reaccionaba a mí, cómo se tensaba y se relajaba al mismo tiempo. Le puse las manos sobre las caderas a través del holgado tejido y lentamente le di la vuelta. No se resistió, pero se tomó su tiempo para darme la cara.

Cuando estuvimos frente a frente, me miró a los ojos con los labios entreabiertos. Su pecho seguía subiendo y bajando con rapidez, y yo recordé vívidamente la sensación que me produjeron aquellos pezones erectos contra el pecho cuando me froté encima de ella.

Mi mano subió por su cuerpo, palpando intencionadamente el perfil de su pecho a través de la tela de la camiseta antes de llegar hasta su mejilla. Le tomé el rostro con los dedos y le pasé el pulgar por el labio inferior, sintiendo su suavidad contra la yema del dedo. Podía sentir el fuerte pulso del cuello con el meñique y su corazón acelerado bajo mi tacto. En su expresión no había repulsión ni desprecio.

Prácticamente me estaba suplicando que la besara.

Y yo sólo deseaba que también me suplicara que me acostara con ella.

La acorralé contra la isla de la cocina hasta que pude sentir sus pechos contra mí. Si empujaba lo bastante, podría sentir los pezones apretándose contra el tejido. Tenía los labios a centímetros de los suyos, pero no la besé. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de su aliento cálido sobre mi piel. Nunca había retrasado un beso sólo para poder sentir un poco más de expectación. Nunca había sentido aquel cosquilleo en la piel, aquella excitación en las venas.

—Pídeme que te bese. —Quería escuchar que me deseaba, aunque fuese fingido.

Ella posó sus suaves labios en los míos.

—Bésame.

Mi boca volvió a la suya y nuestros labios se encajaron en perfecta armonía. Nos movíamos con la misma fluidez que la última vez, en un beso abrasador a pesar de su lentitud. Le incliné ligeramente la barbilla hacia arriba para poder acceder mejor a aquella boca maravillosa. Su lengua bailó con la mía antes de que me rodeara la muñeca con la mano, descansando el pulgar contra mi pulso.

Era la mujer que mejor me había besado nunca.

No era de extrañar que Tristan estuviera obsesionado.

Continuamos besándonos en la cocina durante minutos,

nuestros labios separándose con sonidos audibles y gemidos. Era imposible que me estuviera besando de aquella manera sin sentirlo, sin notar la pasión que ardía entre nosotros. Ella deseaba aquello tanto como yo. Podía percibirlo en su beso, sentir su anhelo. Había estado con muchísimas mujeres, y sabía cuándo me deseaban... y cuándo cobraban para desearme.

Ella me deseaba, sin lugar a duda.

Sus manos se deslizaron sobre mis vaqueros, desabrochándomelos sin interrumpir nuestro beso.

El corazón se me llenó de adrenalina al imaginarme introduciéndome en aquel cálido sexo. Quería enterrarme entre sus piernas durante el resto de la noche, permitiendo a mi miembro deslizarse por la humedad que mi boca y mis dedos ya habían probado. Quería llenarla de mi semilla, pero también que gritara mi nombre de satisfacción. El placer de la mujer no siempre era mi prioridad, pero a ella quería indudablemente proporcionárselo. Quería que supiera lo bueno que podía ser el sexo.

Me bajó los vaqueros y los bóxers hasta dejar al descubierto mi enorme erección, gruesa y con el glande enrojecido. Ya sabía cómo quería tomarla la primera vez. La quería en mi dormitorio, de espaldas sobre las sábanas.

Ella apartó sus labios de los míos con expresión acalorada. Todavía los tenía ligeramente entreabiertos, dejando la lengua al descubierto. Después empezó a arrodillarse lentamente.

Deseaba que me la chuparan, pero deseaba aún más follármela.

—No.

Ella me miró desde el suelo, con aspecto de ser un puto sueño húmedo.

—Te deseo. —El significado de mis palabras quedaba perfectamente claro, hasta sin explicación formal. Quería sexo.

Quería sentir el sudor bajándose por la espalda, nuestros cuerpos retorciéndose. Quería que nos sintiésemos conectados de la manera más íntima posible.

Fue la primera vez que la vi dudar, bajando la mirada.

Yo sabía lo que aquello quería decir. Todavía no estaba preparada.

Oculté mi decepción. No tenía más que amenazarla con devolverla a Tristan y las piernas se le abrirían en un suspiro. Pero yo quería que ella me deseara, que quisiera que me la follara en aquel colchón hasta terminar rebosante de mi semen.

—Ven conmigo. —La puse de pie y la levanté en brazos. Me envolvió la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Yo la besé mientras la transportaba hasta mi dormitorio en el piso de arriba, una habitación en la que ella nunca había entrado. Mi boca empezó a devorar la suya de nuevo, con mi enorme miembro presionado contra sus pliegues. Aunque no pudiera tenerla entera, sí tendría al menos una parte de ella.

La deposité sobre la cama y le quité la ropa, tironeando de cada prenda por mi urgencia para verla desnuda lo antes posible. Cuando le cogí el tanga y se lo bajé por las largas piernas, me quedé mirando fijamente el bultito en medio de sus muslos.

Se me tensó el miembro.

Deseaba aquel sexo más que cualquier otra cosa en el mundo.

Me saqué la camiseta por la cabeza y dejé caer al suelo el resto de mi ropa. Mi miembro apuntaba directamente en su dirección, con el glande burbujeante de excitación. Quería deslizarse entre sus labios y estirla hasta el tamaño perfecto.

Pero aquello tendría que esperar para otra ocasión.

Trepé encima de ella y volví a besarla, sintiendo nuestros cuerpos desnudos entrar en contacto. Su piel era cálida y suave, igual que cuando la había devorado la última vez. Mis manos la apretaron mientras tomaba posesión de ella. Un instante

después mis dedos pasaban sobre sus caderas para luego reunirse entre sus piernas. Encontraron su clítoris y empezaron a frotarlo con agresividad mientras continuaba besándola.

Ella gimió dentro de mi boca en cuanto sintió la presión.

Le tomé una mano y se la envolví alrededor de mi sexo, diciéndole lo que deseaba.

Su mano dudó un instante antes de empezar a masturbarme, deslizándose arriba y abajo sobre mi gigantesco miembro y aplicando la presión perfecta. Su pulgar me acarició el glande y se llevó la gota de líquido que se había formado en el extremo. La pasó por el resto de mi erección, lubricándola.

Le metí la lengua en la boca con los dedos todavía pegados a su entrepierna. Aquello no era exactamente lo que yo quería, pero por ahora me conformaba con ello. Estaba desnuda, y yo también. Lograríamos que funcionara.

Sus jadeos en mi boca aumentaban de intensidad al continuar la fricción. Sin penetrarla, sabía que estaba a punto de llegar al orgasmo. Conocía perfectamente la manera en que una mujer deseaba que la tocaran, y estaba dispensándoselo de un modo en que Tristan nunca lo había hecho.

Mientras, ella estaba masturbándome como nunca me habían tocado.

Por más que mis labios quisieran continuar besándola, me separé para tumbarme en la cama con el cuerpo sobre las almohadas. Mi miembro reposaba contra mi estómago, ligeramente curvado hacia la derecha.

—Móntate sobre mí.

Ella dudó un momento, probablemente dando por sentado que quería follar con ella, aunque me hubiera dicho que no. Pero un segundo después entendió que yo no haría aquello. De haber querido, se lo habría hecho ya. Se sentó sobre mis caderas, con la entrepierna directamente encima de mi sexo.

Podía sentir lo mojada que estaba. La humedad de su abertura me empapaba el regazo, cálida y pegajosa.

—Frótate contra mí. —La agarré de las caderas y la guie, enseñándole a balancear las caderas y a arrastrar su clítoris sobre mi erección.

Gimió al sentirme por primera vez, experimentando el tipo de fricción contra su clítoris que la haría gritar.

Observé mi miembro entre sus pliegues, con el glande apuntado directamente a mi estómago. Ya estaba empapado por sus fluidos, sedosos y resbaladizos. Me deseaba, pero seguía sin permitirme penetrarla. No estaba seguro de cuánto tiempo más lograría ser un hombre paciente.

Sus pechos temblaban mientras se movía por su cuenta, con la boca abierta y respirando profundamente. Al principio sus movimientos eran poco naturales, como si nunca lo hubiera hecho, pero después de sentir cómo su clítoris empezaba a palpar con más intensidad, le cogió el truco. Se agarró a mis muñecas mientras yo tenía las manos en sus caderas, impulsando el pecho hacia arriba y curvando la espalda.

Joder, era despampanante.

Se restregó con más fuerza contra mí, su excitación goteando hasta llegarme a los testículos. Me clavó las uñas en la piel, dejando marcas que tardarían días en desaparecer.

Es posible que no estuviera dentro de esa gloriosa entrepierna, pero aquello me ponía igual de cachondo.

—Bellissima...

Claramente no tenía ni idea de lo que había dicho, a juzgar por la rápida sombra de confusión que le cruzó el rostro. Pero aquello no le impidió continuar frotándose de arriba abajo sobre mí. Se le endurecieron los pezones y se le empezaron a ruborizar los pechos.

—Córrete sobre mi polla, Bellissima.

Ella me soltó las muñecas y me puso las manos sobre el pecho. Estaba duro como el cemento, y me gustaba sentir su peso sobre mí. Me gustaba sostenerla con mi fuerza mientras ella me acariciaba con su sexo. Presionó con más fuerza, con ojos de párpados pesados. Yo ya había visto ese gesto unas cuantas veces, por lo que sabía que estaba a punto de correrse encima de mí.

Joder, sí.

Abrió la boca, pero su gritito tardó un instante en salir. Al llegar a mis oídos, me pareció fuerte y penetrante, pero de increíble belleza. Sus caderas se convulsionaban encima de mí, al ritmo de las contracciones de la pelvis por el orgasmo que acababa de proporcionarle. Me clavó las afiladas uñas en el pecho, casi abriéndome la piel.

Ver a una mujer correrse era una de mis debilidades. Ver cómo se abría su boca al chillar y cómo se sacudía su melena mientras movía el cuerpo para disfrutar de mí por completo me volvía loco. Le agarré los pechos, apretándolos con fuerza mientras explotaba.

—Dios... —Me descargué sobre el estómago, salpicándome la piel con mi semilla, pero fingiendo que estaba depositándola en lo más hondo de su sexo empapado. Ella continuó frotándose contra mí para prolongar el orgasmo lo máximo posible, preocupándose por mi placer cuando no tenía por qué hacerlo.

Quería tenerla sentada así encima de mí para siempre, con los pequeños pechos duros y turgentes y el pelo derramándose sobre sus hombros. Tenía la cintura estrecha y el ombligo bonito. Me lo imaginé con un piercing y aquello logró que volviera a excitarme.

Le di la vuelta con cuidado para ponerla sobre la cama y me metí en el cuarto de baño para limpiarme. Me lavé mis fluidos y los suyos y después me metí en la ducha para aclararme las ideas. Tenía a aquella preciosa mujer encerrada en casa conmigo

y aún no me la había tirado. Pero por Dios bendito, me lo compensaba con creces. Liarme con ella era mejor que cualquier polvo que hubiera echado nunca. No estaba seguro de si eran los profundos ojos marrones o el culo prieto, pero tenía algo que hacía que perdiera el norte por completo.

Cuando volví a la cama ella estaba debajo de las mantas, profundamente dormida.

Me acerqué y la contemplé, sin saber muy bien lo que hacer. Si la despertaba para pedirle que se fuera, me estaría comportando como un auténtico gilipollas. Pero si dormía con ella probablemente no lograra descansar bien, porque odiaba compartir mi espacio con nadie. La única vez que había dormido con alguien era cuando había tenido una relación más o menos seria. E incluso entonces, no es que me encantara hacerlo.

Sin embargo, la dejé en paz y me acosté.

ADELINA

A la mañana siguiente me desperté en la cama de Cane.

El sol entraba por las ventanas abiertas, desparramándose por la cama. Era temprano por la mañana, pero el calor del verano ya empezaba a calentar el dormitorio. Apenas había abierto los ojos cuando Cane se removió.

Estaba tumbado de espaldas con mi brazo sobre el estómago. Su brazo descansaba encima del mío, como si fuéramos una pareja que dormía el uno en brazos del otro todas las noches. Apartó la mano y se la pasó por el pelo corto, con los ojos soñolientos abriéndose despacio para adaptarse a la luz matinal.

No estaba segura de cómo nos habíamos enredado así.

Cane se incorporó sobre un brazo y bajó la vista hacia mí, dándole a sus ojos un momento para ajustarse y absorber mis facciones. Tenía la barba más crecida que la noche anterior y algunas marcas a lo largo del pecho donde le había perforado la piel con las uñas. Tenía un poco de vello entre los pectorales y una herida de bala en el brazo izquierdo. No estaba realmente segura de que fuera una herida de bala... pero presumí que eso es lo que era.

Era un hombre muy guapo. Eso fue lo primero que se me vino

a la cabeza al mirarlo. Tenía unos ojos duros que intimidaban, pero de alguna manera, aquello no hacía sino aumentar su atractivo. Era una amenaza, pero no necesariamente para todo el mundo. No era caballeroso, pero claramente hacía todo lo posible por hacerme sentir a gusto.

Lo miré y me di cuenta de que seguía desnuda de la noche anterior. No me había vuelto a poner la ropa cuando terminamos. Me había limitado a cerrar los ojos y quedarme dormida. No había tenido sueños en toda la noche. La última vez que aquello había ocurrido era una mujer libre.

Me estudió un momento más antes de pasarme la mano por el cabello, inclinándose para besarme. Fue un beso dulce, una bienvenida a un nuevo día. Sus labios rozaron los míos como si los reverenciara, igual que haría un amante.

Mis brazos le rodearon automáticamente el cuello como respuesta, y le devolví el beso, disfrutando, aunque deseaba no hacerlo. El vello que le rodeaba la boca se rozó contra mi piel, rascándola ligera y agradablemente. Era exactamente igual que los otros, me veía como a una esclava a la que se quería tirar para después olvidarse de ella. Pero mi atracción obligaba a mi cuerpo a hacer cosas que no debería querer hacer. Y no podía evitar sentirme segura con aquel hombre. No me había encadenado ni una sola vez desde que había entrado en su vida. Me saludaba con un beso en vez de un puñetazo. Y encima me daba poder sobre mi propio destino.

No era bueno. Pero tampoco era malo.

Sus besos fueron bajando hacia el valle entre mis pechos. Fue avanzando centímetro a centímetro, dirigiéndose hacia a mi entrepierna. El áspero vello se frotaba contra mi piel y yo estaba deseando sentir aquella fricción entre mis muslos. Ningún hombre me había besado nunca ahí debajo de aquella manera, y mentiría si dijera que no me gustaba.

Sopló suavemente entre mis pliegues antes de pasarme la lengua por el clítoris. Lo rodeó antes de introducirse succionando en la boca, aplicando la cantidad justa de presión, sin llevarlo demasiado lejos.

Mis manos estrujaron las sábanas y me obligué a permanecer en silencio. No quería que Cane supiese lo mucho que disfrutaba con nuestros encuentros. Me hacía ir en contra de todo aquello en lo que creía, mi derecho a ser una mujer libre y no propiedad del hombre que tuviera más dinero. Aquello debería repugnarme, debería destrozarme.

Sus manos me cubrieron los pechos, agarrándolos con agresividad mientras continuaba retorciendo la lengua alrededor de mi clítoris. Sus ojos se posaron en los míos, y aquella abundante confianza aumentó aún más su atractivo. Sabía cómo darle placer a una mujer, y no ocultaba su enorme ego. No iba a parar hasta que estuviera retorciéndome en la cama y me corriese con un aullido.

Estrujé con más fuerza las sábanas y después me pasé las manos por el pelo. Mi espalda se arqueó sola mientras intentaba luchar contra la explosión que estaba a punto de golpearme con fuerza. Pero se estaba haciendo más difícil por momentos. Estaba a punto, y cuanto más me resistía, más aumentaba la intensidad.

Mis dedos se cerraron en torno a sus fuertes muñecas, sintiendo las gruesas venas y los músculos cincelados de sus antebrazos. Podía sentir cada uno de sus músculos moviéndose mientras sus manos masajearan mis pechos. Al succionarme el clítoris con más fuerza, no pude seguir conteniéndome por más tiempo. Chillé como un animal, y mis gritos resonaron por su gran dormitorio. Una de las ventanas estaba abierta, pero afortunadamente no había vecinos cerca que pudieran escucharme gritar.

No nos habíamos dicho una palabra el uno al otro, sino que nos habíamos saludado como hacían los amantes. Mi mañana había empezado en una cama caliente con el brazo envuelto alrededor de mi captor, y había terminado con un orgasmo que me había hecho temblar las piernas.

Cane volvió a ponerse encima de mí y mantuvo su poderoso cuerpo sobre el mío. Podía ver el brillo de la humedad que hasta hacía un momento había estado entre mis piernas. Me frotó la nariz con la suya antes de besarme, haciéndome saborear mis propios fluidos sobre sus labios. Mantuvo los ojos abiertos mientras me miraba penetrantemente.

—Estoy perdiendo la paciencia, Bellissima. Y no soy un hombre muy paciente, en realidad. —Se apartó con los ojos entrecerrados, advirtiéndome en silencio que no lo desafiara. Salió de la cama con una erección, pero sin intención de aliviarla.

Sabía que estaba tardando demasiado en darle lo que quería. Era un detalle por su parte darme tiempo, para empezar. Pero en vez de pensar en eso, me concentré en otra cosa. «¿Qué quiere decir Bellissima?» Yo no sabía ni una palabra de italiano.

Se puso una camiseta sobre la cabeza y después se pasó la mano por el pelo.

—Hay llaves y dinero abajo en el cajón de la cocina. Ve a la tienda y compra la cena. Eres mi mujer, y espero que cocines para mí.

Algo así me habría ofendido en mi otra vida, el hecho de presumir que porque era una mujer mi sitio estaba en la cocina. Pero tenía problemas más graves.

—¿Vas a dejar que salga?

—Volverás —dijo con confianza—. Compra lo que quieras para ti.

DESPUÉS DE HACER LA COMPRA Y METERLA EN EL MALETERO, ME SENTÉ EN EL coche y me eché a llorar. Fue tan repentino que no lo había visto venir. Nunca pensé que fuera a conducir un coche otra vez. Nunca pensé que haría algo tan normal como ir al supermercado. Me daba la sensación de volver a tener una vida... aunque no fuese real.

Volví a casa y me puse manos a la obra en la cocina, sintiendo todavía la tensión en el pecho. Estaba haciendo la cena para un hombre al que no conocía, pero la verdad era que sentía un rayo de esperanza. Después de haber recibido palizas todos los días y de haber sido violada por tres hombres a la vez, esto eran unas vacaciones. Estaba en una casa preciosa que podía recorrer siempre que quisiera. Tenía derechos como mujer... como ser humano. Me sentía agradecida al hombre que había hecho negocios con Tristan, aunque realmente no había hecho nada para ayudarme.

Simplemente, no era tan malo como Tristan.

Nunca me había sentido tan confusa en toda mi vida.

Me consideraba una persona fuerte. Cuando alguien me tiraba al suelo, yo me volvía a levantar. Siempre plantaba cara, hasta si mi oponente era tres veces más fuerte. La mente era el músculo más fuerte del cuerpo, y yo no permitía nunca que nadie me arrebatara mi lógica y mi capacidad de razonar. Aquellos hombres podían hacer lo que quisieran con mi cuerpo, pero nunca podrían apoderarse de mi mente.

Aunque ahora me estaban poniendo a prueba.

No sabía cocinar demasiado bien, ni tenía ni idea de a qué tipo de obras maestras culinarias estaría acostumbrado Cane. Así que hice lasaña y una ensalada. Dado que era italiano, esperaba que con aquello le bastara.

Entró por la puerta justo cuando terminé de preparar la cena. Llevaba una camiseta negra que se ajustaba perfectamente a sus

músculos y a su rudo atractivo, resultando difícil negar que era uno de los hombres más sensuales que había visto nunca. Si nos hubiéramos conocido en una vida diferente, probablemente ya me habría acostado con él. Tenía el tipo de físico con el que yo solía soñar cuando era pequeña, como el príncipe azul con un toque más oscuro.

Me había quedado tan absorta en su belleza masculina que me había olvidado de decir nada.

—La cena está lista. ¿Quieres comer ya?

Él lanzó las llaves sobre la mesita y después se acercó rodeando la encimera. La cocina era enorme, lo bastante para albergar diez cocineros a la vez. La mayoría de la gente mataría por aquel tipo de lujo, pero a él no daba la impresión de parecerle importante.

Cuanto más se acercaba a mí, más se alteraba su respiración. El vello se me puso de punta y las luces del techo de repente parecieron más brillantes que hacía un segundo.

Se detuvo justo a mi lado y me puso los dedos en la barbilla. Despacio, me movió la cara en su dirección, para poder saludarme con un beso. Era su nuevo modo de saludarme, y a mí no me importaba.

Cuando sus ojos se posaron en mi rostro, el afecto que había en ellos desapareció. Dejó caer la mano y me miró fijamente, como si hubiese visto algo que no le hubiera gustado.

—¿Qué pasa?

—Nada —dije con rapidez, pensando en mi ataque de nervios en el coche. Volví mi atención hacia el perejil que tenía sobre la tabla de cortar y cogí otra vez el cuchillo.

—Te estoy hablando. —Me quitó el cuchillo de la mano y lo deslizó por la encimera, donde no pudiera volver a cogerlo—. Ahora mírame.

Dudé ante la autoridad que desprendía su voz. Estaba

acostumbrada a su lado más amable. Era ignorante por mi parte pensar que no era igual de implacable que el resto. Si Tristan lo respetaba, tenía que ser un salvaje también.

Al no conseguir lo que quería, me agarró del cuello y me obligó a mirarlo a los ojos. Me sujetaba con la fuerza del acero, tironeando como si fuera un animal de peluche. Nunca me había tratado con tanta crueldad. Se acercó más a mí, abrasándome con su mirada.

—Has estado llorando. ¿Por qué?

—No estaba llorand...

—No me mientas. Yo no te miento a ti, así que ofréceme el mismo respeto.

Continuaba apretándome la vena del cuello con los dedos. Podía sentirla palpitando bajo sus yemas.

—No lo entenderías.

Por fin me soltó el cuello, ahora que contaba con toda mi atención. Su mano bajó por mi espalda hasta posarse en la curva pronunciada justo encima del trasero.

—Te sorprendería. Ahora cuéntamelo. ¿Sabes? Puedo ser tu amigo si me das una oportunidad.

¿Mi amigo? Yo era un préstamo que le habían hecho durante un mes. Eran unos extraños cimientos para una amistad.

—Cuando fui al supermercado... recordé lo que se sentía al ser libre. El sol me calentaba la cara, tenía unas llaves en la mano... Volvía a tener una vida. Jamás pensé que volvería a sentirme así.

Las duras facciones de Cane se suavizaron lentamente, hasta que me miró de otra manera. Era la misma expresión que había tenido sentado al otro lado de la mesa en casa de Tristan. Cuando Tristan me había dado un puñetazo, él me había compadecido. Cuando Tristan me había quitado la comida, él le había animado a permitirme comer. El hombre compasivo había vuelto.

—Nadie debería tener que sentirse de esa manera... Lo siento.

Escuché la sinceridad en su voz, porque era inconfundible. Y me había dicho que no volvería a mentirme.

—¿Crees que debería ser libre?

Sus dedos me frotaron lentamente la espalda. Giró la cara hasta que su boca estuvo directamente sobre mi hombro. Parecía haber pensado en besarme, para después cambiar de opinión.

—No soy un gran admirador de la práctica, eso te lo puedo asegurar.

—Entonces, ¿por qué me aceptaste? —Si tanto le repugnaba, podía haber rechazado la oferta de Tristan. A lo mejor su única intención había sido ahorrarme un mes adicional de tortura. Pero aquello parecía demasiado desprendido para un hombre que tenía otros asuntos de los que preocuparse.

Me contempló con ojos sombríos, los poderosos hombros tensos antes de la inminente respuesta.

—Te deseé en cuanto te puse la vista encima. Si fuese un hombre más fuerte, habría rechazado la oferta. Pero no lo soy. —Me tomó de la muñeca y me atrajo contra su pecho hasta que mis senos se apretaron contra su torso musculado—. Te acepté porque quería acostarme contigo. Así de simple. Cuando tenga que devolverte, lo haré sin pensármelo dos veces. Lamento lo que te ha pasado, pero no hay nada que yo pueda hacer para ayudarte.

—¿Nada? —susurré.

Negó con la cabeza.

—No te puedo comprar. No estás a la venta. Y no te puedo ayudar a escapar por lo de tu amiga. No hay solución.

No, no la había.

—Si yo fuese tú, me olvidaría de tu amiga. Si no está muerta, ya la habrán vendido a otro hombre. En cualquier caso, Tristan no tiene poder sobre ella.

Hice una mueca ante la frialdad de su comentario. El hecho de

que probablemente tuviese razón sólo me hacía sentir peor. Se me formó un nudo en el estómago.

—Deberías cortarme el cuello en mitad de la noche y huir. Eso es lo que yo haría.

Lo miré fijamente a los ojos y me creí hasta la última de sus palabras.

—¿Me estás animando a asesinarte?

—Te estoy animando a pelear, Bellissima. Conozco a una mujer que estaba en tu misma situación. Y nunca se rindió; ni una vez.

—¿Se escapó?

Él asintió.

—Encontró un hogar.

SABÍA CÓMO IBA A TERMINAR AQUELLA NOCHE.

Cane por fin me tendría... porque yo iba a permitírselo. No podía retrasar lo inevitable durante mucho más tiempo. Había disfrutado de todo lo demás que habíamos hecho juntos. A lo mejor, obraba un milagro y lograba que también disfrutara del sexo... aunque lo dudaba. Me habían violado cruelmente desde que Tristan me compró, y cada vez que pensaba en acostarme con un hombre, empezaba a temblar. Sabía que con Cane sería diferente, pero eso no eliminaba la ansiedad. Tenía estrés post traumático por todas aquellas vivencias. Cada vez que pensaba en ello, me entraba un ataque de pánico.

Cane prácticamente no me quitó la vista de encima durante la cena. Nos sentamos en la gran mesa del comedor que había junto a la ventana, con vistas a los jardines del patio trasero. Era demasiado grande para dos personas solas. Era demasiado grande hasta para diez.

—Está bueno. —Comía mucho más despacio de lo que había pensado. Tristan y sus hombres devoraban su comida como si fueran lobos famélicos. Yo tenía que sentarme allí y ver cómo se daban un atracón de manjares, cuyas sobras arrojaban al suelo y me obligaban a comerme como si fuera un perro—. Gracias por hacerlo.

Tampoco es que me hubiera dado otra opción.

—Me alegro de que te guste.

—Necesito una mujer que cocine para mí. Mi hermano tiene un mayordomo. Ahora entiendo por qué.

—¿Cómo te las arreglabas antes con las comidas?

Se encogió de hombros.

—Como vivía en la ciudad, entraba en cualquier parte y encargaba algo para llevar.

—¿Por qué te mudaste aquí, entonces?

—Una inversión. Cambio de aires. Mi hermano tiene una casa en el campo, y se está bien allí.

Ya había mencionado dos veces a su hermano.

—¿Estáis unidos?

Se volvió a encoger de hombros.

—Daría la vida por él, pero nos peleamos mucho.

Interesante respuesta.

—¿Y os veis mucho?

—Trabajamos juntos, así que lo veo más de lo que me gustaría. Me preguntaba si su hermano conocía mi existencia.

—¿En los negocios que estás haciendo con Tristan?

Asintió.

—También tiene unas bodegas en la zona occidental de la Toscana. Así es como blanquea gran parte de nuestro dinero.

—Oh... —Di otro bocado—. ¿Sabe de mí?

—Sí... No le hizo ninguna gracia.

—¿Porque está en contra del tráfico de mujeres?

—Lo está, pero eso no es lo que le cabreó. Le enfadó que Tristan no nos pagara por adelantado. Lo superará.

Yo esperaba que hubiera alguien a quien le ofendiese el modo en que me trataban, pero a nadie parecía importarle.

—Ya veo... —Seguí comiendo, aunque estaba llena. Sólo podía pensar en lo que sucedería cuando acabáramos de cenar. No lograba que me bajara el pulso, y me sudaban la nuca y las palmas de las manos.

Se comió un trozo de pan, sin apartar los ojos de mí ni un segundo. En vez de beber vino, tenía un vaso de whisky. Nunca le había visto beber otra cosa, aparte de eso y agua.

—Quiero saber más sobre ti.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cuántos años tienes?

Hacía no mucho que había sido mi cumpleaños. No sabía cuándo exactamente porque había estado encerrada en un dormitorio sin noción del paso del tiempo.

—Veintitrés.

—¿Qué estabas haciendo cuando te atraparon?

Recordaba aquel día con gran claridad.

—Lizzie y yo acabábamos de graduarnos en la universidad y planeamos un viaje a Grecia para celebrarlo. Sólo llevábamos allí un día cuando nos metimos en un taxi y nos cubrieron la cabeza con un saco. —Pensé en mi familia, que probablemente seguía buscándome.

—¿Qué estudiabas?

—Humanidades. Quiero ser profesora de cuarto grado. —Al escucharme decirlo en presente, me di cuenta de que ya no podría alcanzar mis ambiciones. Moriría en manos de mi captor. Un día, me daría un golpe un poco demasiado fuerte y me abriría el cráneo. Tirarían mi cadáver al océano y nadie me encontraría jamás.

Cane dio un sorbo al whisky y se pasó la lengua por los labios.

—Enseñar a un montón de críos maleducados a cambio de un salario de mierda no me suena muy divertido

—No son críos malcriados. Y el salario me da igual.

—A nadie le da igual el salario.

—Mentira. —Mientras tuviera un lugar donde vivir y comida en la mesa, sería feliz. No hacía falta demasiado para crear un hogar aparte de amor, amigos y familia.

Cane no insistió.

—¿Fuiste virgen hasta los veintitrés?

Aquel era un tema delicado.

—No quiero hablar de ello... —Era posible que fuese de la propiedad de Cane, pero no podía obligarme a hablar si yo no quería.

Mantuvo los dedos sobre el vaso.

—¿Por qué no?

Estuve a punto de poner los ojos en blanco.

—Creo que es obvio.

—¿No dicen que es mejor hablar de las cosas? ¿Sacárselas de dentro?

—Tú no eres mi psiquiatra.

—Soy lo mejor que vas a conseguir. —Destapó la licorera y vertió un poco de whisky en mi vaso, aunque yo no se lo había pedido—. Venga, habla conmigo.

—¿Para qué quieres hablar conmigo? Habías dicho que querías follar conmigo. Así que vamos a follar y ya está. —No sabía por qué me estaba mostrando tan hostil, cuando Cane casi siempre se portaba bien conmigo.

—Y pienso hacerlo... antes mejor que después. Pero una conversación agradable no estaría de más.

Empujé la comida por el plato con el tenedor.

—Sigues sin querer hablar, ¿eh?

—¿Por qué no me cuentas algo tuyo muy personal? —pregunté—. Puede que sea un préstamo que te han hecho, pero eso no quiere ni mucho menos decir que te pertenezca.

—Mi vida no es muy interesante —dijo él—. Y la única razón por la que pregunto es porque pareces bastante experta. La mejor mamada que me han hecho nunca.

Me sonrojé de inmediato sin poder evitar la vanidad.

—No pareces tan inocente como dices ser.

—Bueno, lo soy. O... lo era.

—¿Estabas esperando al hombre adecuado? ¿A casarte o algo así?

Tendría algo ofensivo que decir ante mi respuesta, pero no iba a dejar de presionarme, así que lo mismo me daba decírselo.

—No estaba buscando al hombre adecuado. Estaba buscando al hombre perfecto. A un príncipe azul que me diera alas y me hiciera sentirme enamorada como una idiota.

La expresión de Cane no cambió.

—Siempre he sido una romántica incorregible...

Dio otro sorbo de whisky.

—Siento que las cosas no salieran como tú querías.

Me sorprendió que su respuesta no fuese cortante. Su comprensión parecía sincera, y le agradecí su compasión. Tristan nunca me había demostrado ni una pizca. Me daba patadas en la cara, y ni así se compadecía de mí.

—Sé que suena tonto, pero así es como me siento.

—Yo no creo que suene tonto. Mi cuñada le dijo exactamente lo mismo a mi hermano. Enamorarse es lo que la mayoría de las mujeres desean. Pero no creo que demasiadas lo consigan. Es mejor tener expectativas realistas. Lo único que quieren los hombres es sexo. Y cuando por fin encuentran a una mujer que les da lo que quieren... es cuando sientan cabeza. El amor no tiene por qué tener nada que ver, aunque digan lo contrario.

Era una forma muy fría de contemplar el amor.

—Por esa misma lógica, estás diciendo que tu hermano no ama a su mujer.

Bebió otro sorbo de whisky.

—Sí que la ama. Sólo creo que le costó mucho tiempo llegar a ese punto. En un momento dado, ella le dejó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía vivir sin ella, y le dio finalmente lo que quería.

—¿Que era...?

—Amor. —Terminó los últimos trozos de lasaña y se limpió la comisura de la boca con la servilleta de tela—. Así que no eres la única. Es lo que intento decir.

—Bueno, ya jamás voy a tener algo parecido, así que podría ir olvidándome...

Los ojos de Cane se suavizaron compasivos, pero no tuvo ninguna otra reacción externa.

—Si la situación fuera a la inversa, ¿de verdad piensas que tu amiga se sacrificaría por ti?

No dudé al responder.

—Sí.

Él levantó una ceja.

—Si viera una vía de escape, ¿crees que la ignoraría sólo para salvar tu vida? ¿Aunque tu vida ya no merezca la pena vivirla?

Por cierto que aquello fuera, resultaba hiriente.

—Sí.

Él sacudió la cabeza.

—Cuando las personas se ven en situaciones difíciles, siempre toman la vía fácil. Deberías intentar escapar mientras tienes la oportunidad. Ella haría lo mismo.

—Tú no la conoces.

—Y si fuera yo, le diría a mi amiga que corriese y se olvidara de mí. No tiene sentido que suframos ambos.

Yo sabía que le diría lo mismo si pudiera. Si se le presentaba una oportunidad, querría que la aprovechara.

—Y si te escapas, podrías ir a las autoridades y denunciar a Tristan.

—Para entonces estaría muerta.

Él me miró tristemente.

—Cariño, ya está muerta.

El cuerpo se me enfrió al darme cuenta de que era posible que fuera verdad. Alguien ya podría haberle partido el cuello o abierto la cabeza. Yo continuaba prisionera sin motivo, y mi destino sería idéntico al suyo.

—No puedo y ya está, ¿vale? Es mi mejor amiga desde quinto grado.

Suspiró decepcionado.

—Lo he intentado...

—¿Por qué estás intentando convencerme para que huya? ¿No quieres que me quede aquí?

—Por supuesto que sí. Me encanta volver a casa y que una mujer preciosa me esté esperando cada día. Pero tengo corazón... bajo este frío exterior. Sólo estoy intentando darte un consejo de amigo. Síguelo, o no lo sigas. A mí me da totalmente igual.

—Dejó el vaso vacío sobre la mesa y recogió los platos. Los llevó al fregadero y los aclaró.

Yo estaba sentada de espaldas a él, asimilando sus palabras. Escuchaba el agua correr y los platos chocar entre sí. Tendría que haberme ofrecido a lavar los platos, pero mis piernas no parecían querer moverse.

Apagó el agua.

—Ve a mi cuarto en quince minutos. —Era una orden firme, sin lugar a discusión. Me había dado una semana para prepararme para ese momento, y no iba a darme ni un día más.

Yo sabía lo que vendría a continuación.

—Y más te vale estar desnuda.

ME LO QUITÉ TODO, PERO ME TOMÉ MI TIEMPO CON EL TANGA. SIN ÉL, quedaría totalmente desnuda. Me había visto desnuda antes, había tenido un contacto íntimo con mi cuerpo, pero esto sería diferente.

Esto lo cambiaría todo.

Entré en su dormitorio, sintiendo el parqué bajo mis pies desnudos por el camino. Tenía los músculos tensos a ambos lados de la columna, haciendo que todo mi cuerpo estuviera rígido. Tristan me había obligado a hacer muchas cosas contra mi voluntad, cosas que yo despreciaba. Pero mientras me adentraba en la habitación de Cane, sentí el calor entre mis piernas. Era delicado, pero aumentaba de temperatura a cada paso que daba.

Deseaba aquello.

Pero al mismo tiempo, no lo deseaba.

Su puerta estaba entreabierta, permitiéndome ver la luz del fuego brillando contra las paredes y formando sombras en los rincones. Puse la mano sobre la madera de caoba y empujé con suavidad. Se deslizó hacia dentro sin un sonido, como debía ser en una casa sólidamente construida con calidad y artesanía italianas.

Las mantas estaban recogidas al pie de la cama, de manera que sólo quedaban las sábanas y las almohadas. Había una chimenea mirando a la cama que era casi tan grande como la del salón. Los paneles blancos y las molduras originales le daban el aspecto de una chimenea digna de un rey. Había un cuadro colgado encima, una mujer desnuda tumbada en un campo de girasoles. En vez de parecerme fuera de lugar, me gustó bastante. La mujer miraba con expresión perezosa la luz que se filtraba a

través del roble que había justo sobre ella, con mariposas volando a su alrededor. Destilaba paz, una etapa de la existencia que yo ya no lograba recordar. Sentía envidia de aquella mujer, de su pacífica aceptación de la vida y la muerte.

Cane salió del cuarto de baño sólo con unos bóxers negros. Su sexo se abultaba en la parte delantera, con un tamaño que llamaba inevitablemente la atención. Era desde luego mayor que el de Tristan, mayor que el de todos los otros.

Dudaba ser siquiera capaz de acomodar aquello.

Tenía un vaso casi vacío de whisky en la mano. Por las noches casi nunca lo veía sin el líquido ámbar cerca. No parecía afectarle la cantidad de alcohol en su sistema. A lo mejor estaba todo el tiempo borracho y yo nunca había conocido la versión sobria de Cane.

Se terminó el resto del contenido del vaso y lo dejó sobre la cómoda, dirigiéndose hacia la cama. Sus ojos vagaban por mi cuerpo como nunca le había visto hacer antes. Se concentraban en mis pechos, el atributo que más parecía interesarle. Solía cerrar la boca alrededor de mi pezón y darme un mordisquito juguetón. Su mirada descendió lentamente por mi figura, desplazándose sobre mi estómago y la otra parte de mi cuerpo con la que más obsesionado estaba.

—No voy a esperar más. ¿Me entiendes? —Dejó caer los bóxers, revelando su erección masiva, recorrida por una vena palpitante. Se rodeó la base con la mano y se acarició suavemente mientras me miraba.

Prefería mil veces pasar la noche con Cane que volver al psicópata que se excitaba pegándome tanto como follándome.

—Sí. —Me acerqué a la cama por propia voluntad, sintiendo temblar mis pechos al caminar. Sus ojos no se apartaron de mí en ningún momento, casi quemándome con su intensidad. Palpé las sábanas con las puntas de los dedos y recordé lo suaves que

eran cuando dormí con él la noche anterior—. ¿Cómo quieres que me ponga? —Al no contestar enseguida, levanté la vista para mirarlo.

Me contempló con una expresión más dura que antes, una mirada abrasadora que podría carbonizar la carne. Soltó su grueso miembro y se puso la mano en el costado, pero su erección despuntaba como una espada a punto de atravesar a alguien.

El corazón me latía tan fuerte que me sacudía el pecho. Los labios se me secaron de repente, como si necesitaran sus besos para suavizarse una vez más. Estaba asustada, pero extrañamente excitada a la vez. Nada de todo aquello tenía sentido.

Cane no me contestó, prefiriendo rodear la cama hasta que su pecho estuvo pegado a mi espalda. Me apretó el miembro entre las nalgas, su glande lubricado goteando contra la parte baja de mi espalda. Sus manos se deslizaron hasta mis hombros, dándome un leve apretón antes de depositar un beso en mi nuca.

Tristan prefería tomarme por detrás cuando no le apetecía verme llorar. Me pegaba en las nalgas con la mano o con una fusta, dejándome marcas que todavía no habían desaparecido. Estaban tardando una eternidad en difuminarse. A lo mejor nunca lo harían.

Cane recorrió con sus besos mi cuello y fue bajando por mi columna. Me puso la enorme palma de su mano en la espalda y me guio lentamente hacia la cama, permitiendo que su boca fuera descendiendo hasta que estuvo arrodillado en la cama. Recorrió todo el camino hasta mis nalgas, las rodeó y continuó hacia mi entrepierna.

Me besó allí con suaves caricias, deslizando su lengua y sus labios por mi clítoris.

Cerré los ojos y apreté los labios, olvidando todos los temores

que había tenido hasta aquel momento. Ahora lo único que podía hacer era sentir, apreciar aquella experta boca contra mi clítoris palpitante.

Sus grandes manos me acariciaron los muslos y se aferraron a mis nalgas. Llevaba una semana esperando para tenerme, y ahora que podía hacerlo, pensaba tomarse su tiempo. Quería hacerme sentir bien, ponerme caliente.

Y estaba funcionando.

Se volvió a poner de pie y me frotó el miembro entre las nalgas. Sus manos se apoyaban sobre el colchón a ambos lados de la cama, y empezaba a sospechar que quería follarme así directamente. Bajó la cabeza y me volvió a besar el hombro, depositando un beso tras otro hasta llegar al cuello. Su sexo palpitaba entre mis nalgas, goteando todavía más excitación entre ellas.

Apartó su cálido cuerpo del mío, me agarró por el trasero y me levantó hasta la cama.

Giré las caderas y levanté el trasero. Mis muslos se separaron y me preparé para aquella gigantesca erección que estaba a punto de estirarme más de lo que había hecho antes cualquier hombre.

Se puso detrás de mí y siguió depositándome besos a lo largo de la columna.

—Por más que esté disfrutando de estas vistas, tendrán que esperar para otro momento. —Me puso de espaldas, colocándome de manera que mi cabeza descansara sobre la almohada.

Se puso encima de mí, su cuerpo poderoso dominando el mío mientras el fuego crepitaba en la chimenea. La luz de las llamas resplandecía detrás de él, llegando hasta el techo. Me puso una de las piernas sobre su hombro y después me besó detrás de la rodilla. Sus labios ascendieron lentamente por mi muslo hasta llegar a mi empapada abertura.

Tenía las manos a los costados encima de la cama, e inmediatamente aferraron las sábanas. Tenía los pezones tan duros como la punta de un cuchillo. Su boca pasó a la otra pierna, besándome la sensible piel hasta llegar al centro de mis muslos.

Yo cerré los ojos de inmediato, respirando hondo.

Nunca había sentido aquel placer con Tristan... ni una sola vez.

Cane se desplazó sobre mi cuerpo, separándome los muslos con los brazos. Sus muñecas se bloquearon detrás de mis rodillas y me abrió las piernas del todo. Su fuerte físico cubrió mi cuerpo y su rostro se detuvo a centímetros del mío.

Su miembro se apretó contra mis húmedos pliegues, electrificándome en cuanto entramos en contacto.

—Nunca te haría daño. —Balanceó las caderas, frotando su sexo entre mis pliegues—. Nunca te mentiría. Quiero que lo sepas.

Mis manos subieron por su pecho, sintiendo la solidez de los músculos que había tocado muchas veces. Su contacto y sus palabras eran amables. Todo estaba siendo diferente a mis experiencias anteriores. Me sentía como una persona, no sólo como un cuerpo caliente.

Me besó lentamente, introduciéndose mi labio inferior en la boca antes de respirar en la mía. Su beso me resultó tan intoxicante como antes, lleno de atención intencionada y suaves caricias. Me besaba como si estuviera enamorado de mí, aun cuando yo no significara nada para él.

Apretó el glande contra mi entrada y presionó lentamente. Gimió al sentir el charco de humedad entre los labios.

Ahora que estaba penetrándome, yo sólo podía pensar en el modo brutal en el que Tristan se introducía de golpe en mi interior. Aquel hombre no me había intentado hacer sentir cómoda. No le daba a mi cuerpo nada de tiempo para adaptarse a

él. Me penetraba violentamente y gruñía al verme sangrar sobre las sábanas. Cuando lloraba, me lo hacía con más fuerza, llamándome puta estúpida.

No conseguía quitármelo de la cabeza.

Mis manos le empujaron automáticamente el pecho, impidiendo que continuara penetrándome.

Cane interrumpió nuestro beso y me dedicó una mirada implacable.

—¿Confías en mí?

—¿Qué? —Era lo último que hubiera esperado que dijese.

—Te encanta besarme. Te encanta chupármela. Y te encantará esto. Deja de pensar en todo lo demás y piensa sólo en mí.

Le pasé los brazos por el cuello, porque quería aferrarme a él. Era el único hombre que se había portado decentemente conmigo, y ahora confiaba en él como el único amigo que tenía.

—Es más complicado que eso.

—No, no lo es. Tendré cuidado. Haré que te corras... siempre lo hago.

—Per...

Me cerró la boca con la suya, silenciando mis palabras con un beso. Su miembro se introdujo un poco más en mi interior, dilatándome con cada centímetro. Había pasado una semana desde la última vez que un hombre me penetrara, tiempo suficiente para que mi cuerpo se curara. Ahora estaba volviendo a ensancharse, adaptándose al impresionante tamaño de Cane.

Le puse las manos sobre los brazos, agarrándome a sus bíceps para poder sujetarme a algo.

—Virgen Santa... —Me introdujo lentamente el resto, salvo por algunos centímetros que permanecían fuera de mi cuerpo. Dejó de besarme porque sólo podía respirar en mi boca.

Yo hice lo mismo. Era la única vez que sentía placer al tener a un hombre en mi interior. No me dolía, como todas las otras

veces, al menos no de un modo desagradable. La incomodidad era leve y el placer estaba al fondo, acaparando toda mi atención. Mi humedad goteaba entre mis nalgas, mojando las sábanas debajo de mí. Ni siquiera había empezado a moverse en mi interior, pero ya me estaba gustando.

—Joder, estás empapada —Terminó de penetrarme y pude sentir su erección tocándome en lo más profundo.

Ahora, él sabía que mis objeciones no serían demasiado enérgicas y que mi cuerpo realmente deseaba aquello. Hubiera querido no desearlo con tanta intensidad. No era normal, no después de todo lo que me había pasado. Pero mi cuerpo había revivido al ser tocado de la manera correcta por un hombre atractivo.

Cane mantuvo su rostro sobre el mío y empezó a balancearse despacio en mi interior, deslizándose a través de mis fluidos. Empujaba con las caderas, penetrándome hasta el fondo antes de volver a salir, disfrutando pausadamente de mi cuerpo.

Se me aceleró la respiración y mi pulso se volvió errático. Mis uñas se clavaron un poco más en su piel y tiré para acercarlo a mí, deseando sentir su pecho frotándose contra el mío mientras nos movíamos juntos. Estaba clavada debajo de él con las piernas totalmente separadas, pero jamás conseguiría abrirlas lo bastante para aceptar aquel enorme sexo.

Cane cerró un momento los ojos, dejando escapar un gemido desde el fondo de la garganta. Cuando volvió a abrir los ojos, su gesto era más decidido. Sus ojos me miraron abrasadores, y el placer se adueñó de sus facciones. Estaba disfrutando de cada parte de mí, saboreando hasta el último rincón.

Mis manos se posaron sobre sus hombros y pude sentir los músculos moviéndose bajo la piel. Le arañé la espalda y mis caderas empezaron a balancearse lentamente con él. Pronto me adapté a su ritmo, yendo a su encuentro con la misma rapidez

con la que él venía al mío.

La comisura de la boca se le levantó en una arrogante sonrisa e intensificó un poco su empuje.

—Sí.

Ya me había provocado orgasmos antes, pero ninguno de aquellos contactos había sido tan íntimo como este. Ahora estaba en mi interior, logrando con su miembro que mi sexo se contrajera de placer. Mis manos bajaron por su espalda hasta llegar a su trasero. Empujé para que me penetrara más profundamente, deseando tener más, más rápido.

Cane se inclinó más sobre mí y profundizó el ángulo, su glande golpeándome en un nuevo punto excitante. El cabecero de la cama empezó a moverse y pude ver el sudor acumulándose en su espalda.

—Te voy a llenar por completo de semen.

Aquello no debería haberme excitado, pero lo hizo. Quería sentir aquella pesada semilla en mi interior, su semilla. Cada vez que Tristan me había violado, me había sentido sucia. Ahora me sentía sucia, pero en el buen sentido. Sentía escalofríos recorriéndome la espalda y mi cuerpo tensándose, anticipando la explosión cercana. Podía sentir cómo empezaba a formarse, aunque no era muy intenso. Lentamente, fue aumentando, liberando una potente oleada que casi me cortó la respiración.

—Dios... —Me odiaba a mí misma por estar disfrutando de aquello. Odiaba a mi cuerpo por traicionarme. Odiaba a Cane por revivir mi cuerpo, cuando pensaba que estaba muerto.

—Joder. —Cane me penetró con más dureza, respirando en forma de gruñidos. Me observó correrme con la misma lujuria en la cara, y después de algunos empujones, llegó también al orgasmo. Se enterró profundamente dentro de mí hasta la base, y después descargó.

—Bellísima... —Clavó su mirada en la mía mientras lo

depositaba todo en lo más hondo de mi ser, rellenándome como el depósito de gasolina de un coche. Continuó hasta que mi sexo fue ya incapaz de alojar su miembro y su semilla. Empezó a gotear fuera de mí, resbalando por mi trasero como el resto de mis fluidos. Me hundió una mano en el pelo y me dio un firme beso, respirando acaloradamente en mi boca mientras el placer se lo llevaba.

Cuando los dos terminamos, noté cómo se ablandaba lentamente en mi interior. Me sentía cansada y satisfecha, para nada incómoda con lo que había pasado entre nosotros. Mis sentimientos por él eran inexplicables, pero era incapaz de autoevaluar mi estado mental.

Me rozó los labios con los suyos antes de sacar su miembro medio erecto de mí. Pude sentir su semilla resbalando lentamente hacia mi entrada, cálida y pesada.

—Esto no es más que el principio, cariño.

CANE

A la mañana siguiente me levanté con una bella mujer prácticamente encima de mí. Su brazo se envolvía en mi cintura y me había pasado la pierna por encima de la mía. Su cabello se desparramaba por mi pecho y mis mejillas. Sus pechos se apretaban contra mi costado, redondeados y firmes, con los pezones blandos ahora que estaba dormida.

Bajé la vista para contemplarla, admirando su naricita y sus espesas pestañas. Con aquellos pómulos altos y los labios carnosos, era absolutamente perfecta. Me encantaba verla gemir debajo de mí. Me encantaba la sensación de su sexo estrecho contrayéndose alrededor de mi miembro cuando la llevaba al orgasmo. No podía creer que hubiera esperado tanto tiempo para poseerla.

Nunca debería haberlo permitido.

Ahora que podía tenerla siempre que quisiera, me apetecía darle la vuelta y penetrarla desde atrás. Quería ver aquel precioso culo y los pequeños músculos de su espalda. Su pelo castaño caería como una cascada hasta su cintura, y yo podría cerrar mi puño sobre él y tirar.

Pero tenía un aspecto tan pacífico dormida que no me atreví a

despertarla. Dentro de algunas semanas, regresaría con Tristan y no volvería a disfrutar de una buena noche de descanso. No me preocupaba mucho, pero aun así quise dejarla dormir.

Me deslicé fuera de la cama sin despertarla y bajé al piso inferior para hacer café. Había comprado una cafetera carísima de gama alta, pero todo sabía exactamente igual que en la pequeña y barata cafetera de filtro que había tenido en mi apartamento de Florencia. No había absolutamente ninguna diferencia.

Me hice una taza mientras me frotaba los ojos para espabilarme. A mi mente continuaban llegando imágenes de la noche anterior. Sus pechos eran preciosos cuando se sacudían, y nunca olvidaría el aspecto de sus ojos al alcanzar el orgasmo. Me había corrido en lo más profundo de ella, y producido más semen que nunca antes en mi vida.

Me sentía de puta madre.

Me apoyé en la encimera, escuchando la cafetera mientras empezaba a empalmarme dentro de los pantalones de chándal.

A lo mejor sí que la despertaba y me la follaba, después de todo.

El sonido del timbre de la puerta destruyó mi fantasía y acaparó toda mi atención. Caminé hasta la entrada y suspiré con frustración al ver a Pearl al otro lado. A Crow no se lo veía. Probablemente siguiera durmiendo y no tuviera ni idea de que ella se había escabullido.

Maldita sea.

—Abre la puerta. —Golpeó la sólida madera con el puño.

No podía evitarla para siempre, pero tampoco esperaba que se presentara en mi puerta sólo para darme de bofetadas.

Abrí la puerta y le dediqué una fría mirada.

—Ten cuidado. Crow no está aquí para salvarte el culo si me cabreas.

Se cruzó de brazos e hizo todo lo que pudo para parecer amenazadora.

—Dame lo peor que tengas, Cane. Yo haré lo mismo.

—¿De verdad has venido hasta aquí sólo para pelearme contigo? Por si lo has olvidado, casi te mato la última vez.

—Como si pudiera olvidarlo alguna vez. —Entró sin que la invitara—. Sabes exactamente de qué quiero hablar. —Examinó la entrada y la escalera, como si Adelina pudiera aparecer en cualquier momento.

Cerré la puerta, dado que no iba a librarme de ella tan fácilmente.

—Crow y yo ya hemos hablado de esto. No hay nada que podamos hacer por ella.

—Ahí es donde te equivocas.

—¿Me equivoco? —pregunté—. Pearl, eres una tía dura, pero no tienes ni idea de la cantidad de hombres horribles que hay por ahí. Bones era un cabrón... pero hay un millón más igual que él. No podemos cargárnoslos a todos.

—Pero tampoco podemos no hacer nada. Crow dijo que ibas a ofrecerte a comprarla.

Yo aún no había aceptado hacer aquello del todo.

—No funcionaría. Créeme.

—¿Cómo lo sabes?

Porque me había acostado con ella. Si fuese mi esclava, yo tampoco me desprendería de ella.

—Lo sé y punto, ¿vale? Sé que tienes buenas intenciones, pero tienes que olvidarte de todo esto y continuar a lo tuyo.

—¿Mientras tú la mangoneas de aquí para allá todo el día?

—Yo no mangoneo a esta mujer. Puede hacer lo que le dé la gana.

—Oh, ¿en serio? —me desafió—. ¿Pero sólo le ofreces tu protección si se acuesta contigo? Eso es retorcido, y los dos lo

sabemos.

—¿Se supone que debo dejarla vivir aquí y comerse mi comida sin ninguna compensación? —pregunté con incredulidad—. ¿Cuándo he sido yo del tipo caritativo? Ya sé que tú has pasado por muchas cosas, pero no esperes de mí que comparta tus convicciones. Yo disfruto acostándome con esta mujer, y voy a seguir haciéndolo. Cuando termine su plazo, volverá a su lugar. Fin de la historia.

Ella sacudió la cabeza, con los labios firmemente apretados.

—¿Vas a enviar a esa mujer a su muerte sin pensártelo dos veces?

Echaría de menos tenerla en mi cama. Hasta echaría de menos algunas de nuestras conversaciones. Pero una vez que se hubiera ido, dejaría de ocupar mis pensamientos. Era frío. Era cruel. Pero había aprendido a vivir así hacía mucho tiempo. Nunca te apegues demasiado a alguien... nunca se quedarán contigo para siempre.

—Si pudiera ayudarla, lo haría. Así que no me hagas sonar como si yo fuese el malo. Tristan la compró, no yo. Y si no hubiera aceptado la oferta de Tristan de tomarla en préstamo, estaría pasándolo peor. Según lo veo yo, ahora mismo soy su ángel de la guarda.

—Sólo estás utilizándola. Ella no te importa.

—¿Por qué debería? —ladré—. Si yo fuera un vagabundo durmiendo en la calle, ¿se preocuparía alguien por mí?

Entrecerró los ojos.

—No es lo mismo...

—Sí que lo es. La vida no es justa, Pearl. Supéralo.

Las aletas de la nariz se le hincharon igual que las de Crow cuando perdía la paciencia.

—Cómo te atreves a decirme eso...

—Siento que el mundo sea tan despreciable. Créeme, lo

siento. Si pudiera tomar todo el sufrimiento que has vivido para evitarte el dolor, lo haría. Lo soportaría todo porque ahora eres parte de mi familia. Así que no actúes como si me diera todo igual, porque no es así.

Ella continuó respirando trabajosamente, con un volcán entrando en erupción en sus ojos. Normalmente era rápida en reaccionar a cualquier cosa que Crow o yo dijéramos, pero ahora mismo no encontraba las palabras.

—Lo siento, Pearl. Si pudiera salvarla, lo haría. Pero no puedo. —Había aceptado aquello después de hablar con Crow. Ahora estaba en paz con la decisión. Disfrutaría de ella mientras pudiera, y la devolvería cuando se acabara la diversión. Fin de la historia.

—¿Y qué te parecería que yo me hubiera rendido contigo? —susurró—. ¿Si hubiera simplemente permitido que Bones te matara?

Nunca olvidaría la ocasión en la que se jugó el cuello por mí. Le estaba agradecido, desde el fondo de mi corazón.

—Deberías haber dejado que me matara, Pearl. No deberías haber arriesgado tu vida por la mía.

—Pero tú habrías hecho lo mismo por mí.

Sí, lo habría hecho. Pero aquello era diferente.

—Pero tú eres familia, Pearl. Eres una Barsetti.

—Igual que tú.

Daba igual cuánto me irritara. Quería a aquella mujer como a una hermana. La quería como a Vanessa. En muchos sentidos me recordaba a ella. El espíritu de Vanessa seguía conmigo a través de la mujer que mi hermano había convertido en mi pariente.

—Después de lo que te hice, no merecía tu lealtad.

—Las familias se quieren por encima de todo. Por eso no te mató Crow.

Cierto. Si hubiera sido cualquier otra persona, Crow me habría

liquidado.

—Y como con la familia siempre se puede contar, tienes que apoyarme.

No sabía a qué se refería.

—Te apoyo.

—Pero, sin embargo, esa pobre mujer va a volver con Tristan en sólo unas semanas.

Evité poner los ojos en blanco.

—Ya te lo he dicho, no puedo hacer nada al respecto. No va a abandonar a su amiga, así que no puedo ayudarla a escapar. Y tampoco se la puedo comprar a Tristan. Así que, ¿qué se supone que debo hacer?

Al fin guardó silencio.

—Pearl, ¿qué se supone que debo hacer? —repetí, afirmando mi posición.

Terminó por bajar la mirada.

Bien. Por fin había acabado aquella conversación.

—Deberías marcharte. Se despertará pronto.

—Quiero conocerla.

—¿Para qué?

—Sé exactamente por lo que ha pasado. Puedo hablar con ella.

Yo no lograba imaginar para qué querría una mujer hablar de su trauma con otra mujer que lo hubiera experimentado. Eso sería como si dos tíos hablasen sobre sus infancias terribles.

—Lo pensaré.

—¿Cómo que lo pensarás? —Volvió a alzar la voz—. Esa mujer no debería sentirse sola.

—No lo está. Me tiene a mí. —Si alguna vez quería hablarme sobre cualquier cosa, yo escucharía. Es posible que no diese grandes consejos, pero sabía escuchar.

—Me has dicho que la devolverías sin pensártelo dos veces.

—Pero eso no quiere decir que no vaya a estar ahí para ella

mientras pueda. No creo que el que tú hables con ella vaya a ser de ninguna ayuda.

—Pensé que me habías dicho que no la mangoneabas. ¿Ahora tomas las decisiones por ella?

A veces Pearl era un grano en el culo.

—Se lo preguntaré, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no simplemente se lo preguntas ya, mientras estoy aquí? —Su móvil empezó a sonarle en el bolsillo, y el hecho de que lo ignorase me indicó que era Crow.

—Primero, todavía no está despierta. Y segundo, no voy a acosarla. Vete a casa, y te contaré lo que me diga.

Su teléfono volvió a sonar, señalando el final de su tiempo.

Eché un vistazo en dirección a su bolsillo antes de volver a mirarla a los ojos.

—Mejor será que te vayas a casa antes de que lo cabrees de verdad.

Pearl abrió la puerta y salió, ignorando el timbre del móvil en el bolsillo.

—Cuéntame lo que te diga.

Puse los ojos en blanco y después cerré la puerta a su espalda, agradecido de que aquella pesada se hubiera marchado por fin. Me acusaba de mangonear a Adelina, pero ella mangoneaba a todo bicho viviente. Se le lanzaba a Crow al cuello cada vez que se lo parecía, y desde luego a mí no me tenía ningún miedo.

Volví a la cocina y me detuve al ver a Adelina allí de pie. Llevaba mi camiseta, que le llegaba por las rodillas y se tragaba su pequeña figura entre los pliegues de algodón. Su cabello castaño estaba recogido sobre un hombro y sus ojos tenían un aspecto descansado. Había una taza humeante sobre la encimera, que tomó entre ambas manos antes de beber.

Llevaba allí de pie un rato.

Al mirarla ahora, recordé nuestra pasión de la noche anterior.

Nunca me había deslizado en una mujer más mojada, o estrecha. Era como una pequeña ranura del paraíso, una humedad deliciosa. Con sólo respirar el mismo aire que ella, me excitaba. Recordaba exactamente la manera en que se contrajo su interior alrededor de mi erección palpitante al llegar al orgasmo.

Nunca lo olvidaría, por más tiempo que viviera.

Me quedé de pie al otro lado de la encimera de la cocina y la contemplé, observando cómo se fruncían sus labios al beber.

Pensé en besarla.

—¿Quién era? —Dejó la taza otra vez sobre la encimera.

—Depende. ¿Cuánto llevas escuchado?

—Un buen rato. Algo sobre querer hablar conmigo...

Ya no veía motivos para ocultar nada.

—Era mi cuñada, Pearl. Mete las narices donde no le corresponde. Mi arreglo con Tristan no le parece bien. Nada bien, de hecho.

—¿Oh?

—Ha pasado por lo mismo y quiere ayudarte.

—¿Ayudarme? —dijo en un susurro.

—Sí. Le he dicho que lo pensaría, pero no creo que hablar con ella vaya a ser de ninguna ayuda.

Ella cogió la taza por el asa, pero no bebió.

—¿Entonces la vendieron?

Asentí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de años, más o menos. —El tiempo pasaba con rapidez. Recordaba el día que la conocí cuando la secuestramos de la finca de Bones en Roma. Era agresiva, violenta y hábil con el cuchillo. Peleó más duramente que muchos hombres en el campo de batalla. Ahora no me sorprendía que mi hermano se hubiera enamorado tan perdidamente de ella.

—¿Se escapó?

Yo me encogí de hombros.

—Más o menos. Era propiedad de otro hombre, pero mi hermano y yo la rescatamos. No era para salvarla. Teníamos planeado utilizarla para vengarnos después de lo que su antiguo amo nos había hecho. Pero en vez de eso, Crow decidió enamorarse de ella.

—¿Y ella se enamoró de él? —preguntó sorprendida.

—Yo tampoco me lo podía creer. Ahora están casados y viven en la Toscana.

—¿Y nunca quiso volver a casa?

—No dejó atrás gran cosa en América. No tiene familia, ni muchos amigos.

—Ah...

—Le diré que no estás interesada. —Me serví una taza de café y después rodeé la encimera acercándome a ella. Su café era algo más claro que el mío porque le ponía leche y azúcar. En cuanto estuve junto a ella, se me erizó el vello. No olía exactamente igual que la noche anterior... porque ahora olía a mí.

—En realidad, sí que quiero hablar con ella. Si se ha molestado en venir hasta aquí... parece una persona considerada.

Yo oculté mi desilusión lo mejor que pude. No quería compartir a Adelina con nadie, no cuando sólo disponía de una cantidad limitada de tiempo con ella.

—Se lo diré.

Se llevó la taza a los labios y dio otro sorbo.

Yo quería guerra otra vez, pero ella acababa de levantarse y tenía el estómago vacío. Debería dejar a la pobre mujer comer algo y relajarse antes de acorralarla en la cama y follármela por detrás.

No podía ser un completo salvaje.

—¿Tienes hambre?

Se puso la mano sobre el firme pero suave vientre.

—Muchísima. Aquí todo sabe tan bien...

De repente me sentí fatal al recordar que solían matarla de hambre. Ahora quería convertir cada comida en un banquete para engordarla todo lo posible antes de que tuviera que volver a aquella tortura diaria.

—¿Qué tal tortitas, huevos y beicon? —Descolgué dos sartenes de los ganchos que colgaban del techo.

—Eso suena de ensueño.

—Entonces me pondré a ello. Tráeme el cartón de huevos de la nevera.

—¿Vas a cocinar? —preguntó con incredulidad.

¿Acaso pensaba que no sabía cómo funcionaba una cocina?

—Sí, sé hacer un par de cosas.

—Pensaba que se suponía que era yo la que debía cocinar y limpiar por aquí. ¿No fue eso lo que me dijiste? —Sacó los huevos de la nevera y reunió otros ingredientes, como el beicon fresco y la mezcla para hacer tortitas que había en la despensa.

—Te doy el día libre. —Eché la mantequilla en la sartén y la derretí antes de preparar la mezcla para tortitas.

Ella continuó contemplándome con incredulidad, como si aquello fuera algún tipo de truco.

—Yo puedo hacerlo. No me importa.

—Tú te ocupas de la cena. Yo me ocupo de esto.

Cuando por fin me creyó, cogió la taza de café y se sentó. Se dedicó a mirar por la ventana los campos toscanos a lo lejos, en silenciosa contemplación. Yo me pregunté qué estaría pensando; habría dado cualquier cosa por conocer esa información.

—¿Estás bien? —Vertí la masa en la sartén y observé cómo burbujeaba. No debería haberme importado si sentía molestias o estaba incómoda. Preguntarle por sus sentimientos implicaba que ella me importaba, pero no era así. En realidad, no estaba seguro de por qué se lo había preguntado.

—Sí, estoy muy bien. —Se dedicó a mirar su café.

—¿Has dormido bien?

—He dormido como un tronco desde que llegué aquí. —Su largo pelo castaño flotaba a su espalda, algo revuelto de dar vueltas en la cama durante toda la noche—. Ha sido muy agradable... —Su voz se fue apagando, probablemente al pensar en el tiempo que había pasado en la mazmorra de Tristan.

—Yo también he dormido bien. —Las noches en que habíamos compartido la cama, no me había despertado ni una vez. Me sentía descansado y listo para comenzar mi jornada en cuanto salía el sol. No había tenido sueños oscuros o tortuosos, como me sucedía normalmente. A lo mejor, ella ahuyentaba mis pesadillas. O quizá no fuera más que una coincidencia.

Terminé de preparar el desayuno y después llevé la comida a la mesa, las tortitas rociadas de sirope y el beicon caliente y crujiente.

Ella se inclinó y olió su comida antes de levantar el tenedor.

—Dios... qué bien huele esto.

Cuando pronunció la palabra «Dios», la recordé diciéndola la noche anterior. Me empalmé en los pantalones de chándal, pero no salté sobre ella por encima de la mesa. Tenía la paciencia suficiente para esperar a terminar de desayunar. Al menos, esperaba tenerla.

ENTRÉ EN SU DORMITORIO Y OÍ LA DUCHA CORRIENDO EN EL CUARTO DE baño. Saber que estaba caliente, húmeda y desnuda me trajo una imagen de sus pechos y su trasero enjabonados. Quería empujarla contra las baldosas de la ducha y follármela desde atrás, pero el sexo en la ducha siempre era complicado. Yo quería tomarme mi tiempo y disfrutarlo de verdad, pasar mis manos por

todo su cuerpo y contemplar sus nalgas al mismo tiempo.

Así que decidí esperar.

Me desnudé del todo y me tumbé de espaldas sobre su cama, el miembro duro y preparado para ella. Me lo rodeé con los dedos y me masajeeé suavemente, pensando en la estrechez que sentiría cuando me rodeara ella.

La ducha paró y la oí moverse por el baño antes de que empezara a secarse el pelo. Pasaron los minutos mientras se preparaba, secándose y dándose los últimos toques en el pelo. Los sonidos amortiguados cesaron por fin en el baño y ella emergió únicamente con una toalla alrededor del torso.

Yo me incorporé sobre los codos y la contemplé, atraído por cada centímetro de su cuerpo. Estaba decidido a lograr que cogiera algo de peso alrededor de la cintura y los muslos, cebándola con grandes desayunos y festines para cenar. Pero por ahora, seguía siendo perfecta.

Mi sexo se endureció todavía más cuando ella lo miró, con expresión evidente de no haber esperado verme allí tumbado. Mis testículos se contrajeron ligeramente al mirarla, y mi excitación acaparaba la sangre del resto de mi cuerpo. Una gota de lubricación se había formado en mi glande, ya preparado para deslizarme en su interior.

—Quítate la toalla. —Me senté y apoyé los pies en el suelo.

Ella continuó avanzando hacia mí y se soltó la toalla, dejando que cayera al suelo. Tenía los pezones erectos por el frío, y su estilizado vientre parecía digno de besar. Se aproximó lentamente a mí, su cabello limpio y suave.

Cuando su muslo tocó mi rodilla, acaricié su piel cálida con los dedos. La cogí por ambos muslos y besé varias veces su estómago, saboreando el gel con el que acababa de enjabonarse. Mi boca fue subiendo despacio por su cuerpo hasta envolver uno de sus pezones.

Ella tomó aire entre los dientes y me puso las manos sobre los hombros para no perder el equilibrio. Su pecho se elevaba y descendía al respirar profundamente, y pude sentir crecer su excitación al prolongarse mi contacto.

Quería besar el resto de ella... pero deseaba aún más tirármela.

Me estimulé unas cuantas veces más antes de ponerme de pie, elevándome más de un palmo por encima de ella. Cubrí su boca con la mía y la besé, sintiendo aquellos suaves labios y pensando que me recordaban a pétalos de rosa. Mis grandes manos cubrieron sus pequeños pechos, estrujándolos con suavidad mientras le introducía la lengua en la boca.

Ella me devolvía el beso con el mismo fuego, el mismo deseo. Aunque estuviera haciéndolo para tener un lugar donde vivir, seguía pareciendo que aquello era lo que quería. Cuando la penetrara, no la encontraría seca, con rugosidad de papel de lija. Estaría cálida, suave y divina.

Por más que quisiera continuar besándola, interrumpí el contacto y la tomé por las caderas. La coloqué en el borde de la cama y le puse la boca junto a la oreja.

—A cuatro patas, Bellissima.

Ella trepó sobre la cama y separó las rodillas, poniendo el culo en pompa.

Yo me masturbé mientras disfrutaba de las maravillosas vistas, atrapando una gota de lubricante y deslizándola por el resto de mi miembro. No podía esperar a estar dentro de aquella preciosa entrepierna. Podía ver el brillo de su humedad en aquel momento, sin tener que moverme.

Mis rodillas se apoyaron en el colchón, haciendo que se hundiera mientras me arrimaba a ella. Le puse la palma sobre la parte baja de la espalda y empujé, arqueando su cuerpo para que adquiriese la silueta que más me gustaba. Podía ver los tensos

músculos de su espalda y su trasero respingón en un solo y fascinante cuadro.

Mi boca encontró la parte posterior de su hombro y depositó allí un dulce beso.

—Esta vez no te voy a tratar con tanta delicadeza. —Le di un beso en el cuello y otro detrás de la oreja antes de sentarme de rodillas y apuntar el glande hacia su entrada. Mi miembro se contraía con tal intensidad que apenas lograba sujetarlo. Ya me había acostado con ella una vez, pero la experiencia no había aminorado mi emoción por repetir. El sexo con la misma mujer era divertido más o menos durante la primera semana, pero yo perdía el interés rápidamente al cabo de poco tiempo. Sin embargo, a juzgar por mi rutilante erección, aún faltaba para que me aburriera de Adelina.

Le introduje la punta en la húmeda abertura, sintiendo el calor recorrerme como si alguien me hubiera prendido fuego. Su humedad me rodeó junto a su obvia estrechez. Mi bestia carnal interior salió a la superficie, agarrándole un puñado de pelo de la nuca y tirando con más fuerza de la que hubiera debido.

Ella jadeó, pero no se apartó.

Con la cabeza echada hacia atrás, la curva de su columna era aún más pronunciada que antes. Sólo le había introducido la punta, pero no me tomé demasiado tiempo para meterle lo demás. Me enterré en ella con fuerza, empujando para deslizarme en su estrecho canal y a punto de golpearle el cérvix en un solo y rápido movimiento.

—Joder. —Como si estuviera montando a caballo, tomé las riendas y controlé hasta el último movimiento.

Ella mantenía el trasero en el aire, con los brazos debajo de su cuerpo para apoyarse. Su respiración era entrecortada e irregular, su pecho esforzándose al máximo para introducir el aire necesario dentro de sus pulmones.

Me quedé un momento quieto en su interior, permitiendo a nuestros cuerpos disfrutar el uno del otro durante un instante. Había sentido antes el sexo húmedo de una mujer, pero nada comparado con el suyo. Siempre estaba empapada para mí, en cuanto nos encontrábamos en la misma habitación.

Parecía desearme tanto como yo a ella.

Me envolví su cabello en el puño, sujetándoselo con firmeza antes de penetrarla. Mis caderas se abalanzaron sobre ella y me hundí por completo en su interior. Me moví una y otra vez, con el miembro empapado en su excitación. Mi mano se apoyaba en su espalda y continuaba agarrado a su pelo, manteniendo su cuerpo inmóvil exactamente como a mí me gustaba.

Y me la follé.

Nuestros cuerpos emitían ruidos sensuales al moverse juntos, mi sexo mojado deslizándose dentro y fuera de su resbaladizo canal. Mi respiración aumentó de ritmo y sentí el sudor acumulándose en mi nuca. Siempre podía aminorar la marcha y hacérselo con suavidad, pero no lograba convencerme para ello. Quería dominarla exactamente como había deseado la primera vez que la vi.

Contemplé su ano minúsculo y la piel ligeramente más oscura que lo rodeaba. Mi erección quería introducirse allí a continuación, pero por ahora me contentaba con su entrepierna perfecta. Ojalá pudiera evitar llegar al orgasmo del todo, para poder estar haciendo siempre esto.

Aquella dulce y jodida entrepierna.

Me detuve un instante para recolocarme y para acercarme más a ella, y entonces fue cuando empezó a moverse por su cuenta. En cuanto detuve un instante mis movimientos, empezó a follarme ella a mí. Balanceaba las caderas de un modo sensual aceptándome una y otra vez, dejando un rastro blancuzco de fluido en la base de mi miembro.

Madre mía.

—¿Te gusta mi polla, Bellissima? —Aflojé un poco su pelo en mi puño, permitiéndola corcovear con mayor intensidad. Quería que me diera todo lo que quisiera. Era tan excitante como tomar todo lo que quería yo.

Ella me miró por encima del hombro, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. En sus ojos ardía un fuego sensual y yo sabía que no estaba fingiendo nada de todo aquello.

Le tiré del pelo para girar más su rostro hacia el mío. Me enterré profundamente en su interior, reclamando aquel pequeño sexo como de mi propiedad.

—Contéstame.

Su respuesta llegó como un jadeo entrecortado.

—Sí.

Aumenté la violencia de mis movimientos, con el ego tan hinchado como mi erección. Ella avanzaba al encuentro de cada uno de mis empujones, retrasando las caderas para después aceptar hasta mi último centímetro. Clavaba las uñas en la colcha y gemía mientras continuábamos apareándonos como animales.

Levanté la pierna, planté firmemente un pie en el colchón y la penetré con más dureza, deseando empapar mi sexo por completo en sus fluidos. Estaba a punto de pasarle un brazo por las caderas y frotarle el clítoris cuando empezó a gemir.

Giró el rostro hacia la cama mientras sus gemidos aumentaban de intensidad lentamente hasta convertirse en chillidos.

La tomé por la nuca y giré su rostro hacia mí otra vez, obligándola a mirarme mientras se corría. Quería ver su expresión igual que la última vez, ver aquel tono rosado asomar a sus mejillas.

—Mírame, cariño.

Ella estiró un brazo hacia atrás y me agarró del antebrazo, clavándome ligeramente las uñas. No estaba claro si con ello buscaba guardar el equilibrio o simplemente tocarme mientras llegaba al orgasmo.

Para mí no suponía ninguna diferencia.

Sus chillidos aumentaron de volumen hasta que dio la impresión de que le estuvieran dando una paliza. Abría la boca y dejaba oír su voz, mientras sus pezones se endurecían. Se balanceó hacia atrás para salir a mi encuentro aún más agresivamente que antes, aceptando mi miembro como una campeona. Su orgasmo pareció prolongarse para siempre, durando tanto tiempo como la última vez.

Al acabar, sus gritos se convirtieron en suaves gemidos, que se transformaron con rapidez en pequeños grititos mientras su sexo se relajaba y se volvía sensible.

Yo deseaba continuar, pero deseaba todavía más correrme. Cada vez que la veía llegar al orgasmo sobre mi enorme miembro, deseaba disfrutar con ella de la misma manera. Mis dedos se tensaron alrededor de su cuello, con el pulgar sobre la comisura de su boca. Me encantaba poseerla, hacerla mía. Me encantaba descargar mi semilla en su interior porque aquel estrecho y pequeño canal era mío, igual que el resto de ella.

Di algunas embestidas más y me alivié con un gruñido, soltándolo todo en su interior. El orgasmo fue tan intenso y prolongado como el del día interior; me había hecho adicto con rapidez a aquella sensación. Nunca había estado con ninguna otra mujer y experimentado la misma satisfacción carnal. Nunca me había masturbado y experimentado aquel subidón.

Adelina era la única mujer que era capaz de lograrlo.

ADELINA

Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba en mi cama.

Con Cane a mi lado.

Estaba encima de él, otra vez. No recordaba haberme acercado a él mientras estaba despierta, pero obviamente lo había hecho en sueños. De algún modo, mi cuerpo hallaba consuelo pegándose al suyo. Me había acostumbrado a tener una cadena alrededor durante todas las horas nocturnas. Ahora estaba acostumbrándome a dormir con Cane en vez de ello.

En cuanto abrí los ojos y me estiré, él también se despertó. Abrió los ojos soñolientos y me miró, contemplándome a primera hora de la mañana. Sus ojos tenían un aspecto brillante aquella mañana, con una belleza amenazadora. Pasaron unos instantes antes de que apartara las sábanas y se pusiera encima de mí.

Tenía una erección y la apoyó contra mi estómago, sus labios posándose sobre los míos para darme un beso de buenos días.

Yo le devolví el beso de forma automática, adaptando perfectamente mis labios a los suyos. Ya lo había besado las veces suficientes para saber cómo sería. Sabía exactamente qué

sensación me producirían sus labios cuando nos tocáramos. Como si estuviera en llamas, me ardía todo.

Él me colocó debajo de su cuerpo y me penetró, deslizándose suavemente, aunque sólo llevaba despierta unos instantes. No me había dado tiempo a humedecerme, pero de alguna manera, lo estaba. Juntó su rostro con el mío mientras se balanceaba lentamente sobre mí, frotándome el clítoris con su hueso pélvico. Empezó a respirar trabajosamente mientras nos despertábamos lentamente juntos, nuestros cuerpos utilizándose entre sí para volver a la vida.

Quizá era porque acababa de despertarme, pero ya estaba a punto de explotar. Podía sentir la tensión en mi interior, en todas partes. Bajé una mano por su espalda mientras la otra se perdía en su pelo.

El orgasmo me invadió de repente, mientras su miembro me golpeaba justo en el punto perfecto. Como si su glande hubiera encontrado un botón dentro de mí, lo estimulaba con fuerza y me obligaba a retorcerme. Yo me aferré a él con desesperación mientras el orgasmo me recorría, gritando directamente en su oreja.

Él dio algunos empujones más antes de eyacular en mi interior con un suave gemido. Me rellenó igual que la noche anterior, dándome hasta la última gota de su semilla. Hasta casi dormido y moviéndose lentamente era capaz de provocarme un orgasmo.

—Buenos días, Bellissima. —Me besó la comisura de la boca, haciéndome cosquillas con su espeso cabello, y mantuvo su sexo cada vez más flácido en mi interior.

Me había llamado así muchas veces, normalmente en tono posesivo o afectuoso, pero yo no tenía ni idea de lo que significaba. Tristan solía llamarme zorra. Esperaba que cualquiera que fuese el apodo en italiano que me había puesto

Cane, fuera más respetuoso.

—¿Por qué me llamas así? ¿Qué significa?

Él apartó los labios y me miró a la cara, con la mirada todavía cargada de sueño. Ahora parecía tan cansado como antes de hacerlo. Tenía una forma natural de parecer atractivo, sin importar su estado de ánimo. Era duro, como tiene que ser un hombre, callado como casi todos los hombres poderosos. Siempre había una amenaza oculta en sus ojos, evidente para cualquiera que mirase en su dirección. Pero el peligro ya no me asustaba como antes. Ahora casi me hacía sentir segura que su agresividad estuviera dirigida al resto del mundo, pero no a mí.

—Significa guapísima.

CANE SE PREPARÓ PARA IRSE A TRABAJAR Y YO LE HICE ALGO DE COMER abajo. Había sobrado desayuno del fin de semana, así que lo calenté e hice una buena cantidad de café. Mientras él pasaba fuera todo el día, yo tenía la casa para mí sola. Era agradable disponer de mi propio espacio y de libertad, pero estar sola me ponía triste.

No pensaba en nada más que en los días que me quedaban.

Hasta que tuviera que volver con aquel psicópata.

Cane bajó las escaleras y miró los platos que había sobre la mesa.

—¿Esto es para mí?

—Sí.

Sonrió.

—Genial. —Se sentó, bebió café y cogió el tenedor. Empezó a comer como un hombre a punto de morir de hambre, devorándolo todo como si no supiera cuándo volvería a alimentarse. Cuando cenábamos juntos solía ser más refinado.

Yo me bebía el café y lo miraba, dándome cuenta de repente de que iba a echarlo realmente de menos cuando no estuviera. Era la única compañía que tenía en el mundo. Solía hablar mucho con mis padres antes de ser raptada. Solía contárselo todo a Lizzie. Pero ahora no tenía acceso a ninguno de ellos.

Tristan jamás me permitiría contactar con el mundo exterior. Si lo hiciera, lo consideraría un acto de traición y decapitaría a Lizzie. Pero Cane era diferente. Nunca me había puesto una mano encima, y siempre me escuchaba.

—Quería pedirte un favor.

—Te escucho. —Se terminó un trozo de beicon antes de beber café otra vez.

—Me estaba preguntando si podría utilizar tu teléfono... —A lo mejor Cane había sido un tío decente hasta ahora, pero dudaba que arriesgara el cuello sólo para que yo pudiera decirles a mis padres que estaba bien. Él también era un criminal.

Él entrecerró los ojos, como si la pregunta le hubiera sorprendido.

—¿Para hacer qué?

—Llamar a mis padres... Sé que están preocupados por mí. —Mi madre probablemente no hubiera dormido desde que la policía le dijo que había desaparecido.

Cane bajó la mirada a su café, como si no supiera cómo digerir la pregunta.

—No les diré dónde estoy. Si lo hago y Tristan lo descubre, matará a Lizzie. Sólo quiero que sepan que me están tratando bien y que no es tan malo como se lo están imaginando... —No hacía falta mentir. Podía contarles cosas sobre mi vida con Cane. No tenían por qué saber nada de Tristan.

Él dio otro sorbo y se aclaró la garganta.

—La policía está esperando que llames.

—Lo sé... pero quiero que mis padres sepan que estoy bien.

Por favor, déjame darles eso.

Cane escudriñó mi expresión con ojos fríos.

—No me importa que los llames, pero sí verme implicado. Rastrearán cualquier llamada que hagas. Tristan tiene ojos y oídos por todo el cuerpo de policía. Si haces cualquier movimiento, él lo sabrá. Nos la jugaremos ambos.

Había sido una estupidez por mi parte pensar que me dejaría hacerlo. Había albergado esperanzas porque mi mente empezaba a perder el contacto con la realidad cuanto más tiempo permanecía allí. Ahora de verdad pensaba que era un buen hombre con un corazón, pero aquella no era la cuestión. Le había vendido armamento a un criminal y me había aceptado como aval de pago.

¿Cómo podía haberme olvidado de todo aquello?

Cane continuó mirándome fijamente.

—Lo siento. Me gustaría poder darte una respuesta diferente.

En el fondo de mi corazón, le creí.

Sonó el timbre de la puerta, deshaciendo la conversación tranquila que estábamos teniendo.

Cane echó un vistazo a su reloj para ver la hora y después dejó la taza.

—No tengo ni idea de quién puede ser. —Salió del comedor, sus sonoras pisadas anunciando sus movimientos por la casa. Escuché abrirse la puerta delantera y reconocí la voz de la mujer.

—Bueno, ¿hablaste con ella? —Tenía una voz marcadamente femenina, pero cargada de resuelta fortaleza.

—Ahora no —dijo fríamente Cane—. Tengo que marcharme a trabajar.

—¿Y ella se queda encerrada aquí como un maldito perro?

Sonreí, porque me caía bien.

—Pearl, ahora no...

—No has contestado a mi pregunta.

Cane hizo una larga pausa antes de contestar.

—Sí, hablé con ella. También le gustaría hablar contigo...

—Genial. —Su voz sonaba más fuerte mientras avanzaba por la casa acercándose a mí—. Adelina, ¿estás arriba?

—Estoy aquí —dije en voz alta, a punto de ver cara a cara a la mujer de la que tanto sabía.

Ella atravesó la entrada vestida con unos vaqueros oscuros y una camiseta negra. Tenía el cabello castaño oscuro como el mío, y unos ojos azules que me recordaron al océano en un cálido día de verano. En la mano izquierda tenía una interesante alianza, un botón blanco con borde de oro. Me observó y sonrió.

—Estoy encantada de conocerte. —Se inclinó y me abrazó como si fuéramos viejas amigas que llevaban años sin verse.

Cane entró detrás de ella, con aspecto de estar tremendamente irritado.

—Yo también estoy encantada de conocerte. —Me sentí cómoda con ella al instante porque era el primer contacto afectuoso que había tenido que no fuera sexual o arbitrario. Estaba lleno de comprensión y compasión.

Ella se apartó, ya sin la sonrisa en la cara.

—Voy a las bodegas de mi marido a trabajar un rato. ¿Quieres venir conmigo a pasar el día?

Por más que me desagradara hacerlo, me volví hacia Cane para pedir silenciosamente su permiso.

Pearl chasqueó los dedos, atrayendo de nuevo mi atención hacia ella.

—No le pidas ni una maldita cosa. Haz lo que tú quieras. ¿Quieres venir?

—Oye, un momento. —Cane se acercó, mirándola con aspecto de hermano enfadado—. Sí que tiene que pedirme permiso. Está viviendo conmigo bajo mi techo. Decido yo.

—¿Es un perro? —respondió Pearl.

—No, per...

—¿Es una niña?

La irritación de Cane se convirtió en ira.

—No. Pero es de mi propiedad y yo decido a dónde va. Si no quiero que vaya a algún sitio, no va. Fin de la historia. Así que no vengas a mi casa y empieces a tomar las decisiones. Yo no soy una nenaza como Crow. A mí no puedes mangonearme.

Pearl cruzó los brazos delante del pecho y lo miró con odio.

—Estoy muy decepcionada contigo.

Sus ojos se alejaron ligeramente, como si aquellas palabras le hubieran afectado de verdad. Pearl tenía algo que lo suavizaba, que lo hacía más humano. Nunca lo había visto reaccionar así ante mí. Pero claro, tampoco lo había regañado nunca. Su trato, comparado con el de Tristan, era tal mejora que no tenía el atrevimiento de quejarme.

—¿Estará allí Crow? —apretó la mandíbula.

—Sí.

—La quiero en casa antes de entrar por la puerta. Ni un minuto después. —Cogió la cartera y las llaves y se preparó para salir, con los hombros tensos de irritación. Sospechaba que habría sido más duro con Pearl de haber sido ella cualquier otra persona. Ella desprendía un poder innato que yo lograba detectar, aunque fuese invisible.

Por fin Cane se marchó, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Cuando se hubo marchado y nos quedamos solas, suspiró y relajó los hombros.

—Bien. Por fin se ha marchado ese capullo.

EL TRAYECTO EN COCHE FUE IRREAL. LOS OLIVOS Y LOS VIÑEDOS OCUPABAN

la mayor parte del paisaje, acompañados por bellas laderas de colinas que se suavizaban para formar el siguiente viñedo. A lo lejos se divisaban antiguos castillos, que sin embargo no parecían derruidos ni viejos. Antes bien parecían habitados por algún afortunado italiano con la suficiente suerte como para haber heredado la propiedad.

Me recordó a las vistas desde la casa de Cane, aunque ahora estábamos mucho más cerca de Florencia. Allí parecíamos estar a solas durante kilómetros.

Pearl no habló demasiado ni me bombardeó a preguntas. Redujo la marcha después de pasar por delante de una gran mansión de tres pisos detrás de un par de puertas negras. La hiedra verde trepaba por las paredes, revelando las ventanas que salpicaban la piedra. Los viñedos se extendían por los campos en todas direcciones, junto con unos enormes robles.

—Aquí es donde vivimos Crow y yo.

¿Vivían los dos en aquella mansión?

—Es preciosa...

—Gracias. Me sorprendió lo rápido que me sentí como en casa en ella. —Pasó la casa y volvió a acelerar, recuperando la velocidad—. Las bodegas están a unos kilómetros al oeste. Llegaremos en nada.

Yo no tenía prisa porque no me esperaban en ningún lugar. En todo caso, deseaba que el tiempo pasara más despacio. Quería continuar estando así el mayor tiempo posible. Cuando Cane me devolviera a Tristan, me derrumbaría de rodillas y estallaría en sollozos.

Pearl conducía con ambas manos en el volante y unas gafas de sol colgadas del puente de la nariz. Era obvio que era estadounidense porque no tenía ni pizca de acento, al contrario que Cane.

—Cuando Crow y Cane me rescataron de Bones, Crow me llevó

a su casa.

—¿Quién es Bones? —interrumpí yo.

—Era el hombre que me compró después de que fuera secuestrada. —A pesar de lo doloroso que debía de ser, hablaba con voz firme y no temblaba ante el recuerdo. Parecía haberlo superado, dejándolo en el pasado, donde pertenecía.

Mi sufrimiento jamás sería cosa del pasado.

—Crow me mantuvo prisionera durante mucho tiempo. Me dijo que debía trabajar para ganar mi libertad antes de que me dejara marchar. Según él, me había hecho un favor y merecía ser compensado. —Puso los ojos en blanco—. Ese hombre siempre ha tenido un ego enorme.

—¿Y qué sucedió después? —Nunca había visto al hermano de Cane, pero me los había imaginado muy parecidos. Oscuros y fuertes, con hombros y brazos poderosos. Había dado por sentado que tenían la misma actitud, la misma furia constante en la mirada.

—Hice lo que me pedía... Me acosté con él. —En vez de fruncir el ceño ante el recuerdo doloroso, sonrió—. Y en algún momento a lo largo del camino... me enamoré de él.

Apenas podía creérmelo. Cane había sido amable conmigo y yo llegaba al orgasmo cada vez que lo hacíamos, pero no me veía a mí misma enamorándome nunca de él. Todo lo que yo quería era irme a mi casa, donde estaba mi lugar, y retomar mi antigua vida. Con Lizzie.

—Bones intentó recuperarme unas cuantas veces y Crow me protegió. Al final terminamos matándolo. Y ahora vivimos felices para siempre aquí en el campo. —Finalmente se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa—. Sé que mi historia no debería haber sido así. Combatí mis sentimientos durante mucho tiempo, y lo mismo hizo él. Pero así es como he llegado adonde estoy.

—¿De dónde eres?

—Nueva York.

—¿Lo echas de menos?

Ella mantuvo la vista en la carretera que tenía delante y se encogió de hombros.

—Sinceramente, no. No me queda mucho que echar de menos. Trabajaba como ingeniera civil y disfrutaba con mi trabajo, pero no tenía familia ni amigos. Era bastante solitaria. Ahora tengo un marido y un hermano... Es agradable. —Aminoró la marcha al aproximarse a la entrada de las bodegas. Las puertas de madera estaban abiertas y el nombre estaba tallado en la superficie.

Bodegas Barsetti.

Condujo despacio por el camino de grava hacia el edificio toscano que se alzaba sobre los campos. Había algunos edificios más diseminados por la finca, además de un cartel que decía «Degustaciones diarias».

Pearl aparcó el coche y salimos.

—Crow está en su despacho. Nos reuniremos con él cuando decida salir al recreo. ¿Quieres que te enseñe esto?

—Sí, claro.

—Por aquí. —Pearl me condujo hacia los campos y me enseñó las uvas en las viñas. Los frutos morados eran mucho más grandes que los que veía en el supermercado. Pearl me explicó que eran uvas específicamente para hacer vino, una variedad mejor para el proceso de fermentación. Me enseñó dónde estaban el restaurante y la tienda, donde tenían botellas antiguas de vino y otros recuerdos—. Lo mejor es la sala de degustación. —Me condujo al interior de un edificio que me recordó a un granero. Dentro había montones de barriles que llegaban hasta el techo. Había una barra grande al fondo de la sala con copas de vino vacías y mesas circulares con sillas—. Yo estaré trabajando

aquí. Necesito mejorar mi italiano. Sólo conozco unas cuantas palabras.

—¿Te encargarás de las degustaciones de vino? —Había estado en unas cuantas en Connecticut con amigos. Era un modo estupendo de pasar un sábado, dándose un atracón de vino y queso.

—Entre semana, sí. Serás bienvenida si quieres ayudarme.

Por más que quisiera salir de la casa, no sabía nada sobre vino.

—Bebo vino de vez en cuando, pero no soy ninguna experta.

—Yo tampoco, así que podemos aprender juntas.

Le agradecía que estuviera intentando hacerme sentir mejor manteniéndome ocupada. Cuando le había oído decirle a Cane que quería hablar conmigo, había dado por hecho que se convertiría en una cita con un loquero. Pero no me sentía para nada expuesta. De hecho, parecía un día normal de verano.

—Ya decía yo que se avecinaban problemas... —Un hombre alto con las manos en los bolsillos de un traje a medida entró en la sala. El traje era negro y la corbata que llevaba sobre el pecho era amarilla. Tenía el rostro atezado y los ojos verdes, lo cual le daba un aspecto peligroso y atractivo al mismo tiempo. Aunque algunos de sus rasgos eran diferentes, guardaba un parecido asombroso con su hermano.

Tenía que ser Crow.

—Problema ninguno —dijo Pearl—. Sólo estamos poniéndonos a trabajar. —Rodeó el mostrador para acercarse a él. Sin que ni siquiera se tocaran, pude detectar el vínculo que los unía. Él la miraba como si fuera la única mujer que había en la habitación, y era evidente que ella había recibido aquella mirada muchas veces.

Casi me sentía como una intrusa. El calor que se formaba entre ellos me recordaba a las veces que Cane se me quedaba mirando fijamente. A veces estaba completamente vestida y

otras en pelota picada, pero la mirada siempre era la misma. Intensa, aterradora y ardiente.

Crow se acercó a ella e inclinó el cuello para besarla. Fue un beso rápido, pero lleno de atracción contenida. Le frotó ligeramente la nariz con la suya antes de apartarse. Se volvió hacia mí y extendió una mano.

—Tú debes de ser Adelina. Yo soy Crow.

Miré su mano sin estrechársela, sintiéndome incómoda de repente. Siempre que estaba cerca de un hombre, sentía el pánico correrme por las venas. Pero me di cuenta de lo estúpido que era reaccionar así. Era posible que Crow hubiese secuestrado a Pearl, pero era obvio que la amaba.

Y yo ya era la prisionera de alguien.

—Encantada de conocerte. —Estreché su mano por fin.

Él me dio un firme apretón antes de soltarme.

—Mi mujer ha insistido en traerte a las bodegas para pasar el tiempo. Debes de estar aburrida en aquella casa enorme.

Me gustaba estar aburrida. Me gustaba tener la libertad de hacer lo que quisiera... o de no hacer nada de nada.

—Es agradable salir de la casa. Todo lo que ponen en la tele está en italiano, y no entiendo ni una palabra de lo que dicen.

—Yo tampoco —dijo Pearl—. Por eso leo.

Los ojos de Crow volaron hacia su rostro y permanecieron fijos en él más tiempo del necesario. Se giró otra vez hacia mí.

—Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que pedirla. Estoy a tu disposición. —Rodeó la cintura de Pearl con un brazo y la volvió a besar—. Os veo luego. —Se marchó, metiéndose otra vez la mano en el bolsillo.

Pearl lo observó salir, sin apartar la mirada hasta que dio la vuelta a la esquina y desapareció de la vista. Dejó escapar un pequeño suspiro antes de volverse otra vez hacia mí. A lo mejor pensaba que sus pensamientos no eran tan obvios como

realmente eran.

Pero yo adivinaba exactamente lo que estaba pensando.
Amaba desesperadamente a su marido.

—¿QUÉ PIENSAS DE CANE? —PEARL ME LLEVABA A CASA EN COCHE AL final de la jornada. Llegaba tarde, pero no parecía preocuparle que él se cabreara. A pesar de que tanto Crow como Cane eran hombres aterradores, no daba la impresión de que su enfado la alterase.

Era una pregunta complicada.

—¿Que qué pienso de él?

—Sí. ¿Tienes ganas de apuñalarlo en la garganta en mitad de la noche?

La pregunta me pareció irónica porque él me había sugerido que hiciera algo semejante.

—No. Pero me animó a matarlo mientras dormía. Dijo que debería cargármelo y escaparme a toda prisa.

Incluso a través de las gruesas gafas de sol, pude darme cuenta de que estaba sorprendida.

—¿Dijo eso?

—La única razón por la que no he intentado escaparme es mi amiga Lizzie. Él dice que no debería quedarme por ella. Me trata bien. —Jamás podría haber abandonado así a mi amiga. Estábamos en aquello juntas, aunque estuviéramos separadas.

—¿Te trata bien? Me ha dicho que sí, pero su definición de «bien» podría diferir de la mía.

Lo único con lo que podía compararlo era con Tristan.

—Quedarme con él está siendo muy agradable. No quiero volver.

Ella inclinó la cabeza, nuevamente sorprendida.

—¿En serio?

Yo no quería entrar en detalles. Aunque ella hubiera pasado por los mismos horrores, algunas cosas era mejor no decirlas.

—Sí. Tengo mi propia habitación. Puedo ducharme cuando quiera. Como cuando quiero... —Siempre había tenido un gran apetito, así que pasar hambre me había resultado especialmente difícil. Me sentía constantemente mareada y débil, así que cuando Tristan venía a por mí, casi no presentaba resistencia—. Cuando vuelva con Tristan, me atarán a un poste de hierro y me darán patadas en la cabeza. No estoy diciendo que Cane sea un buen hombre, pero hay diferentes tipos de maldad. Y Tristan es desde luego un tipo mucho más oscuro de lo que Cane será nunca.

Pearl volvió a mirar a la carretera, hablando con voz más débil de lo que le había oído hasta ahora.

—No deberías estarle agradecida a Cane por tratarte como a un ser humano... porque eres un ser humano.

—Ya lo sé, pero así no es como funciona el mundo real. —Miré por la ventana y vi la casa de Cane a lo lejos—. Desde que me capturaron, dejé de ser una persona. Me convertí en un saco de boxeo, en una puta y en una don nadie. —Tristan nunca me había demostrado ni una pizca de compasión al torturarme. Cuanto más lloraba y suplicaba clemencia, más me pegaba. A sus ojos yo no era un ser humano, en lo más mínimo—. Daría lo que fuera por hacer retroceder el tiempo y no salir nunca de Estados Unidos. Daría lo que fuera por volver a vivir aquel día. Pero estas son las cartas que me han tocado... y tengo que jugar la partida.

Pearl sacudió la cabeza.

—No, no tienes que jugar la partida, Adelina. No te rindas así.

—Nunca me he rendido. —La acusación me resultó tremendamente ofensiva—. Cada día deseo que algo cambie. No me he ahorcado porque creo que la policía encontrará mi rastro.

Continúo respirando por la posibilidad de que mi vida mejore. Soporto cada día de tortura sólo por la improbable ocasión de ser salvada. Así que no me digas que me he rendido. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. —Mantuve la mirada fija en la ventana, viendo aproximarse cada vez más la casa de Cane.

—No dependas de nadie para que te salve. La única persona en la que puedes confiar eres tú misma.

—Lo sé. Pero tengo las manos atadas. —No sabía dónde estaba Lizzie, ni si estaba viva, pero había escogido creer que había esperanza para las dos.

—Sé que no me corresponde a mí decirlo, pero pienso que Cane tiene razón. Tanto Lizzie como tú tenéis más posibilidades de sobrevivir si te escapas y vas a las autoridades.

—Tú no conoces a Tristan. —A lo mejor a Pearl la había torturado un psicópata diferente, pero Tristan estaba completamente loco—. No la matará hasta haberla torturado casi hasta arrancarle la vida. Sólo cuando haya perdido el sentido y entre en coma, le cortará por fin la cabeza. Nunca podría vivir conmigo misma si le sucediera algo así.

Pearl no continuó intentando imponer su punto de vista. Yo sabía que ella me creía una estúpida por no aceptar su oferta de ayudarme. Pero la culpabilidad del superviviente era algo serio, y yo sería incapaz de olvidarme de mi mejor amiga.

—Sé que crees que soy estúpida...

—No creo que lo seas, en absoluto. Creo que eres muy valiente.

Por fin alguien alababa mi locura.

—Pero a lo mejor aún se nos ocurre algo.

—¿Como qué? —Crow parecía un hombre poderoso con gran cantidad de recursos. Y era evidente que haría lo que fuera por su mujer.

—No lo sé. A lo mejor podemos hacer algunas averiguaciones

y descubrir dónde está retenida Lizzie. Hablaré con Crow y con Cane de ello.

Aquello sería como un sueño hecho realidad.

—Eso significaría mucho para mí...

Pearl metió el coche en la rotonda que rodeaba la fuente y después aparcó. Su mano se posó sobre la mía y me la apretó.

—No estás sola, Adelina. No lo olvides nunca.

CANE

La única razón por la que no le grité a Pearl fue por el dispositivo de rastreo que le había puesto a Adelina en el brazo. Llegué a casa antes que ella, pero pude localizar su ubicación en la carretera. Estaba de camino de vuelta a casa, así que no me molesté en echarle la bronca a Pearl.

Adelina entró con unos vaqueros claros con agujeros en las rodillas y una camiseta negra. Llevaba un pañuelo negro alrededor de los hombros y parecía una elegante mujer italiana protegiendo su piel del sol toscano.

Yo ya me había duchado y me había puesto unos pantalones de chándal y una camiseta. El fuego rugía en la chimenea y tenía una botella entera de whisky que beber. Me había vuelto adicto a él por haber visto a mi hermano beberlo desde que éramos adolescentes. Probablemente me mataría algún día, pero no me importaba una mierda.

Se paró al verme en el sofá, el cabello castaño ligeramente por debajo de los hombros. Todavía no la había visto con maquillaje, pero realmente no le hacía ninguna falta. Sus rasgos ya eran brillantes y atractivos de forma natural. No le hacía falta nada para emanar su brillo innato.

Me incliné sobre la mesa para dejar el vaso vacío. Los cubitos de hielo se derretían lentamente, resbalando por el fondo del vaso.

—¿Qué tal tu día? —Hice la pregunta sin que la respuesta me importara realmente. Todo lo que quería era que se me sentase encima y me montase como si hubiera estado todo el día pensando en mí.

—Muy bien. Pearl me llevó a las bodegas.

—¿Qué te han parecido?

—Son bonitas. He ido a algunas degustaciones de vino en casa, pero nada comparado con esto.

—¿Habéis bebido?

—Probamos algunos de los vinos para entender los sabores. Me dijo que podría ayudarla con las degustaciones para los clientes.

—¿Y tú quieres hacerlo? —Tenía aquella preciosa casa para ella sola. Podía relajarse junto a la piscina, leer en los jardines o simplemente meterse en la bañera durante todo el día—. Sólo porque ella te pida que hagas cosas no quiere decir que tengas que hacerlas.

—Lo sé. Está bien salir un poco de la casa.

Yo me la llevaría al trabajo, pero entonces no trabajaría nada. Me la follaría en mi despacho, directamente encima de mi escritorio, con los pantalones por los tobillos. No llamaría a nadie por teléfono y mis empleados no recibirían instrucciones.

Y Crow se cabrearía conmigo.

—¿Quieres una copa? —Levanté la licorera llena y cogí un vaso vacío.

Ella se acercó al sofá y se sentó a mi lado.

—Claro.

Nunca había conocido a una mujer que aguantara el whisky, y me impresionó que lo escogiera voluntariamente. Le serví un

vaso y se lo pasé.

Ella miró el líquido ámbar y lo hizo girar en el vaso. Después se lo llevó a los labios y dio un largo trago. No hizo ninguna mueca cuando su amargor le inundó la boca. Era suave y ella se lo bebió como si fuera agua.

—¿Te gusta el whisky? —En realidad, no sabía nada sobre lo que le gustaba y lo que no. Nunca me había tomado el tiempo necesario para preguntarle nada. Hasta ahora, lo único que sabía era que tomaba el café con leche y azúcar y que le encantaba que le practicara sexo oral. Pero eso era todo.

—Mi padre es un gran bebedor de whisky, así que estoy acostumbrada a él. —Se secó los labios con el dorso del brazo.

Cuando me había preguntado si podía llamar a sus padres, casi me sentí mal por decirle que no. Por supuesto, aquella opción quedaba descartada. Si Tristan no podía confiar en mí, todos sabrían que el apellido Barsetti no era de fiar, y eso sería catastrófico para el negocio. Además, podía terminar en la cárcel. Pero me mantuve en mis trece y no cambié mi respuesta.

—¿Entonces te gusta?

Ella inclinó la cabeza antes de asentir.

—Sí, supongo que sí. También me gusta el vino.

—¿Cerveza?

—No le hago ascos a una lager de vez en cuando.

Sonreí al imaginármela tomándose una espumosa jarra de cerveza mientras veía el fútbol del lunes por la noche.

—¿Hay algo que no te guste?

—Margaritas, cosmopolitans, martinis...

—¿Las bebidas de frutas?

—Sí. Básicamente cualquier cosa a la que le puedas poner una sombrilla.

Nunca la habría tomado por una bebedora tan experimentada.

—¿No eres muy golosa?

—Sí que lo soy. Me encantan todos los dulces. Pero no con el alcohol. Consigue que me baje el azúcar.

Le rellené el vaso.

—Me alegro de tener alguien con quien beber. —Choqué mi vaso con el suyo y di un trago.

—A las penas les gusta la compañía. —Dio otro trago y después dejó el vaso sobre la mesa—. Hoy he conocido a tu hermano.

—Lo siento.

Ella se rio, y fue la primera vez que la escuchaba hacerlo. Tenía una bella sonrisa y arruguitas en la parte exterior de los ojos.

—Fue amable.

—Intuyo que no dijo demasiado, entonces. De haberlo hecho, definitivamente no estarías describiéndolo así.

Ella continuó sonriendo.

—A mí no me engañas, Cane. Sé que quieres a tu hermano.

—¿Y eso por qué? —Yo no hablaba mucho de él y nunca los había presentado.

—Lo noto, sencillamente. A Pearl también la quieres mucho. De lo contrario, no se saldría con la suya con la mayoría de las cosas que hace.

Me había pillado, así que no lo negué.

—Le hice algo terrible cuando nos conocimos. Ella me perdonó sin que yo me lo mereciera, y luego arriesgó su vida para salvar la mía... así que puede hacer lo que le dé la gana.

Adelina guardaba silencio, como esperando que le contase lo que había hecho por voluntad propia. Cuando no dije nada, me presionó.

—¿Qué cosa terrible hiciste?

Pearl se lo contaría antes o después, así que no me molesté en ocultarlo.

—Le di una paliza que casi la mato. —Me quedé mirando mi vaso porque era incapaz de enfrentarme a su mirada. Nunca me había sentido más avergonzado de mis actos que en aquel momento. Adelina había sufrido del mismo modo que Pearl, y yo no me sentía mejor que Tristan. De algún modo, era como si le hubiese hecho daño personalmente a Adelina, aunque nunca le hubiera puesto una mano encima.

En vez de mostrarse asqueada, preguntó con voz firme.

—¿Por qué?

—Crow y yo habíamos decidido utilizarla para vengarnos por nuestra hermana. Crow se negó a torturar a Pearl, así que yo decidí encargarme de ello. Llegó a casa justo a tiempo y me disparó para apartarme de ella. —Me froté el brazo en el punto en el que la bala había perforado la piel—. Después, Bones me secuestró y me utilizó como cebo. Dijo que quería intercambiarme por Pearl. En aquel momento, pensé que había llegado mi hora. Terminaría muerto en alguna cuneta por ahí. Pero Pearl hizo el intercambio sin decírselo a Crow... porque sabía que él me necesitaba.

La respiración de Adelina se intensificó lentamente, su pecho subiendo y bajando a mayor velocidad. Entrelazó los dedos sobre el regazo y bajó la mirada al suelo. Sus pensamientos eran un misterio detrás de sus ojos, pero sus emociones resultaban claras.

Estaba aterrorizada de mí.

Como debería estar.

—Nunca te haría daño. —No sé qué me dio para decir aquello. Me gustaba ser impredecible, hacer que todo el mundo a mi alrededor caminara de puntillas porque no tenían ni idea de lo que haría a continuación. Era capaz de cualquier cosa, hasta de meterle un tiro a alguien entre los ojos sólo por no estar de acuerdo conmigo. Aumentaba la productividad de mis empleados

y el temor de mis enemigos. Pero no quería que Adelina se sintiera así. No quería que me tuviera miedo, como se lo tenía a Tristan. La deseaba de muchas maneras, pero nunca había querido hacerle ningún daño.

Ella levantó la barbilla y me miró, con los ojos color moca brillantes. No fui capaz de adivinar lo que estaba pensando. Mantenía sus cartas bien pegadas al pecho, como si aquello no le pillara de nuevas. Había estado rodeada de hombres terroríficos durante mucho tiempo ya. Probablemente yo no fuese nada diferente a sus ojos.

—Lo sé.

La miré con confusión, incapaz de creer lo que acababa de decir. Le había confesado que casi había matado a Pearl con mis propias manos, y ella no se había deslizado hasta el otro extremo del sofá. Me había mirado a los ojos como si no estuviera asustada, aunque tenía todo el derecho del mundo a estarlo. Su respuesta no tenía ningún sentido.

—¿Lo sabes?

—A lo mejor antes eras así, pero está claro que ya no lo eres. Eres mucho más amable. Lo vi cuando estabas hablando con Pearl. Te dijo que estaba decepcionada contigo y me di cuenta de que te afectó.

Sí que me había afectado. Respetaba a Pearl tanto como a Crow, y no sólo porque fuera mi cuñada. Era una tía dura que nunca se rendía. Se merecía hasta el último gramo de mi adoración.

—Y si fueses a hacerme daño, ya me lo habrías hecho. He visto la crueldad con mis propios ojos, y tú no la posees.

Nunca pensé que fuera a tomarme una afirmación así como un cumplido. Llenó mi pecho de una extraña sensación de calidez. Si alguien me hubiera dicho hasta ahora que no me tenía miedo, me habría cabreado. Había estado con sumisas y había

pagado a putas para azotarles la espalda, pero nunca había pensado en hacerle aquellas cosas a ella... por todo lo que había tenido que pasar.

—Creo que podrías ser un hombre realmente estupendo si de verdad quisieras serlo —susurró—. Pearl me contó cómo era Crow antes. Ahora es amable con ella. Lo vi con mis propios ojos. Cualquiera puede cambiar si lo desea lo bastante.

Yo nunca había querido cambiar. Sólo deseaba no haber cometido un error tan grave.

—Yo no quiero ser un buen hombre. —No quería dejar de ser un criminal y conseguir un trabajo tradicional. No quería pagar impuestos. No quería dejar de matar a los hombres que se interpusieran en mi camino. No quería sentar la cabeza con una mujer y tener hijos. Quería vivir al margen de la ley durante el máximo tiempo posible—. Sencillamente, no quiero hacerte daño. Hay una gran diferencia.

Ella no discutió conmigo, aceptándome exactamente como era. Volvió los ojos hacia el fuego.

Yo contemplé su perfil, adorando el modo en que el resplandor le bañaba las mejillas. Sus ojos reflejaban las llamas rojas, reluciendo como diamantes bajo el sol. Tenía algo que atraía toda mi concentración. La había tenido en mi vida casi dos semanas, y aún no tenía prisa por dejarla marchar.

Aquello era raro en mí.

Le metí la mano entre los mechones de cabello y giré su rostro hacia mí, exponiendo su boca para devorarla con la mía. La besé lentamente, tomándome mi tiempo como solía hacer. El fuego crepitaba al fondo y nuestra respiración se hacía más trabajosa a medida que se prolongaba el contacto. Mi mano se cerró en torno a su nuca, tumbándola lentamente sobre el sofá mientras le metía la lengua en la boca.

Me echó los brazos al cuello y sus piernas se envolvieron

automáticamente alrededor de mi cintura. Como un espejo, me demostraba exactamente la misma pasión que le ofrecía yo, devorándome como si deseara aquello tanto como yo. Su cabeza descansó contra el respaldo y sus dedos se enredaron en mi pelo corto. Sin prisa, empezó a frotarse contra mí, sintiendo mi erección a través del chándal.

Gemí dentro de su boca mientras le desabrochaba los vaqueros. Se los saqué rápidamente, quitándole después el tanga y lanzándolo por encima del respaldo del sofá. No me molesté en quitarme los pantalones de chándal. Me los bajé de un tirón hasta los muslos junto con los bóxers para liberar mi miembro. Después me deslicé en su interior, sintiendo la humedad que había aprendido a esperar.

—Bellísima... —Aquella mujer me descolocaba todas y cada una de las veces. No lograba saciarme de ella, y hasta cuando la tenía, seguía queriendo más. Enderecé una de sus piernas y me la coloqué sobre el pecho mientras me balanceaba entrando en ella, acorralándola contra el apoyabrazos y el respaldo del sofá.

Ella se aferró a mis caderas y tiró de mí con más fuerza hacia ella, deseando tenerme dentro tanto como yo deseaba estarlo. Sus ojos relucieron preciosos al escuchar el apodo que le había puesto. Cuando la llamé así por primera vez, no lo pensé antes de decirlo. Fue una sensación natural, y me limité a seguirla.

Me metí su labio inferior en la boca, sintiendo contraerse mis testículos por todo lo que disfrutaba estando enterrado en su interior.

—Me encanta estar dentro de ti... —Nunca me había sentido más a gusto con una mujer. No hacía falta que el sexo fuese disparatado o pervertido para disfrutarlo. Me conformaba sencillamente con moverme dentro y fuera de su estrecho interior.

Ella me devolvió el beso y metió las manos por debajo de mi

camiseta. Arrastró lentamente las uñas bajando por mi espalda, dándome dulces apretones por el camino. A veces deseaba que me clavara las uñas con fuerza suficiente para hacerme sangrar, pero dudaba que se aviniese a hacerlo si se lo pedía.

Me besó con más intensidad y su respiración se aceleró, y de repente dejó de besarme del todo. Su respiración se convirtió en jadeos y sus uñas se clavaron con más fuerza en mi piel desnuda. Me la había tirado las veces suficientes para saber exactamente cuándo iba a correrse. Y saber que estaba a punto de alcanzar el orgasmo hizo que todo mi cuerpo se tensara. Nunca me había preocupado tanto por dar placer como por recibirlo, pero sentía un deseo constante de dárselo a ella, de demostrarle que el sexo podía ser increíble.

Ella gimió suavemente en mi boca y me clavó más las uñas. Entrelazó ambos tobillos para introducirme a más profundidad en su estrecha entrepierna, exigiéndome más de mi erección antes de correrse a su alrededor.

Nunca había visto nada más bonito. Después del largo día que había tenido, todo lo que deseaba era llenar a Adelina con mi semilla. No había nada que me excitara más que eyacular hasta la última gota dentro de aquella preciosa mujer que deseaba aceptarla.

—¿Quieres mi semen, Bellissima?

Sus manos descendieron hasta mi trasero y me agarraron las nalgas. Me enterró las uñas en el músculo mientras tiraba de mí con más fuerza. Sus labios temblaron contra los míos antes de hablar.

—Sí...

Joder.

La penetré hasta el fondo y me corrí con un gruñido. Mi sexo se contraía de placer, y yo sentí una oleada de felicidad que sólo sentía cuando alcanzaba el orgasmo dentro de aquella mujer.

Respiré dentro de su boca mientras terminaba, experimentando un subidón del que querría no bajar nunca.

Permanecí en su interior mientras me ablandaba porque no tenía intención de ir a ninguna parte. Llevaba todo el día pensando en ella en el trabajo, y ahora que la tenía debajo de mí con las piernas abiertas, pensaba follármela durante toda la noche.

Y pensaba hacer que estuviera corriéndose toda la noche.

ME DESPERTÉ CON AQUELLA MUJER GUAPÍSIMA AL LADO. SU LUSTROSO cabello castaño y sus elegantes mejillas le daban el aspecto de una reina.

Lo cual me convertía en su rey.

Me puse encima de ella y le separé los muslos con las rodillas.

Ella empezó a removerse lentamente, suspirando dulcemente sin abrir los ojos. Me puso las manos en los brazos y se adaptó automáticamente a mis movimientos, como había hecho las otras mañanas, cuando todavía estaba medio dormida.

La penetré con decisión, gimiendo al sentir su cálido sexo.

Ella abrió los ojos de párpados pesados y me miró a la cara mientras me movía en su interior. Los pechos le temblaban con cada empujón, y cuando gemía, el sonido se le quedaba atrapado en la garganta, porque tenía la voz ronca de haber estado durmiendo.

Apoyó una mano contra el cabecero de madera y se dio impulso hacia mí, con los pechos temblándole aún más violentamente.

A lo mejor pensaba en sí misma como en una prisionera, pero era evidente que aquello no estaba haciéndolo por obligación... ya no. Era adicta a las sensaciones que producían nuestros

cuerpos al unirse. Le encantaba que me la follara tanto como a mí me encantaba follármela.

Yo tenía trabajo que hacer, así que decidí terminar deprisa, llevándola rápidamente al orgasmo para poder correrme justo después. Depositó aún más de mi semilla en su interior, añadiéndola a la carga de la noche anterior. No quería que diera ni un paso sin que le goteara por las piernas hasta el suelo.

Salí de ella y me preparé para ir a trabajar, sabiendo que volvería a dormirse una vez satisfecha. Ahora teníamos un horario del que no habíamos hablado. Follábamos en cuanto nos despertábamos y en cuanto yo llegaba a casa del trabajo. Después le dábamos unas cuantas veces más cuando acabábamos de cenar. Era agradable disfrutar de buen sexo sin tener que hablar demasiado. No hacía falta que la sacara a cenar, ni que le dijera lo guapa que estaba. Todo lo que tenía que hacer era dejar caer los pantalones y ella sabía que era hora de follar.

Era un acuerdo fantástico.

Acababa de servirme una taza de café cuando llamó Pearl.

—¿Qué? —ladré al teléfono.

—Sé que Italia y Estados Unidos son diferentes, pero se supone que tienes que saludar primero. Ya sabes, tener educación.

Bebí café y miré por la ventana.

—¿Qué? —repetí como un listillo.

Pearl supo que no me sacaría una respuesta diferente.

—¿Podéis pasaros por aquí? Crow y yo queremos hablar sobre cómo vamos a ayudar a Adelina.

Estaba cansado de tener aquella conversación con Pearl.

—Ya hemos llegado a la conclusión de que no hay nada que podamos hacer por ella.

—Pero ahora nos preguntamos si podemos ayudar a su amiga Lizzie. Así que venid y ya está.

—Tengo trabajo.

—Cane, trae el culo para acá o te obligaré a hacerlo. —Colgó.

Adelina entró en la habitación un momento después con el pelo recogido en un moño suelto. Llevaba una de mis camisetas de deporte y había decidido prescindir de los pantalones. Sus largas piernas estaban a la vista, tonificadas y perfectas. Se sirvió una taza de café.

—¿Estabas hablando con Pearl?

—Con quien hable no es asunto de tu incumbencia. —No me gustaba que me nadie me interrogara, ni siquiera ella.

Se puso un poco de azúcar antes de mirarme.

—Es de mi incumbencia si estás hablando de mí. —Añadió un poco de leche y devolvió el cartón a la nevera—. Así que contesta a mi pregunta.

Mis ojos se estrecharon ante su actitud y empecé a excitarme.

—Voy a casa de Crow. Por lo que parece, Pearl quiere hablar de tu amiga Lizzie. Me iría al trabajo en vez de eso, pero sé que esa malcriada me seguirá allí.

Ella estaba a punto de beber café, pero se lo pensó mejor.

—¿Cuándo nos vamos?

Yo levanté una ceja.

—Yo me voy ahora mismo. Tú te quedas aquí.

—¿Por qué voy a quedarme? —preguntó—. Esta conversación es totalmente sobre mí.

—Porque no tienes nueva información que ofrecer. Así que quédate aquí.

Sus ojos ardieron de agitación al no salirse con la suya.

—No me voy a quedar aquí, Cane. Voy contigo, te guste o no.

—¿Desde cuándo has empezado a dar por hecho que tienes algún tipo de poder en esta casa?

—Siempre tuve el poder de elegir... porque me lo diste tú.

—Dio un largo trago a su café antes de empezar a salir de la

cocina—. Sólo necesito unos minutos para lavarme los dientes y cambiarme.

—A lo mejor me marchó sin ti. —No sabía de dónde venía aquella hostilidad. A lo mejor era porque ella tenía más poder sobre mí del que yo quería admitir. Le había dicho que nunca le haría daño, y no estaba seguro de por qué se lo había dicho para empezar. Mi miembro estaba obsesionado con su entrepierna y me hacía pensar en sexo durante todo el día y toda la noche. No me gustaban aquellos cambios que estaba experimentando. Empezaba a sentirme indefenso, inferior a aquella hermosa mujer.

—Y a lo mejor yo me limito a coger uno de tus coches y me reúno allí contigo.

ENTRAMOS EN EL CAMINO DE ENTRADA Y APARCAMOS EL COCHE EN EL ARCÉN. El aparcacoches sabía que no debía tocar mi coche, así que lo dejé en la gravilla y me dirigí hacia la puerta delantera. Sin pensármelo dos veces, cogí a Adelina de la mano.

Ella bajó la vista, pero no hizo ningún comentario.

Mi gesto era más posesivo que afectuoso. Era una suerte de correa, para mantenerla cerca de mí y que no pudiera salir corriendo a ninguna parte.

Y para que nadie pudiera llevársela.

Llamé a la puerta y fui rápidamente recibido por Lars.

—Buenos días, Sr. Barsetti. —Lars me dedicó una leve inclinación, sin dejar por ello de mantener la nariz elevada en ningún momento. Jamás me había perdonado por lo que le hice a Pearl. Nunca había expresado su desagrado, pero yo había notado la diferencia en su modo de dirigirse a mí. Llevaba trabajando para mi familia desde que yo era niño, y conocía su lenguaje

corporal mejor de lo que él pensaba—. Esta debe de ser la señorita Adelina. —Lars se inclinó ante ella, esta vez con sinceridad y lleno de amabilidad—. Un placer conocerla. Yo soy Lars, el mayordomo.

—El placer es mío —dijo ella con una sonrisa—. Es usted encantador.

Lars se sonrojó al instante, y habría jurado que se le tensaron las orejas.

—Eso es... eh... muy amable por su parte. Por aquí. Síganme. —Caminó delante de nosotros, guiándonos hacia el comedor donde Crow solía tomar sus comidas.

Yo le pegué los labios a la oreja.

—Estoy celoso. A mí nunca me llamas encantador.

—Porque tú no lo eres.

—Au. —Lo dejé pasar con una sonrisa y la acompañé al comedor. Pearl y Crow estaban allí, sentados el uno frente al otro a la mesa con el almuerzo. Sobre la superficie había sándwiches de jamón curado y una botella de vino.

Pearl se levantó y saludó a Adelina con un abrazo.

—Me alegro de que hayas venido. Me había imaginado que Cane te iba a dejar encerrada en casa.

—Lo intentó. —Adelina me fulminó con la mirada antes de rodear la mesa para saludar a Crow.

Crow se levantó y tuvo la previsión de extender una mano para evitar que pudiera abrazarlo igual que acababa de hacer con Pearl.

Ella le dio la mano y se la estrechó.

—Gracias por invitarme a vuestro hogar.

Hasta aquel apretón de manos me puso incómodo. Mi hermano era tan atractivo como yo, y daba un buen espectáculo con su casa elegante y su mayordomo. La sangre Barsetti estaba llena de magnetismo. Mi madre era modelo en Francia antes de

conocer a mi padre, rudamente atractivo como nosotros dos. No era capaz de determinar exactamente por qué estaba celoso... si por él o por ella.

Aparté una silla para que se sentara.

—Siéntate.

Adelina contempló la silla y después me dedicó una fría mirada.

El único momento en el que parecía responder a mis órdenes era cuando estábamos liándonos. El resto del tiempo era como decirle a un muro sólido lo que tenía que hacer.

Pearl apretó los labios, intentando no reírse.

Crow no ocultó una sonrisita.

Yo me aclaré la garganta y volví a mirar a Adelina.

—Por favor.

Después de pronunciar las palabras mágicas, Adelina se sentó por fin.

Me senté a su lado, donde antes había estado sentada Pearl. No me importaba quitarle el sitio, porque quería estar cerca de Adelina y que ella no se sentase cerca de Crow. Si quería vengarse por lo que yo le había hecho a Pearl, no podía culparlo. Dudaba que fuera a hacerle daño, no mientras Pearl estuviera viva, pero no se podía ser demasiado precavido.

—Pearl, esto ha sido idea tuya. ¿Cómo quieres empezar?

Crow y yo ni nos saludamos al entrar nosotros. Nunca nos abrazábamos, porque ya nos veíamos con demasiada frecuencia según estaban las cosas. Era difícil creer que Pearl y yo hubiéramos sido tan íntimos, a juzgar por su distante actitud actual. En cuanto había aceptado a Adelina, me había dado la espalda. Odiaba admitirlo, pero echaba de menos aquella relación. Era como haber perdido a Vanessa otra vez.

—Puede que esto haya sido idea mía, pero estamos en ello todos juntos. —Pearl nos hablaba a todos, pero me miraba a

mí—. Debemos encontrar un modo de sacar a Adelina de esta pesadilla. Es una persona inocente y merece ser libre.

—Nunca he afirmado lo contrario. —No pude evitar mostrarme frío. Le repetía las cosas a Pearl cientos de veces, pero nunca me escuchaba. No estaba de acuerdo con el tratamiento que había recibido Adelina, pero iba a ceñirme al trato que había hecho con mi cliente. Los negocios siempre eran lo primero.

—Tampoco yo —añadió Crow—. Pero no hay mucho que podamos hacer. Eso ya lo sabes, Botón.

—¿Botón? —preguntó Adelina.

—Así es como la llamo —explicó Crow—. Un apodo.

—Ah... —Adelina echó un vistazo al anillo de Pearl y pareció unir los puntos.

Pearl se inclinó sobre la mesa y centró su atención en Adelina.

—¿Tienes idea de dónde podría estar Lizzie? ¿Cualquier tipo de información?

—No —contestó Adelina.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Crow—. ¿Qué pasó?

Adelina clavó la mirada en la mesa en silencio, tomándose su tiempo antes de poder formular una respuesta.

—Dos hombres se metieron en la parte de atrás del taxi y nos pusieron sacos sobre la cabeza... —Su voz no era para nada a la que yo estaba acostumbrado. No era profunda, ni poderosa. No era bella. Estaba sencillamente rota—. No pude ver demasiado entonces, pero me dieron puñetazos hasta que me desmayé. Recuerdo a Lizzie gritando, pero eso es todo. La siguiente vez que me desperté, Lizzie y yo estábamos juntas en una habitación sobre un colchón comido por las polillas en el suelo. Teníamos las muñecas esposadas juntas. Intentamos encontrar una salida, pero con las manos atadas no logramos alcanzar la ventana. Fue

entonces cuando entró Tristan con uno de los hombres y se nos quedó mirando. Sus ojos se posaron en mí primero y dijo que le gustaba lo que veía. Así que se bajó los pantalones y vino a por mí... Lizzie intentó protegerme. —Cerro los ojos y guardó silencio, como si no pudiera continuar.

Crow bajó la vista, dándole privacidad en su dolor.

Los ojos de Pearl estaban llenos de lágrimas.

Yo temía seguir escuchando, pero necesitaba oír el resto.

—Tristan la dejó inconsciente a golpes y luego me violó... dos veces. Intenté rechazarlo con todas mis fuerzas, pero eso sólo pareció aumentar su deseo. Había sangre por todas partes... me arrancó grandes mechones de pelo. Cuando terminó, nos compró a las dos y... —Los ojos de Adelina se llenaron de enormes lagrimones y le tembló el labio inferior. Sorbió con la nariz y acalló un sollozo antes de cubrirse la cara con las manos y salir corriendo de la habitación.

Nadie la persiguió.

Yo escuché el sonido de sus sollozos hasta que desaparecieron en algún lugar dentro de la casa. No tenía ni idea de a dónde había ido, pero no me habría sorprendido que hubiese salido al patio trasero. Era el único lugar en el que podría encontrar algo de privacidad.

Pearl se secó las lágrimas y se quedó mirando la mesa.

Crow la observaba, su mirada protectora siempre encima de ella. Por fin, le puso la mano en el centro de la espalda y la dejó allí, como si estuviera sintiendo el latido de su corazón contra la palma. Con una expresión estoica idéntica a la mía, la miraba como si sus sentimientos le dieran igual. Pero su gesto de afecto decía lo contrario.

Yo los observé juntos, como había hecho cientos de veces. Mi hermano nunca había admitido ante mí que la amaba, pero yo estaba convencido de su sincero afecto desde hacía mucho

tiempo. Eran pistas sutiles como aquella las que lo traicionaban.

Pearl se relajó apreciablemente al sentir su consuelo. Elevó los ojos húmedos y me miró.

—¿No vas a ir detrás de ella?

El pensamiento se me había pasado por la cabeza.

—No puedo hacer nada por ella. —No era más que otro hombre que la utilizaba, en nada diferente a Tristan. No tenía derecho a hacer que se sintiera mejor.

—Eso no es verdad, y tú lo sabes. —Pearl me dedicó otra vez aquella mirada de desilusión, una mirada que yo aborrecía. Cuando esperaba más de mí, yo sentía deseos de ganar su aprobación. Cuando me pedía que hiciera algo, quería obedecer. No era más que lo normal entre hermanos y hermanas.

ENCONTRÉ A ADELINA SENTADA SOBRE LA HIERBA A LA SOMBRA DE UN árbol. Era el punto exacto en el que se habían casado Crow y Pearl hacía unos meses. Me pareció irónico que escogiera aquel lugar en concreto para dejar caer sus lágrimas.

Caminé por la hierba, intentando hacer ruido al pisar para que pudiera oírme. No quería pillarla desprevenida cuando ya se sentía vulnerable. No me gustaba mucho ver llorar a las mujeres. Me recordaban a los bebés, y los bebés no me gustaban nada de nada. Pearl no había derramado ni una lágrima cuando le di la paliza, y yo la había respetado por ello.

Cuando Adelina me escuchó acercarme, respiró hondo y reprimió sus lágrimas. Se enjugó los ojos con el dorso del antebrazo y se rodeó rápidamente la cintura con los brazos al terminar. Era imposible que pensara que me había engañado, pero a lo mejor ocultarlo lo máximo posible lograba que se sintiera más cómoda.

Me senté en el suelo a su lado y mantuve la vista al frente, por si acaso ella prefería que no la mirase. No le pregunté si estaba bien, porque era evidente que no era así. No le pregunté si quería hablar de ello, porque en ese caso, me diría algo ella a mí. No había manual de instrucciones para este tipo de situaciones. Como hombre, nunca entendería lo que se sentía al ser una mujer. Nunca sabría lo que era ser la presa, porque siempre era el depredador.

—Estoy aquí. Sea lo que sea lo que necesites de mí, estoy aquí.

—Era lo mejor que se me ocurría, lo mejor que podía decir.

Ella se acercó las rodillas al pecho y se las envolvió con los brazos.

—Siento haber salido de esa manera. Es sólo qu...

—No hace falta que te disculpes. —Era ridículo que pensara que tenía que hacerlo.

—Hablar de ello lo hace más real. Cuando hablo de ello, me siento como si lo reviviera todo de nuevo.

—Sé a lo que te refieres.

—Lizzie se lanzó sobre mí y le dio una patada en la cara. No tenía ninguna oportunidad contra él, pero lo intentó de todos modos. Quería atraerlo hacia ella para quitármelo a mí de encima...

Mantuve la vista al frente al escuchar otra vez las lágrimas en su voz.

—Por eso no puedo huir, no cuando ella intentó ayudarme.

Ahora entendía su testarudez.

—Esto se me pasará. Quiero ayudar todo lo que pueda. Pero es que hablar de ello... es muy duro. No he tenido a nadie con quien hablar de nada, y ahora sois tres personas escuchándome. No estoy acostumbrada.

—Puedes contármelo sólo a mí, si así te resulta más fácil —me ofrecí—. Puedo trabajar yo con ellos y dejarte a ti al margen.

Ella asintió.

—A lo mejor sí.

Por fin la miré, viendo los rastros de lágrimas en sus mejillas. Había pequeños cauces sobre su piel y las lágrimas se acumulaban en forma de gotas en su barbilla. La visión de sus ojos húmedos era peor que el sonido de sus lágrimas. Se me revolvió el estómago al imaginarme la historia que nos acababa de relatar. Su único crimen había sido tomarse unas vacaciones para celebrar su éxito. Había salido a ver la belleza del mundo, pero se había quedado atrapada en la oscuridad en vez de ello.

Aquello no estaba bien.

Le pasé el brazo sobre los hombros y la acerqué a mí, prestándole mi hombro para que se apoyara en él.

Ella se conmovió ante el gesto y apretó la mejilla contra mí. Cerró los ojos y respiró hondo, como si aquel contacto fuera exactamente lo que necesitaba.

Yo bajé la vista hacia ella y vi las gotitas en sus espesas pestañas. Mis labios deseaban llevárselas a besos, llevarse a besos todas las lágrimas que todavía se aferraban a sus mejillas. Cuando ella sufría, yo sufría. Era una sensación que no había sentido nunca antes.

Llevé los labios a su sien y la besé como jamás había besado a otra mujer. Mis labios sintieron el nacimiento del cabello y pude oler el aroma a vainilla de su champú. En vez de apartarme, mantuve la boca contra su piel cálida. Quería decirle que todo iba a salir bien, pero aquello habría sido demasiado cruel.

No iba a salir todo bien.

Dentro de dos semanas, tendría que devolvérsela a su torturador sin mirar atrás.

—¿Cane?

—¿Hmm?

—Quiero que hagas algo por mí. Y quiero que me prometas

que lo harás antes de decirte lo que es.

—Sabes que no puedo hacer eso. Pero lo puedo intentar.

Ella volvió a enderezarse y se metió el pelo detrás de la oreja.

—No quiero volver. No puedo vivir más así.

Yo no podía culparla.

—Así que... quiero que me mates.

Yo no reaccioné, porque apenas podía creer lo que había dicho.

—Prefiero morir a vivir el resto de mi vida de esa manera. Pero no puedes matarme tú, ni tampoco puede parecer un suicidio. De otro modo, matará a Lizzie. Así que necesito algún modo de que parezca natural.

En realidad, estaba pidiéndome que la ayudara con su propio suicidio.

—Como una pastilla, o algo así. Algo que me dé un ataque al corazón o que me mate mientras duermo. —Lo dijo sin emoción alguna, como si estuviéramos teniendo una reunión de negocios a la que ninguno deseaba asistir—. Puedes conseguir algo así, ¿verdad?

La idea de su muerte me provocó un repentino ataque de pánico. Me la imaginé esposada a la cama con los ojos abiertos de par en par, la vida ya lejos de su cuerpo. Su corazón había dejado de latir y sus pulmones de respirar. Era aterrador.

Pero no podía ponerle peros a su lógica. Yo moriría o bien intentando escapar, o porque me hubiera dado un tiro en la cabeza a mí mismo.

—¿No tiene más sentido intentar escapar que matarte? Lizzie no querría que escogieses esa alternativa.

Ella sacudió la cabeza.

—No voy a traicionar a mi mejor amiga sólo para seguir viviendo. Y tampoco voy a sufrir más. Prefiero acabar con todo.

Aunque era desgarrador, respetaba su devoción por su amiga.

—¿Cane? —presionó—. Puedes hacer eso por mí, ¿verdad?

Yo no quería que hiciera aquello. Pero no había nada que pudiera hacer para cambiar sus circunstancias. Para mí no era más que una extraña, una mujer a la que me estaba tirando para mi propio placer pervertido. Lo que le pasara después de marcharse no era asunto mío, y además habría hecho lo mismo que ella, de estar en su situación. Si alguien me estuviera amenazando con Crow, cooperaría, aunque no supiese si estaba vivo o muerto.

—Sí... Eso puedo hacerlo por ti.

—Gracias.

—Pero es posible que logremos encontrar el rastro de Lizzie. No te rindas todavía.

Ella volvió a apoyar la cabeza en mi hombro y me pasó el brazo por debajo del mío.

—Los dos sabemos que eso no va a pasar, Cane. Tengo que prepararme para lo peor.

ME DESPERTÓ EL SONIDO DE SUS SOLLOZOS.

Estaba teniendo una pesadilla, del tipo que la hacía darme patadas en el costado y gritar contra la almohada. Siempre que dormía con ella, yo dormía como un lirón. En cuanto cerraba los ojos, ya era por la mañana. Pero aquella noche estaba siendo la excepción a la regla.

Se retorció en sueños con los brazos sobre la cabeza.

—Bellísima. —La tomé por ambas muñecas y se las inmovilicé encima de la cabeza para que no se hiciera daño—. Despierta.

Volvió a retorcerse al sujetarla, con lágrimas rodándole por las mejillas.

—Estás aquí conmigo. —Besé sus lágrimas y después posé la boca sobre la suya. Me respondió casi de inmediato, sus labios relajándose con mi contacto. Sus manos dejaron de resistirse a mi agarre y por fin abrió los ojos.

—Cane... —Liberó la respiración que había estado conteniendo y me lanzó los brazos por encima de los hombros. Se aferró a mí fuertemente y enterró la cabeza en mi pecho. Sus piernas rodearon mi cintura y empezó a respirar profundamente, intentando controlar el pánico. Como un cachorro asustado en busca de protección, se aferró a mí como si fuera la única cosa que podría mantenerla a salvo.

—Estoy aquí mismo. —Hundí la mano en su cabello y le di un beso en la sien—. No pasa nada. —Mis labios se desplazaron hasta su mejilla y continuaron hasta su cuello—. Sólo estamos tú y yo dentro de estas cuatro paredes.

Ella se acercó más a mi pecho y su respiración se tranquilizó. Su piel normalmente suave estaba cubierta de sudor, y tenía el cuerpo ardiendo, pero no la aparté. Cerró los ojos y recuperó lentamente un estado de calma.

Yo continué acariciándole el pelo y contemplando sus facciones. Se retorcían en un gesto de dolor antes de empezar a suavizarse una vez más. Todas las cosas que amaba de su rostro fueron volviendo a él, como el leve resplandor de sus mejillas o la suavidad de su boca.

Mis dedos recorrieron sus suaves mechones antes de pasar a su cuello. Le sentí el pulso y noté su vibración bajo la yema del dedo. Era como una nana para mí, sentir aquel sonido rítmico tranquilizándose hasta alcanzar un ritmo pausado. No quería que aquella vena dejara nunca de latir, que aquellos ojos se cerraran para siempre.

Me parecía un inmenso desperdicio.

Volví a besarla en la boca, aunque estaba seguro de que ya

estaba dormida. Adoraba aquellos labios que estaban hechos para mi disfrute. El aliento escapaba de mi boca y entraba en su garganta, haciéndome sentir bien.

Debía parar antes de volver a despertarla.

Observé sus ojos cerrados hasta que empezaron a pesarme los míos. Cuando ya no pude mantenerlos abiertos por más tiempo, se cerraron y me dormí sin soñar.

Y me parece que ella hizo lo mismo.

EXAMINÉ EL REVÓLVER QUE HABÍA CREADO MI DISEÑADOR. NO ERA TAN pesado como un arma convencional porque el acero había sido mezclado con un material más ligero, rebajando el peso del arma un veinticinco por ciento en comparación con una normal. Se venderían como panecillos calientes, sin importar el precio que les pusiera.

—Buen trabajo.

Vox asintió complacido.

—Puedo conseguir que sea un poco más ligero. Sólo tengo que retocar algunas cosas.

—Dímelo cuando lo hagas. —Puse el arma otra vez sobre la mesa al acercarse Crow. No sabía que estaba en la base porque guardaba sus visitas en secreto. Yo hacía casi todo el trabajo, ocupándome de la producción y de los envíos. Él se pasaba siempre que le parecía—. ¿Qué te parece?

Examinó el revólver y luego abrió el tambor. Sus dedos se deslizaron por el metal antes de volver a cerrarlo y dejar el arma sobre la mesa.

—Un arma excelente. Me gustaría tener una cuando salga de producción.

—Por supuesto, Crow —contestó Vox.

Yo me alejé, dado que nuestra conversación ya había terminado.

—¿Qué tal está? —La voz de Crow provino de mi espalda, porque me estaba siguiendo.

Yo me detuve y me di la vuelta, permaneciendo de pie junto a él en el almacén de montaje. La policía sabía exactamente dónde estábamos y lo que hacíamos para ganarnos la vida, pero no nos molestaban. Aunque cometíamos crímenes todos los días, respetábamos a la policía y nunca trabajábamos en su contra. El único tipo de crimen organizado que cometíamos estaba relacionado con otros criminales. La policía había venido a por nosotros una vez hacía mucho tiempo. Aprendieron con rapidez a mirar a otro lado y ocuparse de sus asuntos.

—Está perfectamente. —Di por hecho que estaba hablando de Adelina y de la crisis de nervios que había tenido en su casa el otro día.

—Pearl está preocupada por ella.

—No hace falta que lo esté. —Crow y yo nunca averiguaríamos dónde retenían a Lizzie, a menos que interrogáramos nosotros mismos a Tristan. Por el bien de nuestra relación profesional y de todas las transacciones futuras, no metíamos las narices donde no nos correspondía. No era bueno para el negocio—. Es una chica fuerte.

—Se nota. Me recuerda a Pearl.

Los celos me invadieron al escuchar la comparación. No quería que viera a mi mujer del mismo modo en que veía a su esposa.

Crow debió de advertir la expresión de mi rostro, porque levantó la comisura de la boca en una sonrisa.

—Es bonita, pero no es mi tipo.

Hasta ese comentario me enfureció.

Crow sonrió con más intensidad.

—Olvida que he dicho nada.

Si yo hubiera dicho que Pearl era bonita, a él no le habría gustado ni un pelo. Volví a alejarme, sin ganas de seguir hablando con él.

Crow me siguió.

—Quedan dos semanas... Eso pasa volando.

Ya lo estaba haciendo.

—¿Querías algo? ¿Pensaba que no eras aficionado a las charlas de nenas? —Había intentado hablar un par de veces con él sobre Pearl cuando tenía la cabeza metida en el culo. No le había hecho ninguna gracia.

—¿De verdad se la vas a devolver a Tristan?

Llegué a la entrada principal y me dirigí hacia el bar.

—Sí. Ese era el trato. —Le puse un vaso sin preguntar siquiera, porque sabía que nunca decía que no a un trago.

—¿Y ya está? —Hizo girar el vaso antes de dar un sorbo—. ¿Vas a enviar a esa pobre chica otra vez con el demonio?

Entrecerré los ojos.

—Mira quién fue a hablar. Tuviste a Pearl prisionera durante meses.

Él se encogió de hombros.

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de ti. Y las situaciones no se pueden comparar. Yo nunca se la acepté en préstamo a Bones. Se la quité.

—Sí, se la voy a devolver. —Ella se tragaría la pastilla de cianuro poco después de volver y moriría en medio de la noche, cuando nadie estuviera prestándole atención. Su muerte sería violenta y dolorosa, pero al menos acabaría con sus sufrimientos. Nunca le contaría a Crow los planes que tenía, porque él se los contaría a Pearl.

Crow me miró con ojos sombríos, estudiando mi expresión como si tuviera los pensamientos escritos en la cara. Dio otro

sorbo antes de decir lo que pensaba.

—Pareces encariñado con ella.

—¿Por qué lo dices?

—La consolaste bastante bien.

No había hecho gran cosa.

—No soy tan malo como tú te piensas. Tengo algo de compasión...

—Le demostraste algo más que compasión. Yo lo vi.

Estaba acostándome con ella, así que compartíamos gran cantidad de afecto. Todos nuestros encuentros se habían vuelto naturales, como si fuésemos una pareja estable desde hacía años.

—La mujer se derrumbó después de hablar sobre ser violada. Si crees que me voy a quedar a un lado sin hacer nada, entonces es que no me conoces tan bien.

Él agitó el vaso y se acabó el contenido.

—¿Llegaste a preguntarle a Tristan si podías comprársela?

No tenía intención de perder el tiempo.

—No.

—¿Es que no quieres pagar por ella? ¿O sencillamente te da igual?

Ninguna de las dos cosas. Después de estar con aquella mujer noche tras noche, sabía lo valiosa que era. Como el diamante más raro y bello del mundo, era totalmente única. Tristan nunca la dejaría marchar, sin importar lo que yo ofreciera. Era una lástima que no la tratase mejor, que no la mantuviera saludable. Se deterioraría rápidamente en esas condiciones.

—No está a la venta.

Crow sacudió la cabeza.

—Desearía que nunca hubieras aceptado el intercambio. Adelina es de lo único que habla Pearl estos días.

Yo quería decirle que también lamentaba la decisión, especialmente porque tenía que devolverla. Pero sabía que no era

así. Estaba disfrutando de cada mañana y de cada noche teniendo a aquella mujer en mi cama y estando entre sus piernas.

—Las cosas son como son.

—Lo siento por ti —dijo de repente, sus palabras saliendo de la nada.

—¿Por qué?

—Actúas como si no te importase, pero sé que devolverla va a ser duro. Yo me sentiría fatal.

Yo ya me sentía fatal.

—Nada de todo esto es culpa mía, así que no me siento mal.

—Todo lo que le pasó a Pearl tampoco fue culpa mía, pero toda aquella mierda todavía me atormenta.

—Es tu esposa. Es diferente.

Tiró el hielo sobrante al fregadero antes de dejar el vaso sobre el mostrador.

—Incluso antes de que fuera mi mujer, no dejaba de atormentarme.

ADELINA

Aquella mañana me desperté con el sol en la cara. Las cortinas ya estaban abiertas aunque era temprano, pero era una forma agradable de despertarse. Moví la mano por la sábana a mi lado, pero no toqué nada más que la ropa de cama.

Cane no estaba.

Abrí los ojos y me incorporé. Estiré los brazos por encima de la cabeza y dejé escapar un bostezo justo cuando se abría la puerta.

Cane entró con una bandeja de desayuno en las manos. Encima había dos platos de tortitas, beicon y huevos, con tostadas para compartir y dos cafés.

—Justo a tiempo.

Observé el vapor ascender hacia el techo a la luz de la mañana y el estómago se me tensó de hambre. Había comido de sobra la noche anterior porque Cane y yo habíamos preparado mucha cena, pero toda la comida tenía un aspecto delicioso, y el hecho de que estuviera sirviéndomela en la cama era aún mejor.

—¿Lo has hecho para mí?

Dejó la bandeja sobre la cama y se puso junto a mí.

—Para los dos. —Como si no acabara de hacer algo

increíblemente dulce y extraño en él, abrió el periódico y tomó un bocado de beicon.

Yo lo observé leer antes de volver mi atención hacia el festín que acababa de presentarme, sin saber por qué se había molestado tanto en hacer algo tan considerado. Ningún hombre había cocinado antes para mí, no digamos ya llevarme el desayuno a la cama.

Yo miré su periódico y leí la portada.

—¿El New York Times? —No pensaba que fuera a leer algo estadounidense, cuando ni siquiera vivía allí.

—Me gusta mantenerme al día de los sucesos internacionales. Este periódico hace un buen trabajo cubriéndolo todo. Los periódicos locales suelen centrarse en la capital y en otras ciudades. Casi todos mis negocios tienen lugar fuera de nuestras fronteras.

Yo no entendía exactamente lo que hacía, así que pensé preguntárselo.

—¿Qué haces, exactamente?

—Soy traficante de armas. —No dejó de leer—. Ya te lo había dicho.

—O sea, ¿haces armas y las vendes?

—Básicamente.

—¿Cómo entraste en el negocio?

Cerró el periódico al darse cuenta de que la conversación no iba a terminar pronto.

—Hoy estamos curiosos, ¿no?

—No hace falta que me respondas si no quieres. —Él siempre me concedía el privilegio de poder elegir. Yo haría lo mismo por él.

—No tengo que hacer nada si no quiero. —Bebió café antes de volver a dejar la taza. Sus músculos se tensaban cada vez que se movía, las líneas cinceladas de su físico sobresaliendo como las

de una estatua. Tenía un cuerpo increíble, tonificado en los lugares adecuados y esbelto en otros—. Mi padre llevaba el negocio antes que nosotros. Lo heredamos.

—No había pensado en que se puede heredar algo criminal.

—Se puede heredar todo, igual que yo heredé los ojos de mi madre.

—Son bonitos —solté sin pensarlo, pero estaba segura de que Cane sabía que todos sus rasgos eran bonitos.

—No tan bonitos como los tuyos. —Tomó unos cuantos bocados de huevos con la mirada baja—. Mis padres murieron en una guerra entre familias que tenían con un competidor. Crow y yo también heredamos eso. Fue al que le quitamos a Pearl.

La historia de fondo continuaba complicándose.

—Y ahora está muerto, ¿no?

—Pearl lo mató.

—¿Entonces ahora no tenéis competencia?

—No actualmente. Pero hay otros hombres esperando ocupar su lugar. Es algo que nos preocupa a Crow y a mí.

—¿Por?

—Quienquiera que ocupe el lugar de Bones, tendrá que ser aún más despiadado. Hemos matado a un tirano, pero eso puede dar lugar a la aparición de un enemigo peor.

Escuchar todo aquello me hacía echar de menos mi antigua vida. Era mucho más sencilla.

—Suena terriblemente estresante.

Él se encogió de hombros.

—Puede serlo.

—¿Te asusta que alguien intente matarte?

Volvió a abrir el periódico, como si la conversación le aburriera.

—He pensado en ello. Pero no, no tengo miedo. Morir no me asusta.

No me lo creí.

—Todo el mundo tiene miedo a morir.

—Es natural, así que no hay razón para asustarse de ello. La vida no es más que una frase. Pasa.

Yo no sabía si aquello era ignorante o extremadamente sabio.

—¿Alguna vez piensas en dedicarte a otra cosa?

Cerró nuevamente el periódico, y esta vez lo dejó a un lado. Si estaba irritado, no lo demostró.

—¿Crees que soy interesante?

Di un mordisco a mi tostada.

—Creo que todos mis amigos son interesantes.

Me dedicó una mirada que nunca le había visto antes.

—¿Me consideras un amigo?

—¿Qué otra cosa eres? —Follábamos varias veces al día, pero no había nada romántico entre nosotros. Ya no éramos unos desconocidos. Y nunca había pensado en nosotros como enemigos.

No contestó mi pregunta, volviendo al tema original.

—No, nunca pienso en dedicarme a ninguna otra cosa. Me gusta estar al mando y me gusta el dinero.

Era evidente que estaba forrado con sólo mirar su casa y todos sus coches.

—¿No hay ninguna otra cosa que te apasione?

—Suena como si estuvieras juzgándome.

Yo no sabía a qué se refería.

—No lo hago. Sólo siento curiosidad. La gente suele tener tres o cuatro pasiones en la vida. Yo siempre quise ser profesora, pero también he querido ser artista. Obviamente, ninguna de las dos cosas salió bien...

Él siguió comiendo, como si mis palabras no le afectaran.

—En realidad, a mí también me gusta el arte. La pintura, sobre todo.

—Ah, ¿sí? —No pude evitar sonreír, porque aunque pareciera raro, le pegaba.

—Sí. Pero no me mires como si fuera una nenaza o algo así.

Yo no dejé de sonreír.

—No lo hago.

Se terminó la mitad del plato en unos cuantos bocados y dejó el tenedor encima.

—Me has hecho un montón de preguntas. Ahora me toca a mí.

—La verdad es que no soy muy interesante...

Por fin se volvió hacia mí para poder ver claramente mi expresión.

—¿Te gusta estar conmigo?

Yo sabía exactamente en qué contexto decía aquello. No se estaba refiriendo a nuestros almuerzos ni a nuestras cenas, ni a nuestras conversaciones junto al fuego. Se refería a las noches entre las sábanas, al sexo frente a la chimenea.

Sus ojos no se apartaban de mi rostro, observando hasta la más pequeña reacción incontrolable. Sus oscuros ojos me contemplaban sin pestañear, con una intensidad ardiente.

Era una pregunta complicada, y yo nunca me había tomado el tiempo de pensar en ello. Cuando me sentaba y me ponía a pensar en cosas, normalmente sólo conseguía deprimirme. Era más fácil ignorar mis sentimientos sobre mi situación actual, pero había algunas emociones instintivas imposibles de negar. Sabía exactamente cómo se sintió mi cuerpo la primera vez que Cane me besó. Aquella pasión nunca había desaparecido. De hecho, ardía como las llamas de su chimenea.

—Sí.

Parecía haber estado esperando esa respuesta, a juzgar por su falta de reacción.

—¿Te gustó estar con Tristan?

La pregunta era tan insultante que no contesté.

—¿O con cualquier otro?

Nuevamente, guardé silencio.

—Entonces, ¿soy el único?

No iba a mentir y a fingir que no llegaba al orgasmo cada vez que nos acostábamos. Por más que intentara ocultarlo, siempre resultaba evidente. Hasta si lograra permanecer callada, él sentiría mi cuerpo tensarse a su alrededor cuando el orgasmo pudiera conmigo.

—Ya sabes la respuesta.

—Quiero oírtelo decir de todas maneras.

—¿Para subirte el ego?

—No. Sólo para estar seguro. Sinceramente, no me importaba hacerte sentir bien hasta que por fin te puse las manos encima. En cuanto te toqué, quise que sintieras lo que sentía yo. Tienes algo... Eres la mujer más sensual con la que he estado nunca.

Lo último que quería hacer era sonrojarme, pero eso es justo lo que hice. Sus palabras eran dulces, aunque no tuviera esa intención.

—Me han pegado y me han violado...

—Eso no es lo que yo veo. Yo veo a una mujer preciosa con los labios más suaves del mundo. Veo mi mayor fantasía. Nunca he pensado en lo que vino antes que yo. Sólo pienso en ti aquí y ahora.

Yo perdí el apetito por completo al escuchar su confesión. Me quería por mi cuerpo, pero no de un modo sórdido. Me hacía sentirme bella, me hacía sentirme adorada. Con Tristan, me sentía como un cuerpo con cuatro extremidades... nada más.

Cane consiguió hacerme responder sin repetirme la pregunta.

—Eres el único hombre con el que he disfrutado. No pensé que fuera a poder disfrutar del sexo después de lo que me hizo pasar Tristan... pero contigo me gusta. —Desvié la mirada al sentir la vergüenza reptándome por las venas. Le había confesado a un

hombre que me había cambiado por unas cuantas armas que disfrutaba del sexo con él. A mí me pasaba algo muy grave.

—¿Qué es lo que más te gusta? —Continuó indagando, queriendo detalles en los que yo no nunca había pensado.

—Me gusta cuando me besas... —No me habían besado nunca así. Era capaz de llevarme al orgasmo sólo con eso.

Elevó la comisura de la boca en una sonrisa.

—Nunca he sido especialmente bueno besando, pero a ti me gusta mucho besarte. Me di cuenta de ello en seguida.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí? —¿Qué tenía yo que tanto deseaba él? ¿Eran mis pechos? ¿Mi trasero? Tristan prefería mi trasero, porque normalmente me tomaba desde atrás.

—Me gusta tu cuello.

Yo lo miré sin expresión, sorprendida por la respuesta.

—Es muy esbelto y suave. Me encanta besar el hueco de tu garganta, sentir tu pulso contra mis labios, Me encanta la curva de tu rostro, el modo en que tus mejillas resaltan tus preciosos ojos. Me gustan tus labios... Me gusta tu pelo. Cuando estoy dentro de ti, pones una cara así... muy sensual. Cuando te vi en el aeropuerto, mi instinto me dijo que hiciera algo, porque nunca había visto una mujer como tú.

Entreabrí ligeramente los labios, sintiendo mi respiración acelerarse. De repente me sentía muy excitada, el cuerpo hambriento porque aquellos labios volvieran a arrastrarse por mi cuello. Quise poner la cara que describía, ser exactamente lo que él describía.

—¿Qué intentabas hacer aquel día? —Me había tomado como esclava durante treinta y un días. No parecía el tipo de hombre que ligaba con mujeres en el aeropuerto.

—Sinceramente, no lo sé... Supongo que te habría pedido salir.

—No pareces el tipo de tío que pide salir.

—No lo soy.

—¿Pero a mí me lo habrías pedido?

Se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos, porque no me hablaste.

—No podía.

—Lo entendí todo cuando te vi en casa de Tristan.

Si no me hubieran entregado aquella tarde, ¿cómo habría sido de diferente mi vida? Si Cane me hubiera entrado en el aeropuerto, ¿le habría dicho que sí? ¿Habríamos salido y disfrutado de un sexo maravilloso?

Cane me miraba fijamente, y me pregunté si estaría pensando lo mismo que yo.

Tras nuestra conversación, yo sólo podía pensar en una cosa. Mi sexo anhelaba su enorme erección, y mis uñas deseaban clavarse en su potente físico. Quería sentir aquellos labios suaves por todo el cuerpo, reverenciándome.

La mirada de Cane se oscureció, como si estuviera pensando lo mismo.

Dejé la bandeja en un extremo de la cama antes de encaramarme encima de su regazo. No llevaba puesto nada más que su camiseta e iba sin bragas, así que estaba preparada para la acción.

Cane se reclinó en las almohadas y me agarró por las caderas, con una mirada salvaje en los ojos. Su sexo se había endurecido al instante debajo de mí, grueso y largo, preparado para introducirse en mí. Me estrujó las caderas y después las nalgas.

Yo le bajé los pantalones de chándal y los bóxers hasta liberar su erección. Ya había humedad en la punta, preparado para penetrarme. Lo coloqué contra mi entrada y me senté lentamente sobre él, consciente de que nunca antes había hecho nada parecido. Tristan siempre se hacía con el control de la situación, y Cane solía hacer lo mismo. Nunca me había

encaramado a un hombre y puesto al mando de aquella manera.

Cane guiaba mis caderas, emitiendo un suave gemido al enterrarse profundamente en mí. Las puntas de sus dedos se hundieron posesivamente en mi carne antes de empezar a moverme de arriba abajo.

—Juega con tus tetas, Bellissima.

Era un nombre que había adoptado con rapidez. Ya nunca lo oía referirse a mí por mi nombre de verdad, y me gustaba que fuera así. Me sentía como una mujer diferente, con una nueva identidad. Era casi como si el pasado nunca hubiera sucedido.

Me llevé las manos a los pechos y los masajé lo mejor que supe. Nunca me había tocado delante de un hombre. Nunca había intentado ser sensual, o seductora. Ahora mismo podía parecer una completa idiota, y yo no lo sabría.

A Cane pareció gustarle, porque su respiración se hizo más trabajosa. Sus dedos se enterraron en mis nalgas con más fuerza y su mirada se hizo más oscura. Lentamente, movió las caderas conmigo, penetrándome profundamente mientras yo me movía hacia arriba y hacia abajo.

—Joder...

Verlo disfrutar aumentó mi confianza. Subí y bajé con más fuerza, permitiendo que la excitación dirigiera mis movimientos.

Él se incorporó y me pasó los brazos por detrás de las rodillas, subiéndome y bajándome sobre él mientras se balanceaba suavemente.

Nunca lo había sentido tan profundamente, y le rodeé el cuello con los brazos, gimiendo de placer. Sentía la profundidad y el grosor, y su impresionante tamaño me proporcionaba un enorme placer. Mi clítoris se frotaba contra su cuerpo cada vez que me levantaba, y sentí el calor empezar a acumularse en el centro de mi ser. Tenía amigas que me habían contado que sus novios casi nunca les hacían correrse, y tardaban muchísimo

tiempo las pocas veces que sucedía. Pero aquel no era el caso con Cane. Si quería que me corriese, podía lograrlo siempre que lo deseara.

Y lo hacía.

—Dios... Cane.

Su mirada se oscureció y empujó con más fuerza, golpeándome justo en el punto perfecto.

—Bellissima.

Le chillé directamente en la cara, corriéndome alrededor de su sexo y disfrutando de cada segundo. Mis uñas se clavaron en sus hombros, y apreté la cara contra el hueco de su cuello al terminar, pellizcándole ligeramente la piel con los dientes.

Cuando terminé, Cane me puso de espaldas y apoyó su peso encima de mí. Me folló violentamente sobre el colchón, haciendo que la cama se sacudiera y las tazas de café se cayeran al suelo de parqué, rompiéndose por el impacto. Me sujetó el muslo alrededor de su cintura mientras me penetraba con toda la profundidad y agresividad posibles.

Al cabo de un minuto, llegó al orgasmo con un fuerte gemido, llenándome con su semilla. Se hundió profundamente en mí y me dio hasta la última gota, asegurándose de que me lo quedara todo.

Me agarré a su trasero y tiré con fuerza de él hacia mí, deseando su semilla tanto como él deseaba dármele.

Aquello hizo que sus ojos se oscurecieran aún más, como si no hubiera quedado satisfecho del todo. Parecía volver querer a tomarme otra vez, aunque acabábamos de terminar. Se le había formado una película de sudor en el labio superior, y al besarme pude saborear la sal.

Sentí su miembro reblandecerse en mi interior con desilusión. Quería continuar haciéndolo, lograr que durara más, pero ambos habíamos llegado al orgasmo.

Cane continuó dentro de mí, como si no hubiéramos terminado.

—No me voy a ninguna parte.

CANE ME LLEVÓ AL COCHE Y ABRIÓ LA PUERTA PARA QUE SUBIESE.

—¿A dónde vamos? —El único lugar que habíamos visitado juntos era la finca de Crow en la Toscana. Aparte de eso, yo me quedaba en casa mientras él se iba a trabajar durante el día.

—A hacer turismo. He pensado que podemos empezar con Roma.

—¿Turismo? —¿Por qué querría Cane ver los monumentos históricos que llevaba toda su vida conociendo?—. No pareces del tipo turista.

—Sé que no pudiste ver nada en Grecia. Había pensado en enseñarte esto. A menos que no te apetezca.

Las palabras volaron de mi boca.

—Por supuesto que sí. Es sólo que no parece algo que pueda interesarte.

—Me interesa el sexo. —Me guiñó un ojo y me ayudó a entrar antes de cerrar la puerta. Subió al lado del conductor de su coche de dos plazas negro. El potente motor cobró vida, ronroneando como un león de montaña.

—Bueno, lo ibas a tener de todas maneras.

—Pero estoy seguro de que harás un esfuerzo adicional después de esto. —Se alejó de la casa, dejando atrás Florencia y dirigiéndose a la capital del país. La radio estaba puesta y sólo hablaban en italiano, así que no entendía ni una palabra. Sólo había una palabra que entendiese: bellissima.

Después del día anterior, no estaba segura de que aquello fuera posible.

—Lo puedo intentar.

Cane y yo no hablamos mucho durante el trayecto, pero es que no hablábamos demasiado en general. Casi toda nuestra relación se basaba en la comunicación física, más que en otra cosa. Hizo algunas llamadas de teléfono, todas en italiano.

—¿Estás seguro de que no tienes que ir hoy a trabajar?

Él conducía con una mano en el volante e ignoró mi pregunta por completo.

—¿Qué quieres ver primero?

—No lo sé. Todo.

Soltó una risita.

—Tenemos que empezar por algún sitio. ¿Qué te parece el Coliseo?

—Ooh... Eso suena genial.

Me puso la mano en el muslo y le dio un suave apretón.

—Perfecto.

Pasamos casi toda la tarde en Roma, viendo la cultura histórica a la que Cane era inmune. Pero advertí cómo sus ojos contemplaban apreciativos los magníficos edificios que vencían la prueba del tiempo. El hecho de que la mayoría de aquellos lugares tuvieran miles de años de antigüedad me hacía sentirme totalmente insignificante. En sólo unas semanas, mi vida habría acabado, pero aquellos edificios seguirían alzándose orgullosos.

Después de andar durante algunas horas, comimos en un restaurante cercano. Yo tenía un hambre voraz después de tanto caminar y ni me molesté en leer el menú. Me limité a señalar la primera selección, esperando que estuviera bueno.

Cane me miraba al otro lado de la mesa, ignorando la copa de vino que acababa de pedir.

—Te puedo explicar el menú.

—Estoy segura de que cualquier cosa que me traigan estará deliciosa.

—No lo sé... Los americanos tenéis gustos específicos.

—Mientras no haya mapache o algo así en el menú, estaré perfectamente.

Intentó suprimir su sonrisa.

—¿Mapache? ¿Creciste en las montañas?

Pensar en mi casa me puso triste rápidamente, a pesar del día increíble que estábamos pasando. Yo estaba disfrutando de los lugares de interés turístico mientras mi familia estaba aterrorizada. Probablemente sabían lo que me había pasado, que me habían convertido en una esclava. Debía de quitarles el sueño por las noches, preocupados por cómo me estarían tratando, o por si todavía seguía viva.

Aquello me hizo sentir fatal.

Cane advirtió que mi humor había cambiado repentinamente. Durante las últimas dos semanas, habíamos estado juntos prácticamente todo el tiempo. Entendía mis expresiones faciales y mis estados de ánimo, aunque yo no dijera nada. Y yo entendía los suyos igual de bien.

—¿Qué es lo que he dicho?

—Nada... —Puse mi carta encima de la suya—. Puedes elegir algo tú.

Cane no pestañeó mientras me miraba fijamente. Su expresión casi nunca se suavizaba. Parecía contrariado casi todo el tiempo, seriamente irritado. A veces me preguntaba si no sería una máscara que se ponía por causa de su línea de trabajo, porque no siempre era así. Cuando nos acostábamos, su expresión no era tan fiera.

—Cuéntamelo, Bellissima.

Aquel apodo siempre lograba conmovirme. Me hacía pararme en seco y ahuyentaba cualquier negatividad que sintiera. Había algo en el modo en que lo decía. Estaba lleno de afecto y de posesividad. Me hacía sentir hermosa, deseada de la forma que a

mí me gustaba.

—Cuando pienso en mi casa, pienso en mis padres... Deben de estar desesperados. Probablemente no pueden pensar en nada más que en mí. —Desvié la mirada, porque no esperaba que a Cane le importara. No tenía cercanía con nadie que no fueran su hermano o su cuñada y, aun así, su afecto estaba oculto profundamente en su interior. Así las cosas, no se sentía mal por mí. Le había preguntado si podía llamar a mis padres, y había rechazado mi petición.

Su mano se movió por encima de la mesa hasta posarse sobre la mía. Me acarició suavemente los nudillos con el pulgar mientras me miraba con amabilidad.

Yo miré su mano, sorprendida por su compasión. Mis dedos se movieron hasta que estuvieron entrelazados con los suyos.

Cane no habló. Se limitó a tocarme y a consolarme con los ojos. Eran oscuros y amenazantes, pero a veces lograban hacerme sentir como si estuviera viviendo en un mundo diferente. Me hacían sentir segura.

Me hacían sentir entera.

DESPUÉS DE UNA ENÉRGICA RONDA DE SEXO EN SU CAMA, SE METIÓ EN LA ducha y se puso unos vaqueros y una camiseta.

A mí me pesaban los ojos, y estaba a punto de deslizarme en mis sueños. La única razón por la que seguía despierta era porque mi cuerpo deseaba tenerlo junto a mí. Me había acostumbrado a aquel físico poderoso manteniéndome caliente y a salvo durante toda la noche.

—¿Vas a algún sitio? —Me incorporé y mantuve la sábana contra el torso para no sentir frío en el pecho.

—Sólo tengo que hacer un par de cosas en la oficina. Volveré

antes de que te despiertes.

Yo nunca lo había visto marcharse tan tarde por la noche.

—¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes por ello. —Se inclinó sobre la cama y me dio un rápido beso en los labios, el tipo de beso que un marido le daría a su mujer—. Sólo tengo que ponerme al día con algunos asuntos.

—¿Por qué nos hemos ido a hacer turismo si tenías cosas que hacer hoy?

Él se encogió de hombros.

—Se me pasó. —Cogió la chaqueta de camino hacia la puerta—. Te veré por la mañana. —Salió y cerró la puerta a sus espaldas.

El fuego seguía ardiendo en la chimenea, pero se extinguiría en una hora o dos. Al menos eso me mantendría caliente hasta que él volviera. Algo en su historia no me encajaba, y me llevó unos cuantos minutos darme cuenta de lo que pasaba.

Se sentía mal por mí.

Me había llevado a hacer turismo porque sabía que estaría muerta en unas semanas. Estaba intentando hacer agradable el tiempo que me quedaba, compensándome por todas las cosas que no podía hacer.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al pensarlo.

Me quedé mirando la chimenea, viendo morir las llamas. Mis lágrimas eran tan ardientes como el fuego, y las sentí caer de mi barbilla sobre las sábanas. Me llevé las rodillas al pecho e intenté tranquilizarme, no compadecerme.

Cane era mucho más compasivo de lo que yo había pensado.

Pero de algún modo, aquello me hizo sentir peor.

PEARL

En cuanto Crow se fue a trabajar a la mañana siguiente, cogí uno de los coches y me dirigí hacia el aeropuerto. Ahora que estaba casada, tenía una identificación italiana oficial y era ciudadana tanto de Italia como de Estados Unidos... aunque nunca volvería a mi patria.

Tenía unas cuantas horas antes de que Crow se imaginase lo que estaba tramando.

Y cuando se diese cuenta, se iba a enfadar muuuucho.

Se iba a enfadar de verdad.

El vuelo a Francia fue corto y me estaba metiendo en un taxi poco después de aterrizar. Me las arreglé para sacarle la dirección a Lars, porque él tenía acceso a toda la información importante. Yo estaba segura de que Crow no lo compartía todo con su mayordomo, pero Lars tenía un modo de saber las cosas.

Lo cual a mí me venía muy bien.

Cuando paré junto a la finca cerca del puerto, sentí el terror aferrarse a mi pecho. Estaba entrando en una zona peligrosa, pero el miedo no era suficiente para detenerme. Si no hacía aquello, lo lamentaría. Además, tenía el apellido Barsetti para mantenerme a salvo.

Me acerqué a los guardias que había en la parte delantera.

—Buenas tardes, caballeros.

El de la izquierda me miró de arriba abajo como si yo estuviera a la venta.

—¿Un regalo para Tristan?

Yo le dediqué una mirada asesina.

—El único regalo que obtendrá de mí es un zapato por el culo.

Intercambió una mirada con el otro guardia.

—¿Estás aquí para verlo?

—Desde luego no estoy aquí para charlar contigo.

Sus ojos se entrecerraron ante mi falta de respeto, pero no me contestó mal.

—¿Nombre?

—Pearl Barsetti.

—Espera aquí. —Entró y cerró las grandes puertas negras detrás de él.

El otro tipo se acercó a mí.

—Brazos arriba. —Sus manos se dirigieron de inmediato hacia mi estómago para registrarme.

—Si me tocas, te arrancaré los ojos. —No iba a permitir que nadie volviera a ponerme nunca una mano encima.

Él retrocedió ante mi advertencia y se detuvo.

El primer guardia volvió.

—Te verá ahora.

El segundo guardia se cruzó de brazos, sin apartar sus fríos ojos de mí. Habló en francés, para que yo no pudiera entender lo que decía.

El primer guardia le contestó algo y su conversación continuó.

—No llevo armas —dije, dando por hecho que era eso de lo que estaban hablando—. No hace falta que me cacheéis.

El primer guardia volvió a entrar y salió un momento después.

—Te verá ahora. —Mantuvo la puerta abierta e hizo un gesto

con la cabeza para que entrara.

Supongo que ser una tía dura lograba cosas.

Entré con la cabeza alta y los hombros erguidos. Mentiría si dijera que me sentía segura sin tener a Crow a mi lado, pero sabía que su poder alcanzaba más allá de sus fronteras. A ninguno de los hombres que había allí se le pasaría por la cabeza meterse conmigo. Eso empezaría una guerra en la que no querían pelear.

Yo di por hecho que Tristan era el que estaba sentado a la mesa del comedor, con pelo negro grasiento y una nariz muy retorcida. Parecía habérsela roto tres veces, y que no se hubiera curado bien ninguna de ellas.

Su sonrisa más parecía una mueca cuando me miró.

—Guau. Crow tiene buen gusto. —Hablaban bien en inglés, pero con mucho acento francés. Sus ojos me recorrieron de la cabeza a los pies, violándome con la mirada.

Mientras no me tocara, podría soportarlo.

—Desearía poder decir lo mismo de sus socios de negocios. —No me senté a la mesa, sintiéndome más cómoda de pie. Sus matones permanecían entre las sombras con relucientes pistolas en la cadera.

Él no se tomó mi insulto a malas.

—¿Tu nuevo marido no te mantiene satisfecha? ¿Es por eso por lo que estás aquí hoy?

Aquel tío tenía un siniestro parecido con Bones. Lograba que la bilis me subiera por la garganta hasta la boca.

—Estoy aquí para hablar de Adelina.

—Ah, sí. Mi puta. La echo de menos.

Era incapaz de contar la cantidad de veces que Bones me había llamado lo mismo. Me sacaba de mis casillas... violentamente.

—Estoy seguro de que Cane está disfrutando con ella. ¿Cómo podría no hacerlo? Sus sollozos son preciosos.

Cerré la mano en un puño.

—El tráfico de seres humanos es un delito internacional.

—El asesinato también es un delito internacional. —Me dedicó una mirada amenazadora—. Y yo no trafiqué con ella. La compré.

—Es lo mismo.

—¿Entonces tu marido es un traficante? —preguntó fríamente.

No tenía ni punto de comparación.

—Tu disfrutas acostándote con un hombre rico. Por eso te quedaste. A lo mejor Adelina se siente igual.

¿Cómo era capaz Cane de trabajar con aquel hombre? Era totalmente despreciable.

—Vas a liberarla.

—¿Por qué? —Bebió con aire aburrido.

—Porque retener a un ser humano es un crimen.

Él se encogió de hombros.

—Cometo crímenes peores todos los días. No esperes que me importe, porque nunca lo hará.

¿Había sido tan tonta como para esperar que aquella conversación transcurriese de un modo diferente? Tristan me contemplaba con el mismo desprecio que yo mostraba por él. No tenía ni un átomo de compasión, ni una gota de dignidad humana. Yo pensaba que Crow era frío cuando lo conocí, pero rápidamente vi la amabilidad que tanto se esforzaba por ocultar. Así había sabido que todo saldría bien. No tenía nada que ver con Bones, y con él, estaba a salvo.

Pero Tristan era todo un elemento. Se creía dueño del mundo y de todo lo que había en él.

—Te la compraré. ¿Qué te parece eso?

Volvió a beber y después se relamió el vino de los labios.

—No está a la venta.

Sentía deseos de meterle un tiro justo entre los ojos.

—Todo tiene un precio.

Él se limpió la boca con el dorso del antebrazo y me miró de arriba abajo.

—Muy cierto. El precio por Adelina eres tú.

Un escalofrío me recorrió la columna, y no del tipo que Crow solía provocarme.

Sus ojos resbalaron por mi cuerpo de un modo viscoso, follándome en el sitio.

—Si tanto te importa, ocupa su lugar.

—Sabes que estoy casada con Crow.

—Exacto. Por eso eres tan valiosa. Me encantaría tirarme a la mujer de otro hombre.

Yo odiaba imaginar lo que podía hacer Crow si escuchaba aquello.

—Yo no soy una moneda de cambio. Te daré dinero en efectivo por ella.

Sacudió la cabeza.

—No está a la venta. No te lo voy a repetir.

Yo no tenía nada mejor que ofrecer, ya que me negaba a entregarme yo. Ocupar su lugar no conseguiría nada a largo plazo. Las dos nos merecíamos ser libres, no juguetes de psicópatas como Tristan.

Él cruzo las piernas y continuó fulminándome con la mirada.

—La única razón por la que estás segura ahora mismo es porque Crow y Cane son excelentes a la hora de hacer negocios. Hacen un producto excepcional y saben mantener la boca cerrada. Sin embargo, no te permitiré volver a salir de aquí sin una cicatriz la próxima vez, así que asegúrate de no volver. Considera esto tu único aviso. —Chasqueó los dedos y les indicó a sus hombres que me acompañaran fuera.

Uno se aproximó para cogerme del brazo, pero yo le clavé el codo en el costado, haciendo que se tambaleara hacia atrás.

—Conozco el camino. —Fulminé al otro tipo con la mirada, advirtiéndole que era mejor que no cometiera el mismo error de tocarme.

No lo hizo.

CUANDO ATERRICÉ EN ROMA, MI TELÉFONO EMPEZÓ A SONAR DE INMEDIATO.

Crow me había descubierto.

Probablemente había llegado a casa y se había dado cuenta de que yo no estaba allí. Habría comprobado el rastreador y me habría visto viajando de Francia a Italia a gran velocidad. No habría tardado más de unos segundos en deducir exactamente lo que había hecho.

Y ahora estaría cabreado.

Cogí el teléfono mientras atravesaba el aeropuerto.

—Estoy de camino a casa justo ahora mismo.

El silencio al otro lado de la línea fue absolutamente aterrador. A veces, lo que no decía era más poderoso que lo que decía.

—Estoy yendo hacia el coche. Estaré allí en unos minutos.

Nada. Ni siquiera podía oírlo respirar.

Ahora estaba un poco asustada. No recordaba ningún momento en que hubiera estado tan enfadado que no hablara. Cuando explotaba, sabía que habría fuego, lava y cenizas.

—¿Crow?

Clic.

Mantuve el teléfono contra la oreja, sólo por si me había equivocado con lo que había oído. Pero terminó por sonar el tono de llamada, y entonces supe que había sucedido de verdad. Jamás me había colgado el teléfono antes. Era la primera vez que realmente quería que me gritara.

Lo echaba de menos.

CUANDO ENTRÉ EN LA CASA, SUPE QUE ALGO ERA DIFERENTE. NO OLÍA A LA cena cocinándose en la cocina, ni obtuve un cálido recibimiento por parte de Lars. Algunas de las cortinas estaban cerradas, así que no había tanta luz natural dentro. Estaba más oscuro de lo que a mí me gustaba, o puede que sólo fueran imaginaciones mías.

Crow estaba al pie de las escaleras, vestido con el traje que había llevado a trabajar. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y me miraba como si sus ojos fueran pistolas y mi cara el objetivo. Podía ver sus tensos hombros sacudirse ligeramente mientras intentaba contener su rabia.

Era la primera vez que me daba miedo de verdad. Hasta mi primera noche allí me había sentido a salvo. Sabía instintivamente que nunca haría nada contra mi voluntad, y que no era del tipo cruel. Pero ahora mismo, no estaba segura de con quién estaba tratando.

Esperé a que hablara primero porque tenía derecho, pero no dijo nada. Yo acorté la distancia entre nosotros, tomándome mi tiempo para acercarme a él. Cuanto más próxima estaba su presencia, más inquieta me sentía. Siempre me daba la impresión de que me salía con la mía con Crow sólo porque él me lo permitía. Respetaba mi empuje y mi fortaleza, pero ahora mismo desde luego no estaba contento.

—Sé que estás enfadad...

Él se abalanzó sobre mí a la velocidad del rayo y me agarró por el cuello. Me clavó los dedos en la garganta antes de abofetearme con fuerza, tanta que me tambaleé hacia atrás.

Me llevé la mano a la mejilla mientras lo miraba

conmocionada.

Reflejando sólo furia en la mirada, vino a por mí otra vez, agarrándome del pelo por detrás y obligándome a levantar la cabeza para que tuviera que mirarlo a los ojos. Me tiró fuertemente del pelo, haciéndome daño en el cuero cabelludo. La ferocidad de sus ojos continuaba aumentando mientras respiraba con dificultad, directamente en mi cara.

—¿En qué cojones estabas pensando? —Me tiró del pelo a propósito para hacerme daño—. Te crees invencible, pero no lo eres. Crees que eres fuerte, pero eres débil. Te crees inteligente, pero eres una maldita idiota. —De su boca volaban gotitas de saliva mientras la cara se le ponía roja.

—Sólo estab...

—Renunciaste a tu derecho a hablar en cuanto te pusiste en peligro. Le has faltado al respeto a nuestro matrimonio poniéndote en una situación vulnerable ante un hombre conocido por violar y torturar esclavas. Yo estaba a un vuelo de distancia y no habría podido hacer ni una maldita cosa para salvarte. ¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera?

Me había dicho que no hablara, pero lo hice de todos modos.

—Quería salvar a Adelina...

—¿Poniendo tu propia vida en peligro? —Me soltó y me dio un empujón—. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿No crees que ya he pasado por suficiente? —Avanzó hacia mí, obligándome a retroceder—. ¿Crees que no me atormenta todo lo que te hizo Bones? ¿No te das cuenta de que todos los días de mi vida siento miedo porque algo pueda sucederle a mi esposa? ¿Mi puto mundo entero? —Le latía una vena en la frente y parecía un verdugo a punto de llevarme a la tumba—. Me. Has. Traicionado.

—Tenía que hacer alg...

—Nunca te lo perdonaré. —Me plantó el dedo delante de la cara, agitándolo como un hombre que regaña a un niño—. Jamás.

Hice lo que pude por Adelina e intenté idear un plan, pero nada funcionó. No es como si te hubiera ignorado.

—Lo sé, per...

—Cállate. —Me puso la cara en la mano—. Hice lo que pude porque sabía que era importante para ti. ¿Y así es como me lo pagas? Él y sus hombres podrían haberte hecho lo que quisieran, y yo no habría podido detenerlos. Te crees poderosa, pero te falta tanto fuerza como inteligencia. Si tuvieras un cerebro en esa cabezota tuya, no te habrían secuestrado en primer lugar.

Au.

—Esta vez me has presionado demasiado. Jodidamente demasiado.

Yo combatí las lágrimas que me ardían detrás de los ojos. No eran del dolor por cómo me había golpeado. Eran del sufrimiento que me habían provocado sus palabras. Sabía que toda su ira surgía del miedo por mi seguridad. Cuando no podía protegerme, se volvía loco.

—No quiero hablar contigo el resto de la semana. No tienes permitido salir de la finca. Considérate castigada.

En cualquier otra ocasión, habría combatido sus palabras con uñas y dientes. Me negaba a permitirle a un hombre controlarme de aquella manera. Pero en ese momento colgábamos de un fino hilo. Crow estaba totalmente enfurecido, y yo sabía que tenía todo el derecho a estarlo. Así que mantuve la boca cerrada, porque me merecía el castigo.

Él se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras, dejándome plantada en la entrada. Tenía los hombros tan rígidos como antes, y parecía querer destruir su propia casa. Al llegar al tercer piso y desaparecer de la vista, por fin permití a las lágrimas escapar de mis ojos.

Y lloré.

ADELINA

—¿Qué estás haciendo? —Entré en el dormitorio y vi las bolsas de viaje sobre la cama. Sus camisetas y sus vaqueros estaban guardados como si fuera a ir a algún sitio. La otra bolsa contenía algunas de mis cosas.

Cane cerró la cremallera de la bolsa y se la colgó del hombro.

—Vamos a hacer un viaje corto. Guarda cualquier otra cosa que necesites.

Yo me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—¿Me vas a decir a dónde vamos?

—Simplemente coge tus cosas, ¿vale? —Salió con su bolsa al hombro.

Yo no tenía ni idea de por qué se mostraba tan distante conmigo, cuando habíamos estado llevándonos tan bien. Habíamos viajado por toda Italia, admirando las atracciones turísticas como una pareja de vacaciones. El sexo había sido genial y las conversaciones aún mejores.

Y entonces volvía a enseñarme los dientes.

Guardé algunos artículos de aseo más y una chaqueta, sólo por si hacía frío donde fuera que nos dirigiáramos. Me reuní con él en el coche, y él cogió mi bolsa y la metió en el maletero.

—¿Puedes decirme cuánto tiempo vamos a estar fuera?

—Dos días, como mucho.

Entonces probablemente no fueran unas vacaciones de lujo. A lo mejor tenía que viajar por trabajo, y había decidido llevarme con él. Aquello explicaría por qué era reacio a contestar a mis preguntas. Con el trabajo que tenía, todo era confidencial.

Condujo hasta el aeropuerto y facturamos nuestras cosas para el vuelo nocturno. Cane tenía todos los documentos extranjeros necesarios para permitirme viajar, aunque no estaba segura de cómo había logrado conseguirme un pasaporte. Pero claro, era un criminal. No debería haberme sorprendido.

Cuando Cane le tendió los billetes al asistente de la puerta de embarque, vi los detalles.

Carolina del Sur.

Mi hogar.

CUANDO ESTUVIMOS EN EL AIRE Y A UNA ALTURA ESTABLE, TODO EL MUNDO se quedó dormido en sus asientos. Estábamos en primera clase, así que teníamos privacidad y sitio para estirar las piernas. El zumbido constante de los motores sonaba de fondo, ahogando los ocasionales cambios de postura de los pasajeros en sus asientos.

Cane veía la televisión que había en la pared delante de él con un whisky en el soporte para bebidas. No había charlado conmigo desde que habíamos salido de casa, y no parecía cansado a pesar de ser tan tarde.

—¿Por qué vamos a Carolina del Sur? —Finalmente hice la pregunta cuya respuesta necesitaba saber.

Él bebió del vaso, tomándose su tiempo y sin mirarme. Se lamió los labios al terminar y dejó el vaso en el soporte.

—Sólo vamos a pasarnos.

—¿Pero para qué vamos? —insistí. No podía ser una coincidencia que estuviéramos viajando al lugar en el que había crecido, donde todavía vivían mis padres.

Él miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera prestándonos atención y de que la asistente de vuelo no estuviera cerca.

—No puedes llamar a tus padres porque es demasiado arriesgado. Los teléfonos se pinchan, y Tristan tiene ojos y oídos en todas partes. Pero si los vemos en persona y tus padres no se lo cuentan a los polis, no tendría por qué pasar nada.

Escuché cada una de sus palabras, pero no me las pude creer. Estaba de camino a ver otra vez a mis padres, algo que pensé que nunca sucedería. Podría abrazar otra vez a mi padre. Podría besar a mi madre. Podría contarles lo que me había pasado, para que no tuvieran que vivir el resto de sus vidas sin saberlo. Era exactamente lo que yo quería, algo que me había atormentado todos los días.

—Cane... No sé qué decir.

Él bebió otra vez del vaso, los cubitos de hielo golpeándole los labios.

—Basta con que te asegures de que no se lo digan a la policía. Es todo lo que te pido.

—Lo haré, pero incluso así estás corriendo un riesgo.

Él volvió la vista a la televisión.

Era tan compasivo que no sabía lo que decir. Sabía que él no era como los otros hombres con los que me había encontrado, pero no tenía ni idea del tipo de corazón que poseía. Había visto mi gesto durante la cena y supo que aquello era algo que me molestaba de verdad.

—Gracias...

—A mí me arrebataron a mi hermana... Fue realmente duro.

Intentar dormir por la noche mientras me imaginaba cómo estaban torturándola era brutal. Me consumía, y cuando al final murió, fue de hecho un alivio. Su sufrimiento había terminado, y yo no tenía que volver a pensar más en ello. Tus padres deberían tener algún final, algo de paz.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no permití que cayeran.

—No puedo dejarte marchar. Eso lo sabes.

Yo asentí.

—Así que no intentes escaparte. Tendría que hacer cosas que no te gustarían.

Yo sabía que no era una amenaza vacía.

—Estás corriendo un riesgo al hacer esto por mí. Nunca te traicionaría. —Cane me había tratado bien desde el momento en que estuve en sus manos. Me había tratado como a un ser humano, en vez de como a un artículo de propiedad. Podía haberme hecho daño, haberme sometido, pero nunca me había hecho ninguna de aquellas cosas. Me trataba con respeto, con dignidad. No debería estarle agradecida porque seguía siendo una prisionera, pero lo estaba.

Cane asintió.

—Lo sé.

CUANDO LLEGAMOS ERA DE NOCHE. ALQUILAMOS UN COCHE Y CONDUJO hasta el hotel, a sólo unos kilómetros de distancia de la casa en la que crecí. Habíamos dormido en el avión, pero los dos estábamos cansados. No sería difícil dormirse, pero ninguna cantidad de cansancio podría reducir mi ansiedad.

—¿Quieres ir a dormir y que nos pasemos por la mañana?
—preguntó.

Yo estaba sentada en el asiento del pasajero, contemplando el

hotel. Todavía no nos habíamos registrado y nuestras bolsas seguían en el maletero. Yo no estaba segura de poder esperar hasta la mañana siguiente. Quería ver sus caras.

—No creo que pueda esperar.

Cane no discutió conmigo.

—De todas formas, es posible que sea más fácil hacerlo por la noche. —Introdujo la dirección en su GPS y después salió a la carretera. Nunca le había dicho la dirección, así que debía de haber contratado a alguien para descubrirlo.

Avanzábamos entre las tinieblas con la radio apagada. Yo miraba los altos robles que dejábamos atrás de camino a mi casa. Eran difíciles de ver después de la puesta de sol, pero las farolas alumbraban la corteza y las hojas.

El corazón me latía cada vez más fuerte y más deprisa a medida que nos acercábamos. Mis padres probablemente estuvieran en la cama, pero no durmiendo, preocupados por mí. A mi padre siempre le costaba dormir por la noche, así que probablemente ahora tuviese insomnio. Normalmente se tomaba un vaso de leche y una galleta sobre las tres de la mañana. Decía que lo ayudaba a dormir.

Al girar en mi manzana, no conseguí mantener la respiración regular. Respiraba más profunda y violentamente, la ansiedad poniéndome los nervios de punta. Se me formó un nudo en la boca del estómago y sentí náuseas. Me puse la punta de los dedos contra el labio inferior, pero continuaron temblando.

Cane paró en el arcén frente a la casa y después apagó el motor. Se quedó allí sentado en silencio, esperando a que yo saliera.

La puerta era justo como la recordaba. Las flores que solían llenar los parterres se habían marchitado y habían muerto, probablemente porque ya nadie las cuidaba. Aunque todo parecía igual, la propiedad ya no tenía vida. Se habían rendido en cuanto

yo había desaparecido.

—Yo esperaré aquí —susurró Cane—. Tómame todo el tiempo que necesites. —Puso su mano encima de la mía y la apretó suavemente.

—¿Estás seguro de que no quieres entrar?

Sacudió la cabeza.

—Tus padres no querrán verme, Bellissima.

—¿Cómo sabes que no van a llamar a la policía?

Él contempló el porche apenas iluminado que teníamos delante.

—Confío en ti.

Respiré hondo antes de abrir la puerta. Era un sueño estar otra vez en casa, pero dado que iba a volver a marcharme en unas cuantas horas, era un sueño de corta duración. En sólo algo más de una semana, volvería con Tristan, con sus técnicas de tortura y sus apodos poco afectuosos. Me resultaría fácil traicionar a Cane pidiéndoles que llamaran a la policía, pero no podía hacer aquello.

Cane no se lo merecía.

Llamé al timbre porque pensé que no me escucharían tocar con los nudillos. Podía sentir a Cane mirándome desde el asiento del coche. Su mirada me taladraba la espalda. Podía sentir su intensidad cosquilleándome por todo el cuerpo.

Sonaron pisadas sobre el suelo de parqué mientras ambos acudían a la entrada. Escuché una pausa mientras miraban por la mirilla, contemplando mi rostro en la oscuridad. La puerta se abrió de golpe y la luz de la entrada me iluminó la cara.

Mi madre estaba delante, el rostro contorsionado por un millón de emociones diferentes a la vez. Tenía los ojos llenos de lágrimas que formaban una película que relucía bajo la luz. Su boca estaba abierta como si fuese a gritar, pero no emitía ningún sonido.

Mi padre sujetaba a mi madre por los hombros como si necesitase algo a lo que agarrarse, algo para mantener el equilibrio.

Yo sabía que no podían creer lo que veían sus ojos. Parecía como un sueño.

—Soy yo...

A mi madre se le aceleró la respiración mientras me tomaba la cara entre las manos. Su piel cálida se apretó contra mis mejillas y dejó escapar un quedo sollozo.

—Bebé...

Mis manos rodearon sus muñecas.

—Mami...

NOS SENTAMOS EN LA SALA DE ESTAR, BEBIENDO CAFÉ Y COMIENDO LAS galletas que tenía mi madre en el tarro de las galletas. Les conté la historia de lo que había sucedido, aunque excluyendo los detalles que no hacía falta que conocieran. Sabían que me habían vendido como esclava, por lo que también sabían lo que me había pasado... aunque yo no se lo dijera explícitamente.

—Ahora estás en casa —dijo mi padre—. Eso es lo único que importa.

Contarles que tenía que volver a marcharme iba a ser desgarrador.

—En realidad, tengo que volver...

La cara de mi madre palideció.

—El hombre al que me han prestado me ha traído aquí para que pudiera veros... pero ahora me tiene que llevar de vuelta.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó mi madre—. Podemos llamar ahora mismo a la policía y...

—Nada de policía —dije yo rápidamente—. Odio todo esto

tanto como vosotros, pero no podemos llamar a la policía. No puedo meterlo a él en problemas.

—Tú no le debes nada —dijo mi padre—. Te ha lavado el cerebro.

—Me ha tratado muy bien —dije yo con calma—. Ha sido el hombre más amable que he conocido desde que me capturaron. Sabía lo que me dolía que vosotros nunca supierais lo que me había pasado. Sabía que no podía llamaros porque mi captor lo descubriría, así que me ha traído aquí en persona. No es tan malo como pensáis.

—Bueno, ¿y quién es el hombre que te secuestró? —presionó mi padre—. Podemos darle esa información a la policía...

—Tampoco puedo hacer eso. Todavía tienen a Lizzie.

Los ojos de mi madre se llenaron de tristeza.

—Sus padres están tan devastados como nosotros.

—Si yo no coopero, la matarán —susurré—. No puedo permitir que eso suceda. Sé que esta situación es terrible, pero no hay modo de salir de ella. Aunque Cane me ha traído aquí a veros. Así que al menos, tenemos esto...

Me llevó mucho tiempo convencer a mis padres de que aceptaran la situación como era. La idea de dejarme volver a aquella pesadilla era difícil, pero después de horas de darle vueltas, por fin permitieron que me marchara.

Con lágrimas en los ojos.

Mis padres me acompañaron a la puerta justo cuando empezaba a amanecer. Mi madre vio el coche negro en el arcén y a Cane sentado dentro.

—¿Es ese él?

Yo asentí.

—Se llama Cane.

—Quiero conocerlo —dijo ella—. Quiero ver al hombre que te ha traído a nosotros.

Yo me giré hacia la ventana y lo miré a los ojos. Agité la mano para que se acercara.

Cane se frotó la barba incipiente de la mandíbula antes de cooperar. Probablemente no quisiera tener nada que ver con mis padres, pero aquella noche no quería negarme nada. Salió, alto y musculoso, y se dirigió hacia el camino que conducía a la puerta delantera. Vestido completamente de negro y con aspecto atractivo, se acercó a mis padres y los miró a los ojos.

Mi madre estudió sus rasgos como si estuviera intentando recordar exactamente su aspecto. Por más que odiara aquella situación, encontraba algo bueno en todo lo malo.

—Gracias por traerla a casa. —Extendió la mano para estrechar la suya.

Cane miró su mano y sus rasgos se suavizaron de inmediato. Colocó la mano en la suya y la estrechó, dedicándole una ligera inclinación de cabeza.

Aquello era mucho más duro para mi padre, y él no estrechó la mano de Cane. Pero tampoco lo insultó.

Cane no pareció ofendido.

—Vuestra hija es una mujer muy fuerte. Nunca he conocido a nadie como ella.

—Lo sabemos —dijo mi madre—. Siempre será nuestra niñita... —Mi madre me rodeó con los brazos y me abrazó estrechamente. Después volvió a estallar en lágrimas.

Cane inclinó la cabeza y desvió la mirada.

Mi padre se acercó a mí por el otro lado y me abrazó también. Con los ojos llenos de lágrimas, me sostuvo junto con mi madre.

Yo no quería decir adiós. Era lo más duro que había tenido que hacer nunca.

Pero lo hice.

CANE

Lloró en silencio durante la vuelta. Intentaba contener el aliento y sorber lo mínimo, probablemente porque pensaba que me irritaría. Las mujeres que lloraban me irritaban sin duda alguna, pero sus lágrimas no molestaban.

Llegamos al hotel y yo cogí la habitación mientras ella esperaba en el coche. Era una excusa para darle algo de privacidad, para permitirle controlar sus emociones y dejarlo salir todo. El hotel tenía vistas al océano, así que me quedé con la suite presidencial en el último piso. Era un gasto innecesario porque nuestro vuelo salía por la mañana, pero quería que estuviera cómoda.

La fui a buscar al coche y vi las manchas en sus mejillas y sus ojos enrojecidos. Había dejado de llorar, pero era evidente que se había forzado a hacerlo. La saqué del coche y la tomé de la mano, conduciéndola a nuestra habitación en el último piso. Mis dedos se entrelazaron con los suyos, y pude sentir su débil pulso debajo de la piel.

Llegamos a nuestra habitación y yo entré en la pequeña sala de estar que había junto al recibidor.

Ella echó un vistazo a su alrededor, pero no pareció

impresionada, probablemente porque seguía pensando en la última interacción que había tenido con sus padres. No muchos de nosotros sabemos cuál es la última vez que veremos a nuestros seres queridos. Pero ella sabía que nunca volvería a ver a sus padres al salir de aquella casa.

El hecho de que siguiera manteniéndose erguida era impresionante. Era mucho más valiente que yo.

Se acercó a la terraza y abrió las puertas francesas que daban al océano. El sol había salido lo bastante como para ver el agua en la luz tenue. El cielo seguía rosa, con tonos anaranjados. Casi parecía un atardecer.

Yo me acerqué a ella por detrás y le pasé los brazos por la cintura. Puse la barbilla encima de su cabeza y la atraje hacia mi pecho, consolándola del único modo que conocía. Cuando pensaba que era incapaz de sentir piedad o compasión, las sentía por ella. Tenía algo que me convertía en una persona diferente, un hombre mucho más amable.

—Estoy aquí si quieres hablar.

—No quiero hablar. —Se dio la vuelta para poder poner la cara en mi pecho. Se apoyó en mí y me pasó los brazos por la cintura, sus lágrimas de antes pegándose a mi camiseta—. Gracias por traerme aquí... Eres un buen hombre.

¿Pensaba que era un buen hombre? La había amenazado con devolverla a Tristan si no se abría de piernas. No me merecía semejante cumplido.

—No, no lo soy. Pero tú me vuelves menos malo.

—He visto el mal, Cane. Tú no eres malo. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos, la humedad de la superficie de los suyos reflejaba la luz de la habitación. Me miró los labios y después se acercó y me besó, ofreciéndome un contacto que nunca antes me había dado. Era dulce y lleno de gratitud, el tipo de afecto que yo no merecía. Movié los labios hasta la comisura de mi boca y me

dio otro beso antes de escabullirse entre mis brazos y volver al interior.

Yo continué allí de pie, sintiendo frío en cuanto se alejó de mí. Entonces mi teléfono empezó a sonar.

Me lo saqué del bolsillo y vi el nombre de Crow en la pantalla. Nunca me llamaba a menos que tuviera algo importante que decir, y como no sabía que estaba fuera del país, cerré la puerta detrás de mí y cogí la llamada.

—¿Qué hay?

Crow permaneció en silencio al otro lado de la línea. Sabía que estaba allí porque lo escuchaba respirar.

—¿Crow? —De algún modo, sabía que estaba enfadado. Podía sentir la tensión a través del silencio.

—Tenemos que hablar sobre mi mujer. Ha hecho algo muy jodidamente estúpido.

MUCHÍSIMAS GRACIAS

Muchísimas gracias por leer Botones y vergüenza. Disfruté muchísimo escribiendo esta historia, y me alegro de que me animarais a darle a Cane su propia historia. Si también te ha gustado, para mí significaría un MUNDO que dejaras una breve reseña. Es el mejor tipo de apoyo que se le puede dar a un escritor.

Abrazos,
Pe

TAMBIÉN DE PENELOPE SKY

¿QUIERES MÁS?

La historia continúa en Botones y culpa

Libro cinco

BOTONES: LIBRO CINCO

BOTONES Y CULPA

*UN PRÉSTAMO
QUE QUIERO CONSERVAR.*



AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

PENELOPE SKY

[PEDIR AHORA](#)

MANTENTE EN CONTACTO CON PENELOPE

Suscríbete a mi newsletter para recibir actualizaciones sobre nuevas publicaciones y regalos.

Suscríbete hoy.

www.PenelopeSky.com

Dale a ME GUSTA en la página de Facebook de Penelope para recibir actualizaciones sobre nuevas publicaciones y regalos.

Facebook de Penelope

<https://www.facebook.com/PenelopeSkyAuthor>

Don't miss out!

Click the button below and you can sign up to receive emails whenever Penelope Sky publishes a new book. There's no charge and no obligation.

<https://books2read.com/r/B-E-EZMD-EDUQ>

Sign Me Up!

<https://books2read.com/r/B-E-EZMD-EDUQ>

BOOKS  READ

Connecting independent readers to independent writers.

Also by Penelope Sky

Botones

[Botones y Encaje](#)

[Botones y odio](#)

[Botones y dolor](#)

Botones y vergüenza (Coming Soon)

[Botones y culpa](#) (Coming Soon)

[Botones y gracia](#) (Coming Soon)

Bottoni

[Bottoni e Pizzo](#)

[Bottoni e Odio](#)

[Bottoni e Dolore](#) (Coming Soon)

Boutons

[Boutons et dentelle](#)

[Boutons et haine](#)

[Boutons et peine](#)

[Boutons et honte](#)

[Boutons et blâme](#)

[Boutons et grâce](#)

Buttons

[Buttons & Lace](#)

[Buttons & Hate](#)

[Buttons & Pain](#)

[Buttons and Shame](#)

[Buttons and Blame](#)

[Buttons and Grace](#)

Escocés

[El rey del escocés](#) (Coming Soon)

Knopen

[Knopen en Kant](#) (Coming Soon)

Knöpfe

[Knöpfe und Fesseln](#)

[Knöpfe und Hass](#)

[Knöpfe und Schmerz](#)

[Knöpfe und Schande](#)

[Knöpfe und Schuld](#)

[Knöpfe und Ehre](#) (Coming Soon)

Scotch

[The Scotch King](#)

[Der Scotch-König](#)

[Le roi du Scotch](#)

[The Scotch Queen](#)

[Die Scotch-Königin](#)

[La reine du scotch](#)

[The Scotch Royals](#)

[Les nobles du scotch](#)

[Die Scotch Royals](#) (Coming Soon)